



Universidad de Chile  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

## **CORRER EL CERCO EN LA LARGA TRANSICIÓN**

*La Nación Domingo: origen y límites de un proyecto*

**RAFAEL FUENTEALBA LÓPEZ**

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Reportaje

Profesora guía: Ximena Poó Figueroa

SANTIAGO DE CHILE

Junio 2019

*A Lily y Rafael Felipe, por su amor y paciencia.*

*A mis padres, Ernestina y Rafael.*

*A Nene.*

*In memoriam.*

## ÍNDICE

<b>Introducción.....</b>	<b>6</b>
<b>Capítulo 1. Vida privada de <i>La Nación</i>.....</b>	<b>9</b>
La salida de un director.....	12
El tercer actor.....	13
Dos modelos en carrera.....	21
El plan Luengo.....	23
Todos contra <i>La Segunda</i> .....	24
El vespertino breve.....	27
Cae otro director.....	32
Negociando con Prisa.....	34
<b>Capítulo 2. Noticias del exterior.....</b>	<b>42</b>
La contraofensiva.....	45
Intercambios epistolares.....	46
Una buena vecindad.....	48
Agotamiento de una coalición.....	50
“Viva el cambio”.....	51
Sentido del lavinismo.....	54
Mentalidad televisiva.....	61

<b>Capítulo 3. Descifrando a los fácticos.....</b>	<b>66</b>
Permiso para investigar.....	68
La influencia de Cortés Terzi.....	75
El <i>boinazo</i> y el día después.....	79
Un clivaje distinto.....	81
¿Diario de la izquierda o del Estado?.....	84
La única garantía: medio público.....	87
<b>Capítulo 4. Los “chicos” de Luengo.....</b>	<b>90</b>
“Yo acepto si te vienes conmigo”.....	92
Las investigadoras.....	95
¿Proyecto compartido?.....	97
El modelo y la organización.....	103
Concepto y diseño.....	107
Destape a la chilena.....	109
Demencia moderada.....	113
Entre dos “fenómenos” .....	115
<b>Capítulo 5. “Making of” de los temas clave.....</b>	<b>118</b>
La compra hostil de Nicolás Ibáñez.....	119
“Colmillo Blanco” .....	123
“Papelucho” en La Serena.....	130

Peces gordos.....	134
<b>Capítulo 6. La “caja negra” de una renuncia colectiva.....</b>	<b>140</b>
Horas difíciles.....	144
El no a Rodríguez.....	148
El factor Halabí-Colliguay.....	151
“Mis razones”.....	157
La tentación del medio propio.....	161
Una oportunidad perdida.....	165
La tesis de Dermota y el fin del ciclo de Luengo.....	169
<b>Capítulo 7. Una prohibición, Mirko 3.0 y fin de siglo.....</b>	<b>175</b>
La promesa incumplida.....	177
Un nuevo proyecto de Mirko.....	185
La gran liquidación.....	189
<b>Epílogo.....</b>	<b>195</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>197</b>
<b>Lista de entrevistados.....</b>	<b>199</b>

## INTRODUCCIÓN

El domingo 14 de julio del año 2002 la Empresa Periodística La Nación S.A., de propiedad del Estado de Chile, aunque con participación minoritaria de accionistas privados, lanzó al mercado un producto que con el nombre de *La Nación Domingo (LND)* apostó por ser un proyecto periodístico innovador, inserto en un proceso de modernización de la compañía que se inició tras la asunción de un nuevo gobierno de la Concertación, en marzo de 2000, encabezado por el Presidente de orientación socialista Ricardo Lagos. El debutante medio de comunicación se definió como una iniciativa más dentro de la estrategia corporativa de intervenir con una agenda propia en un sistema de prensa escrita concentrado en dos grandes grupos de orientación política y económica de características similares: El Mercurio S.A. y Copesa S.A.

Si bien en la década previa (1990-2000) *La Nación* había dado muestras de cambios importantes en su línea editorial, tras haber sido durante la dictadura un portavoz de los sectores más duros e inflexibles del régimen militar, a 12 años del regreso a la democracia esa estrategia exigía un cambio o reformulación, tomando en cuenta precisamente las nuevas realidades y tendencias sociales, políticas y culturales configuradas en el primer decenio democrático, y también las transformaciones en la industria medial que anticipaba ya internet.

A partir del diagnóstico sobre el ciclo que se abre en el año 2000, y luego de un proceso de toma de decisiones políticas y empresariales complejo y no exento de tensiones, en julio de 2002 apareció *La Nación Domingo*, concebida como una oferta periodística de domingo cualitativamente diferente a la propuesta del diario de la semana, si bien el propósito era que ambos formatos tendieran a aproximarse a mediano plazo.

Durante sus primeros diez meses de desarrollo, hasta la crisis y renuncia de su equipo original en mayo de 2003, *La Nación Domingo* marcó un viraje periodístico significativo, con la instalación de nuevos temas y formas de cobertura no solo en relación con la historia y la experiencia de más de 80 años del propio diario *La Nación*, sino también en términos comparativos con el resto de los medios escritos del sistema.

Sin embargo, ese carácter disruptivo también creó un conjunto de dificultades y contradicciones corporativas y también humanas dentro de la propia empresa y, en el fondo, con el gobierno. Un reportaje sobre irregularidades financieras en una institución del Estado (“La caja negra del Indap”) causó la dimisión colectiva de los periodistas que hacían *La Nación Domingo*, aunque detrás de esta decisión hubo un conjunto más complejo de factores en juego.

Que los avatares de *La Nación*, como empresa y diario, fueran permanente objeto noticioso de los demás diarios, tanto por razones políticas como comerciales, refleja el carácter particular del periódico estatal en el mapa de medios en el período investigado. ¿O acaso *El Mercurio* escribe de las crisis periodísticas o económicas de *La Tercera* o viceversa?

Este trabajo de titulación tiene como fin relatar cómo se gestó *La Nación Domingo*, el escenario político, económico y cultural en que se inscribió, la realidad corporativa de la empresa, los primeros meses de expansión y la ruptura con la dirección periodística. Se trata de un proyecto con fuerte impronta personal, debido a que fui observador y testigo del proceso de instalación de *La Nación Domingo* en mi calidad de editor de la sección de política del diario *La Nación* de la semana. Ocasionalmente también escribí en *LND*. Aunque este es un trabajo hecho *desde afuera* y que apuesta por un relato externo o quizás “objetivo”, es indudable que recoge elementos de experiencia personal y de mucho diálogo con excompañeros de labores.

El propósito fundamental de esta memoria es reconstruir los tiempos originales de aquella experiencia innovadora en la prensa chilena, más sorprendente aun por haber sido incubada en una empresa estatal, y que por esa misma condición concluyó en su primera fase del modo en que lo hizo. En un período en que hoy la prensa escrita se ha devaluado y reducido de forma tan importante en su influencia y rentabilidad, este reportaje largo es también un tributo a los diarios de papel.

Si bien en Chile hay una abundante investigación de análisis de contenido respecto de la ideología de los diarios -incluso sobrecargada en la *visión de mundo* de *El Mercurio*-, es más escasa la descripción del modelo de negocios de los medios de comunicación, de cómo opera dentro de ellos la toma de decisiones editoriales, y las formas de funcionamiento y tensiones propias de las redacciones. Aunque para el caso de los diarios habría tal vez que hablar en pasado, debido a las profundas modificaciones que los han afectado en los últimos años y que tanto han alterado su función, hay determinadas prácticas y continuidades profesionales que se mantienen válidas y que

pueden permitir establecer correlaciones y comparaciones con la forma de operar de los medios de comunicación antes de que la digitalización nos planteara nuevas reglas.

El plan de este trabajo de titulación es hacer una contribución a la historia de un diario que por su estructura de propiedad, y con sus luces y sombras, tuvo una presencia y un peculiar lugar en el sistema de medios escritos de Chile durante casi un siglo. Es también la aproximación a la confirmación de una hipótesis: lo improbable de que el proyecto original de *La Nación Domingo* pudiera desarrollarse plenamente en el marco de una empresa estatal cuyos cuadros directivos dependían del gobierno de turno, y sin que hubiese un estatuto de gestión autónomo e independiente que garantizara el carácter público del periódico. Esta carencia, así como la naturaleza de lo que había representado *La Nación* tras los 20 años de la Concertación en el poder, fueron las claves que condujeron al cierre de la empresa durante la primera administración del Presidente Sebastián Piñera (2010-2014).



## CAPÍTULO 1. VIDA PRIVADA DE LA NACIÓN

Febriles, aunque también discretas, fueron en la estatal empresa La Nación S.A. las jornadas previas al domingo 14 de julio de 2002. Tanto editores como reporteros de los dos medios en operaciones, el matutino *La Nación* y el portal de internet *Primera Línea*, estaban al corriente de que algo importante estaba programado para aparecer en el mercado el día en que se conmemora el inicio de la Revolución Francesa. No sabían, sin embargo, mayores detalles.

El equipo que preparaba el estreno de *La Nación Domingo* mantenía un férreo pacto de silencio y escasos datos o filtraciones emanaban de la oficina de no más de 30 metros cuadrados y sin ventanas a la calle, ubicada en el segundo piso del edificio de Agustinas 1269, donde funcionaba el elenco fundacional comandado por Alberto Luengo Danon. Este había asumido tres meses y medio antes la dirección editorial del conjunto de publicaciones de la empresa, un bloque que hasta comienzos de julio incluía también al vespertino de distribución gratuita *La Voz de la Tarde*. El hecho de que el diario *La Nación* ocupara una amplia sala en el tercer piso del que fue el primer rascacielos de Santiago en los años '20, solo podía contribuir a agudizar la percepción de secreto.

Debido a este clima, la tarde del sábado 13 fue tensa e inquieta. La modorra habitual de las redacciones de fin de semana se alteró por completo. El nuevo producto tenía otros requerimientos técnicos, mayores exigencias y más páginas en color; por lo tanto, no habría segunda edición del diario, sino una sola, cuya hora de cierre no iría más allá de las 21 horas. Así se podía garantizar la impresión a tiempo de los aproximadamente 50 mil ejemplares que cubrirían todo el país. Haber mantenido las dos entradas a prensa -una llamada de provincias, que se repartía en las zonas de Atacama, Coquimbo, Maule, Biobío y La Araucanía, y la metropolitana para Santiago y el resto de las regiones- constituía un riesgo, pero también algo relativamente innecesario: *La Nación Domingo* no aspiraba a incorporar en sus páginas lo último que había ocurrido en el tráfico informativo del sábado. Su objetivo iba por otro lado.

La planificación funcionó y antes de medianoche, desde la comuna de Pudahuel, las camionetas de la distribuidora Vía Directa salieron de Gráfica Puerto Madero, dos empresas coaligadas en su estructura de propiedad con La Nación S.A., con la primera carga de *La Nación Domingo*.

La portada la ocupó un primer plano de la cara de Álvaro Saieh Bendeck, controlador del emergente grupo mediático-financiero más ambicioso de la plaza, articulado en torno al Consorcio Periodístico de Chile (Copesa) y al banco CorpBanca. El título fue: “El nuevo zar de la prensa”. La bajada explicaba: “Álvaro Saieh, el hombre que amenaza al imperio Edwards”. En el interior, el llamado principal era otro, “El ciudadano Saieh”, con el siguiente epígrafe o antetítulo: “La historia del empresario que desafió el poder de Agustín Edwards”. La bajada central, en tanto, anotaba: “Álvaro Saieh no nació en cuna de oro ni con apellido vinoso que lo respaldara. Pero como mago de las finanzas amasó una fortuna con la que adquirió un imperio comunicacional que hoy pisa fuerte. Tanto, que ya amenaza a uno de los mayores símbolos de poder y status de la elite: *El Mercurio*”.

¿Cuál fue la razón para debutar con la imagen de alguien que pertenecía -teóricamente, a lo menos- a la competencia que se expresaba en *La Tercera*, el buque insignia de Copesa? Alberto Luengo explicó a quienes le manifestaron su sorpresa o extrañeza por la jugada -y que es probable esperaran una primera página relacionada con un caso de derechos humanos, de corrupción en la dictadura o un escándalo de la derecha- que la apuesta de *La Nación Domingo* era develar los otros poderes, los no-institucionales -fácticos, según otra nomenclatura- o situados en la esfera de lo privado y la sociedad civil. En esta perspectiva, Saieh constituía todo un símbolo de la irrupción de una nueva elite que venía a alterar ciertas reglas del juego dentro del sistema, por el desafío que planteaba a Agustín Edwards, dueño de *El Mercurio* y rostro emblemático del grupo dirigente más tradicional de Chile.

Luengo afirma que el debut con Saieh constituía la señal de que para *La Nación Domingo* no habría materias vedadas en función de pactos o acuerdos tácitos. A su juicio, la prensa escrita sí podía ser sometida a examen y escrutinio públicos como cualquiera otra industria, lo que en ese momento rompía un código aceptado de forma implícita: que entre bueyes no hay cornadas, es decir, que los diarios no debían hablar -menos mal o críticamente- de otros diarios. Esta cultura de convivencia es -todavía- mediada en Chile por la Asociación Nacional de la Prensa (ANP), agrupación a la que pertenecía la empresa La Nación, y una de cuyas funciones ha sido y es enfriar los naturales conflictos asociados a la competencia en el mercado y la contienda por la influencia.

Con todo, en *La Nación* de entonces no faltó una interpretación más psicológica -o personal- de la decisión de Luengo sobre Saieh, una suerte de ajuste de cuentas: Luengo había sido despedido de *La Tercera* a principios de 1999, siendo editor general, después de que Cristián Bofill sustituyera a Fernando Paulsen en la dirección, si bien entonces Saieh aún era socio minoritario de Copesa.

La *cover story* fue preparada por dos profesionales, Marcela Ramos, especializada en el trazo de agudos perfiles de figuras públicas, y Alejandra Matus, periodista investigadora que había regresado a Chile no mucho tiempo antes, tras el exilio al que tuvo que someterse al publicar en 1999 su obra *El libro negro de la justicia chilena*.

Desde luego la historia sobre Saieh -la cual, en rigor, no reveló con propiedad una noticia, sino que entregó una ordenada secuencia de sus rasgos personales y propósitos económicos y políticos- no agotó la oferta de la primera edición. Los otros llamados de la portada fueron los siguientes:

- Exclusivo: Impactante reportaje gráfico de manicomio clandestino
- Longueira habla sobre Insulza: “Me gusta entenderme con los que mandan”
- Sexo a ‘5 lucas’. Conozca el local más ‘hot’ del centro de Santiago
- Más de mil profesionales jóvenes reunió la DC
- Los negocios de Dragicevic en la mira del SII
- ‘Rafa’ Araneda: “Me he puesto crítico con Dios y con la vida”

En esta primera página, además, se mencionaban los siguientes columnistas: José Rodríguez Elizondo, Alberto Luengo, León Pascal, Francisco Javier Díaz y Alberto “Gato” Gamboa.

A las 10 horas del domingo 14, el editor de turno recibió la primera llamada de un entusiasta lector que felicitaba al equipo por los cambios y manifestaba una queja: había echado en falta algún artículo sobre el Día Nacional de Francia y la caída de La Bastilla...

Ese día, no obstante, se preparó para el lunes inmediato una edición “habitual”, similar desde un punto de vista periodístico y de diseño a la del sábado previo. *La Nación Domingo* carecía todavía de proyección estilística para el resto de la semana. De hecho, la mañana del 15 no faltaron lectores y periodistas que expresaron una cierta perplejidad y alguna decepción porque el diario volvía a la “normalidad”.

Se trató de un signo de los tiempos que vendrían, ya que lo concreto es que detrás del quiebre formal y de contenidos que supuso *La Nación Domingo* respecto del periódico de los otros días de la semana, se comenzó a manifestar una escisión en el conjunto de la redacción. La sensación de estar haciendo dos medios diferentes dentro de la misma empresa se extendió corrosivamente. Mientras los trabajadores de *La Nación* diaria asumían una creciente posición defensiva, en *La Nación Domingo* germinaba un sólido sentimiento, si no de superioridad, sí de seguridad en la fuerza propia. De ahí a la autoafirmación, a la fracción y la fractura, hubo pocos pasos. Estos se recorrerían en los diez meses siguientes.

### **La salida de un director**

¿Dónde es posible rastrear la prehistoria del proyecto *La Nación Domingo*? Aunque los hechos se podrían encadenar de manera indefinida, hay un momento crucial, el 20 de agosto de 2000, cuando cinco meses después de la asunción presidencial de Ricardo Lagos, el reconocido periodista Ignacio González Camus salió de la dirección de *La Nación* tras una gestión de cinco años. González Camus, de filiación democratacristiana, explicó al personal que había sometido a consideración del directorio un conjunto de cambios en el diario para continuar a la cabeza. Sin embargo, la cúpula estaba por una transformación más radical.

La posición de liderazgo de González Camus se había debilitado de modo significativo dentro de un cuadro de fricciones con los estamentos superiores, en particular con la gerencia general, en manos del abogado de orientación socialista Francisco Feres Nazarala. Esto no era menor, ya que la organización de la empresa ponía al director del matutino en el nivel de una gerencia de área, si bien como una suerte de *primus inter pares*, pero bajo dependencia del gerente general, responsable final ante el directorio de la marcha de la compañía.

La preeminencia de este cargo, por ejemplo, hizo que Feres creara por decisión autónoma un suplemento diario llamado “Legales y Negocios”, que contenía información macro y microeconómica y que servía de soporte para todos los avisos legales que captaba *La Nación*, que equivalían prácticamente al total de publicidad pagada. A González Camus no le gustaba el inserto, dirigido por el periodista Roberto Meza, uno de los fundadores en octubre de 1988 del primer periódico económico de color *salmón* en Chile, *El Diario Financiero*, pero, además, próximo a

Renovación Nacional, partido donde ha trabajado en sus equipos técnicos. El impasse derivado de “Legales y Negocios” condujo a que *La Nación* tuviera su propia sección de economía sostenida por dos reporteros; por cierto, en más de una ocasión hubo duplicidades en las noticias. Una amplia sección de deportes tampoco dependía directamente de González Camus. El recorte de los recursos financieros determinado por la gerencia general para *La Nación* constituía otra piedra en el zapato.

Asimismo, hacia mediados de 2000 el directorio decidió subirse a la ola tecnológica de las empresas *puntocom*, atraído por la burbuja que se estaba formando a nivel global y por la llamativa experiencia de *El Mostrador*, el primer diario en Chile solo producido para internet, el que comenzó a funcionar en marzo de ese mismo año. Se trataba del proyecto *Primera Línea*, que conduciría el periodista Juan Pablo Cárdenas. Para secundarlo se pensó en Yasna Lewin, subeditora de la sección de política de *La Nación*; sin embargo, González Camus se opuso a su traspaso, al considerar que sus atribuciones estaban siendo en extremo reducidas. Lewin presentó entonces su dimisión, pero el gerente general se la rechazó y “decidió” reubicarla en el futuro periódico de internet.

La resolución de sustituir a González Camus, de todos modos en carácter provisional a partir de la instalación de la administración de Ricardo Lagos, la adoptó un directorio configurado a principios de junio de 2000. En esta fecha el Estado designó como sus delegados a nombre del casi 70 por ciento de la propiedad al exministro del Partido por la Democracia (PPD) Víctor Manuel Rebolledo y al periodista radical Roberto Teplizky, quienes se sumaron al abogado e ideólogo DC Jaime Castillo Velasco y al propio presidente en funciones, el socialista Mahmud Aleuy. Los privados continuaron siendo representados por Enrique Alcalde, hombre próximo a la UDI, el DC Luis Eduardo Thayer y el socialista Raimundo Valenzuela.

La salida de González Camus, hecha efectiva el 31 de agosto, colocó en un escenario de incertidumbre al equipo a contar del 1 de septiembre, ya que no había claridad sobre el reemplazante.

### **El tercer actor**

El propio Mahmud Aleuy salió ese mismo día a poner paños fríos a la efervescencia en una reunión con los jefes de sección en la cual dibujó el horizonte de la empresa y del diario.

Su primera definición apuntó al problema estructural de *La Nación*: su déficit, que debía ser compensado con transferencias desde la unidad de negocios del *Diario Oficial*. Según Aleuy, el diario -no la empresa, desde luego- perdió en 1999 alrededor de 2 mil 700 millones de pesos y la meta de la administración que él comandaba era reducir esa cantidad a un monto entre 1.250 y 1.300 millones de pesos para el futuro ejercicio de 2001. Aleuy reiteró -e hizo por tanto *oficial*- una tesis que de manera informal circulaba desde hacía unos tres años: que *La Nación* no debía tener un déficit demasiado superior al del desaparecido matutino *La Época*, que Aleuy situaba en unos 800 millones de pesos anuales. Según la versión que hubo antes en *La Época*, a los directivos de *La Nación* los había sorprendido que aquel medio, cuando se hizo la comparación, operara con menos dinero y fuera un mejor producto periodístico. Obviamente esta visión soslayaba, entre otras omisiones, la precariedad del convenio colectivo de los trabajadores de *La Época*.

Según explicó Aleuy, *La Nación* enfrentaba no solo sus dificultades internas, sino también amenazas externas. La más distante -y por lo mismo de riesgo relativo- provenía de la derecha, cuyo rechazo al diario se agudizó en el contexto de la campaña presidencial de 1999 que enfrentó a Ricardo Lagos con Joaquín Lavín. Lo estrecho de la elección -radicalmente distinta de la plácida mayoría absoluta de Eduardo Frei en 1993- polarizó la relación entre la oposición y el periódico, que ya venía crispada desde la detención del general Augusto Pinochet en Londres en octubre de 1998. Este último hecho marcó un antes y un después en muchos ámbitos, pero en *La Nación* supuso una ventana de oportunidad.

Desaparecida *La Época* el 24 de julio de 1998, tres meses antes del arresto del exdictador, *La Nación* se transformó en portavoz de la demanda por justicia, en contraste con la estrategia asumida por las cabeceras del duopolio *El Mercurio*-*Copesa*. La línea editorial de *La Nación* incluso acarrió fuertes focos de tensión con el gobierno del Presidente Eduardo Frei y sus ministros encargados de defender la tesis de la incompetencia de la justicia española para encausar al senador vitalicio.

No obstante, Aleuy aseguró a sus interlocutores que el directorio quería volver a desarrollar un periodismo profesional, que alejara al diario del ambiente de confrontación que se había producido en el cuadro de la anterior elección presidencial. Con todo, también pidió mejorar la sintonía fina con la Concertación, aunque no desde la obsecuencia ni el oficialismo acrítico, sino para obtener mejor y mayor información.

Aleuy advirtió luego a los editores que tal vez el peligro más concreto habitaba en el bloque gobernante. En una de sus proposiciones para el programa de gobierno, el comando de periodistas de la postulación de Lagos recomendó la venta del periódico (desde luego sin atender que *La Nación* era deficitaria y escindirla de su fuente de financiamiento, el *Diario Oficial*, carecía de viabilidad jurídica y menos tenía sentido económico) y dirigir los -presuntos- recursos a un fondo concursable de proyectos periodísticos privados. Si bien la idea no fue posteriormente desarrollada por el gobierno, planeaba sobre la redacción y Aleuy se apresuró a puntualizar que no estaba en la agenda de La Moneda.

El presidente del directorio llamó también la atención en torno a la batalla instalada alrededor de la dependencia de la empresa, la que sin duda constituía una lucha mayor de poderes. Después de que el nuevo gobierno decidiera, en abril de 2000, ordenar sus unidades productivas y de servicios en el Sistema de Administración de Empresas (SAE), se entendía que la Empresa Periodística La Nación S.A. debía subordinarse a ese paraguas u *holding* estatal. Sin embargo, los directores de la compañía sostuvieron que no le correspondía incorporarse al SAE, por su carácter de compañía mixta y no completamente de propiedad del Estado.

Detrás de la pugna hubo en juego dos materias: el amplio campo de autonomía política, económica y operacional de la empresa, y el temor de que la corriente tecnocrático-liberal del gobierno -en ese momento investida de fuerte iniciativa ideológica- se tentara con la idea de cerrar *La Nación* por las pérdidas que generaba. La guerrilla con el SAE se prolongó durante algunos meses, pero al final no se modificó el estatuto jurídico de la empresa.

A pesar de las turbulencias que golpeaban a *La Nación*, Aleuy describió un ambicioso plan de medidas de expansión. En este terreno incluyó la creación de varios suplementos: uno infantil, otro de temas culturales, cuyo director sería el físico y Premio Nacional de Ciencias Igor Saavedra (meses después efectivamente apareció uno en esta línea, *El Utopista Pragmático*, pero comandado por Eduardo Yentzen, exdirector de la revista *La Bicicleta*, que había marcado a una generación de jóvenes durante la dictadura); un tercero ligado al periódico semanal internacional ambientalista *Tierra América*, y otro que aspiraba a suplir el espacio que había dejado “Literatura y Libros”, suplemento especializado que tenía el diario *La Época*.

En términos generales, ninguna de las iniciativas se materializó en sí misma, aunque los ejes de contenidos se actualizaron en los años siguientes a través de otros soportes. Es posible que influyera el hecho de que ya *La Tercera* había tenido cierto éxito en capturar parte de la lectoría de *La Época* incluso antes del término de este medio.

El paquete de proyectos de Aleuy se anclaba en una ambiciosa perspectiva estratégica, política y periodística: que *La Nación*, en combinación con otros medios, podía ponerse a la cabeza de una red que funcionara como factor de regulación -el tercer actor- en un mercado controlado por el duopolio El Mercurio-Copesa. ¿Quiénes más podían sumarse a este esfuerzo? Una cantidad variopinta de ofertas editoriales: *The Clinic*, la revista cultural *Rocinante*, el mensuario *Le Monde Diplomatique* e incluso el semanario *Ercilla*, con el cual no había comunidad ideológica, pero al que sí podía atraerle sumarse a una sinergia que mejorara su posición ante su competencia directa, la revista *Qué Pasa*, propiedad de Copesa.

En el campo de las radios, la idea comprendía a las emisoras Biobío y Universidad de Chile. La primera recién se estaba configurando como cadena de nivel nacional, después de haberse consolidado por más de tres décadas en el primer lugar de sintonía en la Región del Biobío, hecho que estimuló a sus dueños, la familia penquista Mosciatti-Olivieri, a dar el gran salto y entrar a disputar territorio a las grandes estaciones informativas asentadas en Santiago: Cooperativa, Chilena y Agricultura.<sup>1</sup>

Curiosamente, el primer símbolo de la nueva fase de la empresa se puso en escena el 12 de septiembre de 2000 con un producto que Aleuy no había mencionado de manera especial en su intervención de dos semanas antes.

Aquella mañana se estrenó en la web el diario electrónico *Primera Línea*, dirigido por el exdirector de las revistas *Análisis* y *Los Tiempos*, Juan Pablo Cárdenas, quien poco antes había regresado desde México, donde bajo la administración Frei se desempeñó como agregado de prensa en la embajada en ese país.

---

<sup>1</sup> Respecto de los planes de la empresa para operar en el mercado de diarios y de medios, en general, y su organización periodística, notas del autor y conversaciones con excompañeros de trabajo.



El índice de títulos del medio electrónico daba luces claras de sus propósitos y establecía que allí moraba una apuesta más audaz; desde luego existía una cierta meta comercial -aún no pinchaba la burbuja de las *puntocom*-, pero por sobre todo había un objetivo político. A cualquier lector atento le quedó claro que en *Primera Línea* existían menos límites, menos fuentes oficiales y mayor audacia de pauta y puntos de vista. Obviamente se trataba de otra mano.

“Hablamos del año 2000, cuando ya habían transcurrido dos gobiernos de transición y el país empezaba a darse cuenta de los acontecimientos informativos y de la ausencia de medios más críticos y liberales”, según explica Cárdenas el proyecto en su libro *Un peligro para la sociedad*.<sup>2</sup> En esa obra, cuyo epígrafe es “testimonio de un periodista que incomoda al poder”, agrega que “nos fue relativamente fácil, por lo mismo, armar un entusiasta equipo de redactores y en pocas semanas alcanzar un sólido y creciente número de visitantes, amable nombre que se les da a los lectores de computadores”.

Si se observa el cuadro en retrospectiva, es bastante evidente que en *Primera Línea* había muchos elementos que después se transmitieron a *La Nación Domingo*. ¿Por qué, entonces, no se reconvirtió a *La Nación* en la primavera de 2000 al nuevo espíritu que la empresa estaba plasmando en *Primera Línea*? Hay desde luego diferentes interpretaciones sobre este hecho y es probable que sea la suma de ellas y no la exclusión de alguna lo que explique lo ocurrido. En este sentido se deben considerar la devaluación de la marca *La Nación*, la imagen politizada y oficialista del diario, su desgaste periodístico y las ganas de la empresa innovar en una plataforma completamente inexplorada, como internet.

Según aclara hoy Luengo, el objetivo de *La Nación Domingo* fue el mismo que antes se aplicó a *Primera Línea*: “Generar un producto emblemático que cambiara la percepción de la empresa. *Primera Línea* era la forma en que la gente que estaba antes que yo había elegido para salirse de esta maldición de la marca y por eso le pusieron *Primera Línea* y no *La Nación.cl*. Era otra cosa, era decir ‘nos da vergüenza *La Nación*, hagamos una cosa más experimental y tengamos más libertad”.

---

<sup>2</sup> CÁRDENAS, JUAN PABLO, *Un peligro para la sociedad. Testimonio de un periodista que incomoda al poder*, Debate, Santiago, 2009.

Sin embargo, también es posible registrar una competencia de poderes políticos planteada alrededor de la figura del director. Al salir González Camus, el 31 de agosto, su sucesión no estaba garantizada; solo se podía intuir que el cargo correspondía a la Democracia Cristiana, según un acuerdo tácito que regía desde el retorno de la democracia diez años antes. Que el ministro secretario general de Gobierno fuera el DC del ala “chascona” Claudio Huepe fortalecía esa percepción, debido a que en su cartera se definía el nombre.

A partir del 1 de septiembre el mando interino quedó en manos del periodista Alberto “Gato” Gamboa, el mítico exdirector del diario *Clarín*, fallecido en enero de 2019, y que en *La Nación* ejercía la subdirección. La edición general continuó bajo responsabilidad de Manuel Délano. Si bien eran *vox populi* los deseos del “Gato” Gamboa de ser confirmado como titular, la sensación en la redacción apuntaba a que el puesto sería para alguien de la DC, más todavía si el portal *Primera Línea* lo dirigía Juan Pablo Cárdenas, identificado a esas alturas con posiciones de izquierda, si bien su matriz era demócratacristiana.

Pronto se esparció por los pasillos el rumor de que costaba consensuar un director, a pesar de que poco después de asumir Lagos habían circulado por las páginas de otras publicaciones varios candidatos: Patricia Verdugo, Jorge Donoso, Francisco Jara e incluso el exsacerdote jesuita Renato Hevia, por la línea DC, mientras en el campo PS-PPD se citaban las figuras de Hernán Coloma, Rubén Andino o Marcelo Contreras, entre otros.

A fines de septiembre, en todo caso, no se trataba solo de la identidad del director, sino de la arquitectura en que se insertaría la nueva autoridad. La razón principal de tal incertidumbre tenía nombre y apellido: Alberto Luengo Danon. Este fue el primer subdirector de *La Nación* en democracia y después de dimitir, a fines de 1993, emigró a *La Tercera*, donde contribuyó con los tibios cambios modernizadores que ensayó el director Héctor Olave, y en 1997 se convirtió en la mano derecha de Fernando Paulsen, que desembarcó en *La Tercera* para hacer la reforma principal en el posicionamiento sociológico y *aspiracional* del matutino. Tras salir de *La Tercera*, Luengo derivó a la comunicación corporativa en la empresa de asesorías del exministro secretario general de Gobierno (1990-1994) Enrique Correa, hoy conocida como Imaginación.

El directorio de La Nación S.A. quería que la nueva etapa del diario fuera diseño intelectual de Luengo, pero ¿cómo conseguir que así ocurriera si el cupo de director correspondía a la DC y

Luengo, aunque no militante, era de cultura socialista y hallaba sus mejores amistades y soportes dentro de la corriente interna del tercerismo en el PS?

La disputa alrededor del núcleo de dirección se cruzó con la selección finalmente del rostro DC escogido para encabezar *La Nación*: el periodista Guillermo Hormazábal, un profesional que venía de un largo paso por la Empresa Nacional de Minería (Enami), que había sido presidente del Colegio de Periodistas, jefe de prensa de radio Chilena y también en los años '80 responsable del Departamento de Opinión Pública (DOP) del Arzobispado de Santiago.

Hormazábal llegó en medio del campo de batalla desplegado sobre su rol. Según trascendió en esos días, la idea dominante en el directorio consistía en una suerte de “parlamentarismo” periodístico: *La Nación* tendría un director DC como Hormazábal, pero el gobierno ejecutivo de la redacción estaría en manos de Luengo.

La tensión de aquellas horas se puede palpar en un insólito episodio: el periodista Roberto Amaro, que hacía las entrevistas de fin de semana, pegaba de vez en cuando en el muro de la sala de trabajo una hoja humorística con anécdotas y chistes internos. En octubre resumió el conflicto, bajo el nombre de “*La Nación* en la encrucijada”, y las supuestas respuestas humorísticas que tendrían los reporteros frente a la pugna Hormazábal-Luengo. Fue su última acción, el gerente general se enteró y lo despidió de inmediato sin mayor apelación. Meses después Amaro contó informalmente que Feres luego admitió ante él haberse precipitado con su exoneración, pero que situó su decisión en el clima crispado que se vivía en el directorio.

Es razonable que Hormazábal no aceptara el modelo de reino sin gobierno que le ofrecía el directorio y demandara las atribuciones clásicas del director que siempre habían regido en *La Nación*. En su posición obtuvo el apoyo del ministro Huepe desde La Moneda. El impasse se resolvió a través de una bicefalia de otro tipo, con Hormazábal al mando de *La Nación*, y los poderes derivados de esa responsabilidad, mientras Luengo asumía en una nueva unidad: la gerencia de medios.

Si bien la denominación de este cargo sugería la gestión de recursos humanos y materiales, un comunicado de la empresa del 8 de noviembre de 2000 dibujó una concepción algo diferente de tal asignación y la asimiló a una supradirección: “Transmitir fielmente la línea editorial diseñada por el directorio a los directores de los diferentes medios periodísticos que pertenecen a la empresa. En

tal tarea ejercerá un rol de supervisión general de la línea editorial de los medios, sin perjuicio de las atribuciones específicas que desempeñan los directores de ellos”.

La segunda gran tarea de Luengo se inscribía con más precisión en el rol habitual de un gerente: “Proponer al directorio y/o evaluar desde una perspectiva periodística nuevas áreas posibles de desarrollo para ampliar la capacidad de negocios y de influencia editorial de la empresa periodística. Una vez definidos los proyectos prioritarios, y aprobados por el directorio, su misión será gestionar y dirigir su concreción”.

En tal delimitación de funciones están las bases de lo que sucedería en *La Nación* los dos siguientes años. También el germen de las crisis que sobrevendrían, ya que cualquier lectura de los hechos era inequívoca: entre la dirección periodística de *La Nación* y la propiedad había un nuevo intermediario.

El primer gallito de Hormazábal con la gerencia general y el directorio se produjo a escasos días de la reorganización de funciones. El director designó como editor de crónica al periodista Vladimir Aguilera, pero este arrastraba una diferencia de gestión desde principios de los años ‘90, cuando encabezó el diario *El Nortino*, creado por la empresa La Nación en Iquique. El resultado fue que Aguilera permaneció apenas dos semanas en su cargo.

Una vez despejado, a lo menos temporalmente, el problema de la conducción del diario, Hormazábal se dedicó a planificar los cambios que apostaba realizar, aunque -curiosamente- el diseño había experimentado algunas reformas días antes de su asunción, pero ya después de la salida de González Camus. La forma en que la dirección interina presentó las reformas en el propio periódico es sintomática respecto de la autoimagen del medio: “Un proyecto [de cambio] sin duda apasionante, tomando en cuenta que nuestro diario se caracteriza por un estilo conservador y muy clásico que lo acompaña por más de 80 años”.

*La Nación* se interroga así: “¿Cómo mejorar el diseño de *La Nación* sin cambiar su personalidad? ¿Cómo facilitar la lectura y hacerla a la vez más placentera?”. En la ocasión el periódico modificó su logo, las tipografías (de helvética neue a óptima) y otros recursos, que “provocarán en el lector la sensación de estar leyendo un diario más ordenado, más atractivo, en definitiva, más placentero”.

## **Dos modelos en carrera**

La primera gran crisis de impacto público del nuevo modelo de negocios de la empresa no estalló en *La Nación*, sino en *Primera Línea*, y se cerró con la destitución de Juan Pablo Cárdenas el 10 de enero de 2001.

Según ha escrito Cárdenas, apenas él asumió comenzaron las quejas del gobierno ante el directorio por haberlo escogido para el proyecto de internet. El capítulo final de esta tensión estalló a pocas horas de que el portal publicara un artículo que denunciaba una operación del exagente de la CNI Álvaro Corbalán contra el general Juan Emilio Cheyre, que se perfilaba para suceder en la Comandancia en Jefe del Ejército al general Ricardo Izurieta en marzo de 2002.

Según Cárdenas, el ministro secretario general de Gobierno, Claudio Huepe, pidió a la empresa cesarlo en sus funciones, cuadro de presión en el cual el presidente del directorio le recomendó renunciar para ahorrarse un conflicto mayor. Cárdenas, sin embargo, se resistió y exigió que lo despidieran, naturalmente no por motivos económico-laborales, sino por una apelación a la dignidad periodística. La Moneda, entonces, solicitó la constitución del directorio, lugar donde ejerció su mayoría accionaria y Cárdenas terminó exonerado.

Al evaluar el diario electrónico que encabezó por menos de seis meses, Cárdenas sostiene que “consolidamos un medio informativo, pero también muy analítico”, que desmintió “la idea dominante de que ambos valores son contradictorios”. “Logramos publicar lo que otros omitían u ocultaban. [...] Seguramente por la influencia que alcanzamos es que vinieron las dificultades”, sostiene en su libro de memorias *Un peligro para la sociedad*.

En sustitución de Cárdenas se hizo cargo de *Primera Línea* la editora general, Yasna Lewin (“Yasna asume el periodismo con tal obsesión que dificulto haya alguien más apropiada para seguir la noticia”, escribe Cárdenas), mientras Ximena Galleguillos se convirtió en la segunda de a bordo.

A casi dos décadas de estos hechos, Alberto Luengo -quien después de la destitución de Cárdenas se hizo cargo de la dirección editorial del medio en internet- esboza una teoría sobre aquellos días. A su juicio, tras la remoción de González Camus el directorio echó a correr dos proyectos, para que de alguna manera compitieran por imponerse: el suyo y el de Cárdenas. “Tengo la impresión, para ponerlo bien en crudo, que había una pugna [en el directorio] entre la apuesta

por Juan Pablo Cárdenas y la apuesta por mí. Juan Pablo Cárdenas había logrado vender el proyecto del diario electrónico, se enfrenta al gobierno de [Ricardo] Lagos y de la Concertación en su conjunto y termina siendo muy disruptivo, porque mi impresión es que él tiene una mirada mucho más crítica de la Concertación que la que yo siempre tuve. Por tanto, nuestra aproximación al gobierno era diferente. [...] Él miraba a la Concertación como un proyecto fallido en lo político, a él le hubiese gustado una Concertación más radical y agresiva en ciertos aspectos con la derecha. Esto de la transición medio pactada y de buenas maneras nunca le gustó”.

Cárdenas, no obstante, es severo al momento de referirse a Luengo en sus memorias. Afirma que *Primera Línea* “siguió adelante algún tiempo, pero pronto, por encima, pusieron a un conocido operador periodístico-político”; de acuerdo con Cárdenas, Luengo era un especialista en desembarcar en los medios “para reestructurarlos, despedir personal o clausurarlos”.

El verano calmó las aguas internas, pero marzo de 2001 fue un terremoto: Manuel Délano, el histórico editor general, que había dado parte de su fisonomía a *La Nación* en la segunda mitad de los ‘90, sobre todo en el tema derechos humanos y en la cobertura del caso de la detención de Pinochet (no en vano era corresponsal en Chile del diario español *El País* desde mediados de los años ‘90), fue sorpresivamente removido de la empresa apenas días después de haber entrevistado, junto con el propio director y el nuevo jefe de la sección de política, al Presidente Ricardo Lagos.

Para explicar la remoción de Délano hubo interpretaciones diversas, pero lo concreto -u oficiales que Hormazábal requería de un “jefe de gabinete” de su plena confianza; Délano, a pesar y por su mismo liderazgo de varios años sobre la redacción, no cumplía con ese perfil. Aunque Délano no aparecía en la grilla de “papábiles”, el sentido común interno lo consideraba perfectamente como un posible director.

Con todo, Hormazábal sorprendió más todavía al personal al presentar como nuevo editor general a Sebastián Campaña, un periodista que había desarrollado su carrera en *El Mercurio* y después como uno de los editores-jefe de *La Hora*, el proyecto vespertino lanzado por Copesa en 1997. En este último rol coincidió con Luengo, de activa participación en la pauta y cierre de *La Hora* como tarea complementaria a su gestión en la edición general de *La Tercera*. A partir de esta relación se instaló la idea de que tras la nominación de Campaña en rigor estaba la mano de Luengo.

## **El plan Luengo**

Seis meses después de estrenarse en la gerencia de medios, Luengo expuso su proyecto a los jefes de sección de *La Nación* en una reunión especial el 7 de abril de 2001, un sábado nublado y frío de otoño. Luengo -tal como lo había hecho Aleuy el 1 de septiembre de 2000- definió a *La Nación* y su eventual entorno de iniciativas como factor de regulación del mercado; es decir, como una suerte de tercera vía entre los poderosos bloques mediales de Copesa y El Mercurio. A su juicio, tal función debía manifestarse en tres ámbitos: la impresión, la distribución y los contenidos. Los dos primeros campos serían cubiertos por las empresas filiales coaligadas: Gráfica Puerto Madero y Vía Directa, respectivamente.

El gerente de medios describió luego un programa de asociaciones, área prácticamente inexplorada, y “golpeó” a sus interlocutores anunciando que incluso estaba en análisis vincularse con *El Metropolitano*, diario creado al alero de la cadena de retail Hites, pero que venía en caída libre luego de un prometedor arranque en 1999 como proyecto ciudadano y de tono liberal, aunque pronto -tras una crisis de los propietarios con su primer equipo editorial- había escorado hacia la esfera de influencia de la UDI. *El Metropolitano* lo imprimía Gráfica Puerto Madero y, por lo mismo, estaba fuertemente endeudado con la empresa La Nación.

De hecho, Luengo puntualizó que si se producía una alianza con *El Metropolitano*, la línea ideológica de este sería reorientada. A Luengo le interesaban varios aspectos de la experiencia de *El Metropolitano*: su base de datos -derivada de la información de clientes que manejaban las tiendas Hites-, su penetración en jóvenes y, particularmente, en mujeres, así como su desarrollo en avisos económicos. Luengo hasta mencionó la posibilidad de hacer otro tipo de negocios con la compañía Hites.

El gerente de medios subrayó -asimismo- la consolidación del portal *Primera Línea* (habló de entre 15 y 20 mil visitas diarias) y la estabilidad del equipo comandado por Yasna Lewin, el que había superado la turbulencia por la destitución de Juan Pablo Cárdenas garantizando una buena función de edición y dirección. Según Luengo, *La Nación* debía ser “subida” a internet en el segundo semestre de 2001, pero como oferta independiente de *Primera Línea* (esta duplicidad de medios, sin embargo, sería modificada tras el debut de *La Nación Domingo*, más por razones financieras que editoriales).

Sin cuestionar de modo explícito a *La Nación*, Luengo también afirmó que en *Primera Línea* se hacía un “periodismo más innovador” y que el diseño de *La Nación*, aunque correcto, era “triste”.

En la ocasión también se refirió al recorte efectivo de las atribuciones del director del diario, ya que las secciones de producción (fotografía, diagramación, archivo y corrección de pruebas) habían sido traspasadas a la gerencia de medios. En cualquier diario se trataba de áreas altamente consumidoras de dinero y, por lo mismo, difíciles de auditar.

Pasadas las 11 de la mañana, Luengo concluyó su intervención y abandonó la sala. Era la hora de Hormazábal, que reiteró la visión del periódico que había socializado en los meses previos. Al momento del balance de la jornada, cualquier editor que hubiera asistido a ella podía advertir que entre ambos ejecutivos no existía homogeneidad de pareceres. Allí donde Luengo postulaba audacia, Hormazábal apostaba contención; donde Luengo quería innovación, Hormazábal moderación; donde uno soñaba cruzar las alambradas de la militancia concertacionista, el otro planteaba algo más de disciplina y encuadramiento.

Si una conclusión sobrevoló la sala al término de la reunión, esta fue que la decisión del año anterior de instalar una “bicefalia” solo podía conducir a un quiebre. ¿Cuándo? Más temprano o más tarde daba un poco lo mismo. La clave era lo inevitable de la crisis. Que esta haya sobrevenido diez meses más tarde, probablemente tiene que ver con acciones que en 2001 apuntaron a reformular el modelo de negocios de la empresa en la perspectiva de remecer el modo de operación del mercado de la prensa escrita. Una de ellas se llamó *La Voz de la Tarde*.

### **Todos contra *La Segunda***

Así como el portal *Primera Línea* apuntó a replicar el esquema de *El Mostrador* y montarse en la ola de las *puntocom*, el vespertino *La Voz de la Tarde* se insertó en el objetivo de afectar la línea de flotación de *La Segunda*, el histórico diario de la tarde de la empresa El Mercurio, en dos planos, uno comercial y otro político-periodístico: competir en el proceso de configuración de agenda en los campos de la política y la crónica, obtener menciones en los programas de tarde informativos y de debate de las radios, e influir en las pautas de los noticieros nocturnos de la televisión y de los matutinos del día siguiente.



Una línea de análisis dominante a fines de los años '80 y '90 -hija, en rigor, de la lógica de la transición- consistía en suponer la existencia de una demanda insatisfecha por un vespertino progresista que confrontara su visión de la realidad con la visión de *La Segunda*, marcadamente de derecha y determinada entonces, además, por movimientos católicos conservadores (de hecho, en el paso del autoritarismo a la democracia desde la hoy desaparecida revista *Apsi* se proyectó la creación de un periódico de tarde bajo el nombre de *El Ciudadano*, que fuera más laico y progresista que *La Época*).

La pretensión de establecer un nuevo actor significaba -tal como ocurría en aquel período en el complejo de los Edwards- retroalimentación dentro de la misma empresa entre el vespertino y la cabecera matutina. Esta mecánica, que en las oficinas de avenida Santa María operaba bajo reglas prácticamente automáticas -y cuya demostración principal se produjo en 2002, cuando Cristián Zegers transitó desde la dirección de *La Segunda* a la de *El Mercurio*-, intentó ser replicada en 1997 por el grupo Copesa, con una participación crucial del propio Luengo.

Aquel año asumió la jefatura de *La Tercera* el periodista Fernando Paulsen, lo que constituyó toda una decisión inesperada de Juan Carlos Latorre Díaz, por entonces “hombre fuerte” del conglomerado. Paulsen, si bien había estado en los '90 en el canal La Red, propiedad de Copesa, en TVN conduciendo “Medianoche” y asesorado al empresario de armamentos Carlos Cardoen, encontraba su más genuina filiación en la revista *Análisis*, a no dudarlo el medio legal más antidictatorial en los años '80 y claramente partidario de la idea de la “ruptura democrática” respecto del régimen militar más que de la transición pactada.

Paulsen fue en *Análisis* editor general y a *La Tercera* llegó en 1997 con el propósito de ejecutar un proyecto de modernización y liberalización que acomodara al diario a las nuevas realidades y temáticas que había traído la democracia al país. De paso se trataba también de desacoplarlo de su no tan lejana proximidad con los sectores más corporativistas, nacionalistas y “duros” del régimen militar, y cambiar su representación privilegiada: de los intereses de las capas medias más tradicionales a los del segmento ABC1 y de nuevos sectores medios, “aspiracionales”, intelectuales y progresistas. Desde cierta perspectiva, *La Tercera* de Paulsen también quería ganar lectoría en una cultura de centroizquierda que hasta entonces se identificaba con *La Época*, diario que comenzaba a vivir su larga agonía después de que en 1995 fracasara su asociación con Copesa.

En diversos foros Paulsen se extendió sobre lo que haría con *La Tercera* y es evidente que el diario experimentó un fuerte viraje -con importantes efectos en la plantilla de trabajadores vía despidos y renovación generacional de reporteros-, pero es probable que sea más recordado por haber lanzado el desafío más fuerte a *La Segunda* desde el golpe de Estado de 1973, cuando fue clausurada *Última Hora*, el vespertino de orientación socialista. La iniciativa de Paulsen se llamó *La Hora*, un medio puesto en la calle el 16 de noviembre de 1997.

Con el propósito de garantizar la unidad de objetivos y la sinergia entre *La Tercera* y *La Hora*, Paulsen concentró las dos direcciones. Mientras en el matutino su brazo derecho fue Alberto Luengo, para *La Hora* escogió a Luis Álvarez, periodista especializado en economía y cuya carrera hasta entonces estaba ligada a la agencia Reuters.

La batalla de Copesa y El Mercurio por la agenda de la tarde no fue grata, cómoda ni transparente. *La Segunda* aceitó y puso presión a sus equipos periodísticos, técnicos y comerciales, para cumplir con las estratégicas metas de cierre y distribución en la ciudad. También utilizó con éxito sus poderosos lazos con las elites política y económica para bloquear la entrada de la competencia.<sup>3</sup>

Desde luego su capacidad de resistencia no habría sido viable sin la apelación a su experiencia en un mercado complejo y en retroceso, como ya lo era hace casi 20 años el de los vespertinos, un sector donde la ventana de compra raramente supera las dos horas y la red de suscripciones no era relevante entonces ni tampoco lo es en la actualidad.

La batalla se extendió por dos años y cuatro meses, pero el propio Paulsen la abandonó a mitad de camino, tras dejar el grupo Copesa en diciembre de 1998. En *La Hora* lo sustituyó el abogado Clemente Pérez y en *La Tercera* debutó Cristián Bofill, quien puso como condición separar las redacciones, ya que su fórmula -como quedó demostrado desde entonces- discurría por otros carriles. En marzo de 2000, junto con el regreso a Chile del general Augusto Pinochet tras su reclusión en Londres, *La Hora* concluyó su andadura como vespertino de pago y se reconvirtió a matutino de distribución gratuita dirigido a competir con *Publimetro* en el abundante mercado

---

<sup>3</sup> El Centro de Estudios Públicos (CEP), por ejemplo, entregaba los resultados de su encuesta bajo embargo en la tarde de los jueves para que *La Segunda* pudiera publicarla completa los viernes, día en que se hacía pública para el resto de los medios. *La Hora* protestó por este acuerdo entre el CEP y *La Segunda*.

publicitario enfocado a las capas medias urbanizadas y cuyos oferentes principales son el retail, las inmobiliarias, las cadenas farmacéuticas y la compraventa de autos.

### **El vespertino breve**

¿La frustrada experiencia de *La Hora* determinó que Luengo convenciera al directorio de la empresa La Nación para intentar una aventura que combinara la gratuidad y una apuesta por influir en la pauta de radios, matutinos y noticiarios nocturnos de la televisión? Aunque esta sensación flotó en la redacción y fue objeto de debates formales e informales, Luengo matiza y define fundamentalmente la iniciativa como un intento comercial, que aprovechara la capacidad instalada de una imprenta nueva como Gráfica Puerto Madero que no se utilizaba por las mañanas. Con todo, puntualiza que *La Voz de la Tarde* también tuvo el sentido de ser un “piloto” pensando que en algún momento *La Nación* pudiera ser un diario gratuito de la mañana.

*La Voz de la Tarde* empezó a circular el 3 de julio de 2001 en un cuadro de tensión dentro y fuera de la compañía editora. Sus 60 mil copias se distribuían con un equipo propio entre lunes y viernes en el eje de la línea uno del Metro (las avenidas Alameda, Providencia y Apoquindo) en dos bloques: a las 15 horas y luego a las 19.

Los primeros días estuvieron marcados por algunos incidentes con vendedores de *La Segunda*, que intentaron impedir que los repartidores de *La Voz de la Tarde* se acercaran a los automovilistas. En la esquina de Pedro de Valdivia Norte y Costanera incluso se llegó a los golpes; paquetes de *La Voz de la Tarde* fueron arrojados al río Mapocho y los protagonistas de la gresca acabaron en la 19° Comisaría de Providencia. El gremio de suplementeros alegaba competencia desleal de una compañía además estatal, un reclamo que fue avalado por la empresa El Mercurio.

No obstante, la fricción entre la compañía La Nación y el sindicato de vendedores venía desde principios de 2000, cuando la empresa sueca Metro International, que inventó el formato de diarios gratuitos y de lectura rápida asociados al transporte público llamados *Metro*, estrenó en Chile su primer diario *Metro* en América Latina, impreso por Gráfica Puerto Madero y que sería entregado en forma exclusiva en las estaciones del ferrocarril subterráneo de Santiago.

Debido a que hasta ese momento la empresa estatal Metro S.A. no permitía la venta de diarios en sus dependencias -medida que aún mantiene-, la Asociación Nacional de la Prensa (ANP) presentó un recurso de amparo económico ante la justicia, demandando igualdad de trato a todos los periódicos, bajo el argumento -además- de que Metro S.A. incursionaba en un área de negocios distinta a la de su giro, para lo cual requeriría de una ley habilitante. La Corte Suprema falló en segunda instancia a favor de la ANP y el matutino *Metro* debió salir de las estaciones, se empezó a entregar en las bocas de ellas y modificó su nombre a *MTG*. Posteriormente adquirió su actual denominación de *Publimetro*.

Que la empresa La Nación S.A. imprimiera un producto que los afectaría, causó irritación en los suplementeros y el 19 de enero de 2000 no distribuyeron *La Nación*, acusando que sus ventas habían bajado 30 por ciento con la irrupción del diario gratuito. La Confederación de Suplementeros también probó hacerse parte del recurso de amparo económico de la ANP, aunque después la administración de la empresa consiguió reducir la tensión y hasta firmó algunos compromisos con la organización laboral.

Si bien el gestor intelectual de *La Voz de la Tarde* fue Luengo, en la dirección asumió el periodista Juan Walker, quien antes había sido editor de economía en *La Época* e integrante de una consultora de comunicaciones, mientras en la edición general desembarcó el profesional Orlando Escárate, de una larga trayectoria previa en *La Tercera*. Bajo ellos se constituyó un equipo relativamente pequeño de reporteros, jóvenes y entusiastas, de un perfil bastante próximo al que existía en el portal *Primera Línea*.

Con cierta rapidez se propagó por la empresa la idea de que aquellos profesionales disfrutaban de salarios más altos, lo que instaló un clima de desconfianza y resquemor entre ambas redacciones. Desde su cargo de “supradirección”, Luengo también comenzó a ejercer presión para que *La Nación* replicara en su pauta del día siguiente contenidos de *La Voz de la Tarde*, para lo cual estableció una junta diaria de editores generales de los tres medios a las 15 horas, sumando a *Primera Línea*. Otro factor que enfrió las relaciones de los equipos de los dos periódicos fue el “subsidio” que en la práctica suministró el matutino al vespertino: los reporteros de *La Nación* tenían problemas para utilizar en las tardes los escasos autos, ya que estos debían repartir ejemplares de *La Voz de la Tarde* en las radios de Santiago. Con base o sin ella, se instaló pronto

en *La Nación* la percepción de que la empresa quería potenciar *La Voz de la Tarde* y devaluar el matutino hasta causar su extinción.

El cuadro de hostilidad en la calle a que se enfrentaron los repartidores de *La Voz de la Tarde* hasta cierto punto resultó menor en comparación con la oposición ideológica que planteó la empresa El Mercurio a través de la ANP. El 16 de julio de 2001 el presidente de la entidad corporativa, el abogado Carlos Schaerer, ejecutivo también del diario *El Mercurio*, del cual hoy es su director, manifestó la inquietud gremial por el hecho de que *La Voz de la Tarde* asumiera como política editorial un carácter misional de regulación del sistema mediático, sin considerar la sustentación financiera del proyecto. Naturalmente la definición que había postulado *La Voz de la Tarde* al empezar a circular se inscribía en la estrategia del “tercer actor” que Aleuy había explicado al cuerpo de editores de *La Nación* diez meses antes.

A esta protesta se agregó el 3 de agosto de 2001 una declaración similar a la de la ANP suscrita por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Lo más sorprendente, sin embargo, es que la empresa La Nación S.A. era socia de la ANP y, por tanto, desde un punto de vista teórico tenía tantos derechos de emprendimiento como los de El Mercurio. “Además, somos de los pocos medios que están con las cuotas al día”, sostenía risueñamente el gerente general, Francisco Feres, en medio de la ofensiva mercurial.

Pero *La Voz de la Tarde* no funcionó. Aunque al comienzo tuvo grandes avisos, estos obedecieron más bien a la cortesía habitual de las agencias de publicidad con los medios nuevos. Con el correr de las semanas, la merma de anunciantes se extendió y todo se convirtió en déficit; a diferencia de *La Nación*, el vespertino *La Voz de la Tarde* no recibía ingresos por venta y tampoco capturaba avisaje estatal ni legal. En paralelo, el elenco original de reporteros empezó a dispersarse. El proceso de disolución se aceleró después de que Luengo asumiera en *La Nación* el 1 de abril de 2002 tras la virtual destitución de Guillermo Hormazábal. A esa altura, el vespertino agonizaba sin haber conseguido sus dos objetivos más preciados: aprovechar su carácter gratuito para captar publicidad e influir en la pauta de los otros medios golpeando a *La Segunda*. Un elemento que también influyó en el declive, y que no se anticipó, fue que Copesa sacó en paralelo una versión de tarde y también gratuita de *La Hora*.

Para el Mundial de Fútbol de 2002 *La Voz de la Tarde* dio sus últimos aleteos. En una pequeña y desordenada habitación la sostenía un número mínimo de reporteros que obtenían información de la televisión, las radios y portales de internet. El 1 de julio finalmente se bajó la cortina. ¿Cuánto costó a La Nación S.A. la apuesta del vespertino? El cálculo más conservador habla de un millón de dólares. ¿El más alarmista?: un millón y medio.

No deja de ser sintomático que Luengo hablara del fracaso de *La Voz de la Tarde* en el diario que volvía a imponerse en el mercado de la tarde: *La Segunda*. En una entrevista con ese medio, el ya director de *La Nación* dijo sentir “tristeza por no haber podido consolidar una opción de periodismo de calidad en un diario gratuito”. A su juicio, hubo tres razones que abortaron el desarrollo del producto: una de carácter comercial, ámbito donde señala que siendo “enemigo de la conspiración”, acepta que “no logramos ganarnos el favor de los avisadores. [...] En Chile cuesta mucho convencerlos de un proyecto nuevo”. Otro elemento adverso habría sido que *La Voz de la Tarde* empezó a circular en un momento económico y publicitario difícil, en el cual el mercado confía en actores probados, y -en tercer lugar- una falla de cierre. “Me convencí de que el horario tiene que ser a las 13.30 horas y no más tarde”. Luengo también admite que “no previmos que el mismo día la competencia nos pondría otro diario gratis [*La Hora*] a marcarnos. Si no había espacio para uno, para dos..., pero, bueno, esas son las reglas del juego”.

La principal interrogante tras la frustrada experiencia de *La Voz de la Tarde* es por qué no hubo avisadores para un medio que al ser gratuito garantizaba un piso de 60 mil lectores y, en cambio, sí los había para iniciativas similares, como *Publimetro* y las dos versiones de *La Hora*. Si se examinan los contenidos del vespertino de La Nación S.A., es evidente que se trató de una oferta ubicada en un estricto periodismo informativo.

Aunque en 2001 se especuló con que su propósito era apuntalar las candidaturas parlamentarias de la Concertación para las elecciones de diciembre de ese año, una revisión cuidadosa revela que no hubo praxis proselitista; incluso el talante de quienes tomaban las decisiones sobre pauta confirma la ausencia de utilización política del diario. En este sentido es factible avalar la hipótesis de que *La Voz de la Tarde* no logró superar la barrera de la desconfianza, si no del franco rechazo, que *La Nación* despertaba en avisadores y agencias publicitarias.

Sin embargo, y con énfasis, Luengo ahora agrega una razón también interna para que el vespertino gratuito no captara publicidad: “La inexperiencia total de la empresa La Nación de salir a vender avisos al mercado. No sabían vender avisos”.

A pesar de que Luengo y su equipo se esforzaron de modo deliberado en escindir ambas iniciativas -en rigor, *La Nación* pudo haberse transformado a matutino de consumo gratuito y no haber creado un actor distinto-, el mercado no creyó en la tesis de que *La Voz de la Tarde* tenía un objetivo periodístico y comercial, y no político-ideológico de agitación en función de los intereses del gobierno y la Concertación.

Con todo, la falla de la empresa La Nación S.A. con su vespertino trascendía a esta y se insertaba en la compleja relación que se estableció entre anunciantes -sobre todo los formadores de tendencias- y el Estado democrático y la coalición de centroizquierda en el proceso de transición a la democracia y que ha sido abundantemente documentada.

En este mar de fondo, no obstante, también es posible apuntar a algunos indicios propios del modo de funcionamiento del periodismo y que muestran la depreciación de los vespertinos que se vivía en aquellos años y que ha conducido, por ejemplo, a las transformaciones que ha experimentado *La Segunda* en los últimos años bajo la conducción del periodista Mauricio Gallardo y la amenaza de reducción de plantilla, cierre o migración a internet. En 2001 el desarrollo de la televisión matinal, abierta y por cable, los portales de internet y los extensos programas de noticias y entrevistas de las radios, habían estrechado la brecha para los diarios de la tarde, cuya oportunidad de venta tampoco podía ir más allá de las 16 horas.

Aparte de los cambios en *La Segunda*, dos ejemplos de los últimos años confirman esta idea de crisis del modelo: los históricos vespertinos *Crónica*, de Concepción, y *La Estrella*, de Valparaíso, evolucionaron a matutinos orientados al mundo popular, complementarios de los medios de referencia de ambas ciudades, *El Sur* y *El Mercurio*, respectivamente.

De hecho, aunque los datos financieros no eran públicos, en el mercado y los demás medios se estimaba que al poner en la balanza el dilema entre sustentación económica y valor político-periodístico para la cadena El Mercurio de su diario de la tarde, las cosas se inclinaban por la segunda dimensión (el primer informe de KPMG de circulación auditada, correspondiente a 2003,

reveló que *La Segunda* tiraba un promedio de 40 mil 870 ejemplares al día, ubicándose solo por encima de *La Nación* en los diarios generalistas de Santiago).

### **Cae otro director**

La erosión constante de *La Voz de la Tarde* en el primer semestre de 2002 se produjo en forma simultánea a la caída de Guillermo Hormazábal de la dirección de *La Nación*. La etapa final del proceso que puso término al “doble comando” en el matutino -el de Hormazábal y el de Luengo- se comenzó a escenificar el lunes 18 de marzo. Ese día, apenas pasadas las 10 horas y al terminar la reunión de pauta en la vidriada sala de editores, Hormazábal pidió a sus colaboradores inmediatos que lo acompañaran al más privado espacio de su oficina de dirección con vistas a la Plaza de la Constitución. Allí les informó que el directorio quería que la gestión de *La Nación* la asumiera Luengo con un estatuto de director ejecutivo sin abandonar la función de gerente de medios. Hormazábal no debía irse, sino solo dar un paso al costado y aceptar una dirección sin apellido, pero también sin gobierno. La misma disputa de un año y medio antes volvía a presentarse. En la cita, Hormazábal explicó a su equipo que le habían solicitado una semana de reflexión, aunque adelantó que lo más probable era que rechazara una oferta que él creía ofendía su biografía profesional.

No se trató de la única noticia esa mañana: Sebastián Campaña, el editor general que aún no cumplía un año en el puesto, comunicó que a partir del 1 de abril se haría cargo de la edición general de un semanario ya en marcha blanca llamado *Siete+Siete*.

La nueva crisis en la dirección se filtró con rapidez a los demás medios de comunicación, donde de inmediato adquirió el agrio tono de una disputa entre la Democracia Cristiana y el Partido Socialista y el Partido por la Democracia.

El hecho de que a principios de enero de 2002 el Presidente Ricardo Lagos hubiese remodelado su gabinete y sustituido en el Ministerio Secretaría General de Gobierno al DC Claudio Huepe por el PPD Heraldo Muñoz favoreció tal interpretación, ya que Hormazábal perdió su respaldo en La Moneda, a pesar de que Lagos le tenía un personal aprecio debido al rol que jugó la radio Chilena en favor de la democracia durante la dictadura.



Otro elemento que contribuía a debilitar la posición del director era el triunfo, a fines de enero, del sector más distante del gobierno en las elecciones internas de la DC encarnado por el senador Adolfo Zaldívar. Este evaluó la situación con el propio Hormazábal, instancia en la que coincidieron en que el periodista demócratacristiano no podía aceptar la fórmula que le proponía el directorio de La Nación S.A. Para el parlamentario por la Región de Aysén se trataba, además, de un gesto de protesta contra el entonces llamado polo progresista y el laguismo, a los que atribuía el objetivo de intentar dañar a la DC y por esta vía disolver el centro político.

Las cosas discurrieron según lo anticipado. El 25 de marzo Hormazábal formalizó su dimisión y el 28 el directorio de la empresa ejecutó el plan que aplazó por 18 meses: nombró a Luengo como nuevo director de *La Nación* -olvidando persistir con la fórmula de la gerencia de medios, lo que confirmó así el uso instrumental que el cargo tuvo para el rol de Luengo- y el control editorial sobre *La Voz de la Tarde* y *Primera Línea*.

Luengo puso a Juan Walker en la subdirección de *La Nación*, entregó la dirección de *La Voz de la Tarde* a Orlando Escárte y trajo desde Copesa a Marcelo Padilla para la edición general de *La Nación*, aunque él en realidad ejerció como editor de crónica hasta que partió a *La Nación Domingo*. La “bicefalia” de Hormazábal y Luengo había llegado a su fin y se establecían así las condiciones estructurales para la gran reforma que supondría la aparición de *La Nación Domingo* cien días después.

La clausura del vespertino *La Voz de la Tarde*, a principios de julio, significó desde antes un reacomodo de piezas dentro de *La Nación*. En junio de 2002, poco más de dos meses después de asumir la dirección y tras un período de evaluación, Luengo despidió a un número importante de reporteros y jefes, varios de los cuales llevaban un largo tiempo en la empresa.

El ajuste de la plantilla fue interpretado en su momento en un doble plano, de sentido distinto, pero no necesariamente contradictorio: la creación de cupos para los periodistas de *La Voz de la Tarde* que Luengo quería que permanecieran en la empresa, en el escenario del cierre inminente del vespertino, o una operación para eliminar del plantel a presuntos herederos demócratacristianos del exdirector Guillermo Hormazábal.

La segunda hipótesis se sostenía sobre la base de la salida de dos profesionales de inequívoca militancia DC -uno incluso dirigente metropolitano del Colegio de Periodistas- y el desplazamiento

de Myriam Verdugo, viuda del sindicalista Manuel Bustos, de su cargo de editora del suplemento “La Nación Semanal” a la coordinación de *La Nación Domingo*, si bien esta última se trató de una responsabilidad más formal que efectiva, tal como quedó demostrado en los meses siguientes ya con *LND* en régimen.

No obstante, una revisión más justa de las exoneraciones muestra que ellas tuvieron en lo grueso motivos profesionales, aunque estos no fueran fáciles de explicitar. Naturalmente, Luengo justificó su decisión a partir de la necesidad de reducir costos, los que habían saltado con la fallida *La Voz de la Tarde* y la aparición ya próxima de *La Nación Domingo*. De esta manera, a mediados de 2002, el escenario que Luengo y el directorio querían para el nuevo proyecto ya estuvo dispuesto.

### **Negociando con Prisa**

¿Pudo no haber existido *La Nación Domingo*? O expresado de otra manera: ¿pudo haber tenido otra fisonomía? Ambas opciones eran viables -y eso define su pertinencia- si las negociaciones que la empresa La Nación S.A. abrió en 2001 con el poderoso grupo medial español Promotora de Informaciones Sociedad Anónima (Prisa), que edita entre varios otros medios el diario madrileño *El País*, hubiesen llegado a resultados exitosos.

Que Prisa se instalara en Chile con un producto propio de talante socialdemócrata en política, liberal en materias culturales y laico en cuestiones religiosas, constituyó en los años ‘90 el sueño dorado de muchos periodistas “progres” y dirigentes del bloque socialista-pepedeísta.

El hecho de que durante los años ‘90 grandes grupos empresariales y financieros españoles invirtieran en América Latina, dentro del esquema de desarrollo regional que combinó privatizaciones, retiro del Estado de actividades productivas y de servicios, y redemocratización, contribuyó a que Prisa también quisiera subir a la ola expansiva de los capitales peninsulares por el continente. Este proceso de “globalización transatlántica” fue acompañado en el plano diplomático-político por la inserción plena de España en la Unión Europea (UE) y su decisión de reconstruir el sentido cultural e histórico de una comunidad iberoamericana en el contexto, además, de los 500 años del Descubrimiento de América. Según Luengo, “*El País* pensaba llegar como

heraldo de esta arremetida empresarial y esperaba, por lo mismo, tener asegurado el avisaje de las empresas de origen español”.

La elección de Ricardo Lagos, históricamente cercano al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), en particular al expresidente del gobierno hispano Felipe González -y por extensión a los gestores de Prisa en su estructura accionaria de hace dos décadas-, parecía allanar el camino para la fundación de un medio de referencia de aire “europeo”. Contra la percepción -o sensación- dominante en el periodismo de fines de los años ‘90, en su origen *El País* fue un proyecto gestado por dirigentes aperturistas y europeístas del franquismo, liberales y demócratacristianos -e incluso un intelectual comunista-, pero no del PSOE. La proximidad de Prisa con el PSOE y Felipe González se produjo con posterioridad. Hoy, además, la forma de propiedad de Prisa, como efecto de la profunda crisis financiera que vivió el grupo, es muy diferente a la de los años 2000-2001<sup>4</sup>.

Desde luego *El Mercurio* entendió la amenaza que podía significar Prisa y decidió airearla. El 9 de diciembre de 2001, en su Cuerpo de Reportajes y bajo el título de “Los negocios de *La Nación*”, informó que al menos un integrante del directorio de la empresa estatal había abordado con “hombres fuertes” de Prisa la opción de una “asociación”.

Los interlocutores españoles eran Juan Luis Cebrián, primer director de *El País*, entre 1976 y 1988, y en 2001 consejero delegado (CEO) del holding ibérico, y Jaime Polanco -sobrino de Jesús Polanco Gutiérrez, el entonces empresario controlador de Prisa-, responsable de la estrategia del grupo mediático para América.

Cebrián había estado en Santiago a fines de octubre de 2001 para presentar su libro *El futuro no es lo que era*, volumen que recoge dos intensos días de diálogo sobre historia, política y cultura entre el periodista y Felipe González en una finca cercana a Madrid. Su llegada fue propiciada por una invitación de la Universidad de Chile y radio Cooperativa y durante su permanencia se entrevistó con el Presidente Lagos, donde se habría abordado el proyecto de un periódico local.

Polanco, en tanto, estaba en Chile al salir el reportaje de *El Mercurio*. De acuerdo con las fuentes de este diario, la embrionaria idea consistía en levantar un diario nuevo, donde la empresa La

---

<sup>4</sup> CEBRIÁN, JUAN LUIS, *Primera página. Vida de un periodista 1944-1988*, Debate, Madrid, 2016.

Nación S.A. pondría sus prensas y sistema de distribución y Prisa el *know how* y la gestión de un medio de comunicación.

Según la actual visión de Luengo, “Lagos estaba auspiciando esas negociaciones de la forma como era Lagos, como uno más de los círculos que daban vueltas”. No obstante, manifiesta su escepticismo respecto de la hipótesis de que en Chile se hubiese afirmado y financiado un periódico de referencia que encarnara al amplio y heterogéneo campo de la izquierda democrática, el liberalismo y el progresismo, aunque admite que efectivamente había un planteamiento de la izquierda modernizada o renovada e intelectual por un medio que la representara y le permitiera intervenir en el debate de los asuntos públicos.

Agrega Luengo que esto explica iniciativas como la propia *La Nación Domingo*, *El País*, *Le Monde*,<sup>5</sup> *El Periodista* y otros proyectos, pero advierte también: “Yo hoy descreo de esa fórmula, en ese tiempo me parecía una alternativa, aunque siempre tuve la sensación de que no iba a ser posible, porque la izquierda intelectual chilena no tiene la densidad, la fuerza intelectual y los vínculos con el empresariado y, por tanto, con el poder del avisaje, que permitan sostener un medio tradicional fuerte y profundo”.

*La Segunda* siguió la historia de las negociaciones y el 13 de diciembre informó que el día anterior había regresado Polanco a España tras sondear la posibilidad de hacer algún *joint venture* con La Nación S.A. Al comenzar a hablar con la empresa, Prisa tenía alguna experiencia en el mercado de diarios de la región, ya que en Bolivia había adquirido en 2000 al empresario local Raúl Garafulic los diarios *La Razón* y *Extra*, de La Paz, y *El Nuevo Día*, de Santa Cruz, además de la cadena de televisión ABT (el negocio concluyó con un litigio en 2007 en un tribunal internacional de comercio, debido a que la contraparte boliviana de Prisa no cumplió con las condiciones del trato, y la salida del grupo hispano del país altiplánico).

Tras el verano de 2002, el tema reflató en las cabeceras de El Mercurio -desde luego la empresa que, a lo menos en teoría, más podría verse afectada en su carácter referencial si surgía una alternativa de centroizquierda que siguiera las aguas de *El País*- y el 21 de marzo *La Segunda* informó que la turbulencia que estaba causando la renuncia de Hormazábal a la dirección de *La*

---

<sup>5</sup> Alberto Luengo también preparó el proyecto periodístico de lo que sería la versión chilena de *Le Monde*, para lo cual incluso se comprometió a inversionistas nacionales interesados en la idea.

*Nación* se cruzaba con las tratativas con Prisa. Instalado ya Luengo en la jefatura de *La Nación*, el semanario *Qué Pasa*, en su edición de 5 de abril, desarrolló su historia de portada sobre la asociación La Nación S.A.-Prisa. Allí señaló que el ministro Claudio Huepe apoyaba las conversaciones, pero que su sustitución por Heraldo Muñoz en enero las había ralentizado.

Según la revista, el modelo en exploración seguía las bases de un producto en la línea de *El País*, donde Prisa tendría 51 por ciento de la propiedad de una nueva sociedad editora y, por tanto, la gestión periodística, además de adquirir 40 por ciento de la imprenta Gráfica Puerto Madero (el 60 por ciento restante seguiría en manos de La Nación S.A.). Señala también que el directorio de la empresa La Nación S.A. había formado un comité encargado de las negociaciones, integrado por Jorge Awad, Mahmud Aleuy y Enrique Alcalde; los dos primeros representaban las acciones estatales y Alcalde los papeles privados. En este esquema quedaba fuera el *Diario Oficial* y nada se aclaraba acerca de qué sucedería con el diario *La Nación*.

*Qué Pasa* menciona, asimismo, un documento elaborado por Cebrián con un título de sentido doble “La Prisa del siglo XXI”. En este el consejero delegado desarrollaba el plan de negocios del grupo y su conversión a conglomerado multinacional.

El texto, en rigor, es el informe o memoria que Polanco Gutiérrez y Cebrián presentaron a comienzos de 2001 a los accionistas del *holding* al hacer el balance del año 2000. En su carta de introducción Polanco señala que “la internacionalización, enfocada muy en especial hacia los mercados hispanos, es el gran pilar del desarrollo de Prisa. Desde la salida a Bolsa de nuestra compañía hemos incrementado de manera apreciable nuestra presencia en América. A través de alianzas y de nuevas adquisiciones hemos ampliado nuestra implantación en Centroamérica y en países como Brasil y Bolivia, además de la extensión de nuestras actividades en el sector editorial, en la radio, la producción y distribución discográfica y la producción audiovisual. América Latina, al margen de coyunturas y dificultades transitorias, está llamada a ser una de las regiones de mayores tasas de crecimiento del planeta y a vivir un período de despegue económico en el que creemos y al que queremos contribuir desde nuestras empresas. Hemos creído en América y creemos en América. Hoy, una cuarta parte de los ingresos de Prisa proceden de fuera de España, y en los próximos años nos proponemos incrementar considerablemente dicha proporción”.

Cebrián, a su vez, escribía que “en la persecución del mercado global del castellano, nos vemos inmersos, por lo demás, en una lucha contra el tiempo, compitiendo con conglomerados internacionales de mayor dimensión y más antigua experiencia”.

“Por lo mismo, tendremos que multiplicar nuestra política de alianzas e impulsar una estrategia de adquisiciones que nos permita alcanzar un volumen adecuado de la compañía en un plazo relativamente corto. Todo ello habrá de abordarse en el marco de nuestra ya tradicional manera de hacer, basada en el respeto a los derechos de los ciudadanos como titulares de la libertad de informar y del derecho a la educación, y como consumidores de ocio y cultura. Nuestras metas implican ambiciosos objetivos de crecimiento en facturación y beneficios, así como aumentar considerablemente el peso de la actividad internacional en la composición de los ingresos totales de la compañía”, agregaba el entonces consejero delegado.

Cebrián sostenía que “en la persecución de nuestras metas estaremos ayudados por el arma fabulosa de la unidad del castellano: un mismo diccionario, una misma gramática e igual ortografía hacen de nuestra lengua un formidable instrumento de trabajo a la hora de alcanzar un mercado compuesto por casi 400 millones de personas y en continua expansión cultural y lingüística”.

El horizonte del conglomerado, afirmaba, era convertir a Prisa hacia fines de la década en “el primer grupo de medios, educación, cultura y entretenimiento en castellano. Ese es nuestro compromiso y esa nuestra ambición”.

Chile no era ajeno ni distante a Jesús Polanco, ya que antes de la formación de Prisa en 1972, su editorial de textos escolares, Santillana, se había convertido, a fines de la década de los ‘60 a través de la empresa local Santillana del Pacífico S.A., en proveedora del material didáctico ajustado a los nuevos parámetros establecidos en la reforma educacional que impulsó el Presidente Eduardo Frei Montalva.

El hecho de que en Santillana del Pacífico haya participado Hernán Cubillos Sallato, canciller de la dictadura entre 1978 y 1980 y antes presidente de la empresa El Mercurio, dio pábulo para que en España se acusara a Polanco de haber hecho negocios con autoritarismos en América Latina auspiciado por el régimen franquista.

El periodista e investigador español Jesús Cacho -hoy director del diario electrónico madrileño *Vozpópuli*- ha escrito que en más de una ocasión, Polanco -fallecido en 2007- comentó que “Chile es el país al que más le debo”. Un cuadro parecido de demanda de materiales de enseñanza se produjo en Colombia en los años ‘70 y ‘80, lo que explica la importancia de ambos países en el desarrollo posterior de las iniciativas de Prisa en el campo de las comunicaciones.<sup>6</sup>

El eventual acuerdo de La Nación S.A. con Prisa, sin embargo, se frustró a mediados de 2002, un par de semanas después del estreno de *La Nación Domingo*. En un artículo preparado por la periodista Carmen Gardeweg para *La Segunda*, y presumiblemente basado en el accionista privado Enrique Alcalde como fuente, se explicó que Juan Herrero, un alto funcionario de Prisa cercano a Jaime Polanco, dijo al vespertino que las conversaciones con La Nación S.A. se “congelaban” y que, por lo tanto, un viaje que haría a Madrid el comité de directores de la empresa estatal se suspendía.

De acuerdo con Gardeweg, el propio Polanco le informó la decisión de Prisa al Presidente Lagos con ocasión de la gira del mandatario a España para la firma del acuerdo de la asociación de Chile con la Unión Europea (UE). Con todo, Gardeweg agregó que el entonces senador socialista Carlos Ominami, en esa época relativamente próximo a Lagos, había propiciado que Prisa se acercara a Copesa, para lo cual facilitó una bilateral entre Polanco y Álvaro Saieh, controlador ya de la empresa editora de *La Tercera*.<sup>7</sup>

En la misma edición de *La Segunda*, el gerente general de La Nación S.A., Francisco Feres, precisaba que nunca estuvo en juego la marca de *La Nación* como diario autónomo, sino que siempre se habló de crear con Prisa otra sociedad, donde la empresa pública iría en minoría y que a través de Gráfica Puerto Madero prestaría servicios de impresión como a cualquiera otro cliente libre. No obstante, el español Herrero le aseguró a Gardeweg: “A ellos no les importaba que el nombre [de *La Nación*] se perdiera, vamos...”.

---

<sup>6</sup> CACHO, JESÚS, *El negocio de la libertad*, Foca Investigación, Madrid, 1999. Se trata, sin embargo, de una obra muy crítica de las actividades empresariales del grupo Prisa.

<sup>7</sup> Entre noviembre de 2010 y mediados de 2018 Copesa publicó en Chile la edición internacional de *El País*, la que vendía atada con la suscripción de *La Tercera*, aunque en un cuadro empresarial diferente al de diez años antes. La fuerte reestructuración de Copesa que arrancó en marzo de 2018 significó el término de la impresión a nivel local de la edición internacional de *El País*.

Para Alberto Luengo -según la revista *Qué Pasa*, Luengo y Juan Walker eran quienes coordinaban las reuniones en Santiago de los delegados de Prisa-, en la medida de sacar a circulación *La Nación Domingo* influyó la dilación indefinida del diálogo con el grupo español.

Luengo explica que Prisa quería abrir un diario en Chile y que consideraba a la empresa La Nación un buen socio para lograrlo: “Estaban evaluando alternativas y encontraron que *La Nación* tenía dos o tres cosas que a ellos les convenían, que eran una relación en el mercado, sistema de distribución e impresión, y sentían que podía haber acuerdo político para que *La Nación* se desligara de alguna manera del gobierno y fuera vendida o licitada, pero no se llegó nunca a acuerdo”.

A diferencia de Feres y su afirmación de un emprendimiento comercial distinto a la empresa La Nación S.A. y una nueva identidad para el eventual periódico -no una reconversión de *La Nación* a los estándares de *El País*-, Luengo precisa que en algún punto de las conversaciones se habló de remodelar *La Nación*, aunque sin llegar a delimitar la forma que esta reforma adquiriría: “Recuerdo que en cierta ocasión la gente de Prisa dijo ‘no, no, *La Nación* no es una marca muerta, es competitiva’”. Agrega Luengo que los interlocutores hispanos mencionaron un par de experiencias donde habían rescatado marcas deprimidas de medios de comunicación. “Ellos decían que las marcas se pueden recuperar”, indica.

No obstante, Luengo aclara que la figura legal que tendría la asociación entre Prisa y La Nación S.A. nunca se resolvió, “pero en la cabeza o la imaginación de Prisa podía estar incluida la idea de que *La Nación* como marca permaneciera, porque les gustaba la marca *La Nación*”.

A su juicio, sin embargo, al Presidente Lagos le atraía más la idea de establecer un tercer producto: “Que se instalara un diario cuya plataforma inicial fuera la infraestructura de La Nación, pero que se llamara de otra manera y pudiera vivir posteriormente”.

Aunque en 2002 se habló de que el desistimiento de Prisa pudo deberse a los problemas que el *default* de Argentina de fines de 2001 tuvo en las cuentas de las empresas españolas que habían apostado por invertir en América Latina, Luengo tiene otra opinión. A su juicio, Prisa optó por privilegiar un acuerdo que desde 1998 mantenía con el grupo francés editor del diario *Le Monde* que contenía tres elementos o terceros proyectos: desarrollo de periódicos regionales en el sur de Francia, identificar iniciativas similares en América Latina y otras áreas, como internet. Estas



acciones, no obstante, solo avanzaron en los medios en territorio galo a través de Investissements Presse Regionale (IPR), y la operación respecto de América Latina se diluyó.

Con todo, al correr de la década, Prisa fue aumentando su relación con *Le Monde*, debido a la fuerte crisis financiera que enfrentó el diario francés (hoy Prisa tiene poco más del 15 por ciento de la propiedad, porcentaje que a mayo de 2019 tendría en venta).

Prisa, en todo caso, no abandonó Chile ni mucho menos tras el fallido diálogo con La Nación S.A. Lo que hizo fue orientarse de manera decidida a un sector históricamente menos contaminado desde el punto de vista político y, por lo mismo, más autónomo de las veleidades de los gobiernos: las radios.

En paralelo con las conversaciones con La Nación S.A., en el curso de 2002, Prisa Internacional creó con la empresa colombiana Valores Bavaria el Grupo Latino de Radio (GLR); en esa asociación los españoles adquirieron 86,7 por ciento de las acciones y los latinoamericanos el 13,3 por ciento (tiempo después Prisa tomó la totalidad de la propiedad). En ese momento la compañía de Colombia estaba presente en Chile por medio del Consorcio Radial de Chile (CRC), que entró al medio nacional en 1995 a través de un acuerdo con la radio Finíssima y que alcanzó a tener cuatro formatos. La formación del Grupo Latino de Radio permitió a Prisa ingresar a Chile a través de CRC. El proceso de expansión de Prisa experimentó su salto mayor a fines de 2006, cuando compró las estaciones que poseía el grupo Claxson -participado por el holding venezolano Cisneros y un fondo de inversión de Estados Unidos- bajo el nombre de Iberoamerican Radio Chile.

A partir de entonces, como Iberoamericana Radio Chile (IARC), Prisa Radio enlazó en una sola administración al día de hoy 11 formatos en el mercado local. La suma de sus audiencias pone al grupo a la cabeza de sintonía a nivel nacional.

El viraje de Prisa hacia el espacio radial -o su desconfianza respecto de las perspectivas de la prensa escrita en América Latina- dejó a la empresa La Nación S.A. de nuevo como un jugador solitario y autónomo, pero con un producto potente en desarrollo, *La Nación Domingo*, el que luego con inusitada rapidez se convirtió en un actor al cual había que tomar en cuenta.

## CAPÍTULO 2. NOTICIAS DEL EXTERIOR

Una mañana de noviembre de 1999, el editor de la sección de política de *La Nación*, Libio Pérez, se acercó a un grupo de reporteros a la hora del café para relatarles que la noche anterior había asistido a una reunión que constituía un rito del oficio de reportero de partidos políticos en los años '90: los diálogos *off the record* que el activo periodista Jorge Pozo organizaba una vez a la semana -normalmente los lunes- en la Corporación Libertas.

En esta organización, próxima al Partido Alianza de Centro (PAC) -rama del Partido Nacional que en 1988 optó por sumarse al No y a la Concertación- y financiada por el Partido Democrático Liberal (FDP) alemán, una veintena de profesionales intercambiaba información con un dirigente político o gubernamental, en torno a un trago o un café, bajo la condición de que los antecedentes entregados por el invitado de turno podían ser utilizados como contexto o *background* para artículos, pero sin atribución de fuente.

En la sesión a la que acudió Pérez, el protagonista había sido Francisco de la Maza, alcalde en funciones de la comuna de Las Condes e integrante del entorno más próximo del abanderado presidencial de la derecha, Joaquín Lavín, el grupo conocido mediáticamente como “samuráis”. En la ocasión, De la Maza había dibujado un crudo y oscuro panorama de la campaña del candidato de la Concertación, Ricardo Lagos.

Los datos e interpretaciones presentados por De la Maza establecían de manera inequívoca que el exministro de Educación y Obras Públicas perdería frente a Lavín en las inminentes elecciones del 12 de diciembre de 1999. Lavín, de hecho, tenía buenas posibilidades de lograr la mayoría absoluta en primera vuelta. La ventaja que Lagos pareció consolidar el 30 de mayo de ese mismo año, tras vencer con amplitud al senador demócratacristiano Andrés Zaldívar en una primaria donde votó más de un millón de personas, se había evaporado.

Las declaraciones del “samurái” sorprendieron al plantel periodístico de *La Nación*. En el diario dominaba una percepción distinta, la que había establecido a través de sus análisis Mahmud Aleuy,

presidente del directorio de la empresa<sup>8</sup>, que planteaba que Lagos ganaría de todos modos y que los presagios del lavinismo solo respondían a una operación comunicacional fuertemente sostenida por el duopolio de la prensa escrita formado por los grupos El Mercurio y Copesa. Aleuy tenía autoridad para opinar sobre la realidad de la campaña, ya que por su condición de experto electoral del Partido Socialista mantenía línea directa con Lagos.

Sin embargo, los números de los “samuráis” no estaban mal encaminados, ya que incluso con el correr del tiempo se hizo bastante claro que entre septiembre y noviembre de 1999 efectivamente Lavín estuvo por encima de Lagos, a lo menos en la perspectiva de la primera ronda. En una entrevista con *El Mercurio*, después ya de la asunción de Lagos, su ministro del Interior, José Miguel Insulza, admitió que si la elección se hubiese producido en septiembre de 1999, la ganaba Lavín. Lo mismo afirmó en la entrevista en forma de libro *Hombre de Estado: la vida política de José Miguel Insulza* que en 2015 publicaron Álvaro Peralta Artigas y Enzo Pistacchio Sassarini en la editorial Zig-Zag.

La encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP) correspondiente al período septiembre-octubre de 1999 proyectó 39,9 por ciento para Lagos y 38,2 por ciento para Lavín, lo que debido al margen de error reflejaba virtualmente un empate técnico. El problema para Lagos consistía en que en el sondeo anterior, de abril-mayo del mismo año, Lavín estaba más de 13 puntos por debajo.

Insulza, ministro secretario general de la Presidencia en la etapa crepuscular de la administración del mandatario Eduardo Frei, fue acusado por la UDI de idear la maniobra que abortó la victoria de Lavín: obligar al Congreso a votar un paquete de reformas laborales días antes de los comicios del 12 de diciembre. Los parlamentarios de derecha se opusieron a la legislación, ya que esta dañaría la creación de empleo en un cuadro de crisis económica como la que se vivía el '99. La UDI ha construido a partir de este antecedente su explicación de la derrota de Lavín, una interpretación que hizo dominante en los medios y partidos de derecha.

Con todo, el bloque formado por la UDI y RN vivió una noche de exaltación el 12 de diciembre. Lavín logró el 47,51 por ciento de los votos y Lagos el 47,96 por ciento. Sobre un total de más de 7 millones de sufragios, la diferencia entre ambos apenas fue de 31 mil 140 preferencias, es decir,

---

<sup>8</sup> Desde antes de asumir la presidencia de La Nación S.A., Aleuy era reconocido como el gran experto electoral del Partido Socialista y era habitualmente consultado por los periodistas de política de todos los medios.

aproximadamente un voto de diferencia por mesa. Se trataba sin duda de un virtual empate, un cuadro que no estaba en la estimación visible de los actores político-partidarios.

El sistema se había polarizado y más de alguien postuló que el balotaje, en rigor, se había anticipado, ya que entre Lagos y Lavín concentraron el 95,47 por ciento de los votos válidos. Los otros cuatro competidores -la presidenta del Partido Comunista, Gladys Marín; el candidato del Partido Humanista y Los Verdes, Tomás Hirsch; la ecologista Sara Larraín y el exsenador demócratacristiano por la Región del Biobío Norte, Arturo Frei Bolívar, pasado a la ultraderecha- no sumaban 5 por ciento del total, índices acaso testimoniales.

No obstante, esa franja de votantes de las candidaturas de escaso respaldo era la única reserva a que podían apelar Lagos y Lavín para dirimir. En tal horizonte Lagos tenía mayores opciones de crecimiento, pues los adherentes de Marín, Hirsch y Larraín deberían apoyarlo. Consciente la alianza UDI-RN de que solo contaba con los pocos adherentes de Frei Bolívar, concentró su objetivo en minar las bases de la Concertación, apuntando su mirada en los sectores de centro. De acuerdo con su evaluación, había una potencial cifra de personas que habían votado por Lagos con cierta inseguridad, porque no creían que Lavín fuera tan competitivo como resultó ser, pero que al ver que sí lo era podrían atreverse a dar un salto y cambiar de opción.

En *La Nación*, en particular, los datos de la primera vuelta constituyeron un punto de inflexión. A media tarde del 12-D, Mahmud Aleuy le adelantó al responsable del comando de Lagos, Genaro Arriagada, una proyección que mostraba al exministro Lagos imponiéndose con mayoría absoluta. Esta información -que también circuló por la redacción de *La Nación*- fue la que hizo a Arriagada cometer una de las fallas comunicacionales más recordadas de esa jornada. El dirigente DC sostuvo ante la ansiosa prensa en el lobby del Hotel Carrera -cuartel general de la candidatura de Lagos a metros de La Moneda y hoy sede de la Cancillería- que “puedo afirmar que a esta hora hemos logrado una ventaja irremontable”.

Las impresiones de Aleuy eran las mismas que dominaban los pasillos del diario. La ilusión de imponerse en primera vuelta agudizó la sensación de fracaso que inundó la noche del 12 de diciembre la sala de trabajo de *La Nación*.

### **La contraofensiva**

Fue, sin embargo, la propia dirección política de Aleuy la que al día siguiente reorganizó el trabajo interno en el periódico. Desde su oficina en el primer piso del edificio de Agustinas 1269, exactamente al lado de la puerta de entrada, “bajó la línea” al tercero, donde funcionaba el equipo de redactores. A partir de la mañana del lunes 13 de diciembre, un día nublado y algo frío a pesar del inminente verano, *La Nación* se puso en campaña, tal como desde luego lo hicieron en la vereda del frente los medios de El Mercurio y Copesa. Por primera vez en Chile habría segunda vuelta; por primera vez también, y debido precisamente a lo inédito del mecanismo y la estrechez del resultado de la primera vuelta, su desenlace era imprevisible.

Mientras Lagos reestructuraba su equipo de cara al balotaje, con el propósito de fidelizar su votación e impedir la pretensión opositora de erosionarla -lo cual le implicó desplazarse al centro, ya que por el principio del mal menor se partía del supuesto de que la adhesión de la izquierda extraparlamentaria estaba cautiva-, en *La Nación* se imponía una estrategia más “militante”. En esta dirección se ajustaron los roles para enfrentar el desafío de alinear la producción de información a los fines de una candidatura de cuyo éxito, en rigor, dependía la subsistencia del propio equipo tanto como de la empresa.

Lo primero fue encargar a la periodista Ana Verónica Peña, colaboradora del suplemento “La Nación Semanal”, que desarrollara una incisiva agenda de temas de investigación que escudriñara la postulación de Lavín por su déficit de credibilidad. “Se trataba de desnudar lo que había detrás de la candidatura de la derecha”, recuerda la reportera. Los integrantes de las secciones de política y crónica, en tanto, recibieron instrucciones de reorientar su labor en una dirección similar. De esta conjunción surgió una cadena de denuncias acerca del clientelismo efectivamente ejercido por el lavinismo en el cordón popular de las grandes ciudades -regalos de bienes de línea blanca, pago de cuentas de servicios básicos y entrega de lentes-, así como de las conexiones de los dirigentes opositores con el régimen militar.

La lógica que subyacía a estos movimientos suponía que Lavín había conseguido instalar una suerte de engaño colectivo que requería ser desmontado en su estructura profunda. Desde luego la derecha respondió acusando que *La Nación* había entrado a gestionar la “campaña sucia” (es

necesario precisar que ciertamente circularon por las calles panfletos anónimos bastante ofensivos para con Lavín y su entorno, pero hechos desde la militancia de base de la Concertación).

No se trató de un clima fácil, obviamente no todos los trabajadores sentían el eventual deber de operar en función de una plataforma electoral, si bien con su actitud asumían una contradicción inevitable: que en el fondo todos los medios escritos habían organizado sus coberturas en clave de la disputa Lagos-Lavín, y que de la resolución de esta competencia dependía el futuro de sus empleos. En este cuadro de cierta incomodidad, tenuemente hubo opiniones que mencionaron la posibilidad de que la empresa tuviera un estatuto legal de autonomía similar al que desde 1992 rige para Televisión Nacional de Chile (TVN).

El escenario era inédito: seis años antes, en diciembre de 1993, el amplio triunfo de Eduardo Frei no supuso ninguna tensión en el diario; la elección hasta se cubrió a media máquina, debido a un conflicto laboral causado por el no pago de un bono demandado por los reporteros.

### **Intercambios epistolares**

La acción desplegada por *La Nación* en las cinco semanas que mediaron entre las dos vueltas fue polémica. El 2 de enero de 2000 el Cuerpo de Reportajes de *El Mercurio* publicó un largo artículo con críticas al diario por lo que estaba haciendo con Lavín, si bien la objetividad o frialdad del texto podía ser puesta en entredicho: su autora, Ana Victoria Durruty, tenía inequívoca filiación en la UDI, al punto de que en las elecciones parlamentarias de 2001 postuló para diputada por la UDI en el distrito Coquimbo, Ovalle y Río Hurtado, donde obtuvo el 21,39 por ciento de los votos, aunque no resultó elegida (en 2009 el mismo partido no la quiso llevar de nuevo y ella concursó en la lista del movimiento Chile Limpio, pero solo consiguió 2,57 por ciento).

También se filtró en *La Segunda* una carta al director Ignacio González Camus del accionista privado de la empresa Enrique Alcalde, hombre del entorno UDI y parte de la sociedad Colliguay, quien manifestaba su rechazo al tipo de tratamiento que el diario daba a la campaña. En la misiva, Alcalde planteó: “Parecen abusivos y reñidos con el más elemental sentido de la equidad y pluralismo los titulares que en el último tiempo han caracterizado las portadas de *La Nación*”.

González Camus, con el respaldo del casi 70 por ciento de acciones en manos del Estado y del resto de los directores privados de orientación progubernamental, calificó como “una falta de nobleza” la difusión instrumental de la comunicación de Alcalde y defendió la política editorial: “Los titulares no han sido odiosos, ni han mentido, ni tergiversado. Se han fundado en informaciones de personas o entidades responsables”.

En su texto, sin embargo, González Camus también puso el acento en la cuestión principal respecto de los medios de comunicación que marcaba la segunda vuelta: el apoyo mayoritario de estos a la plataforma opositora. “Ahora, dado el alineamiento ostensible de casi toda la prensa escrita con la candidatura de Joaquín Lavín, nuestros titulares se diferencian aún más. De ahí que quienes, como es tu caso, enfocan la realidad con una mirada de derecha los consideren inconvenientes”, le escribió el director a Alcalde.

En su carta Alcalde subrayó, asimismo, una presunta diferencia que, a su juicio, se había producido entre la gestión de González Camus comparada con las previas de mayor extensión, los mandatos de Abraham Santibáñez y Jorge Fernández, ambos también de orientación demócratacristiana: “No se justifica sobrepasar los límites de la objetividad y el pluralismo que durante las dos últimas administraciones han caracterizado al diario”.

Días antes del balotaje, el propio Lavín intervino en la polémica criticando la forma en que lo trataba *La Nación*. “En todo caso, ese mensaje [de no intervención de distintos grupos de interés en la elección] debe dirigirse también al gobierno, que con el medio de comunicación pagado por todos los chilenos está haciendo una vergonzosa campaña en mi contra”, manifestó. En esta opinión, Lavín incurrió en un error común a la hora de cuestionar a *La Nación*: sostener que esta se financiaba con tributos, lo que constituía un error.

El domingo 16 de enero significó un alivio para el personal del diario. Lagos logró retener prácticamente toda la votación concertacionista del 12 de diciembre y encuadró tras de sí, tal como se había previsto, los sufragios que habían ido antes a Marín, Hirsch y Larraín, haciéndose de la Presidencia con un 51,31 por ciento. Lavín escaló a 48,69 por ciento y la diferencia entre ambos se estiró a 187 mil 589 sufragios. La difícil jornada electoral dio paso al caer la noche a un alegre despacho de las informaciones acerca de la segunda vuelta. No faltaron cervezas ni un par de

botellas de whisky después de que el subsecretario del Interior, Guillermo Pickering, leyera el cómputo irreversible que otorgaba a la Concertación un nuevo período de seis años.

Aunque no fue un punto de discusión institucional o evidente, en torno a los hitos que marcaron la campaña de balotaje y el rol que jugó *La Nación* se incubó un germen de debate entre el personal en torno a la posibilidad de aplicar a la empresa el modelo de autonomía -relativa, desde luego- que rige a Televisión Nacional de Chile (TVN) a partir de 1992. Se trató de una inquietud relativamente colectiva que cruzó la “interna” en los años siguientes.

De hecho, Alberto Luengo asegura que en el contexto de lo que significó *La Nación Domingo* a partir del año 2002, su principal contacto con autoridades de gobierno no se debió a las materias abordadas por el diario, sino para hacer lobby en la línea de obtener un régimen de mayor independencia del medio, para lo cual hizo un estudio detenido de la legislación sobre TVN aprobada por el Congreso en 1992.

### **Una buena vecindad**

La campaña que en 1993 llevó al senador de la Democracia Cristiana por Santiago Oriente, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, a la Presidencia con más de cuatro millones de votos equivalentes a 57,98 por ciento del padrón -el conjunto de postulaciones progresistas, de centroizquierda e izquierda sumó 69,40 por ciento del total- no implicó graves conflictos para los medios de comunicación. De hecho, la proximidad de importantes asesores de Frei con Agustín Edwards Eastman, consolidada en el marco de la Fundación Paz Ciudadana, significó que *El Mercurio*, como principal diario de referencia -*La Tercera* aún no hacía el giro sociológico y comercial que comenzó a mediados de los ‘90 y que profundizó la gestión de Fernando Paulsen a partir de 1997- adoptara una posición más bien contemporizadora con la postulación del parlamentario falangista.

Un hecho anecdótico es revelador del clima de *entente* de *El Mercurio* con Frei: en septiembre de 1993 el Cuerpo D (Reportajes) publicó un perfil del abanderado que ponía el acento en su ausencia de carisma y sugería un déficit de grandes atributos intelectuales y de lecturas. La irritación en el comando fue tan intensa que al domingo siguiente el candidato tuvo una amplia tribuna para exponer sus proposiciones.



La decisión de *El Mercurio* de no confrontar a Frei, además, se correlacionó con un cuadro de reflujo de la derecha -aliada bajo el nombre de pacto Unión por el Progreso de Chile- causado por el caso de espionaje político conocido como Piñeragate de agosto de 1992 y su traumática selección de candidato en agosto de 1993. Esta debilidad relativa de RN y la UDI y su falta de competitividad se tradujeron en que el candidato del sector, el senador por la Región de Antofagasta Arturo Alessandri Besa, solo alcanzara 24,41 por ciento y se presentara un postulante no oficial, el exministro de la dictadura José Piñera, que logró 6,18 por ciento.

En el ambiente de cordialidad entre *El Mercurio* y el freísmo -no necesariamente ampliado a su coalición- también influyó el hecho de que la plataforma programática de Frei apostara por una idea de modernización del Estado y profundización neoliberal con “rostro humano” de la economía, proclamando además su intención de cambiar la lógica de la transición política que había dado sus señas de identidad al mandato de Patricio Aylwin. El teórico de este viraje estratégico -de grandes consecuencias futuras, tanto positivas como negativas- fue el cientista político Genaro Arriagada, quien asumió como ministro secretario general de la Presidencia en el primer gabinete de Frei.

Por razones obvias, los otros actores de la prensa escrita con énfasis político, *La Época* y *La Nación*, apoyaron sin reservas a Frei. Lo inevitable de su triunfo incluso permitió a estos diarios otorgar una significativa cobertura a los otros candidatos situados en el campo de las posiciones progresistas y de izquierda, sin por ello poner en riesgo las perspectivas de Frei: el entonces sacerdote Eugenio Pizarro, apoyado por el Movimiento de Izquierda Democrática Allendista (MIDA), cuyo pivote era el Partido Comunista; el economista ecologista alternativo Manfred Max-Neef y el líder del Partido Humanista Cristián Reitze.

Según ha postulado el analista político Patricio Navia, “ya que mucha gente sabía que Frei ganaría la elección, no pocos optaron por apoyar a candidatos alternativos de izquierda en la elección presidencial”.

Los de 1993 fueron también los primeros comicios generales, presidencial y legislativos, realizados en democracia desde 1973. En junio de 1992 se habían registrado las primeras elecciones municipales en más de 20 años, con la vigencia de una nueva ley de televisión, canales privados y un estatuto de autonomía para TVN.

### **Agotamiento de una coalición**

El horizonte sin drama de 1993 se alteró de modo fundamental seis años más tarde. Había en el aire de 1999 un elemento casi puramente biológico de las coaliciones: el agotamiento natural de la Concertación tras casi diez años en el poder. El indicio más revelador de este fenómeno de desgaste se había visibilizado dos años antes al irrumpir dos grandes interpretaciones analíticas respecto de la obra de la alianza, que el uso periodístico consolidó como los “autocomplacientes” y los “autoflagelantes”. Los primeros hacían una evaluación positiva de la obra modernizadora de la Concertación, mientras los segundos subrayaban su insuficiencia en introducir transformaciones estructurales en el modelo instaurado por la dictadura; las dos tendencias fueron transversales a los partidos que formaban el bloque de gobierno.

Las elecciones parlamentarias de diciembre de 1997 -debido a una escisión temporal en la duración de los mandatos ese año no hubo comicios presidenciales, lo que estimuló el clima de fronda en la Concertación, pues no existió el eje ordenador que representa el líder de la coalición- escalaron el conflicto entre las que comenzaron a definirse como las “dos almas” de la multipartidaria. La alta cantidad de votos nulos y blancos que hubo obligó a los dirigentes de la multipartidaria a agudizar su proceso de reflexión.

Cifras ordenadas por la socióloga y economista de la empresa y consultora MORI, Marta Lagos, muestran que se registró un porcentaje de sufragios nulos y blancos de 17,76 por ciento. A este guarismo se deben sumar los no-inscritos y los abstencionistas, lo que lleva la tasa de marginación efectiva del proceso electoral a un 39,79 por ciento de los ciudadanos.

Luego, en marzo de 1998, la asunción del general ya en retiro Augusto Pinochet como senador vitalicio y la acusación constitucional presentada en su contra volvió a crispar el *animus societatis* del conglomerado.

El proceso de escisión entre las dos orientaciones de la Concertación alcanzó su cota máxima también por causa de Pinochet: su detención en Londres, en octubre de 1998, ensanchó la fractura, al punto que llegó a alcanzar cierta corporeidad el riesgo de que el Partido Socialista se saliera del pacto de gobierno, ya fuera por decisión propia o bien expulsado por voluntad del Presidente de la República. Esto hubiese significado desde luego la ruptura de la coalición y la apertura de un impredecible escenario presidencial de cara a 1999.

Los problemas internos de la Concertación -derivados del caso Pinochet y la disputa entre “autoflagelantes” y “autocomplacientes”- se vieron amplificados por un factor externo que facilitó la recuperación de la derecha en relación a 1993: el impacto de la crisis asiática en la economía que a comienzos de 1998 golpeó las costas chilenas después del llamado “trienio de oro” de crecimiento entre 1995 y 1997 (9,0 por ciento, 6,9 por ciento y 6,8 por ciento respectivamente).

Tras esa fase de inédita expansión, en 1998 el PIB bajó a 3,3 por ciento y en 1999, el año de la campaña, el nivel del Producto se contrajo 0,8 por ciento, disparándose además la tasa de cesantía. En el trimestre móvil junio-agosto de 1999, la desocupación marcó 11,5 por ciento y en agosto-octubre, 11 por ciento. Eso ocurría en un período clave de la decisión electoral de las personas. En paralelo, el Banco Central subió la tasa de interés afectando la recuperación de la economía.

En tal cuadro, no resultó extraño que la encuesta del CEP de octubre-noviembre de 1999 solo le diera un 30 por ciento de apoyo popular a la gestión del Presidente Frei. El ánimo social también se dañó: 63 por ciento de la población consideró que la situación económica era mala o muy mala y apenas 3 por ciento la calificó como buena. El 52 por ciento creía, además, que el principal problema que debían resolver las autoridades era la falta de empleo.

### **“Viva el cambio”**

La combinación de cierto desencanto sociológico con la democracia, un ciclo político cansino, las divisiones de la alianza gubernamental, las dificultades económicas e incluso el acento simbólico del salto de siglo y milenio, echó las bases para que Joaquín Lavín propusiera una campaña centrada en una sola y reiterativa idea-fuerza: el cambio.

El elemento puramente político que anudó el éxito lavinista fue la paradoja que supuso el arresto de Pinochet. Si bien desde el punto de vista teórico el enjuiciamiento del exdictador podría haber facilitado las cosas a la Concertación, ello no discurrió así. Lavín -contra las recomendaciones de miembros del ala “dura” de su coalición- optó por autonomizarse del general e incluso asumió una posición crítica sobre el régimen castrense, al punto de que después llegó a sostener que de haberse enterado de las violaciones de los derechos humanos, habría votado por el No en el plebiscito de 1988. Lavín voló a Londres a ver a Pinochet, pero lo hizo empujado por su entorno más conservador

y a disgusto. El exgobernante no fue tampoco efusivo: lo recibió con cierta frialdad, una situación que el propio Lavín terminó reconvirtiendo a su favor en la campaña, como validación de su estrategia de alejamiento.

A medida que la detención de Pinochet se prolongaba y se profundizaba el debate mundial sobre los alcances de la jurisdicción internacional y la soberanía nacional en materia de crímenes contra la humanidad, la propia Alianza por Chile integrada por RN y la UDI comenzó a desplegar una cuidadosa y calculada estrategia de distanciamiento crítico respecto del general.

Las Fuerzas Armadas, a su turno, obligadas a flexibilizar su intransigencia en materia de derechos humanos -que, por ejemplo, se había expresado de manera concordante por todas las ramas al divulgarse el Informe Rettig en marzo de 1991-, para lograr que el gobierno hiciera gestiones diplomáticas y políticas que permitieran el regreso del exdictador, asumieron que también debían hacer algunas concesiones y emitir señales de que estaban disponibles para un cierto piso mínimo de reconocimiento de responsabilidad en la violación de las garantías individuales. Debido a ello, los militares aceptaron concurrir a la Mesa de Diálogo sobre Derechos Humanos convocada, en agosto de 1999, por el recién reestrenado ministro de Defensa, Edmundo Pérez Yoma.<sup>9</sup>

En este contexto global hay que recordar que escasas semanas antes de viajar a Europa, en septiembre de 1998, Pinochet suministró claras luces de que no había abandonado su vocación de intervención en la agenda de los partidos de derecha. A fines de agosto de ese año estuvo dispuesto a derogar la ley que a principios de los años '80 otorgó carácter de festivo al 11 de septiembre en conmemoración del aniversario del golpe de Estado de 1973.

Lo insólito de la decisión de Pinochet es que descolocó a los propios legisladores de RN y la UDI, que durante ocho años se habían opuesto a iniciativas derogatorias impulsadas por parlamentarios oficialistas. El viraje de Pinochet descomprimió súbitamente las aprensiones de RN y la UDI, con lo que el general demostró la influencia simbólica que retenía sobre la mayoría de la

---

<sup>9</sup> Edmundo Pérez Yoma fue el primer ministro de Defensa del Presidente Eduardo Frei entre marzo de 1994 y fines de 1997. Renunció al considerar que había logrado administrar bien la sucesión del general Pinochet, colocando en la Comandancia en Jefe del Ejército a un general más moderado, Ricardo Izurieta, y partió como embajador a Argentina. Debió regresar a mediados de 1999 precisamente para colaborar en el manejo de la crisis por el arresto del exdictador en Gran Bretaña a través de la Mesa de Diálogo de Derechos Humanos.

oposición. Pinochet incluso se ubicó en la testera del Senado a la hora de la votación y no ocultó sus gestos al senador demócratacristiano Andrés Zaldívar.

Fue el primer indicio de lo que en aquel momento la prensa recogió como una operación de mayor calado: debido a que el general Pinochet desconfiaba de la capacidad de Lavín de derrotar a Lagos -quien era su verdadera “bestia negra” desde los lejanos tiempos de la campaña para el plebiscito de 1988-, su apuesta consistía en estimular un acuerdo entre la oposición de derecha y la DC en torno a Zaldívar, que devolviera al país a los escenarios de 1964 y 1973, es decir, restituir los pactos -de hecho, en 1964, y legal en 1973 a través de la Confederación de la Democracia (CODE)- para derrotar a la izquierda. Una entrevista en el Cuerpo de Reportajes de *El Mercurio*, a principios de septiembre y días antes de su fatídico viaje a Europa, constituyó el marco para que Pinochet elogiara con entusiasmo al candidato presidencial falangista.

El proyecto, sin embargo, tenía débiles posibilidades de éxito y se saltaba de modo ostensible las reconfiguraciones de la propia derecha, el centro y la izquierda que, precisamente, se habían producido por causa y efecto del régimen militar. Con todo, la idea alcanzó a ser socializada por el entorno jurídico de Pinochet con algunas figuras de RN, incluso de su ala liberal, y despertó una cierta y peligrosa tentación de asentimiento en el núcleo más “duro” del zaldívarismo.

Un público y áspero debate del primer semestre de 1999, en torno a si los militares podían o no participar en las primarias convencionales de la Concertación entre Lagos y Zaldívar, debe anotarse en esta idea de Pinochet de un pacto derecha-DC para descarrilar a Lagos, aunque a esas alturas al general recluido en el verde campo inglés de Virginia Water más lo preocupaba su horizonte judicial que la remota política chilena.

El fondo del intento de Pinochet de influir en las decisiones de la derecha se sostenía sobre una experiencia larga y maciza: la capacidad tutelar que ejercía en los territorios más conservadores de la UDI y RN, una suerte de patronazgo que solo se extinguió tras su arresto.

Ese hecho judicial, paradójicamente para los intereses de la Concertación y de Lagos, permitió a Lavín soltar amarras y desplegar su oferta de cambio. “Aunque el arresto de Pinochet motivó apasionadas reacciones de apoyo al general por parte de sus seguidores, la permanencia de Pinochet en Londres durante la campaña permitió que el candidato derechista Joaquín Lavín se distanciara

del octogenario general”, ha escrito el cientista político Patricio Navia en un estudio sobre las elecciones de 1999-2000.<sup>10</sup>

### **Sentido del lavinismo**

La interpretación acerca de lo que significó el lavinismo es divergente en función de los observadores del fenómeno. Según postulan los políticos de derecha Andrés Allamand y Marcela Cubillos, en su libro *La estrella y el arco iris*,<sup>11</sup> “Lavín fue verdaderamente un revolucionario de las prácticas políticas chilenas. No es una exageración decir que cambió la política para bien. Hasta Lavín, la política chilena era ideológica, ampulosa y etérea. Él ayudó a transformarla en pragmática, simple y aterrizada. Hasta Lavín, el foco de la política eran la política misma y sus partidos. Él cambió el enfoque mismo de la política hacia las personas y sus prioridades y problemas”.

Según el sociólogo de centroizquierda Eugenio Tironi, “Lavín se propuso construir una alternativa competitiva en la arena propia de una democracia. Con este objetivo en la mira, no trepidó en tomar distancia de Pinochet, condenar la violación de los derechos humanos, rechazar nuevas privatizaciones y la reducción del tamaño del Estado, visitar a Fidel Castro en Cuba, entre otras iniciativas orientadas en la misma dirección”.<sup>12</sup>

Un artículo de octubre de 1999 de la revista de negocios *Capital* -por entonces de orientación más bien liberal- proponía una definición de la fórmula Lavín al estilo del binomio Allamand-Cubillos: “Lavín se sale del marco y ha planteado una candidatura reacia a involucrarse en los temas que discuten las cúpulas políticas y reacia asimismo a embriagarse en las ideas generales. De lo que él está hablando es de cosas concretas. Y las está hablando sobre todo a los medios de comunicación”.

Según *Capital*, Lavín “pertenece a ese grupo de políticos que son funcionales a los medios (siempre ubicables, siempre bien dispuestos)”, aunque acepta que esta actitud de apertura consiste,

---

<sup>10</sup> NAVIA, PATRICIO, “Las presidenciales de 1999 en Chile: ¿hay un nuevo electorado?”, en *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, Flacso-Nueva Sociedad, Santiago, 2000.

<sup>11</sup> ALLAMAND, ANDRÉS; CUBILLOS, MARCELA, *La estrella y el arco iris*, Aguilar, Santiago, 2010.

<sup>12</sup> TIRONI, EUGENIO, *El sueño chileno*, Taurus, Santiago, 2005.

en lo esencial, en la utilización de las urgencias y demandas de la prensa, así como de su soporte ideológico.

Una perspectiva radicalmente opuesta del modelo Lavín expresa el sociólogo socialista Manuel Antonio Garretón, quien afirma que el exalcalde solo hizo “lo que la derecha hace en todas partes del mundo y que no había hecho en Chile por ser demasiado ideologizada y pinochetizada, [que] es precisamente orientar todos sus medios comunicativos a exacerbar el individualismo, autoritario y neoliberal o neopopulista, aunque sea dentro de marcos democráticos y a despolitizar la política, convirtiéndola en mercado, espacio mediático o espectáculo”.<sup>13</sup>

De acuerdo con Garretón, “el gran mérito de la campaña comunicacional de Lavín es haber desideologizado, lo que en el caso chileno significa despinochetizado, el discurso de la derecha”. A su juicio, “el aspecto crítico de esta candidatura residió en haber desvalorizado la política, reduciéndola a la resolución de problemas y demandas individuales y coyunturales desde el Estado, banalizando su gran sentido, que es la construcción de la sociedad deseable”.

“La importancia de este nuevo estilo radicó menos en su éxito electoral, como lo prueban las cifras, que en la capacidad de forzar a la candidatura adversaria a entrar en el terreno de la despolitización y de ofertas y contraofertas concretas”, agrega Garretón en *La sociedad en que vivi(re)mos*. En su opinión, la campaña se estructuró a partir de la “imposición” de una agenda funcional a la candidatura opositora, construida a través del apoyo que esta recibió de los medios de comunicación.

Al tratarse, además, de una elección solo presidencial, la competencia de 1999 pudo instalarse con cierta facilidad en el plano de los atributos personales por encima de los organizacionales. En las campañas de 1989 y 1993, debido a que se elegían simultáneamente Presidente y legisladores, el peso de las estructuras coalicionales o de los partidos fue más poderoso; abanderado y candidato parlamentario se requerían mutuamente a través de una red de apoyos de carácter nacional. Esta doble dependencia no se produjo en 1999, al extremo de que los congresistas -no solo en la derecha,

---

<sup>13</sup> GARRETÓN, MANUEL ANTONIO, *La sociedad en que vivi(re)mos*, Ediciones LOM, Santiago, 2000. También en GARRETÓN, MANUEL ANTONIO, “Chile: cambio, continuidad y proyecciones”, revista *Nueva Sociedad*, número 167, Buenos Aires, mayo-junio 2000.

a pesar de que en este sector se notó mucho más- fueron excluidos de la escena electoral. No sumaban, sino que restaban.

La ausencia electoral de la institución-partido naturalmente resultó más favorable a Lavín, debido a que este sintonizaba mejor con el mensaje antipartidos que los sectores conservadores chilenos comenzaron a desarrollar a mediados de los años '60, y que después la dictadura llevó al extremo de querer en un momento fundacional incluso extirparlos de la vida política como generadores de cuadros dirigentes del Estado y la sociedad.

A la personalización también contribuyó que a una década de reinstalada la democracia, los partidos y su hábitat natural, el Congreso, comenzaban a manifestar síntomas de erosión en su imagen y valoración públicas.

Sin embargo, ninguna de las oscilaciones en el sistema político que causó Lavín hubiese sido posible sin el apoyo decidido que su candidatura recibió de la mayor parte de los medios de comunicación.

El entonces exalcalde fue respaldado de manera activa por el duopolio de la prensa escrita a través de sus dos naves insignia: *La Tercera* y *El Mercurio*. El esquema de repartición factual del mercado se consolidó, desde un punto de vista ideológico y económico, a través de un conjunto de situaciones ocurridas entre 1998 y 1999: el cierre, en julio de 1998, del diario *La Época* y de la última revista de oposición a la dictadura, *Hoy*, en octubre del mismo año, y la salida, un mes después, de Fernando Paulsen de la dirección del matutino *La Tercera* y del vespertino *La Hora*.

Esto último puso término a la posibilidad de que el matutino de Copesa se ubicara en la frontera de la centroizquierda y el liberalismo político y cultural. La asunción de Cristián Bofill a comienzos de 1999 significó que *La Tercera* se alineara con los intereses editoriales de la UDI y el lavinismo. En el mismo movimiento que se llevó por delante a Paulsen de *La Tercera* -y un tiempo después a Alberto Luengo- se produjo posteriormente la transferencia total del control del grupo Copesa a las manos de Álvaro Saieh, que sustituyó en esa función al empresario Juan Carlos Latorre Díaz.

Desde luego Lavín recibió el claro y sostenido respaldo de la empresa El Mercurio. No podían caber dudas de que así sería, no solo por la estrecha sintonía entre la UDI y la línea de pensamiento del periódico, sino también por un antecedente casi familiar: en los años '80, tras dos años como



decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la intervenida Universidad de Concepción -a la cual llegó enviado por el ministro director de Odeplan, Miguel Kast, luego de la beca de maestría que cursó en la Universidad de Chicago-, se hizo cargo en 1981 de las páginas de economía y negocios de *El Mercurio*, creando el mítico Cuerpo B, oráculo del mundo empresarial y los negocios. En 1986 ascendió a editor de informaciones en reemplazo del abogado y después senador de la UDI Jovino Novoa.

Lavín -que antes del golpe de Estado hizo estudios de primer año de Periodismo en la Universidad de Chile, según alguna de sus biografías- salió de *El Mercurio* en 1988 y al año siguiente -famoso ya por su best seller *Chile: la revolución silenciosa*- asumió una candidatura a diputado en el distrito Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea. En esta incursión lo derrotó con amplitud la economista y militante de Renovación Nacional Evelyn Matthei, quien sufrió sin embargo la frialdad mercurial durante la campaña, al punto que pidió cobertura a medios opositores, como los diarios *La Época* y *Fortín Mapocho* y la radio Cooperativa, debido a que *El Mercurio* no ocultaba su simpatía por Lavín. El apoyo del diario a Lavín se replicó en las elecciones municipales de 1992 y 1996 para la alcaldía de Las Condes, antesalas ambas de su proyección presidencial. En 1989, Lavín había obtenido el 19,34 por ciento en el distrito 23; en las municipales de 1992 en Las Condes subió a 31,06 por ciento y para 1996 trepó a un 77,76 por ciento en la misma comuna.

Para obtener el doctorado en Comunicaciones por la Universidad de Navarra, el abogado de la Universidad Católica y profesor en la Facultad de Comunicaciones del mismo plantel, Patricio Dussailant,<sup>14</sup> analizó la competencia Lavín-Lagos en los medios.

En su investigación revisó 492 piezas o unidades informativas publicadas entre el 2 de noviembre y el 12 de diciembre de 1999 en *El Mercurio* (302) y *La Tercera* (190), aplicándoles un criterio de favorable/desfavorable a cada uno de los candidatos. De esta manera detectó que del total de notas favorables de *El Mercurio* (el 21,9 por ciento del total), el 62,1 por ciento fue para Lavín, el 30,3 por ciento a Lagos y el 7,6% a ambos. El mismo ejercicio en *La Tercera* mostró un 63,2 por ciento favorable a Lavín y un 36,8 por ciento a Lagos.

---

<sup>14</sup> DUSSAILLANT, PATRICIO, *Medios y elecciones. La elección presidencial de 1999*, Cimas-Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005.

Respecto de los textos desfavorables (10,9 por ciento del total), en *El Mercurio* el 72,8 por ciento de ellos se refirió al abanderado de la Concertación y apenas 6 por ciento al postulante de derecha; en *La Tercera*, el 75 por ciento de las informaciones desfavorables aludían a Lagos y no se registró ninguna perjudicial para Lavín. “Ambos diarios en las unidades consideradas favorables benefician más al candidato Joaquín Lavín que a Ricardo Lagos”, concluyó Dussailant.

Lo mismo plantea el autor en relación con la distribución en el espacio de las noticias: “Si se considera que la mejor ubicación dentro de la página es el costado superior derecho, [...] se puede concluir que en general tanto en *El Mercurio* como en *La Tercera* la ubicación benefició al candidato Joaquín Lavín”.

Aunque según una encuesta de la consultora MORI divulgada a propósito de la competencia de 1999, solo el 8 por ciento de las personas consideró relevantes a los diarios a la hora de decidir por quién votar, estos cumplen -o cumplían- una doble función indirecta en materia política: influyen significativamente en la pauta de la televisión -el medio más determinante para la toma de decisión de los votantes, con 43,3 por ciento de las menciones- y en los debates de las elites, que son los que luego se diseminan por el conjunto de la sociedad civil.

Según Dussailant, que examinó 129 notas de los canales 13 y TVN en el mismo período, la televisión buscó el “equilibrio informativo” en 1999. Desde luego a este hecho contribuyó la medida del director ejecutivo de la emisora pública, René Cortázar, de asignar estrictamente el mismo tiempo de cobertura a Lagos y Lavín, si bien parlamentarios gobiernistas cuestionaron entonces la neutralidad de la entidad estatal, ya que habría perjudicado la campaña laguista debido a la asimetría en el resto del sistema de medios.

En este contexto, los analistas coinciden en el rol fundamental de la televisión que se empezó a manifestar con el plebiscito de 1988, al punto que desde entonces esta cumple una función protagónica en la arena pública, desplazando incluso la capacidad de movilización de los partidos.

Obviamente también la propia naturaleza del canal determina la forma que adquieren las campañas. “Se puede observar, en general, que los medios de comunicación, en especial la televisión, han optado por enfocar su contenido desde la perspectiva de las personas más que de los temas o instituciones. Esto es más patente aun cuando la persona es, a la vez, objeto de la

noticia, como en el caso de las campañas electorales, lo que obliga a los medios a presentar a los distintos candidatos recurriendo a sus características personales”, postuló en su tesis Dussailant.

Dentro del marco de la llamada agenda setting, el investigador japonés Toshio Takeshita sostiene que “la mayor parte de los votantes tiene poco contacto directo con el candidato presidencial, la imagen que ellos tienen de un candidato dependerá de cómo los medios retratan a ese candidato, cuáles atributos se acentúan y qué atributos no se mencionan en el contenido de los medios”.

De acuerdo con un sondeo del Consejo Nacional de Televisión (CNTV) y Adimark efectuado en 1999, el 66 por ciento de los chilenos declaraba que veía noticias en TV en familia, mientras un informe de 2001 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) establecía que los noticiarios eran los programas que más gustaban a los espectadores, con un 35 por ciento de menciones afirmativas. Asimismo, 82 por ciento los utilizaba como insumo para comentar sus contenidos con otras personas en espacios sociales y familiares.

Según la socióloga Giselle Munizaga, en una investigación hecha al alero del Ministerio Secretaría General de Gobierno en el año 1996, el 80 por ciento de la población veía noticias por televisión todos los días, en circunstancias que 38 por ciento las escuchaba por radio y solo el 22 por ciento se nutría de la prensa escrita.

¿Por qué la TV era tan importante para la gente a la hora de informarse? Munizaga adelanta algunas pistas: la veracidad y credibilidad de lo visionado, la cercanía y la emotividad del medio, así como el carácter concreto del hecho noticioso por sobre lo discursivo.

En su obra *El circuito extrainstitucional del poder*<sup>15</sup>, el sociólogo socialista Antonio Cortés Terzi asumió un punto de vista más crítico e inscribió a la televisión como uno de los componentes clave de lo que define como poderes extrainstitucionales o “fácticos”.

A juicio de Cortés Terzi, tres elementos marcan ese análisis que aplica al escenario de fines de los ‘90: en primer lugar sostiene que “el discurso televisivo como tal, como atmósfera comunicacional, ha jugado un papel muy importante en el descrédito de la política y de los políticos”; aunque admite que este problema es más estructural, afirma también que lo que hace la

---

<sup>15</sup> CORTÉS TERZI, ANTONIO, *El circuito extrainstitucional del poder*, Ediciones ChileAmérica-Cesoc, Santiago, 2000.

TV “es recoger la crítica popular y darle la ‘autoridad’ y la ‘legitimidad’ que el propio medio representa para el gran público”. En este contexto, Cortés Terzi explica que el medio, debido a razones de mercado, es “extremadamente complaciente con el pensamiento vulgar medio”.

En segundo término, Cortés Terzi plantea que “la televisión es extraordinariamente influyente en la proyección de los liderazgos políticos”, fenómeno que ha conducido a la construcción de un modelo donde el dirigente político se “amolda” a la categoría del espectáculo.

Finalmente, el analista expresa que la televisión “ha devenido en un actor relevante en la definición de la llamada agenda pública”, porque la elite demuestra “hipersensibilidad” ante el peso del medio.

Desde una perspectiva más histórica y comprensiva con la naturaleza de la transición, y el curso que dentro de ella siguieron los *mass media*, en 1994 el sociólogo Eugenio Tironi, director de la Secretaría de Comunicación y Cultura del gobierno de Patricio Aylwin, escribía en un *paper* oficial: “La nueva realidad de la comunicación ha dejado parcialmente obsoletos aquellos enfoques pre-industriales y hasta cierto punto pre-modernos, que juzgaban la evolución de los medios de comunicación masivos a partir, y en función de variables ideológicas o políticas. La lógica comercial de la industria de las comunicaciones la vincula más al público que a los intereses políticos de determinados sectores o gobiernos. Vivimos una nueva era, la era del público, del servicio al cliente, de la atención del consumidor, y la comunicación no escapa de su influencia”.

De acuerdo con Tironi, la centralidad de “mercado” -y no ideológica o partidaria- de los medios, en particular de la televisión, es en el régimen democrático efecto de la modernización global que experimenta el país. “El volumen de inversión y recursos involucrados, más los niveles de especialización exigidos, han hecho desaparecer el modelo antiguo de medios de comunicación manejados por partidos políticos o grupos de interés, usados como meros instrumentos en la lucha política o en la defensa de intereses corporativos, y que descansaban en la lealtad ideológica que les depositaban el público al que se dirigían y en los subsidios que recibieran de poderes económicos o políticos”.

Agrega Tironi que “ese modelo es actualmente irreproducible, pues ya no existen ni públicos ni financiamientos ‘cautivos’. Los medios de comunicación, sin excepción, deben funcionar como empresas que deben obtener su financiamiento de la publicidad”.

Con todo, Tironi postula que al contrario de un cierto sentido común entre los expertos en torno al concepto de manipulación, mientras más se modernizan las sociedades, menor es el poder de los medios de comunicación y mayor el de las personas, es decir, el núcleo del proceso se traslada desde la “producción” al “mercado”. Para Tironi, “en la medida que los individuos elevan su capacidad para elegir y discriminar y se multiplican las opciones, son los medios de comunicación los que se vuelven ‘prisioneros’ de los intereses, gustos y caprichos de la gente, compitiendo fieramente entre sí para conquistarlos”.

Las tesis de Tironi, que han marcado firmemente los debates progresistas desde hace tres décadas, también refieren a la erosión que golpeó a la prensa antidictatorial en los años ‘90. “La crisis afectó a todos los medios que se identificaban directamente con el conflicto político anterior a 1990. Como efecto paradójico, los más afectados por el proceso de transición fueron aquellos medios cuya oposición frontal al autoritarismo los identificaba estrechamente con la lógica política. El resto de los medios también debió adecuarse a las nuevas circunstancias, frente a un público cada vez más indiferente hacia la política, que por lo mismo valoriza la neutralidad de los medios frente a la misma”, escribe en su obra *El régimen autoritario*.<sup>16</sup>

### **Mentalidad televisiva**

Existe un alto nivel de coincidencias entre los observadores con la idea de que Lavín, aparte del respaldo natural que recibió de los dos grandes grupos de prensa escrita y el trato relativamente neutral que le concedió la televisión, supo captar con más eficiencia que Lagos la singularidad del nuevo escenario comunicacional.

Pablo Halpern, quien fuera el primer director de la Secretaría de Comunicación y Cultura bajo el gobierno del Presidente Frei Ruiz-Tagle, escribió en una edición de octubre de 1999 en la revista *Capital* que “el candidato de derecha Joaquín Lavín, mejor que nadie, ha sabido sacarle provecho a la televisión en la campaña que estamos presenciando. Él y sus asesores parecen entender de qué se trata este medio y cómo ponerlo al servicio de los propósitos de una estrategia electoral”.

---

<sup>16</sup> TIRONI, EUGENIO, *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet*, Dolmen Ediciones, Santiago, 1998.

Un experto alemán investigador de la Fundación Konrad Adenauer, Hans-Hartwig Blomeier, apuntó en una dirección similar. Junto con subrayar la campaña callejera de Lavín basada en miles de carteles solo con el slogan “Viva el cambio” en letras amarillas y fondo azul, destacó el énfasis de “una campaña estratégica en los medios, muy bien orquestada técnica y logísticamente, así como presentaciones del candidato de gran impacto público y estructuradas hasta el menor detalle”.<sup>17</sup>

La campaña de Lavín saturó, además, el espectro radial, ámbito comunicativo que entonces aún no alcanzaba el rango de concentración que presenta hoy. La configuración de la radiodifusión en Chile estuvo históricamente marcada por la fragmentación, la regionalidad, la heterogeneidad y la variabilidad política. Este carácter de mercado abierto permitió al abanderado inundar de propaganda el sistema. En la fragorosa campaña para la segunda vuelta contra Lagos, en emisoras de provincias la relación de avisos era hasta diez contra uno a favor del abanderado de derecha. El evidente diferencial de gasto entre las dos candidaturas fuertes, que la derecha ha matizado afirmando que a Lagos se le debe agregar la publicidad estatal, está en la base de la legislación de control y transparencia electoral que se dictó luego durante la administración laguista.

El postulante de la Concertación, a pesar de haber arrasado en la primaria convencional de la Concertación de mayo de 1999, no dispuso de los recursos para contrarrestar la inversión de la derecha en propaganda, pero tampoco moduló su acción en función del inédito escenario a que lo conducían Lavín y los medios.

Según Patricio Dussaillant, el exministro, “por contraste, jamás pudo dar con el tono adecuado para la campaña. Adoptando siempre una posición más propia de un Presidente electo, jamás como un candidato que necesita conquistar votos”.

A esto Patricio Navia agrega que la coalición gobernante “en la campaña en los medios, en particular en la televisión, mostró al comienzo claras falencias en la presentación de la candidatura de Lagos y en sus apariciones”.

De hecho, el debate presidencial en cadena de la televisión abierta de comienzos de noviembre de 1999, que el laguismo creía de antemano que ganaría sin problemas debido a la fortaleza racional

---

<sup>17</sup> BLOMEIER, HANS-HARTWIG, “Elecciones presidenciales en Chile. Doble virtual empate con un ganador”, revista *Contribuciones*, Santiago, 2000.

y argumentativa del dirigente socialista, terminó favoreciendo al rostro gremialista, que conectó mejor con la dimensión emocional y narrativa del medio. “Lavín demostró estar muy bien preparado técnicamente y actuó con gran habilidad técnica”, ha escrito Hans-Hartwig Blomeier.

Tras el virtual empate del 12 de diciembre, Lagos formuló su famosa sentencia: “He comprendido el mensaje que hoy el pueblo ha entregado y la segunda vuelta es una tremenda oportunidad para unirnos todos y buscar un Chile mejor”. De inmediato reestructuró su equipo, poniendo a Soledad Alvear -que abandonó la cartera de Justicia- a cargo de la segunda vuelta, lo que significó desplazar al senador socialista Carlos Ominami, y sustituyó en la dirección del aparato de comunicaciones -en particular del mando en la franja de publicidad gratuita por la TV abierta- a la socióloga Manuela Gumucio, esposa de Ominami; a su hijo, Marco Enríquez-Ominami, y al asesor francés Jacques Séguelá, por Eugenio Tironi. El diputado socialista y hoy senador Carlos Montes, exmilitante del MAPU-Garretón, al igual que Tironi, se hizo cargo del control territorial.

Días antes de la primera vuelta Lagos le había encargado a Montes adelantarse a elaborar un plan B, al consolidarse en su comando más privado la percepción de que habría balotaje, lo cual en el escenario de las comparaciones con 1989 y 1993 parecía una derrota. No obstante, el discurso público continuó siendo -incluso hasta los primeros cómputos, como lo demostró el fallido episodio de Genaro Arriagada- que Lagos se impondría en primera ronda.

En su libro de memorias *Secretos de la Concertación*<sup>18</sup>, Ominami se refiere al quiebre de diciembre de 1999: “La idea de constituir un grupo distinto al comando central que tuviera trabajo avanzado en vista a una segunda vuelta, era perfectamente lógica y razonable. [...] Pero la idea fue recogida y aplicada de manera brutal”.

Según el exparlamentario, “el equipo de la primera vuelta fue despedido sin mediar explicación alguna. El dispositivo técnico principal de la campaña, encargado de preparar los spots para la franja televisiva, se enteró por la prensa de la destitución. Ricardo Larraín reemplazó a Manuela Gumucio en la dirección de la franja. Marco, mi hijo, que trabajó casi sin dormir durante los 30

---

<sup>18</sup> OMINAMI, CARLOS, *Secretos de la Concertación (Recuerdos para el futuro)*, La Tercera-Ediciones Planeta, Santiago, 2011.

días de filmación que esta impone, se quedó durante años esperando una explicación que nunca llegó”.

En un artículo de opinión publicado en *La Tercera* el 28 de enero de 2000, el sociólogo José Joaquín Brunner analizó lo ocurrido. “La primera campaña se estructuró sobre una base equivocada: un país cansado con la Concertación y frustrado con una transición incompleta. La segunda sirvió para evitar que se produjese una hemorragia de votos de centro de Lagos hacia Lavín, ya que Lagos tenía todas las posibilidades de haber ganado en primera vuelta”, escribió.

La tesis de Brunner incide en uno de los puntos clave del balotaje del 16 de enero de 2000, donde Lagos obtuvo el 51,31 por ciento y Lavín el 48,69 por ciento. Debido a que el nuevo mandatario sumó linealmente los sufragios obtenidos por los otros candidatos de izquierda (Gladys Marín, Tomás Hirsch y Sara Larraín), una línea interpretativa postula que el giro al centro impulsado por Tironi fue innecesario. Sin embargo, otros observadores sostienen que ese movimiento, así como la incorporación de Alvear, funcionaron como dique de contención para evitar la fuga de votantes moderados hacia un Lavín que se había jugado por moverse al centro.

De acuerdo con el sociólogo Manuel Antonio Garretón, al final del día en las dos vueltas “se repitieron las pautas básicas de comportamiento electoral establecidas en el plebiscito de 1988”, produciéndose un cierto movimiento en alrededor del 10 por ciento del electorado, más sensible a las fluctuaciones de la propaganda y la coyuntura. El 90 por ciento restante se habría inclinado por modelos “duros” que se originan en la definición entre el Sí o el No al general Pinochet en el plebiscito de sucesión de 1988. Esto explicaría, por tanto, la alineación casi automática que se produjo cuando en el balotaje la elección era entre blanco o negro.

El difícil triunfo de Lagos supuso un alivio psicológico para el tensionado diario *La Nación*, pero también suministró varias lecciones que están en la prehistoria del proyecto que dos años más tarde se estrenó como *La Nación Domingo*. En lo inmediato y más superficial, se apuntó a despegar al medio de la trinchera electoral en que se vio inmerso después de la primera vuelta, para devolverlo a un desempeño más propiamente profesional; en lo profundo, su nueva cúpula directiva decidió hacer una apuesta ambiciosa y mayor: el desarrollo de una estrategia que condujera a la instalación de un tercer actor, arbitrador y regulador en el sistema de prensa, que rompiera con el duopolio empresarial, pero monopolio ideológico-político, formado por los grupos El Mercurio y Copesa,



conglomerados ambos que tuvieron un rol influyente en la elección presidencial apoyando sin reservas la tesis del “cambio” de Joaquín Lavín.

### CAPÍTULO 3. DESCIFRANDO A LOS FÁCTICOS

De un modo algo vago y también distante, la idea original de *La Nación Domingo* le surgió a su director Alberto Luengo revisando la prensa inglesa en Madrid, ciudad donde trabajó en la sección internacional del diario *El País* en la segunda mitad de los años '80. En la capital española -no está de más recordar que en el Chile bajo dictadura no era posible conseguir prensa europea ni norteamericana, debido a lo mínimo del mercado, la censura y aún era inimaginable que los diarios se harían globales gracias a la web-, Luengo advirtió que tres de los principales periódicos de Londres cambiaban de estructura y nombre en sus ediciones de domingo. En particular, Luengo observó los casos de *The Times* que pasaba a ser *The Sunday Times* y de *The Guardian*, convertido en *The Observer*. Este último le resultaba más próximo al modelo de *El País*, debido a su talante liberal y próximo al laborismo.

Más de una década después de haber regresado, y al asumir la dirección de *La Nación* el 1 de abril de 2002, Luengo decidió proponer de manera formal al directorio de la empresa su idea de crear un producto cualitativamente diferente para los domingos. Se trataba, además, de hacer de la necesidad, virtud: concentrar el esfuerzo corporativo y periodístico en el último día de la semana, debido a los problemas de credibilidad de *La Nación*, su escasa venta y, por consiguiente, su carencia de recursos materiales.

En general, en aquel tiempo se había ya profundizado la brecha de circulación de todos los diarios entre el fin de semana, en particular los domingos, y los días hábiles, fenómeno que en *La Nación* se hacía todavía más agudo. Incluso durante un tiempo *La Nación* no se editó los domingos, para ahorrar costos y por ausencia de un proyecto competitivo con medios como *El Mercurio* o *La Tercera*, y recién a principios de 1999 *La Nación* volvió a tener un modesto suplemento dominical de 16 páginas, elaborado por reporteros no contratados a los cuales se pagaba vía honorarios un monto fijo por página publicada.

“La idea era focalizarnos en un producto emblemático que cambiara la percepción de marca de *La Nación* teniendo *in mente* ese modelo inglés”, explica el exdirector. El propósito también consistía en desplegar en ese medio diferenciado una nueva perspectiva periodística, que consistía en abandonar el sesgo oficialista o progubernamental que *La Nación* había adquirido con sus

últimos directores previos al desembarco de Luengo en la empresa en octubre del año 2000 como gerente de medios: “Dije, *La Nación* no nos dará vergüenza, vamos a poner los huevos primero en *La Nación Domingo* y luego en la semana”.

Luengo se planteó ante el directorio, y por su intermedio frente al gobierno, con un modelo que asumía el carácter de *La Nación* como un diario producido por una empresa del Estado, pero que podía convertir aquella hipoteca o debilidad en un activo. “Este es un diario de gobierno y no vamos a pretender que sea otra cosa, pero hay una forma de hacer un diario de gobierno, que es la que se ha estado haciendo y que no tiene resultados, porque no da credibilidad, y que es repetir lo que el gobierno quiere que se diga y ocultar o tapar lo que el gobierno no quiere que se diga. Esa fórmula está agotada y no me interesa”, recuerda Luengo la manera como explicó el núcleo de su propuesta a los directores y la gerencia general de la compañía.

A partir de esta constatación, Luengo apuntó a reconvertir y a politizar, en un sentido amplio, la función e inserción de *La Nación* en un sistema duopólico de diarios formado por los grupos El Mercurio y Copesa. Era un régimen no competitivo en términos políticos, económicos, culturales e ideológicos, sino solo en sus aspectos comerciales y de lucha por ejercer influencia -y poder- en las elites, modelo que en esencia todavía subsiste.

El punto de vista de Luengo hacía suya la tesis de que ambos conglomerados también tenían una agenda compartida de inclusiones y exclusiones respecto de la realidad, cuyo efecto era, por un lado, presentar una visión de mundo básicamente similar -ni siquiera una mirada representativa de todo el arco de la derecha, sino fundamentalmente de la UDI- y, por otra, marginar perspectivas alternativas o disidentes a esa realidad.

Luengo agrega que para *La Nación* el escenario no era apacible en el *ethos* de la coalición gubernamental: “Era un contexto de mucha crítica, incluso en la *intelligentsia* de la Concertación, sobre el rol de *La Nación*. Se decía que el rol de pasquín *campañero* no la ayudaba. Yo también era muy crítico de eso”.

Según Luengo, él propuso al directorio que había otra forma “más interesante” de continuar adelante con el diario. Esta idea asumía que el gobierno en ejercicio del Presidente Ricardo Lagos representaba a más del 50 por ciento de la población que quería un cierto modelo de país, y que se había manifestado en esa dirección en todas las elecciones realizadas desde 1989, una mayoría

cristalizada en el voto del No para el plebiscito del 5 de octubre de 1988 sobre la permanencia del general Augusto Pinochet en el gobierno, y la que luego solo se había movido en el margen.

Sin embargo, agregó Luengo, la prensa diaria en general, salvo *La Nación*, representaba al otro 50 por ciento o un poco menos, en un cuadro donde sus controladores querían que las cosas se hicieran, vieran o discutieran de una determinada manera, la cual coincidía en su matriz de pensamiento con la derecha política y empresarial.

“El gobierno de Lagos, y los anteriores gobiernos también en democracia, han sido objeto de acoso mediático, y con toda razón porque es parte del rol de la prensa fiscalizar al poder”, postuló el director, que añadió ante sus interlocutores que “nosotros vamos a hacer lo mismo, pero al otro lado”. Luengo sostiene que les dijo a los directores que *LND* se concentraría “en cosas que la otra prensa no mira, que no quiere que se miren u oculta en la trastienda. Vamos a hacer el mismo rol que la otra prensa, pero con objetivos distintos”.

Esto implicaba que mientras los diarios dominantes del mercado, en el ejercicio de la libertad de expresión y en su clásica función liberal y democrática de fiscalización y control del poder, vigilaban al poder político -o ejercían, de hecho, como parte de la oposición-, en este caso de uno de coalición demócratacristiana y socialista, en *LND* “nosotros vamos a vigilar a los otros poderes”, puntualizó el director. Tales otros poderes, de acuerdo con el análisis de la dirección de *La Nación*, eran en el Chile de ese momento fundamentalmente tres: el militar, el empresarial y el eclesiástico. “En otras palabras, los fácticos, que no han sido tocados”, precisa Luengo. “Ese era el modelo teórico y el directorio me dijo okay”, indica.

### **Permiso para investigar**

No obstante, Luengo advierte que la clave fundamental de *La Nación Domingo* fue la autorización explícita del directorio para desarrollar periodismo de investigación: “Esto ineludiblemente fue una responsabilidad mía, porque yo era el director. Asumí la responsabilidad en ambos sentidos, responsabilidad periodística y político-legal, de hacer de cabeza de este equipo que iba a meter los dedos donde las papas queman”.

De esta manera, *La Nación* recuperaba un aspecto identitario que la había marcado en los primeros años posteriores a la recuperación de la democracia en marzo de 1990: grandes reportajes sobre la violación de los derechos humanos en dictadura, la lucha contra esta por parte de distintos sectores, investigaciones acerca de las irregularidades en las privatizaciones del gobierno militar y nuevas tendencias de la sociedad.

Con la definición de escudriñar a los poderes fácticos de forma privilegiada, *LND* integró como política editorial, con una ligera variante, una categoría por entonces muy decisiva en la agenda política del país: la existencia de centros u organizaciones altamente estructurados, los cuales sin estar revestidos de legitimidad popular o representativa, tenían la capacidad de influir y determinar las decisiones políticas de los poderes institucionales, es decir, los fácticos actuando de hecho, no en derecho.

El concepto de poder fáctico -la discusión sobre su esencialidad y extensión se prolonga largamente hasta hoy e incluso ha crecido a nivel internacional tras la crisis financiera global de 2008, por la responsabilidad en ella de los mercados financieros, respecto de los cuales los gobiernos nacionales no tienen casi control, y por el peso de internet y las redes sociales- es móvil y se ajusta en función del escenario propio de cada país. De hecho, en Chile hoy mismo conviven diversas categorías de facticidad, algunas incluso desmedidas.

Por ejemplo, en su libro *El poder en el mundo*, publicado en el año 2000<sup>19</sup>, el exdirector del diario español *El País* entre 1988 y 1993, Joaquín Estefanía, escribe: “Los llamados poderes fácticos, que cambian con el tiempo, son el conjunto de las instituciones que tienen fuerza de hecho para influir en la política de un Estado; a los poderes fácticos tradicionales -la Iglesia, los militares, los banqueros- hay que añadir hoy otros muchos, como la judicatura, los mercados, los fondos de inversión, la prensa, los sondeos, más determinantes que los primeros”.

Una interpretación parecida traza el autor francés Alain Minc, economista, asesor político y dirigente empresarial francés, quien en su obra *La borrachera democrática*<sup>20</sup> postula que los tres poderes clásicos -legislativo, ejecutivo y judicial- han sido sustituidos en la modernidad por una triada de poderes fácticos formada por la prensa, los jueces -no la justicia, en abstracto- y la opinión

---

<sup>19</sup> ESTEFANÍA, JOAQUÍN, *El poder en el mundo*, Plaza y Janés, Madrid, 2002.

<sup>20</sup> MINC, ALAIN, *La borrachera democrática: el nuevo poder de la opinión pública*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

pública (expresada en las encuestas o la demoscopía). De acuerdo con Minc, cuando dos de ellos se combinan o los tres al unísono entran en acción, el resultado es la inhibición de la política deliberativa y representativa hasta un límite casi no democrático, lo que se ha definido como “democracia de las audiencias” o “de las encuestas”.

A partir de la constatación de Minc, elaborada hace dos décadas -y muy determinada en todo caso por la coyuntura de aquel tiempo en las democracias francesa e italiana- se ha sumado en el siglo XXI un nuevo poder fáctico en plena expansión: internet y, en particular, las redes sociales, las que no estaban disponibles todavía en el escenario donde surge *La Nación Domingo*.

Para Minc, el escenario que dibuja podría delimitarse como “una democracia de opinión o demoscópica”, donde la metáfora de “borrachera”, según su tesis, refiere a un contexto fáctico donde la democracia corría -y sigue corriendo- el riesgo cierto de convertirse en un sujeto ebrio desestabilizado y sin dirección firme.

En el uso chileno, en el ámbito de los centros de estudios -o *think tanks*, como se los llama ahora- y los partidos opositores a la dictadura ya se hablaba en los años ‘80 sobre el contenido de aquella noción de facticidad al calor de la transición española a la democracia, iniciada tras la muerte del dictador Francisco Franco en noviembre de 1975, un proceso seguido al detalle por la oposición local en la búsqueda de modelos, simetrías o comparaciones.

En España se entendía, en esos años de fines de la década de los ‘70, que a los menos tres poderes fácticos tenían la capacidad de modelar el tránsito a la democracia: el Ejército, la Iglesia Católica y la banca, es decir, que las acciones de estos sectores podían determinar las conductas de los poderes institucionales o formales, en la medida que lo fáctico supone la posibilidad de modificar el comportamiento de un agente público en función del interés sectorial del actor fáctico.

El fundamento o la naturaleza del poder fáctico radica en su capacidad de ejercer presión o coerción -la esencia del concepto de poder- en las instituciones formales o *de jure* de la democracia, superando las esferas de la mera influencia, la persuasión o la acción de lobby de lo que hoy se conoce, a partir de la nueva posición de la empresa en la sociedad, como grupos de interés o *stakeholders*. Los campos donde operan los fácticos básicamente son tres: la ideología o la cultura, la política y la economía.

La concepción o el debate sobre el poder fáctico en Chile hubiese continuado en su categoría de material de análisis académico y relativamente hermético si no fuera por el rol que en su disseminación o dispersión social jugó el expresidente de Renovación Nacional y hoy senador Andrés Allamand. El 16 de mayo de 1993, Allamand convirtió la expresión poder fáctico en un tópico de dominio público que se ha prestado desde entonces para un uso no solo intensivo, sino también extensivo, al punto de haberse convertido en un *commodity* analítico.

Aquel día de mayo, Allamand en una entrevista con el Cuerpo de Reportajes de *El Mercurio* (titulada con la cita: “Hay interferencia empresarial en las decisiones de la centroderecha”) acusó que la toma de decisiones formales de los dos mayores partidos de la derecha, el suyo y la Unión Demócrata Independiente (UDI), estaba determinada y distorsionada por tres “poderes fácticos”: los gremios del gran empresariado, más en particular la Sofofa; las Fuerzas Armadas, en rigor, el Ejército, donde el general Augusto Pinochet se mantenía en la Comandancia en Jefe apoyado por un férreo y leal Comité Asesor (y en medida bastante menor y acotada la Armada, que influía localmente en legisladores representantes de zonas donde esa rama tiene fuerte presencia, como las regiones de Valparaíso y Biobío); y el propio diario *El Mercurio* (podría suponerse que este subsumía también el rol desempeñado por el vespertino *La Segunda*).

Allamand también le puso nombre y rostro a esa *troika*: el exministro de Hacienda y último ministro de Interior de la dictadura, Carlos Cáceres. Este tenía la fluidez, explicó Allamand, de hacer converger en su propia función, como articulador político, a los tres actores fácticos en una estrategia o línea común que “bajaba” hacia RN y la UDI. Cáceres era capaz de transmitir y armonizar los intereses de los tres poderes fácticos debido a que se interrelacionaba con los tres, por su rol de “intelectual orgánico” en aquel espacio conservador, neoliberal y autoritario donde convergían los líderes del empresariado más grande y modernizado que se había expandido en la dictadura, el grupo *El Mercurio* y el general Pinochet y su entorno cívico-militar.

En mayo de 1993 la derecha, tras la debacle por el espionaje telefónico conocido como Piñeragate de agosto de 1992, que derrumbó las precandidaturas de Renovación Nacional de la diputada Evelyn Matthei y el senador Sebastián Piñera (RN era el partido más grande de la derecha, pero estaba profundamente dividido entre “duros” y “blandos”), buscaba con desesperación acordar un candidato presidencial único casi condenado de antemano a la derrota, debido a que

todas las encuestas anticipaban que en diciembre de 1993 la Concertación obtendría un segundo mandato con el senador DC Eduardo Frei como su abanderado.

En enero de 1993, Renovación aprobó en un consejo general apoyar a un abanderado propuesto por Allamand, el exdirigente empresarial Manuel Feliú, pero su rol en los primeros años de la democracia desde su cargo de presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio (CPC), lugar en el cual impulsó el diálogo social con la CUT, en especial la sintonía que logró con el presidente de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), el demócratacristiano Manuel Bustos, y una línea de negociación con la administración del Presidente Patricio Aylwin, convirtieron a Feliú en *persona non grata* para el sector más conservador del empresariado.

Este sector favorecía como candidato al propio Carlos Cáceres, aunque también simpatizaba con el exministro del Trabajo y Minería de la dictadura, José Piñera. El propio Allamand incluso estaba disponible para apoyar a Cáceres, como una cuestión pragmática si no conseguía respaldo para Feliú, ya que con aquel se había entendido en la negociación a tres bandas de la reforma constitucional de 1989 tras la victoria del No de 1988.

“En la Concertación, el proceso de designación de candidatos está basado en los partidos políticos. En la derecha, en cambio, hay tres interferencias: los militares, los empresarios y *El Mercurio*. RN tiene el 18% de los votos, pero Hernán Briones, el señor de la Sofofa que respalda a José Piñera, vale más para designar al candidato presidencial del sector que el partido completo”, explicó hace 26 años el actual senador de derecha de la Región Metropolitana. Agregó: “Donde mejor se plasma la triple presión es en la persona de Carlos Cáceres: el enlace de los militares, el mimado de la comunidad empresarial y miembro del directorio de *El Mercurio*”.

Los dirigentes gremiales Hernán Briones, Eugenio Heiremans y Ernesto Ayala, las caras principales del poder fáctico empresarial develado por Allamand, eran conocidos con el nombre de “los tres mosqueteros”, apodo algo obsecuente y elogioso que los medios de comunicación les habían asignado precisamente por su acción de férrea defensa de la pureza del modelo económico neoliberal, y por ser admiradores más que confesos del general Pinochet.

Con el correr de los años, sin embargo, Allamand ha intentado reducir el énfasis de su acusación, aunque en su momento esta generó una crispación de las tensiones en la derecha y en su relación con los gremios empresariales, con Pinochet y el propio diario *El Mercurio*. El periódico en



posteriores editoriales ha defendido la existencia de poderes fácticos; no los niega, pero los reinterpreta como expresiones de la sociedad civil.

En una entrevista publicada el 25 de abril de 2013 en *The Clinic*, consultado por su director, Patricio Fernández, sobre cómo eran o actuaban los fácticos, Allamand contestó: “Es muy simple. Son los que intervienen el proceso político generando una influencia exagerada y desde la sombra. La frase es de 1993. Yo me refería principalmente a las Fuerzas Armadas, que mantenían un poder residual, a los empresarios, en términos del financiamiento de la política, y a la influencia exagerada de ciertos medios de comunicación”.

Sin duda, la biografía política posterior de Allamand le ha quitado hierro a su tesis de 1993. El actual parlamentario después de mayo de 1993 se adentró en una desgastadora guerrilla con los fácticos que duró hasta diciembre de 1997. Luego de ser vinculado al uso de drogas, en una operación que involucró a la hoy alcaldesa de Providencia, Evelyn Matthei, al exministro secretario general de Gobierno del régimen militar Francisco Javier Cuadra y al exsenador y excandidato presidencial Pablo Longueira, y enfrentar una dura derrota a manos de los “duros” de RN tras proponer una amplia negociación de reformas constitucionales con la Concertación en 1997, este último año una alianza de los fácticos en su contra lo venció en la elección senatorial de Santiago Oriente en una épica batalla contra el UDI Carlos Bombal.

Allamand se “autoexilió” en 1998 en Washington, como consultor en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y escribió unas memorias -evidentemente prematuras- tituladas *La travesía del desierto*,<sup>21</sup> donde aceptaba que su modelo de centroderecha liberal no había logrado la hegemonía político-cultural en su sector. Regresó a Chile, algo sorpresivamente en 2000, pero escorado a una derecha más conservadora que la que había encarnado como líder de los “blandos” de RN. Participó luego en el anillo más cercano de la futura segunda candidatura presidencial del UDI Joaquín Lavín, a través del “grupo de los samuráis”, lo que combinó a partir de 2001 con el cargo de director de Desarrollo de la Universidad Adolfo Ibáñez (UAI) y luego como primer decano de su Escuela de Gobierno.

---

<sup>21</sup> ALLAMAND, ANDRÉS, *La travesía del desierto*, Aguilar, Santiago, 1999.

Para la elección presidencial de 2005, Allamand fue crítico del lanzamiento en paralelo de la candidatura de Sebastián Piñera, en mayo de ese año, y mantuvo una relativa equidistancia entre el actual Presidente y Lavín en su segundo intento por conquistar La Moneda. El hoy nuevamente alcalde de Las Condes premió su lealtad en ese año consiguiendo que la UDI aceptara a Allamand como candidato único para una senaduría en la actual Región de Los Ríos, entonces circunscripción Región de Los Lagos Norte.

Para la elección presidencial de 2009, Allamand se convirtió en uno de los más tenaces adversarios de la Concertación y rearmó su histórica alianza -política, más que personal- con Sebastián Piñera. De Allamand es la autoría de la tesis del “desalojo” para sacar a la Concertación del gobierno; aquella idea-fuerza la desarrolló en el libro del año 2007 *El desalojo. Por qué la Concertación debe irse el 2010*.<sup>22</sup> Sin duda, la teoría dura del “desalojo” y el quiebre de la Concertación -por razones múltiples- fueron la base que permitió a Piñera vencer a Eduardo Frei en la segunda vuelta de enero de 2010 y, efectivamente, desalojar a la Concertación de La Moneda tras dos décadas. De hecho, esta derrota puso término a la coalición formada para el plebiscito de 1988. Aunque muchos rostros se repitieran, lo que vino después, la Nueva Mayoría, es una historia distinta.

La interpretación generalizada en la prensa y la academia, y admitida de alguna manera por el propio Allamand en diversas intervenciones, es que en Washington llegó a la conclusión de que la vía de imponer “desde arriba” un modelo liberal en la derecha chilena, que recuperara una tradición interrumpida -supuestamente- con el golpe de Estado de 1973, expresada en la herencia de los partidos Liberal y Conservador, era impracticable. Que la estrategia para eliminar de la derecha, o suavizar, más bien, su perfil pinochetista, autoritario y culturalmente conservador, consistía en trabajar dentro de ella, buscando influir en sus distintos centros de poder y de dirección política.

La nueva estrategia que Allamand empezó a aplicar en el cambio de siglo implicaba necesariamente una suerte de proceso más dinámico y fluido de negociación, una dialéctica de conflicto y pacto con los poderes fácticos, los cuales, por lo demás, iban perdiendo sus

---

<sup>22</sup> ALLAMAND, ANDRÉS, *El desalojo. Por qué la Concertación debe irse el 2010*, Aguilar, Santiago, 2007.

componentes más intransigentes o agresivos. La detención de Pinochet en 1998 en Londres fue un hito clave en este proceso.

El distinto estatuto de Allamand en la derecha se plasmó en un tópico de la prensa en la campaña presidencial de 2013: que para las primarias de ese año, mientras el grupo Copesa ponía sus fichas en Laurence Golborne, *El Mercurio* las ponía en Allamand.

Esto previo a que Golborne se bajara de la carrera, presionado por la UDI, el propio partido que lo había escogido como precandidato, siendo reemplazado por el exsenador y exministro Pablo Longueira, quien finalmente derrotó a Allamand en la primaria de la derecha.

A los pocos días de ganar la primaria, Longueira renunció a la candidatura aduciendo problemas personales, lo que implicó su virtual retiro de la política, y la derecha nominó a la entonces ministra del Trabajo, Evelyn Matthei. Esta fue ampliamente derrotada por Michelle Bachelet en la segunda vuelta de diciembre de 2013. Matthei en 2016 se convirtió en alcaldesa de Providencia.

### **La influencia de Cortés Terzi**

Sin embargo, quien antes que Allamand había ensayado conceptualizar para un público amplio la facticidad en Chile, era el ya citado sociólogo socialista Antonio Cortés Terzi en las columnas que publicaba en el diario *La Época*. Posteriormente, Cortés Terzi -fallecido en marzo de 2009 antes de cumplir 60 años- escribió una obra específica acerca de qué son y cómo operan los poderes fácticos.

En *El circuito extrainstitucional del poder*<sup>23</sup>, Cortés Terzi utiliza la denominación del título de su obra para englobar la presencia de los poderes fácticos en Chile en el “proceso de toma de decisiones políticas” (PTDP). Según su estudio, hasta antes de la gran transformación neoliberal de los años ‘80, vehiculizada en la Constitución de 1980 y sus posteriores leyes orgánicas, expresivas en el plano de las instituciones jurídicas de una profunda revolución de la base económica del país, el Estado chileno tenía la capacidad de subordinar o procesar mejor lo fáctico. O distinguirlo menos, debido a la propia concentración de poder político y económico que radicaba

---

<sup>23</sup> CORTÉS TERZI, ANTONIO, *El circuito extrainstitucional del poder*, Ediciones ChileAmérica-Cesoc, Santiago, 2000. También citado en Capítulo 2: “Noticias del exterior”.

en el aparato estatal: “Los poderes factuales operaban y decidían con y a través de marcos normados y el poder formal/legal decidía y actuaba con asiento en la distribución real de los poderes de facto”.

Los cambios institucionales y de la economía que condujeron a la reducción de la esfera de acción estatal, así como las influencias de la globalización (apertura de mercados, integración financiera al exterior e internet), modificaron aquel cuadro donde no resultaba tan claro diferenciar Estado y poderes factuales, por el peso del primero, y crearon un espacio propicio para el surgimiento más orgánico del poder fáctico, el que incluso adquiere un cierto rango de legitimidad.

Por ejemplo, la capacidad del general Pinochet de determinar o marcar la acción política de la derecha no derivaba solo de la memoria común o compartida de la dictadura con RN, la UDI y otros grupos menores, sino que se basaba en la autonomía legal de las Fuerzas Armadas manifestada en la inamovilidad de los comandantes en jefe durante los primeros ocho años de democracia, la existencia de pisos presupuestarios para las FFAA y la independencia de la carrera militar del poder político (aunque en las reformas de 2005 se retornó al principio de que el Presidente de la República puede destituir a un comandante en jefe, ello no se extiende al resto del personal militar, que en última instancia depende del comandante en jefe de la rama castrense).

“En Chile, desde hace algunos años, hablar de ‘poderes fácticos’ es de uso común en el lenguaje político. Sin duda que ello constituye un progreso en la identificación de situaciones nuevas y relevantes dentro de las dinámicas políticas. No obstante, es evidente que todavía no existe una conceptualización al respecto -lo que ya es un síntoma de carencia analítica-, además, es también evidente que ya se ha instalado una suerte de satanización sobre tales poderes que proviene tanto del discurso como del análisis político”, agrega Cortés Terzi.

En su obra, el sociólogo sostiene: “En Chile, los componentes de la extrainstitucionalidad tienden a ser comprendidos de inmediato dentro del popularizado término de poderes fácticos. [...] El término poderes fácticos fue masificado en su uso a propósito de enconadas pugnas políticas contingentes. De allí que quedara marcado por sesgos político-ideológicos y publicitarios, y por la inevitable ambigüedad que conlleva la vulgarización de un concepto”.

“Pero, además, adquirió una fuerte connotación ética puesto que su inicial empleo propagandístico se enmarcó en un contexto de álgidas denuncias. No cabe duda de que en el público

está asentada una lectura satanizadora del término y asociada a ideas de perversión moral”, agrega Cortés Terzi remitiendo así al escenario de la acusación de Allamand de 1993.

El texto de Cortés Terzi, por lo mismo, despoja la discusión sobre lo fáctico de su aspecto moral o ético y masivo, y la sitúa en un ámbito más analítico o -si se prefiere- científico. De partida, establece una diferenciación entre los fácticos propios de la transición chilena en los años ‘90 (el símbolo de ese caso sería Pinochet) de los permanentes (la Iglesia Católica, aun en medio de su actual crisis religiosa y legal, encajaría en esta segunda categoría).

De hecho, en una nota de su libro, Cortés Terzi cita una afirmación del primer ministro secretario general de la Presidencia del Presidente Patricio Aylwin, el ingeniero civil y economista Edgardo Boeninger (1925-2009), quien en un debate académico de la Concertación no fechado, pero sí de mediados de los ‘90 por sus referencias, señaló: “Cuando se habla de poderes fácticos se alude, básicamente, a empresarios y militares, Pero yo hago un distingo. Lo previsible en los próximos 50 años, por la lógica de la economía mundial, es que los empresarios van a seguir siendo un poder fáctico de extrema centralidad e importancia. Creo, en cambio, que la condición de poder fáctico de los militares es accidental y que se debe a lo ocurrido el ‘73 y a ese largo proceso que se ha denominado transición. La tendencia mundial es que los militares no sean poderes fácticos. En ningún país, por muy consolidada que esté su democracia, se los ignora, pero no son poderes políticos importantes”.

Para separar el poder fáctico del estricto concepto de grupo de interés o *stakeholder*, Cortés Terzi describe la naturaleza conflictual de la política, refiriendo, por ejemplo, que una determinada legislación que impulse un gobierno es inevitable que evalúe y considere las presiones, habitualmente en sentidos enfrentados, de los *stakeholders* intentado orientar la ley en función de sus demandas específicas, pero que ello es normal en sociedades democráticas donde negocian conglomerados o corporaciones con visiones diferentes o contradictorias.

Según Cortés Terzi, un poder se hace extrainstitucional (o fáctico) cuando cumple tres condiciones: “Es o puede ser competitivo en la definición de políticas de alcances públicos generales y no solo puntuales; puede decidir autónomamente sobre cuestiones que afectan a la sociedad en su conjunto; y posee instrumentos que le permiten eludir o ‘sancionar’ medidas adoptadas por el poder político institucional”.

Describiendo los años '90, Cortés Terzi -quien admite que su análisis debe mucho a la forma en que funcionó la administración del Presidente Eduardo Frei entre 1994 y 2000- suma: “La existencia y expansión de la extrainstitucionalidad en el PTDP sería impensable sin las fragilidades que aquejan a los procesos y agentes políticos formales e institucionales en países que, como Chile, cruzan etapas de modernización capitalista”.

La prolongación en la memoria política chilena de la percepción sobre los poderes fácticos ha quedado recientemente reflejada en la opinión de dos empresarios, uno de la generación gremial joven, Alfonso Swett, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio (CPC), y el otro el ya mencionado Manuel Feliú. En el suplemento dominical Reportajes de *La Tercera* del 30 de diciembre de 2018, en un informe sobre la crisis de credibilidad de las instituciones, ambos son consultados por la asociación del gran empresariado local a una función fáctica.

En este artículo, Feliú es clarificador al remitir al pasado y a las causas que condujeron a que el empresariado adquiriera un peso específico en la política nacional y cómo este sustituyó el espacio deliberativo propio de una democracia: “La década del '80, a mi juicio, fue la más productiva en cuanto a cambios. Me tocó ser presidente de la Confederación en una época muy compleja, pero estábamos en la misma situación de antes, ni la Confederación, ni sus ramas, tenían un gran poder. Lo que tenían era organización y esa organización nos permitía revisar el modelo económico y proponer cambios o sugerirlos”.

Feliú admite que “se nos escuchaba y mucho, pues en esa época no había otro poder. No había Parlamento, nadie más que tuviera voz en los medios de comunicación, con la excepción de los empresarios”. No obstante, según el exlíder de la CPC, “se habla mucho del poder fáctico. Pero la Confederación nunca ha hecho uso de lo que podría llamarse como poderes fácticos”.

A su turno, Swett sostiene que hoy sería una “mala caricatura” postular que el empresariado es un poder fáctico, lo que fundamenta en que sus argumentos en las reformas tributaria, laboral y educacional no fueron considerados por el segundo gobierno de la Presidenta Michelle Bachelet entre los años 2014 y 2018.

A nueve años de la explosión y “vulgarización” -en el sentido de hacer común o popular una idea- del concepto de poder fáctico, y a dos de la publicación del volumen de Cortés Terzi, en el año 2002 y demostrando lo “polisémico” de la noción de facticidad, el objetivo de *La Nación*

*Domingo* eran los fácticos más clásicos: el gran empresariado, los militares y la Iglesia Católica, si bien en un nivel inmediatamente inferior se ubicaban los grupos de prensa (por eso la historia de tapa del primer número de *LND* fue acerca de Álvaro Saieh, el controlador de Copesa).

La cuestión de poner el foco editorial de *La Nación Domingo* en develar los resortes del poder, sobre todo de los “otros poderes”, dejó un vacío reglamentario. En la realidad social y política, los distintos poderes se cruzan e interrelacionan en sus alianzas y contradicciones, tanto los formales o institucionales como los fácticos.

Frente a la pregunta sobre qué haría *LND* cuando ejerciendo su misión de escrutinio enfrentara asuntos que se refirieran al gobierno o a la Concertación, la definición del directorio de la empresa -explica Luengo- fue que ese escenario se evaluaría caso a caso; es decir, que centrar la mirada en poderes más vinculados con la derecha no eximiría al semanario de investigar al Ejecutivo y su coalición.

La ausencia de un protocolo -si es que hubiese sido posible consensuarlo, cuestión nada segura- se reveló fatal un año más tarde, ya que el caso que precipitó la renuncia masiva del primer elenco de *LND* fue la disputa en torno a la publicación de un artículo de la periodista Alejandra Matus que denunciaba irregularidades en el Instituto de Desarrollo Agropecuario (Indap), en particular cometidas por dirigentes de la Democracia Cristiana, partido clave de la Concertación.

Los reportajes de investigación de *LND* que mostraron las sombras de los poderes fácticos sobre la transición y la democracia complicaron a la administración Lagos, en especial con las FFAA, menos con la Iglesia Católica, pero no causaron una crisis corporativa en la empresa, como sí ocurrió con la investigación sobre un organismo gubernamental como Indap.

### **El boinazo y el día después**

Con todo, sería injusto atribuir a *La Nación* que en los 12 años previos de democracia antes de *LND* se hubiera comportado como un portavoz incondicional de los intereses y agenda del gobierno o la Concertación. Los ejemplos de fricciones con La Moneda entre 1990 y 1994 fueron varios, en especial en el ámbito de los temas de derechos humanos y relaciones con las Fuerzas Armadas.

El propio Alberto Luengo era el subdirector en el episodio de tensión más recordado, el día cuando el general Augusto Pinochet invocó un titular del diario, del 30 de mayo de 1993, sobre la reapertura de una investigación por cheques pagados a su hijo Augusto Pinochet Hiriart por el Ejército, para desplegar comandos en torno al edificio de las FFAA -hoy sede del Ministerio de Defensa- en calle Zenteno, a una cuadra de La Moneda, en un episodio de deliberación y presión que la historia recogió como *boinazo*, un movimiento que ocurrió justamente menos de dos semanas después de que Allamand estrenara los dos vocablos clave: poderes fácticos.

No obstante, el esfuerzo periodístico original estrenado en marzo de 1990 se había debilitado con la asunción en marzo de 1994 de la administración del Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, cuyo ideólogo principal, el cientista político demócratacristiano Genaro Arriagada, planteó que el mandato de Frei sería definido y orientado por la modernización de las estructuras del país, y no ya tanto por la transición o la redemocratización.

Esta nueva conceptualización también modificó -por lo menos hasta marzo de 1998, cuando Pinochet terminó su período de inamovilidad en la Comandancia en Jefe del Ejército- la relación con los militares, a cuyos mandos el nuevo ministro de Defensa, Edmundo Pérez Yoma, les dijo en 1994 que su rol sería representar sus intereses ante el Ejecutivo, lo que establecía una línea demarcatoria con su antecesor Patricio Rojas.<sup>24</sup>

El diseño de Frei y su llamado círculo de hierro terminó plasmándose en un salto cualitativo de la economía en cuanto a crecimiento, pero en términos político-institucionales enfrentó grandes tropiezos y reflujos, aunque también aciertos, como la condena a Manuel Contreras y Pedro Espinoza por el caso Letelier, y las reformas de la justicia plasmadas en un nuevo sistema procesal-penal y la modernización de la Corte Suprema (la persistencia del tema derechos humanos y la discusión permanente respecto de reformas a la Constitución demostraron lo voluntarista que era intentar clausurar la transición).

El plan de gobierno de Frei llevó al diario *La Nación* a un período más plano u opaco. El propio Luengo admite que superada en el diario la crisis del *boinazo*, él intuía que las cosas cambiarían y por ello decidió que daría un paso al costado: “Después del *boinazo* salimos bien, pero heridos.

---

<sup>24</sup> CAVALLO, ASCANIO, “La guillotina de Fiestas Patrias” en *La historia oculta de la transición*, Grijalbo, Santiago, 1998.



Logramos preservar lo esencial de la propuesta, que era seguir investigando los temas de derechos humanos”. Sin embargo, agrega, “la situación excepcional de Aylwin llegó a su fin con la elección de Frei”.

“Renuncié por dos razones, había cumplido mi pega, no me gustaba trabajar en un diario oficialista, de gobierno, y con Frei se iba a convertir en un diario más oficialista y se le iban a quitar estos aires medio liberalizadores que habíamos tenido. Tomé mucha distancia. Sentí que habíamos cumplido una etapa, que era abrir el diario a la transición, pero una vez cumplida, los caminos que se abrían eran múltiples y se eligió [en la nueva administración] uno: dejarse de tonteras y hacer un diario que sirviera al gobierno de turno. A mí me parecía legítimo, pero no lo compartía”, añade.

El signo distintivo de la nueva etapa quedó establecido con el proyecto de *La Nación* como un diario con acento deportivo que planificó, por encargo del directorio, el editor general Alberto “Gato” Gamboa y que debutó a mediados de 1996. Con el propósito de aumentar las ventas en un cuadro de alta expectación por el desempeño de la Selección de fútbol de cara al Mundial de 1998 (Chile no pudo participar en la eliminatoria para el Mundial de 1994, ya que fue castigado por el incidente en el estadio Maracanã de 1989), la empresa optó por una propuesta que sustraía en parte al diario de la agenda política o de crónica más “dura”, y que se hacía cargo de la incomodidad que el gobierno de Frei sentía con *La Nación*. Este fenómeno, además, se plasmó a mediados de los '90 y durante algún tiempo en la medida de no circular los domingos; *LND* fue, en rigor, un giro en 180 grados a esta política empresarial.

Con el nombre de Triunfo Diario (*Triunfo* se llamaba la revista deportiva de *La Nación* que se publicaba los lunes), la amplia sección diaria de deportes tenía más de 20 páginas y fue estrenada con una campaña cuyo eslogan era “La Nación está dividida. Nuevo diario *La Nación*”. Al proyecto se destinó un equipo de alrededor de 20 reporteros. *La Nación* no dejó de tener sus otras secciones, pero la mitad se destinó al deporte -básicamente al fútbol-, lo que incluyó por tanto una portada dominada por un título y una foto de ese frente o sector informativo.

No obstante, el proyecto no funcionó y comenzó a debilitarse poco a poco sin cumplir con las expectativas que habían sembrado sus impulsores. El modelo se extinguió, de hecho, en octubre de 1998, cuando tras seis meses fuera del Ejército y siendo senador vitalicio, el retirado general Pinochet fue arrestado en Londres y *La Nación* experimentó, bajo la dirección de Ignacio González

Camus, un nuevo aire fresco, desde el punto de vista periodístico, al convertirse en el único diario que intentó hacer compatibles en sus contenidos la estrategia del Ejecutivo -que sostenía que España no tenía competencias para juzgar a Pinochet- con la posición de un sector amplio de la propia Concertación y de la entonces llamada “izquierda extraparlamentaria”, que apoyaban la extradición solicitada por el juez hispano Baltazar Garzón.

### **Un clivaje distinto**

La línea editorial asumida por *La Nación* entre octubre de 1998 y marzo de 2000 en rigor irritó a La Moneda, en particular al canciller José Miguel Insulza. La complicada e incierta etapa final de la campaña presidencial de 1999 recompuso los vasos comunicantes del gobierno y el periódico. A esas alturas, Insulza era ministro secretario general de la Presidencia.

La apuesta que planteó Luengo en 2002 tuvo un efecto relevante en el modo de relación de *LND* en el sistema de medios y en su inserción política. El diario, probablemente sin una decisión deliberada en tal dirección, optó por abandonar el clivaje gobiernismo-oposición. *La Nación Domingo* no saldría a la calle con sus precarios recursos a representar la posición de la alianza de gobierno en contra del poder de fuego de los diarios vinculados con la derecha, sino que optaría por una autonomía de agenda, la que no dependería de los intereses de La Moneda.

Se puede sostener que en el largo plazo, y en la perspectiva de las tendencias globales o generales, la política de *LND* sí convergía -o coincidía- con los objetivos de la coalición y del Presidente Lagos, de democratización política y de apertura cultural -lo que resultaba en todo caso relativamente obvio, debido a la visión de mundo compartida entre la Concertación y los gestores del proyecto periodístico y la redacción por la que se había optado-, pero sin que hubiera una relación de causalidad o una coordinación prefigurada.

Un antecedente que refleja esto se produjo en torno al editorial de *LND*. A Luengo le hubiese gustado una perspectiva no-gubernamental, más autónoma, sin llegar a ser opositora, de la visión de La Moneda (o derechamente omitir esta sección), pero debía aceptar que el redactor de editoriales, el responsable de la sección de opinión, Sergio Muñoz, tenía línea directa con el círculo de asesores presidenciales del segundo piso de La Moneda, en particular con el sociólogo Ernesto

Ottone, con quien Muñoz había compartido militancia en el Partido Comunista. A Luengo los textos preparados por Muñoz le parecían en exceso oficialistas y por ello creó una columna de opinión propia, que funcionaba como una suerte de editorial “alternativo”.

La evolución que hizo *LND* desde su lanzamiento en julio de 2002 hasta la crisis de mayo del año siguiente significó que para un sector de la *intelligentsia* de izquierda, alguna parte de ella a esas alturas con claros matices liberales, el medio se convirtiera en su referencia periodística. Sus exploraciones en materia de derechos humanos, poder económico, Iglesia, nuevas culturas, vida privada, sexo y tendencias, entusiasmaron a una franja de lectores con un producto por paradoja unido al Estado y, por tanto, voluble a los eventuales cambios de orientación del gobierno de turno.

Este tránsito de *LND* desde el rol clásico de portavoz de la posición oficial del Ejecutivo a ser percibido como un medio no-dependiente de la administración ni subordinado a la compleja trama de intereses periodísticos, políticos, económicos y culturales de los grupos Copesa y El Mercurio, fue adecuadamente resumido en un breve texto del académico Patricio Navia en el contexto del quiebre de mayo de 2003.

Navia, por entonces y en lenguaje de hoy, un *influencer* de visión socialdemócrata-liberal heredada de su formación escolar y universitaria en EEUU, manejaba un blog llamado *El Referente*. En este escribió el siguiente comentario tras la dimisión del equipo fundacional de *LND*: “Aunque este es un tema que preocupa fundamentalmente a los periodistas, la renuncia del equipo periodístico de *La Nación Domingo* no es un tema trivial. Creo oportuno subrayar dos cosas. Primera reflexión: *La Nación* no es un diario que pertenezca a todos los chilenos. Si algo, pertenece al Estado. Eso no es lo mismo. El Estado no pertenece a todos los chilenos. En ocasiones, como en la dictadura, el Estado mataba chilenos. En otras, el Estado ayuda a los chilenos. Pero el Estado no es sinónimo de sociedad ni nación”.

A juicio de Navia, “resulta natural, por otro lado, que el gobierno de turno quiera influir en lo que dicen los medios. Aun si el gobierno decide no influir, los costos los paga igual, porque más de alguno reclamará porque cree que el gobierno influyó o porque el gobierno no influyó en lo que publican los medios”. Agregó: “Segunda reflexión: mucha gente de la Concertación, en particular de la izquierda, ha comentado que ‘ahora sí nos quedamos sin un diario’. Eso me parece un error. Nadie debería pensar que las cosas del Estado son ‘nuestras’. Si la izquierda quiere diario, que lo

arme fuera del aparato del Estado. Así, el diario podrá seguir existiendo aun si se pierde el gobierno”.

“De ahí que resulte poco práctico y un tanto inútil que el Estado sea dueño de medios de comunicación. Es imposible, estructuralmente, evitar que el gobierno pretenda influir en los medios de propiedad del Estado. Y eso necesariamente atenta contra la credibilidad y legitimidad del medio estatal”, concluyó Navia.

Las reflexiones de Navia, luego girado a la centroderecha y próximo al senador de RN Manuel José Ossandón, apuntaron a la paradoja relativa en que se había convertido *LND* a casi un año de su lanzamiento: un medio estatal, pero que había sido apropiado simbólicamente por una franja política que no encontraba representación o punto de referencia en un mercado de diarios concentrado en dos oferentes conservadores.

### **¿Diario de la izquierda o del Estado?**

Un conjunto de cartas publicadas en la edición de *La Nación Domingo* del 1 de junio de 2003, a la semana siguiente de la ruptura causada por el reportaje sobre Indap, dio también cuenta de este fenómeno. Luengo decidió incluirlas para enviar una señal a los lectores, a la propia empresa y al gobierno de que el objetivo editorial de *LND* no se derrumbaría, a pesar de la salida de la mayoría de los periodistas de la edición dominical.

Por ejemplo, Waldo Herrera Zúñiga escribió: “Desde el primer día de democracia he comprado *La Nación*; he soportado el no encontrarla en todos los quioscos, he venido soportando su mutilación, he soportado que sea el diario más caro (costo versus cantidad de hojas), pero no voy a soportar algo contra lo cual luché y siempre voy a luchar: la censura (que es parte de la dictadura)”.

Una visión similar postuló Cristián Craddock: “Qué tristeza da ver cómo se pierde la posibilidad de marcar la diferencia, de ganar la confianza del ciudadano común, de darle un apoyo moral al desvalido gobierno de la Concertación, que ha perdido su alguna vez legítimo rol democratizador. *La Nación Domingo* fue de esa clase de intentos por ser lo que prometió la DC y sus aliados

políticos (pluralismo, transparencia, democracia, debate), pero que finalmente sucumben ante las contradicciones que patéticamente los están llevando a la derrota”.

El periodista Marcelo Araya, en tanto, apuntó lo siguiente en una suerte de emplazamiento a Luengo: “No me cabe la menor duda de que la democracia llegó a Chile gracias a tu indiscutible labor, que sumada a la de otros millones de chilenos, lograron que ‘el mal’ no durara cien años. Un gran sueño movilizó al país hasta recuperar lo poco que quedaba de dignidad. Esa dignidad que efectivamente según los neoliberales no sirve para alimentarse físicamente, pero que alimentó tu espíritu y el de los periodistas que pusiste en *La Nación Domingo* para rescatar -pedazo a pedazo- la conciencia crítica y el alma del chileno predictadura. ¿No fue esa la intención de crear *La Nación Domingo*? Poner más verdad ‘en el mercado’, profundizando la investigación periodística y reconociendo como un bien común o superior la libertad de expresión, por sobre los intereses de los grupos de poder”.

Alejandro Flores Tapia, luego de felicitar porque el reportaje acerca de Indap hubiese sido finalmente publicado con autorización del directorio de la empresa el martes 27 de mayo, indicó: “Cuando me enteré de la censura de la investigación, creí que me quedaba sin un diario de circulación confiable y certera”.

Probablemente sin mensurar la profundidad de la diferenciación de hecho que establecía entre el diario y el gobierno, como dos realidades o entidades separadas, el lector Carlos Espinace redactó la siguiente carta al director: “Realmente nos han decepcionado con la actitud que han tenido los últimos días. Primero, intentan censurar la publicación de un reportaje, luego la publican igual y posteriormente despiden a uno de los responsables. Están actuando igual que el gobierno, intentando esconder las cosas y quedar bien. Lo peor de todo es que ni pudieron esconder el reportaje y definitivamente quedaron muy mal. Lo siento por ustedes”.

En una dirección parecida, Juan Carlos Castro también asumía en *LND* una suerte de representación de interés público dissociado del Ejecutivo. “Descubrí hace unos meses que era posible leer el diario *La Nación* y no soportar al típico diario del gobierno de turno. Aún guardo en la memoria lo que era este diario en tiempos de dictadura: basura. Soy un fiel lector de su diario, sobre todo los domingos, ya que no estamos obligados a leer *El Mercurio* para encontrar un reportaje interesante”, señaló.

“Solo espero que no sea una ilusión que la libertad de prensa existe, que es posible hacer un periodismo comprometido con la verdad y con sus lectores y no tengamos que soportar un día más la censura, el despido de profesionales por haber dicho la verdad”, agregó, para rematar con una petición: “No nos quiten la ilusión de seguir creyendo, que aun con tropiezos, es posible soñar con un Chile justo y solidario. No nos quiten la posibilidad de seguir soñando. Mi más profunda solidaridad con los periodistas y protesto por el despido del editor periodístico del cuerpo de reportajes. Espero que no sea la última vez que compre su diario”.

Un punto de vista más matizado planteó el lector Marcelo Troncoso: “Resulta penoso ver cómo los partidos de derecha y los charlatanes de otros medios de comunicación e inclusive de la misma Concertación, sacan provecho de la acción indigna que salió del presidente del directorio de La Nación. Son pocos los puntos en que concuerdo con la línea editorial de su diario. Lo más rescatable era que los encontraba el único medio con menos influencia patronal y sediciosa”.

Troncoso también definía bien el problema que en adelante enfrentaría *La Nación*: “No bastará ahora con una pequeña aclaración sobre la no publicación del reportaje del Indap para el día domingo pasado, no bastará con declaraciones públicas o mea culpas por parte de los responsables de esta atrocidad y violación de la libertad de expresión. Va a costar mucho recuperar ese signo de dignidad periodística propio de su medio, en momentos en que es indispensable conservar el amor propio y no entregarse a los poderes fácticos de este país”.

De hecho, para hacer un rápido y eficiente control de daños, Luengo no solo pudo publicar el reportaje de Alejandra Matus el martes 27 de mayo, tras ser autorizado por el directorio de la empresa el lunes 26, sino que también incluyó las opiniones críticas de los lectores en la edición siguiente, la del 1 de junio, y pauteó un nuevo reportaje sobre la repartición estatal bajo la historia de portada “El Indap recargado”.

La muestra de opiniones es indicativa de la autonomía relativa que había logrado instalar *LND* en relación con lo que cabría esperar de un medio de comunicación del Estado, pero también graficaba la contradicción que había en ese particular cuadro de ser y no ser, al mismo tiempo, un diario de propiedad estatal y, por tanto, administrado por un gobierno que en una democracia encarna una mayoría, no una totalidad o una unanimidad.

Desde una perspectiva más pragmática, pero que también de forma implícita recogía la tensión entre la propiedad estatal y la praxis autónoma en *LND*, el lector Carlos Alvarado, que se definía como “un buen lector”, sostuvo: “La censura y la autocensura existen en todas partes y me indigna ver cómo los demás medios sacan partido de algo que ellos practican todos los días. Los periodistas del domingo son de una deslealtad tremenda para con su director. Si quieren publicar lo que quieren debieran... tener su propio medio. ¿De qué habla la Matus (sic) si cuando tuvo el lío con su libro lo único que hizo fue arrancarse al paraíso yanqui? ¡Por favor! Y es re fácil publicar rumores, denuncias y no llevar la contraparte, como ella acostumbra”.

En función de los propósitos editoriales de la dirección de *LND*, el hecho de que se hubiese establecido en un sector de la ciudadanía una apropiación social del diario como un producto diferenciado e independiente de la propiedad estatal o gubernamental, no era un logro menor, sino una medida del éxito de la opción que se había escogido, al menos hasta las horas críticas vividas tras el reportaje a Indap.

Nada mal entonces para un formato con solo diez meses de existencia, pero que soportaba la profunda hipoteca de portavoz oficialista desde los años ‘20.

### **La única garantía: medio público**

A la distancia, Luengo tiene una evaluación más ambivalente del espacio político-periodístico obtenido por *La Nación Domingo* en sus primeros meses. El exdirector sostiene: “Mirando la vida como la veíamos en ese momento, donde las izquierdas y las derechas eran referentes de mayor relevancia, efectivamente había una demanda de una suerte de izquierda tradicional, intelectual, una *intelligentsia* de izquierda, que demandaba un referente mediático que no solo la representara, sino que le permitiera generar y desarrollar los debates necesarios para su surgimiento como izquierda intelectual”.

Para el exdirector, en todo caso, la hipótesis de un medio amplio de esa naturaleza tenía dos limitaciones (“hoy descreo de esa fórmula, aunque en ese tiempo me parecía una alternativa”, sostiene). Una interna, porque “siempre tuve la sensación de que no iba a ser posible, porque la izquierda chilena no tiene la densidad y la fuerza intelectual”, y otra externa por consecuencia de

la primera: la ausencia de relaciones de la izquierda con el empresariado y, por tanto, con el poder del avisaje que permite sostener un medio.

Para Luengo, el hecho de que *LND* terminara, a lo menos en su primera etapa, encarnando una visión de izquierda no fue deliberado, sino que se produjo -por así decirlo- en paralelo: “Más bien yo veía que la oportunidad de tener un gobierno con un Presidente de izquierda, permitía que esta especie de excepción periodística que era el diario *La Nación*, que por azar del destino y las urnas, había quedado finalmente en manos de gente de izquierda, pudiera hacer una contribución, mientras durara, a esta demanda que una parte de la sociedad tenía”.

Debido a esto, el plan no era tanto que *La Nación Domingo* se comportara como un medio de la izquierda, sino que el modelo que desarrollaba se institucionalizara a través de la figura legal de un diario público como un medio de comunicación independiente. La traducción práctica de tal condición era que asumía la “transitoriedad” del proyecto, es decir, que sin haber un cambio del marco legal de la empresa que le concediera autonomía, su proyección se subordinaba a la naturaleza u orientación política del gobierno de turno, como quedó demostrado con aspereza en los años siguientes.

Luengo hizo gestiones en la dirección de un diario público, las que contaban con la adhesión implícita de los periodistas, aunque esta demanda gremial se hizo más formal ya en la hora final de *La Nación*, luego de que la primera administración del Presidente Sebastián Piñera resolviera cerrar el diario y acabar con la empresa pública.

“Yo había propuesto, antes de llegar a *La Nación*, de manera informal -cuando llegué lo hice más formalmente-, junto con una idea editorial, una idea institucional: ir hacia un modelo más TVN para *La Nación*. Convertirla en un diario público que tuviera legitimidad social. Que se desligara del gobierno, aunque tuviera vínculos. Creo que era la única forma de estabilizar la propuesta editorial de *La Nación* en el largo plazo”, recuerda Luengo, quien agrega: “Hice bastante lobby. De hecho, todas mis reuniones con gente del gobierno en esa época fueron por esa razón, y no por razones del reportaje que yo llevara o no llevara en *La Nación Domingo*”.

El punto o dato duro es que en el año 2002 la agenda periodística de investigar al poder (formal y fáctico) en términos amplios, que no solo se manifestara en la tradicional fiscalización liberal que hacen los medios a las instituciones políticas, convergía con un objetivo de la izquierda. “Más allá



de la discusión sobre si *La Nación Domingo* era o no de izquierda, lo que quisimos fue hacer un punto periodístico donde nadie lo estaba poniendo: poner la lupa de la investigación periodística sobre un segmento importante del poder en Chile, que estaba -por decirlo de una manera coloquial- *pasando piola* por demasiado tiempo, y de esa manera contribuir no ya desde la izquierda, sino desde el periodismo clásico, a la fiscalización del poder”, explica Luengo.

Sin embargo, la imagen de *LND* como un medio de comunicación autónomo de la orientación del gobierno, virtualmente autogestionado por un equipo profesional validado por sí mismo y no por mandato del controlador o propietario, en este caso el Ejecutivo, no constituía solo una sensación de los lectores irritados que protestaron por lo ocurrido alrededor del reportaje sobre Indap elaborado por Alejandra Matus.

En el grupo de periodistas que elaboraban el semanario también había adquirido fuerza la idea de que el activo principal de *LND* eran las capacidades de sus redactores, no la dimensión corporativa o delegada del proyecto, y que probablemente había llegado el momento de abandonar la camisa de fuerza que suponía trabajar en una empresa estatal, y que el tema Indap había desnudado. Que había que transitar a la sociedad civil o al área privada. Esta convicción es la que se combinó a fines de mayo de 2003 con el caso de la “censura” o postergación del reportaje de investigación sobre Indap.

## CAPÍTULO 4. LOS “CHICOS” DE LUENGO

Una pregunta casi laboral marcó de forma importante el perfil que tendría *La Nación Domingo*: “¿Qué hacemos con Julio César?”. Julio César es Julio César Rodríguez, el primer editor general de *LND*, que al ser convocado en 2002 a ese puesto por el director del diario, Alberto Luengo, estaba a cargo de la sección “blanda” -cultura, espectáculos, comunidades y tendencias- del diario electrónico *Primera Línea*.

En términos operativos, *Primera Línea* constaba de dos *patas*: su sección “dura”, de política, crónica, internacional y algo de economía, por un lado, y el área que gestionaba Rodríguez, si bien la edición del conjunto del portal web estaba en manos de la periodista Yasna Lewin, que había reemplazado a Juan Pablo Cárdenas en enero de 2001. De hecho, las dos alas de *Primera Línea* estaban físicamente separadas en el segundo piso del edificio de la empresa La Nación en calle Agustinas.

Incluso más. Según recuerda Nancy Arancibia, redactora de la sección que comandaba Rodríguez y después última presidenta del Sindicato de Periodistas de La Nación S.A., la relación entre los dos grupos de *Primera Línea* era escasa y en ello había incluso una cierta voluntad por parte del equipo de Rodríguez. Agrega que los reporteros tenían una pauta propia, que se alejaba de la cobertura habitual y que apuntaba a instalar nuevos temas en la agenda. “Teníamos mucha mística, trabajábamos duro y no nos molestaba hacerlo hasta tarde o los fines de semana, porque nos gustaba mucho lo que hacíamos. Había además una buena respuesta de los lectores”.

El plan de Luengo era que el sitio web *Primera Línea* se integrara a mediano plazo con *La Nación* -el diario no tenía un portal web propio- con el nombre de *La Nación.cl*. Sin embargo, *Primera Línea* tenía un equipo relativamente numeroso para los estándares de un sitio de internet, con periodistas asignados según las secciones clásicas de un diario. La fusión con *La Nación* implicaba, por consiguiente, eliminar duplicidades, es decir, despidos. “A *Primera Línea* le íbamos a cambiar el perfil. La íbamos a convertir en *La Nación.cl*. En ese momento dije que no se justifica que *Primera Línea* tenga equipos de crónica o de política propios, porque va a vivir de las fuentes de *La Nación*”, explica Luengo.

El director pensaba que el proyecto de *Primera Línea* ya no tendría sentido en la nueva etapa que con él se inauguraba en la empresa, porque era un medio creado para distinguirse de *La Nación*, más conservadora y oficialista, pero que si su idea era que *La Nación* diera un salto cualitativo y se liberalizara, capturando los temas de *Primera Línea*, el portal perdía lo específico que tenía y que le inyectaron Juan Pablo Cárdenas, Yasna Lewin y, desde luego, el propio Julio César Rodríguez.

Asimismo, y a pesar de que Lewin había ordenado el medio electrónico y tranquilizado su clima laboral, *Primera Línea* cargaba con la mochila de la crisis por la salida conflictiva de Cárdenas. “*Primera Línea* se creó con el mismo objetivo que yo quería cumplir con *La Nación Domingo*: generar un producto emblemático que cambiara la percepción de la empresa”, sostiene Luengo. Adicionalmente, este creía que el futuro de los medios electrónicos era la “confluencia” con los de papel, y en este caso era con la marca *La Nación* (el sitio *Primera Línea* subsistió como portal propio hasta febrero de 2003).

En el proyecto de crear primero *LND* y luego remodelar la edición semanal,<sup>25</sup> *Primera Línea* debía reconvertirse como la web de esta iniciativa global: “En ese marco no cabía que *Primera Línea* tuviera una estructura de diario completo”. Desde arriba preguntaron: “¿Y qué hacemos con esta gente? Yo dije, bueno, traslademos a los que podamos a *LND* y a *La Nación*. Ahí me fijé en Julio César, que tenía muchos talentos por descubrir”.

Luengo recuerda: “Julio César era un periodista medio atípico, porque no se ajustaba a los formatos o perfiles. La cuestión era lo echamos o qué hacemos con él. Por un par de cosas que le había leído y un par de conversaciones que tuve con él, dije este *cabro* podría ser útil para *La Nación Domingo*”.

Rodríguez, titulado de la Escuela de Periodismo de la Universidad Andrés Bello en 1997 y con 33 años al aparecer *LND*, desde su llegada a *Primera Línea* rápidamente se transformó en un personaje llamativo en la redacción, por vestir habitualmente de oscuro, con chaqueta marinera gruesa, haber abandonado muy avanzada la carrera de Medicina -cuarto año- para ingresar a

---

<sup>25</sup> *La Nación* de la semana mantuvo el diseño que tenía bajo la dirección de Guillermo Hormazábal hasta el martes 26 de noviembre de 2002. El miércoles 27 presentó una nueva cara que apostó a recuperar algunos de los elementos gráficos y de estilo de *La Nación Domingo*.

Periodismo, y por reivindicar en las conversaciones cotidianas de los pasillos periodísticos un origen popular en las poblaciones de la hoy comuna de Hualpén en la Región del Biobío.

También, naturalmente, por proponer a su equipo temas que escapaban a las pautas habituales de los otros medios y presionar hasta conseguirlos.

Seleccionado Rodríguez como editor general de *La Nación Domingo*, el resto del equipo fue armado de consenso entre él y Luengo. El esquema era un núcleo de cinco profesionales que se concentrara en la investigación y la edición de los temas más “duros”; por debajo de esta fuerza de tareas, se diseñó una red de colaboradores compuesta por personal no contratado por la empresa, sino pagada a honorarios, y por los propios periodistas de *La Nación* de la semana encargados de las coberturas más cotidianas o de crónica y, por ejemplo, de las noticias generadas los sábados, para las cuales se dejaban solo algunas páginas y un turno pequeño.

El propósito fue publicar solo lo más importante ocurrido el día anterior, pero limitando lo más posible que *LND* pareciera un diario de la jornada previa, para que así mantuviera su espíritu de revista y de relevamiento de materiales propios, aquellos que se escabullían de la pauta común de los medios escritos.

El *leit motiv* de Luengo, quien habitualmente saludaba a los reporteros del diario con un “hola chicos, ¿cómo están?”, era simple y lo repetía con insistencia en la redacción: *LND* no debía parecer un diario de domingo, con más cantidad de páginas y suplementos, sino *otra cosa*.

¿Pudo, sin embargo, no ser Rodríguez el líder de *La Nación Domingo*? Quizás, ya que en esa etapa de *LND* aún en pañales circuló internamente la versión de que la primera apuesta de Luengo para el cargo fue Freddy Stock, editor de la sección de cultura, espectáculos y tendencias en *La Nación* y experiodista en *La Tercera* -donde había trabajado con Luengo-, pero que habría rechazado el puesto, debido a que no deseaba dejar de ser panelista en un programa de televisión.

### **“Yo acepto si te vienes conmigo”**

Alberto Luengo señala que Rodríguez le solicitó, al aceptar la edición general, que quería ubicar como subeditor a una persona de su entera confianza: su amigo y excompañero en la Universidad

Andrés Bello -con quien además había hecho su tesis de titulación-, Mirko Macari, que escribía para la revista *El Sábado* de *El Mercurio*.

El director, quien no conocía personalmente a Macari, lo entrevistó y aceptó la proposición de Rodríguez. Lo curioso, no obstante, es que si bien el sentido común o la historia recogen que Macari era el segundo de *LND* -el propio Luengo lo reconoce de facto así-, lo cierto es que formalmente la coordinación de *LND* no estaba en manos de Macari, que en los primeros colofones es presentado como periodista, sino de Myriam Verdugo. Es a partir de febrero de 2003 que Macari es incorporado a la estructura como subeditor.

Verdugo llegó a hacerse cargo de la edición de crónica de *La Nación* con Guillermo Hormazábal, en octubre de 2000, y en marzo de 2001 asumió como responsable del suplemento dominical, el que desaparecería para dar paso a *LND*. Por este término de función es que Luengo debía resolver qué hacía con la editora.

Luengo no lo tenía fácil con Verdugo si quería despedirla de *La Nación*. La periodista de la Universidad de Chile tiene tres rasgos que hacían complejo desvincularla de la empresa: es viuda del sindicalista Manuel Bustos, el dirigente social más reconocido de la lucha contra la dictadura, quien había fallecido de cáncer en septiembre de 1999 siendo diputado; milita en la Democracia Cristiana -llegó incluso a la presidencia transitoria del partido en noviembre de 2017, luego de la crisis desatada por los malos resultados de la DC en las elecciones parlamentarias de ese año-, y en 2002 en la “interna” de la DC se inscribía en el sector de los “colorines”. Esta tendencia, en enero de ese mismo año, había ganado la conducción del partido encabezada por su líder histórico, el senador Adolfo Zaldívar, cuyo pelo rojizo era el rasgo que le daba su apodo a la corriente, después de que la DC pasara a ser el segundo partido del mapa político en 2001.

Debido a estos hechos, Luengo la nombró coordinadora de *La Nación Domingo*, aunque la memoria dé por supuesto que ese cargo fue siempre, en términos reales, de Mirko Macari.

El director, de hecho, prefirió darle un giro positivo a la mantención de Verdugo: su presencia en *LND* podría suavizar las anticipadas y esperables tensiones que habría con la DC y operar como puente con Adolfo Zaldívar. Algo de ello hubo: *LND* publicó a fines de 2002 un polémico artículo sobre la Ley de Pesca donde explicaba los vínculos del clan Zaldívar, Adolfo y Andrés, con una de las principales compañías del sector, Eperva, perteneciente al grupo Angelini en momentos en que

se debatía en el Congreso una reforma de la Ley de Pesca. A Myriam Verdugo le correspondió negociar con los Zaldívar y obtener las respuestas de Andrés al reportaje. En esas horas se filtró que incluso este, entonces senador por Santiago Poniente, solo aceptó dar su versión si lo entrevistaba su periodista correigionaria.

Sin duda, la presencia de Verdugo en el equipo fue algo exógena al núcleo “duro” de *LND* (tenía con sus miembros, además, una brecha generacional de casi una década), aunque algunos de sus integrantes admitían que también hacía aportes relevantes y comentarios que mejoraban la calidad de los trabajos. Desde luego, también firmó varios reportajes y entrevistas.<sup>26</sup>

Con todo, más allá de los nombres en el colofón, el subeditor *realmente existente* de *LND* fue Macari, al punto que Luengo recuerda así la situación que se produjo: “Julio César me dijo ‘yo me hago cargo, pero necesito un subeditor, una mano derecha y te propongo a Mirko Macari’. Yo lo entrevisté y le di el okay”.

A su turno, Rodríguez le explicó a su amigo y excompañero Macari el proyecto que le proponía Luengo aclarándole: “Yo no lo voy a aceptar si no te vienes conmigo”.

Según Macari, desde la época universitaria -y en esto puede ser un factor que Rodríguez y Macari hayan estudiado antes de Periodismo otras carreras, el primero Medicina y el segundo Derecho- siempre hablaban de cómo hacer en Chile un diario que se pareciera al argentino *Página 12*. “Lo teníamos como referencia, hacer un diario que como *Página 12* fuera muy editorial desde la primera página hasta la última. En eso eran clave los titulares, las imágenes y las tesis políticas”. Agrega Macari: “Yo lo pensaba más desde lo investigativo, Julio César más desde la cultura pop, que es lo que siempre lo ha definido. Teníamos ese tándem e hicimos una muy buena combinación”.

“Julio me dice ‘yo lo hago si tú dices que bueno’ y yo no lo pensé. Me tincó nomás”, indica Macari, quien recuerda que en la revista *El Sábado* su entonces editora, Ximena Torres Cautivo, le

---

<sup>26</sup> Myriam Verdugo salió de la empresa *La Nación* a comienzos de 2003, en el marco de un ajuste de personal, asumiendo así en propiedad Mirko Macari la subedición de *La Nación Domingo*. En este mismo período de remodelación *La Nación* dejó de circular los sábados a partir del 19 de abril de 2003.

dijo “¡pero te vas a la tercera división!”, cuando se enteró de que partía a *La Nación*. “Obviamente no te creían que te ibas para hacer algo que la iba a romper”, reflexiona Macari.

### **Las investigadoras**

Mientras Luengo escogió a Rodríguez y este convocó a su excompañero y amigo Macari, las dos reporteras *todo terreno* las puso el director y ambas ya tenían lazos con *La Nación*: Alejandra Matus y Marcela Ramos.

La primera, para julio de 2002, había regresado a Chile poco tiempo antes, tras un autoexilio en Estados Unidos que inició en abril de 1999 después de la publicación de *El libro negro de la justicia chilena*. Este texto reveló un sistema estructural de anomalías e irregularidades en el Poder Judicial y fue prohibido y confiscado de imprenta un día antes de salir a circulación. La decisión se adoptó luego de que el ministro de la Corte Suprema Servando Jordán, que había sido presidente del máximo tribunal entre 1996 y 1998, denunciara a Matus bajo la figura de desacato, entonces penalizada en la Ley de Seguridad del Estado y otros cuerpos legales.

El caso Matus fue el antecedente clave para que el artículo del desacato fuese derogado de la Ley de Seguridad del Estado a través de la Ley 19.733, conocida como Ley de Prensa, la que entró en vigencia el 4 de junio de 2001. Una vez que esta normativa se publicó en el *Diario Oficial*, se interpuso un recurso de protección en favor de la periodista que le permitió regresar al país el 14 de julio de 2001, tras dos años en EEUU y justo un año antes del estreno de *La Nación Domingo*.

La prohibición de *El libro negro de la justicia chilena*, en tanto, continuó hasta el 19 de octubre de 2001, cuando el ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago Rubén Ballesteros, juez instructor del proceso contra la periodista, levantó la restricción de su circulación, pero recién en diciembre de 2001 las copias incautadas de las prensas casi tres años antes fueron devueltas a la editorial Planeta.

Aunque Matus en los años ‘90 trabajó en *La Nación* -de hecho, junto con el periodista Francisco Artaza ganaron en 1996 el prestigioso Premio de Periodismo Ortega y Gasset por una amplia investigación sobre el crimen del excanciller Orlando Letelier, cuya publicación el diario hizo coincidir con el fallo condenatorio del general (R) Manuel Contreras y el brigadier (R) Pedro

Espinoza en 1995-, su mayor cercanía con Luengo se produjo cuando ambos coincidieron en *La Tercera* entre 1996 y 1997. Con Matus de regreso en Chile y sin empleo fijo, era una candidata natural para ingresar al proyecto de Luengo.

Matus se radicó de manera definitiva en Chile en noviembre de 2001 y tras una frustrada incorporación al semanario *Siete+7*, revista que comenzó a circular en marzo de 2002, ingresó a escribir reportajes en *La Nación* algún tiempo antes de que comenzara a editarse *LND*. También colaboraba con la revista *Paula*.

La segunda investigadora de la primera línea de *LND* fue Marcela Ramos. Ella colaboraba con el suplemento dominical de *La Nación* desde 1999, a donde llegó después de ser despedida de *La Tercera*, junto con su esposo, el periodista Juan Andrés Guzmán, por el nuevo director, Cristián Bofill. Con un paso también por *La Época*, Ramos trabajó en los '90 en *La Nación* y, al igual que Matus, fue parte del equipo más de confianza de Luengo en *La Tercera*, donde Ramos escribía para el suplemento de los domingos llamado Reportajes.

Ramos -Ph.D en Educación por la Universidad de Bristol, donde hoy hace investigación- se caracterizaba por la agudeza de sus perfiles de personajes públicos y en 2002 en coautoría con Guzmán había escrito ya dos libros: *La extraña muerte de un soldado en tiempos de paz* (LOM Ediciones, 1998), acerca de las inconsistencias que rodearon el fallecimiento del conscripto Pedro Soto Tapia en el regimiento Yungay de San Felipe, y *La guerra y la paz ciudadana* (LOM Ediciones, 2000), investigación crítica sobre cómo la Fundación Paz Ciudadana, creada y sostenida financieramente por Agustín Edwards, después del secuestro de su hijo Cristián en 1991 por el FPMR-Autónomo, había logrado construir una visión político-técnica transversal sobre delito y seguridad pública sumando a su directorio no solo a figuras técnicas y políticas de derecha, sino también de la Concertación.

La periodista explica que la entusiasmó el perfil del grupo formado por Luengo y que le llamó la atención el desembarco de Macari: que este hubiese dejado el confort de *El Sábado* era un indicio de que el proyecto iba en serio, también la atraía trabajar con Matus (“era como tener a Arturo Vidal en el equipo”). Aparte de compartir las definiciones estructurales presentadas por Luengo, Ramos también deseaba un lugar más “alegre” de trabajo, porque “admitamos que *La Nación* era un espacio triste”, recuerda.



Señala que la maqueta de *LND*, el tono o estilo de escritura que debía tener y su correspondiente estética, fueron elaborados básicamente por Rodríguez, Macari, Matus y ella. “Julio se imaginaba haciendo *Página 12* y a mí me entretenía estar con alguien tan entusiasmado”, dice.

Ramos, cuya carrera posterior se ha concentrado en investigar la relación entre educación y desigualdad social, advierte otro rasgo del equipo de *La Nación Domingo*, que era su no pertenencia a una elite, aunque esta fuera progresista o de centroizquierda. “Me entusiasmó que se trataba de un grupo sin *networking*, de clase media y media-baja, carente de redes; era un grupo fresco, porque en Chile siempre los proyectos nuevos son tan *rock and pop*... Acá no había ganadores ni consagrados, no éramos *winner*”.

“En el equipo había mucho talento y muchas ganas, eso es innegable. Había allí todo lo bueno para hacer algo bien hecho, buenos periodistas, buenos diseñadores; además, la infraestructura de *La Nación* era buena, estaba todo dado para hacerlo”, sostiene.

El sexto integrante del primer equipo titular de *LND* fue Marcelo Padilla -aunque en el colofón no aparece sino hasta fines de 2002 como periodista-, quien llegó a la empresa al asumir Luengo la dirección de *La Nación*. Lo hizo para reemplazar al editor general Sebastián Campaña, que se alejó en marzo de 2002 al aceptar asumir la edición general de la revista *Siete+7*.

Padilla también había trabajado con Luengo en Copesa, en el vespertino *La Hora* -al igual que Campaña-, y fue despedido en medio de los cambios que implementó Bofill. Padilla, en la práctica, se desempeñó en *La Nación* como editor de crónica y desde allí lo sacó Luengo para ubicarlo en *LND*. Por debajo de este sexteto original se armó una red de colaboradores, reporteros a honorarios y columnistas.

### **¿Proyecto compartido?**

A esta formación inicial se sumaron los aportes de los periodistas de *La Nación*, varios de los cuales, y a pesar de las fricciones inter-equipos, se entusiasmaron pronto con escribir para *LND* en la medida que este medio fue adquiriendo vuelo propio y prestigio. No obstante la colaboración que se fue construyendo, esta no rompió el dique entre los dos equipos. Ninguno de los reporteros de *La Nación* semanal secundó la medida del grupo de *LND* de renunciar en mayo de 2003. A pesar

de que se habló en pasillos de una dimisión colectiva, esta no ocurrió. El equipo de *LND* tampoco presionó en esa dirección.

Como la definición de Luengo de lanzar al mercado una edición de domingo con estructura y vocación de revista, que hiciera periodismo de investigación y pusiera la mirada en el poder, en particular el fáctico, solo era una política u objetivo editorial y no era suficiente para dotar de contenido y estilo a un medio de comunicación, la pregunta es: ¿cómo se perfiló y organizó *La Nación Domingo*?

Una mirada somera a las redes sociales, la información disponible en la web y las propias referencias de los periodistas de aquel tiempo, revela que la percepción que ha quedado en la historia es que *LND* fue creada y dirigida en esta primera etapa por Julio César Rodríguez. Luengo admite la hegemonía de esta visión. “Fue un proyecto de ideas compartidas”, precisa. “Es decir, fue una creación conjunta a partir de una idea mía”, agrega.

Junto con describir que el equipo periodístico se estructuró en conjunto con Rodríguez (“Aparte de Mirko, Julio trajo, por ejemplo, a Pablo Basadre y a Leonardo Navarro, y también a otros personajes más *freaks* que escribían unas columnas muy raras”), Luengo subraya que el editor general “hizo un aporte con algunas secciones; en particular, él lo hizo al incorporar la temática sexual, que era una cosa que yo no tenía en la mente, con columnas y reportajes.<sup>27</sup> Trajo también a un periodista que comenzó a hacer vivenciales, un formato que yo tampoco había considerado en mi proyecto inicial”.

Quizás la combinación virtuosa de *LND* esté en haber ensamblado el periodismo más “duro” y político-ideológico de Luengo, con histórico anclaje en la izquierda socialista, con la perspectiva más “blanda” y popular -en el sentido de apropiación y reciclaje de la cultura de masas- que postulaban Rodríguez y Macari, de formación menos militante que el director y que buena parte del personal de la empresa.

Observada en retrospectiva la trayectoria periodística de Rodríguez y Macari, hoy sería improbable situarlos en la izquierda política -acaso sí en su versión más cultural-, mientras que

---

<sup>27</sup> En el portal *Primera Línea* hubo una línea más liberal que se expresó, entre otros materiales, en una pionera sección de sexualidad llamada “Mercado del Placer”.

Luengo, por una vía u otra, continuó ligado al espacio de la Concertación y posteriormente de la Nueva Mayoría.

Luengo recuerda: “En nuestras conversaciones con Julio, él me hablaba de temas que a mí me resonaban como cultura popular. Cuando yo le digo vente a trabajar conmigo, es porque yo quería que el editor tuviera esa mirada”.

De hecho, Marcela Ramos subraya lo relevante que significó la articulación del periodismo más formal de investigación con la influencia y la temática de las culturas más populares, masivas, juveniles o de tribus urbanas derivadas, por ejemplo, de la televisión.

En una entrevista publicada en la revista *Paula* el 25 de junio de 2011, elaborada por la periodista Rita Cox -quien también trabajó en *La Nación* durante los primeros tiempos de *LND* y renunció precisamente porque fue mencionada de una forma que le pareció ofensiva en un artículo escrito en *La Nación Domingo* por Leonardo Navarro-, Rodríguez ya convertido en un rostro de la televisión y la radio asume que sus rasgos identitarios son más de una cultura pop o de masas que elitaria: “Sin duda, soy el *cabro* de Hualpén que estudió y le fue bien; que tenía ciertos talentos y pudo llegar a un lugar sin que sus papás tuvieran lucas, ni red social ni pitutos. Me fui construyendo como un niño que hoy podría estar en la plaza de Puente Alto comiéndose un completo en una fuente de soda”.

“Soy aspiracional porque aspiro a hacer cosas y estar bien. Y vuelvo al principio: primero caché que si no estudiaba iba a ser penca. Luego caché que si no estudiaba y no era el mejor iba a ser penca igual. Y finalmente caché que ser el mejor no bastaba. Que tenía que relacionarme bien y buscar equipos”, añade el exeditor general. “Mi ADN es altamente pop. Soy de los que critican a McDonald’s con un cuarto de libra en la guantera del auto. Y filo. No soy el tipo del panfleto. Qué lata serlo”, puntualiza Rodríguez en la nota de Cox.

Mientras Luengo estaba influido por lo que había visto y leído mientras trabajaba en *El País* de Madrid y por sus experiencias anteriores en *La Nación* y *La Tercera*, Rodríguez y Macari eran hijos adoptivos de la primera etapa de *Página 12*, diario que debutó el 26 de mayo de 1987 en Buenos Aires dirigido por un periodista de apenas 26 años, Jorge Lanata.

“Era el *ethos* no tan declarado, el ánimo, el espíritu de hacer un medio en ese tono o registro; un diario súper descreído de cualquiera forma de poder o autoridad. Adelantamos lo que iba a venir después en toda la prensa chilena, la idea de una prensa fiscalizadora y más autónoma, más capaz de conectar con las audiencias que ya estaban fuera de la Guerra Fría, y que quieren simplemente que la autoridad responda a sus intereses sea del color político que sea”, sostiene Macari en torno a cómo a él y a Rodríguez los influía el modelo *Página 12* en su concepción sobre hacia dónde debía transitar *LND*.

Macari explica que tras su paso por *El Sábado*, “yo venía cargado de temas, con ese *insider* que te permiten los temas de la elite, de estar en *El Mercurio*, con la conciencia de ser parte del poder. Si no, no habría trabajado allí, porque a mí siempre me ha gustado el poder. Yo traía esa pauta de poder y Julio traía esa cosa más *popera*, más lúdica, más narrativa, de la crónica, de las columnas. Claro, estas cosas no quedan nunca por escrito, se van dando en el trabajo”.

Según Macari, los medios -y esa era la idea que, a su juicio, animaba a *LND*- deben ser “híbridos”. Esto justifica que en la primera edición de *LND*, por ejemplo, junto a la fotografía y el titular acerca de Álvaro Saieh se anunciara un vivencial sobre la visita de él y Rodríguez a un topless del centro de Santiago (“idea de Julio”). “No puede ser tu portada sexo por cinco lucas porque compites con *LUN*, pero puedes llevarlo adentro”.

Para Macari, la medida del éxito de la hibridez está en una anécdota: por primera vez él vio a los cuatro choferes de prensa de *La Nación* leyendo el diario precisamente por artículos como el del topless céntrico.

“Teníamos un punto de referencia: lo que no queríamos ser; no queríamos ser *Siete+7*, no queríamos ser la Mónica González con el ladrillazo latero. Vamos con un ladrillazo, importante, bien escrito, pero no era 70 por ciento temas de derechos humanos, tema que a cierto público ya lo agotó. Está bien, todos lo saben y es muy importante, pero también hay que pasarlo bien. Los diarios también son para pasarlo bien”, añade Macari. A su juicio, en *LND* “no estaba esa idea del periodismo de centroizquierda, de la cultura de *La Época*, de Ascanio Cavallo, de ese señor con corbata que habla de los temas con distancia porque el periodismo es objetivo”.

De la experiencia de *Página 12*, dice Macari, él y Rodríguez habían deducido que “el periodismo también puede ser subjetividades, crónica, narración, es literatura de no ficción. Es una idea

fundamental como concepto”, y lo querían ensayar en *La Nación Domingo*. “Sabíamos lo que íbamos a hacer y no hubo problemas”, señala. A su juicio, como el equipo titular era pequeño, “se podía hacer una muy buena nota de portada, de investigación, de la que se encargaban la Marcela y la Alejandra, y el resto eran columnas y rellenar con contenidos, y con pirotecnia. Buenos títulos, buenas imágenes. *La Nación Domingo* era muy gráfica, muy visual para la época”.

“No era un diario tan bueno. Periodísticamente, *Siete+7* nos podía pegar 90 patadas en la *raja*, pero la gente leía *La Nación Domingo*, porque la cabeza del público no funciona como la cabeza de los periodistas de premio, como los llamo yo. Nosotros nunca quisimos ganarnos un premio, no tuvimos esa cosa presuntuosa del periodismo; eso de ‘es incuestionable la calidad y la confección de tu reportaje’, que te deja autosatisfecho y es perfecto, pero que te leen diez personas. Los diarios son conexión con audiencias y eso tiene de todo”, plantea.

En rigor, Rodríguez y Macari obtenían de *Página 12* básicamente un esquema escritural, gráfico y de tendencias culturales, ya que en Argentina el diario *Página 12* ha estado siempre vinculado con ese espacio político que oscila entre el peronismo de izquierda y partidos marxistas muy minoritarios, y uno de sus tópicos más persistentes son las violaciones de los derechos humanos, en particular la demanda por justicia, materia que ni Macari ni Rodríguez querían situar en el centro de la agenda de *LND*.

De hecho, el financiamiento inicial para *Página 12* provino de figuras que habían militado en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de inspiración marxista-leninista y trotskista, una organización que además había desarrollado operaciones militares y de guerrilla urbana y rural a través de su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), siendo severamente reprimido ya desde antes del golpe de Estado de Argentina en marzo de 1976.<sup>28</sup>

Aunque desde la asunción del kirchnerismo en el año 2003, *Página 12* se hizo oficialista y militante -claro ya que sin Lanata desde varios años antes-, el período de mayor esplendor periodístico del diario se produjo durante el primer gobierno de Carlos Menem (1989-1994).

---

<sup>28</sup> Sobre *Página 12* y su origen, algunos libros publicados en los últimos años: LANATA, JORGE, *Lanata 56*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2017; MAJUL, LUIS, *Lanata: secretos, virtudes y pecados del periodista más amado y más odiado de la Argentina*, Margen Izquierdo, Buenos Aires, 2012; BLAUSTEIN, EDUARDO, *Las locuras del rey Jorge*, Ediciones B, Buenos Aires, 2014.

Del mismo modo como ocurre -u ocurría, más bien- en casi todos los diarios, no hay grandes documentos fundacionales de *Página 12*. Macari y Luengo admiten que así también sucedió con *La Nación Domingo*.

En sus memorias, *Lanata 56*, el fundador de *Página 12* -que hablaba originalmente de su proyecto como un diario de “contrainformación”- explica que debió *a posteriori* definir su modelo, porque “el ‘estilo Página’ se fue construyendo sobre la marcha: hacíamos un puente mientras cruzábamos por él”. Es interesante evaluar las propuestas del diario bonaerense y ver cómo influyeron en *LND*. “Habíamos hecho un diario que les gustaba a los periodistas y eso nos permitió insertarnos mucho antes en el circuito de opinión pública”, escribe Lanata. Señala que *Página 12* tomó del francés *Libération* la idea de título y foto grande, pero le agregó sentido del humor: “No éramos una autoridad hablándoles desde arriba [a los lectores], los llamábamos, de igual a igual, a un juego. Por eso, frente a lo eventualmente críptico del título, la volanta [epígrafe o antetítulo] o la bajada eran siempre explicativas. Titular con frases hechas, con discos o películas también planteó una idea de complicidad en el vínculo con el lector”.

Para Lanata, “la ‘nota ideal’ de *Página 12* modificaba la estructura piramidal: debía tener, sí o sí, color o un diálogo en la cabeza, color a lo largo de la trama tal como se dosifica el suspenso en un cuento, y remate de nota de revista, entendiendo como remate no una conclusión sino un dato paradójico con la cabeza de la nota. [...] La idea era revalorizar un periodismo más ‘literario’, más cuidado, en la convicción de que una nota debe estar bien escrita para que se entienda”.

Desde antes de *LND* y hasta hoy, Macari tiene una obsesión temática que asume en plenitud: el poder. En esa dirección su perspectiva era complementaria del foco editorial que había establecido Luengo respecto de los poderes no institucionales que modelaban la política.

Macari indica que él también ya había leído a Antonio Cortés Terzi en *El circuito extrainstitucional del poder*: “Mi pregunta central en la vida ha sido dónde está el poder. El poder operaba tras bambalinas, el poder entre cuatro paredes, en la cocina, eso es la esencia del poder en Chile. Era un rasgo muy identitario de la política de la transición en ese minuto”.

A su juicio, la pauta de *LND* debía articular tres indicadores clave en sus principales notas: que hubiese un personaje, conflicto en torno a este y una situación de poder. Esta triada la defiende hasta hoy Macari en sus posteriores labores editoriales (personaje+conflicto+poder).

Al igual que Luengo, Macari subraya la relevancia de que el diario apostara a construir credibilidad: “Estaba la idea de que éramos una caja de resonancia de las versiones oficiales, y lo fuera o no lo fuera, era lo que parecía y había que ir contra eso”.

Una de las definiciones, con este propósito, fue nunca poner un ministro y una cuña suya en portada. En este contexto, Macari cuenta que una asesora de prensa del entonces ministro de Hacienda, Nicolás Eyzaguirre, llamó para decir que al ministro le gustaba *La Nación Domingo*, que estaba disponible para dar una entrevista, pero con el compromiso de ser la nota principal. “Le respondimos que *La Nación Domingo* no lleva ministros en portada”.

Según Macari, “la definición inicial es que el diario tiene que revertir la hipoteca de ser el diario del gobierno. La versión oficial es nuestra versión de las cosas, la del periodista. El periodista procesa y dice ‘esto es’. Esa mirada jerárquica e institucional del poder en Chile es la que está haciendo crisis hoy y *La Nación Domingo* lo adelantó”.

### **El modelo y la organización**

*La Nación Domingo* se organizó sobre un modelo que sus gestores definen como “arrevistado”. Su estructura pivotea sobre una nota de tapa o *cover story* cuyo principio es que se tratara de periodismo de investigación. No todas las portadas de *LND* podrían encasillarse en esa categoría, a pesar de lo difuso -y a menudo polémico del concepto-, pero cuando no lo eran en sentido estricto, el objetivo era plantear una mirada editorial, opinante o un punto de vista disruptivo sobre el poder y sus figuras en relación con la competencia de la prensa dominical.

Esta meta implicó una forma de redactar más ligera, liviana o impresionista, incluso en primera persona o subjetiva, la que establecía una diferencia con los estándares más rígidos del periodismo interpretativo o de datos que hacían los domingos los otros matutinos en sus secciones de reportajes. No fue casual que *LND* desarrollara este estilo de redacción propio. “Era un efecto buscado o escogido”, admite Luengo. “Era parte de la misma apuesta editorial. Escribir las cosas de una manera diferente, de manera de llamar la atención. Incluso las fotografías eran distintas”.

Alejandra Matus releva el rol de Mirko Macari en la configuración final gráfica y de estilo de *LND*: “El que diseñó el proyecto en realidad fue Mirko. Le gustaba mucho *Las Últimas Noticias*.

Tenía la idea de que había que hacer periodismo sobre las figuras de poder, pero incorporando a la farándula. Presentó ese proyecto avalado por Julio César. Luengo me dijo ‘quiero que te unas a este equipo’ y yo feliz”.

Matus señala que en el esquema de la dupla Rodríguez-Macari no había necesariamente la perspectiva de hacer periodismo de investigación y que esta dimensión la aportó Luengo. No obstante, explica, esta estrategia se fue también construyendo: “Bajo el paraguas de periodismo de investigación cabían muchas cosas. Íbamos elaborando una pauta semanal y los temas que teníamos disponibles los hacíamos, no era tan estructurado o previsto de antemano”.

Rodríguez escribió en septiembre de 2002: “La pauta de *LND* es informal, una suerte de lluvia de ideas delirante que hace foco en los poderosos, en los verdaderamente poderosos”.

Según Matus, Luengo le puso un techo a la investigación. “Nos dejó claro desde el día uno que había libertad total, excepto para hablar del Presidente Lagos y de su familia. Ese fue el límite”, explica. En todo caso, advierte que es improbable que el propio Lagos hubiese solicitado tal protección, y que más bien era una suerte de “deferencia” corporativa de la empresa.

A la hora de definir el primer equipo, Matus señala: “Había perfiles distintos, edades distintas, trayectorias distintas, convicciones distintas. Por ejemplo, si buscamos en el espectro político, yo creo que Mirko estaba más a la derecha y yo más a la izquierda. Yo, por ejemplo, tenía una valoración mayor del retorno a la democracia que Mirko y Julio. Pero a pesar de eso nos hicimos muy amigos. Ellos también respetaban mucho las opiniones mías y de Marcela sobre los temas periodísticos, acerca de cómo abordarlos. Nosotras éramos como la parte seria del tema y ellos eran la parte lúdica y literaria”.

Agrega que las reuniones de pauta se caracterizaban por un debate y una discusión abiertos antes de que el equipo tomara decisiones, las que después eran ratificadas por el director, quien no siempre estuvo en todas las reuniones del equipo. “Julio César era el editor general, pero tenía que reportar. Luengo nunca dejó solo a Julio César con *La Nación Domingo*”. Incluso Matus precisa que a veces aparecía el presidente del directorio de la empresa, Mahmud Aleuy, a informarse.

“La metodología de trabajo ha sido una de las más horizontales que he tenido y era de mi total agrado. Y es que, como dijo el informe psicológico que me hicieron antes en *La Tercera*, yo tengo



resistencia a la autoridad... Pero aquí no había imposiciones, eran muy abiertas las conversaciones que teníamos”, relata.

A la hora de revisar la organización de *La Nación Domingo*, Luengo apunta: “Tengo la sensación de que mantuve el control al final del día, por cierto que con una gestión más abierta que la de un director tradicional en el sentido de que solo se hace la pauta del director y solo se publica lo que el director aprueba”. Agrega: “Tampoco podría decir que fui rehén de un grupo que tenía una agenda propia”.

De acuerdo con el exdirector, actualmente resulta “hasta divertido” discutir sobre las potestades del director de un medio de comunicación: “Hoy la gestión no solo está abierta al debate interno, sino mucho más incluso al debate externo y las pautas no solo se arman según lo que los periodistas o los jefes decidan, sino también sobre lo que las audiencias resuelven a través de múltiples vías, básicamente comentarios en la web y redes sociales. La gestión de un medio, si tú quieres, es hoy mucho más democrática en el sentido tradicional del término y discutir qué tanta influencia pueden tener los periodistas, parece un tanto anacrónico”.<sup>29</sup>

La visión de Luengo es que la autorización del directorio para hacer un diario más independiente y liberal debía también transmitirse a los periodistas: “La libertad no era solo que yo tuviera más libertad como director, sino también generar más espacios de libertad interna para enriquecer el contenido del medio”.

Admite, sin embargo, cómo se fue incubando la tensión que tendría efecto a menos de un año de la aparición de *LND*: “La dinámica era que el equipo tendía a ir más allá de lo que a mí me parecía lícito, pertinente o adecuado. Mi criterio es que los periodistas no pueden reprimirse a la hora de proponer un tema, sino que el director es el que tiene que evaluar otras cosas”.

“Lo que ocurría era una discusión muy rica, muy crecedora para ambas partes, otras veces conflictiva, pero es así la vida, sobre los temas, las formas de abordarlos, el tipo de fuentes a utilizar en determinado tema. Era clásico que ellos decían hagamos tal tema, yo decía okay. Entonces decían las fuentes van a ser estas, y yo decía: sí, pero faltan estas y estas... Mi labor como director

---

<sup>29</sup> Respecto de las formas de funcionamiento de las redacciones en aquel tiempo, OTANO, RAFAEL; SUNKEL, GUILLERMO, “Libertad de los periodistas en los medios”, en *Comunicación y Medios*, ICEI-Universidad de Chile, Santiago, 2003.

era que todos los temas eran tratables sobre la base de la línea editorial general en la cual estábamos todos de acuerdo, pero que el tratamiento tenía que ser equilibrado, riguroso y cuidadoso de las leyes, sin saltarse los ordenamientos jurídicos que rigen a un medio. Esa era mi función”.

De acuerdo con Alejandra Matus, el “problema del poder” es una clave explicativa del método *LND*: “La definición era reportear el poder en todas sus manifestaciones, y cuando se refería al poder, era también al político y al gobierno, con excepción del Presidente y su familia. No teníamos una pauta de solo ir para ir para un lado, al revés. Pero para que la cuestión se sostuviera y no pareciéramos panfletarios, la definición inicial era mover el margen de lo reportable”.

Matus añade que el principal efecto de *LND* fue “correr el cerco” acerca de lo que se podía escribir o decir respecto de las figuras de poder o de ciertas situaciones, y que era un implícito de los pactos transicionales. A su juicio, “el tema estructural que permitió que *LND* existiera fueron las reformas legales que hizo Lagos en la Ley de Prensa, la eliminación del artículo 6 letra B de la Ley de Seguridad del Estado sobre desacato. El desacato estaba en distintas normas, la Ley de Seguridad del Estado, el Código Penal y el Código de Justicia Militar, donde aún está”.

El artículo 6 letra B de la Ley de Seguridad del Estado castigaba como delito contra el orden público y la integridad del Estado la injuria, calumnia y difamación contra autoridades, y fue la norma invocada por el ministro Servando Jordán, en abril de 1999, para querrellarse contra Matus por lo publicado en *El libro negro de la justicia chilena*.

Según un informe del Programa de Libertad de Expresión de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, durante los años ‘90 más de 30 periodistas y políticos fueron acusados de infringir el artículo 6 letra B finalmente derogado en 2001.

“La derogación de ese artículo fue el reconocimiento de que en democracia tú puedes y debes investigar a las figuras de poder, porque antes la ley protegía a la autoridad de todo aquello que esta considerara ofensivo y no había la excepción de verdad. Se entendía que la autoridad tenía una protección especial, por el solo hecho de ser autoridad”, puntualiza Matus.

En su opinión, a la voluntad de Luengo y del equipo de *La Nación Domingo* por correr los límites, se deben sumar las condiciones estructurales que se produjeron durante la administración Lagos. “Hubo una combinación de cosas que permitió que este proyecto fuera viable y que se

moviera el cerco. Tampoco *La Nación Domingo* tenía el monopolio, había otras revistas, pero tuvo el impacto de que se trató de un diario”.

La definición de la línea editorial y la forma textual debía expresarse en un diseño. Luengo convocó al subjefe de diseño del diario *La Nación*, Alfonso Gálvez, y le dijo: “Hazme un diario ‘arrevistado’”. No fue mucha más la instrucción: la idea era que la técnica de un suplemento de reportajes dominical convencional de un diario, como el Cuerpo D de *El Mercurio* o Reportajes de *La Tercera*, se transformara en un diario completo.

### **Concepto y diseño**

Gálvez recuerda que Luengo primero le encargó a una agencia externa que hiciera una propuesta gráfica, pero que al director no le gustó del todo y de ella solo dejó algunos elementos de la portada, y como él había expresado su interés por participar en el diseño, Julio César Rodríguez lo avaló ante Luengo para que presentara un proyecto. Con dinero de la caja chica de la dirección, Rodríguez y Gálvez fueron al Paseo Ahumada a comprar algo de prensa extranjera, para ver qué se estaba haciendo afuera.

Luengo pidió una portada a página completa con título incrustado y que los contenidos se presentaran siguiendo parámetros de revista. “Tuvimos suerte, porque el diseñador que nos hizo el trabajo tenía bastante sentido estético y buen gusto. Le pedimos también que tuviera una cierta elegancia, para que fuera atractivo para el ABC1. Por eso elegimos una paleta de colores de tonos mezclados, no colores puros, que son los habituales cuando tú haces un diario masivo”, explica Luengo. Tampoco se adquirió una tipografía especial, sino que se utilizó la plataforma de diseño de que disponía *La Nación*, que no era sofisticada (los textos todavía se escribían en word y se reconvertían en la sección de diagramación al programa gráfico de diseño, a diferencia de hoy en que el periodista escribe ya dentro de la maqueta), dando además prioridad a las fotografías y a los blancos para confirmar el aire de revista y no de diario. “El diseño fue muy tributario del concepto”, resume Luengo.

De acuerdo con el responsable del diseño, su idea era utilizar con abundancia los blancos, romper la estructura de las seis columnas, y ocupar en los títulos letras en alta porque llenan mejor

el espacio. Gálvez recuerda que él había trabajado con Alberto “Gato” Gamboa en *Fortín Mapocho* y que este siempre le decía: “Tenís que hacer una portada que la lea el *huevo* que pasa a cuatro metros del kiosco”.

La gerencia general de La Nación S.A. también negoció con el gremio de suplementeros para que estos consideraran a *LND* como revista y la dejaran colgada en los kioscos más allá del domingo, hasta martes o miércoles, lo que tenía otro pago por parte de la empresa.

El otro elemento fundamental fue un uso más creativo y editorial de la fotografía, donde la figura clave fue el editor de fotografía de *La Nación*, Matías Recart, que había trabajado durante varios años en una agencia internacional como reportero gráfico asignado a grandes eventos y catástrofes en diversos países de la región, y quien también había colaborado en *La Época* a fines de los ‘80.

La pauta habitual de contenidos de esta primera etapa de *La Nación Domingo* empieza con una contraportada, llamada “Rostros”, donde se situaban declaraciones de figuras públicas conocidas en la semana, pero con una apostilla. Por ejemplo, del diputado de Renovación Nacional Maximiano Errázuriz se consigna la siguiente cita: “La castración física no inhibe el deseo sexual, porque el sujeto puede continuar ‘violando’ con las manos. La castración química produce un efecto mental a través de la inhibición de las hormonas para que la persona no sienta deseo”. La apostilla de *LND*, en una tipografía más pequeña, señala: “Volviendo a la carga con su proyecto de castrar a los violadores y pedófilos, solo que en esta oportunidad quiere cambiar de método. En vez de cuchilla, química”.

El “Tema de portada” arranca en la página tres y se prolonga por un mínimo de cuatro páginas. Luego venían páginas de política y crónica de pauta del sábado y la entrevista política; “Tema de domingo”, reportajes más ligados a crónica o tendencias, bloques de economía, internacional, deportes, hípica (*La Nación* siempre desarrolló este sector con una cobertura intensa, que se combinaba incluso con una revista especializada independiente del diario llamada *Fusta* que aparecía los viernes), sección de cartas, reportaje fotográfico “A foco” (concebido como lo que entonces se llamaba ensayo fotográfico, es decir, imágenes que tenían un relato) y secciones de magazine y cultura, con entrevistas más livianas.

En este mix entraron dos secciones llamativas: el reportaje vivencial “A sangre fría” y una entrevista a una página llamada “La entrevista In-olvidable”, que hacía el periodista Leonardo

Navarro, bajo cuya foto recortada y su firma se leía: “Uno de los 100 personajes menos influyentes, según *The Clinic*”.

En *La Nación Domingo* no hubo un bloque de opinión propiamente tal que se ordenara en torno al editorial del semanario, pero sí existió uno de cartas al director, donde Luengo decidió que las respondería todas, sin importar su relevancia o materia (lo habitual era -y sigue siendo- que el diario solo responde cuando es cuestionado o desmentido en una información, pero en general evita entrar en un intercambio epistolar).

La parrilla de columnistas de *LND*, que se distribuyen por el diario a página completa en función de sus materias o secciones de referencia y arman una sección de opinión volante, en ese primer período es heterogénea. Los regulares eran el propio Alberto Luengo (“Bisturí”), el abogado y entonces ascendente figura de la generación de recambio del Partido Socialista Francisco Javier Díaz (“Animal político”), que en la segunda administración de la Presidenta Michelle Bachelet (2013-2017) fue subsecretario del Trabajo; el editor general de *La Nación*, Alberto “Gato” Gamboa (“Mano de gato”); el periodista especializado en economía Paul Walder (“Falsas expectativas”); el abogado y diplomático José Rodríguez Elizondo (“Tacones cercanos”), el periodista León Pascal (“Tony Cianuro”), que escribía con tono ácido y contracultural sobre tendencias y vida urbana (en el portal web *Primera Línea* había publicado una vez a la semana una columna llamada “Crónicas sudacas” firmada con el seudónimo de Volo Kalamaky), y el escritor Guillermo Blanco (“Otra voz”), sobre materias de cultura e historia, entre otros campos. No fueron los únicos columnistas, desde luego, pero sí los habituales.

A estas firmas *reales* deben agregarse dos seudónimos: Domingo Domínguez y Oliverio Nesta. El primero correspondía al subdirector de *La Nación* -por tanto, también de *LND*-, Juan Walker, que escribía una carta abierta a un personaje público que hubiese marcado la semana. Oliverio Nesta, en tanto, era el propio Julio César Rodríguez, cuyo personaje era un publicista algo depresivo y sus aventuras amorosas y sexuales, y que vagamente remitía a una famosa columna, “Capitalinos”, que entre fines de los ‘80 y principios de los ‘90 publicó en el suplemento Wikén de *El Mercurio* el escritor Alberto Fuguet con el seudónimo de Enrique Alekán. La de Rodríguez/Nesta se titulaba “Sexo en la ciudad”.

## **Destape a la chilena**

En el año 2002, al asumir en la dirección de *La Nación*, Alberto Luengo advertía que a más de diez años de recuperada la democracia, había cuajado una serie de temas o conversaciones sociales, de índole básicamente culturales, valóricos o de nuevas tendencias, que eran efecto precisamente de los cambios que había hecho la Concertación -la llamada “modernización capitalista”- y que había que incorporar en la agenda de *La Nación*: “A mí me parecía que entraba en el proyecto político de la Concertación convertir a *La Nación* en el escenario de los nuevos temas, que había que hacerse cargo de ellos y no mirarlos por el lado”.

En este marco, según Luengo, el hecho estructural más relevante del cambio de milenio no fue tanto la elección de Ricardo Lagos, en enero de 2000, como la detención del general Pinochet en Londres en 1998 y su posterior procesamiento en Chile: “Eso permitió una liberación de tensiones comprimidas. Si bien la derecha se alineó con Pinochet, uno olfateaba que se estaba empezando a desprender de él. Un segundo factor fue la elección de un Presidente laico, de izquierda, que quería marcar una diferencia respecto del pasado. Habíamos tenido dos gobiernos DC -el segundo más DC que el primero- y se abría una oportunidad, tanto para que la prensa de derecha lo atacara más como para que *La Nación* pusiera sobre la mesa una alternativa distinta”.

“Era un momento de apertura, del destape a la chilena, algo tardío. Por eso valoro, por ejemplo, la incorporación del tema de la sexualidad en *LND* y valoro el rol de Julio César, porque a mí no se me había ocurrido. Pero eso empatizaba con esta nueva mirada que estaba teniendo la propia sociedad”, sostiene el exdirector.

Una señal de que *LND* no se encaminaría por la vía del periodismo más “duro” que podría esperar una franja de la ciudadanía de centroizquierda más militante, fue incorporar en la pauta temática la farándula, mirada desde la perspectiva de un componente más de la industria cultural, y de la agenda de interés del público, y no como contenido basura *alienante* e impropio de la centroizquierda. Luengo precisa: “Incorporamos en nuestra parrilla el tema vida de los famosos. Incluso nos compramos conflictos por eso y tuvimos muchos líos. Julio César tenía muchos talentos, pero no el de la rigurosidad, entonces yo la tenía que imponer, y muchas veces tuvimos problemas por eso”.

Al estrenarse *LND*, la farándula se había instalado con propiedad en la prensa, la radio y la televisión. En esta última, justo un año antes, en julio de 2001, se comenzó a emitir, al mediodía, el programa franjeado “Sálvese Quien Pueda” (SQP), pero aún no se producía la aparición de uno de los formatos que transformó a la TV chilena: los realities shows (el primero, “Protagonistas de la Fama”, es de 2003).

Luengo contaba a su haber con una experiencia interesante en materia de farándula. En 1998 se enfrentó con el equipo de espectáculos de *La Tercera*, después de que decidiera publicar -contra la opinión de la editora de la sección- que la renovación del contrato de Cecilia Bolocco y Kike Morandé en el muy exitoso programa “Viva el Lunes” de Canal 13 estaba trabada por la relación sentimental que sostenían ambos animadores (Morandé estaba casado), un asunto que era de dominio común en los medios y en los círculos “informados”, e incluso los no tanto, pero que se consideraba parte de la vida privada y, por tanto, sobre esto no se escribía.

Pero no solo la farándula estaba en 2002 cambiando las reglas de funcionamiento de los medios. A la agenda política y de derechos humanos se habían sumado relevantes debates valórico-culturales. Apenas dos semanas antes de la aparición de *LND*, el domingo 30 de junio, a la siete de una mañana especialmente fría en Santiago -y en forma simultánea con la final de la Copa del Mundo de fútbol en Japón entre Brasil y Alemania-, alrededor de 5 mil personas se reunieron en el Parque Forestal para desnudarse ante el lente del fotógrafo Spencer Tunick. Los organizadores esperaban medio millar de asistentes a una performance que había tenido que superar intentos de prohibición en los días previos.

El acto de Tunick conmovió a la sociedad. De forma sorpresiva, la prensa y las elites observaron un gesto en favor de las libertades ciudadanas. La perplejidad de alguna manera se expresó en la propia *La Nación*. En la reunión de pauta del lunes 1 de julio, los responsables de las secciones vinculadas a lo ocurrido el día anterior no mencionaron el caso del desnudo colectivo como una prioridad de seguimiento. Fue el propio Luengo quien advirtió que alrededor de la foto masiva de Tunick se expresaba una tendencia que exigía sostener la cobertura, ampliarla e interpretarla de forma más sistémica.

En medio de los preparativos para el debut de *La Nación Domingo*, Luengo sabía que la manifestación del último día de junio anticipaba en bastante medida el clima de opinión y de sensibilidad dentro de la cual aspiraba a insertar su proyecto de renovación del diario.

Según sintetizó meses después el Informe Anual de Derechos Humanos 2002 de la Universidad Diego Portales (UDP), “la masividad que tuvo el acto de desnudo colectivo ha sido en general interpretada como una forma de protesta. Aunque originalmente había sido planteado como un acto artístico, es decir, como otra forma de expresión, el resultado fue más allá de esa dimensión”.

“Si bien resulta imposible determinar a ciencia cierta las causas que motivaron a concurrir a los asistentes, la explicación más común ha sido que ella constituyó una forma de reacción frente a las restricciones a la autonomía personal, expresadas a través de las limitaciones a la libertad de expresión y por otras vías, durante la transición”, agrega el documento de la UDP.

Concluye el anuario de DDHH: “En este sentido, el desnudo colectivo ha sido considerado por muchos como un acto que mostraría una manifestación espontánea de reafirmación personal y colectiva frente a tales limitaciones. El desnudo colectivo parece ser un hito dentro de una tendencia en los últimos años hacia una mayor diversidad social, la que, a pesar de las restricciones legales que persisten, se expresa a través de un mayor posicionamiento público de una serie de minorías y, en general, en un potenciamiento -todavía incipiente, pero que tiende a crecer- de la voz de grupos hasta ahora marginados del debate público”.

Aunque lo de Tunick fue con claridad un hito de liberación de la sociedad, que mejoró la posición de *LND* respecto de la potencialidad de su agenda, otros fenómenos más estructurales también eran parte de la discusión nacional en 2002.

Uno de ellos era el divorcio. Después de más de cuatro años *congelado* en el Senado, el proyecto de ley de divorcio vincular se había comenzado a mover en la Cámara Alta empujado por el Presidente Lagos. Al empezar *LND*, el divorcio solo había sido aprobado en la Comisión de Constitución, pero a esas alturas era evidente que, a pesar de las resistencias de la derecha y la Iglesia Católica -e incluso un sector de la gobernante Democracia Cristiana-, legislar para permitir el divorcio era una inevitabilidad histórica, aunque la ley recién se publicó el 17 de mayo de 2004 y entró en vigencia seis meses después, el 17 de noviembre de 2004.



Otra materia sensible era la tensa disputa entre el gobierno y la derecha -de nuevo aliada con la Iglesia Católica- en torno a la píldora del día después y la discusión respecto de si podía ser o no distribuida en el sistema público de salud. Los adversarios del medicamento sostenían que era abortivo y que, por tanto, infringía la Constitución.

En estrecha relación con esta cuestión, la derecha y la Iglesia Católica presionaban también al gobierno y al Congreso para rechazar el protocolo facultativo adicional de la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer de Naciones Unidas (Cedaw), porque sostenían que de aprobarlo se obligaría al Estado a aceptar recomendaciones de legislación de un panel multilateral que podría demandar autorizar el aborto (el protocolo se aprobó en la Cámara de Diputados en agosto de 2001 y la discusión estalló en el Senado, cámara donde aún se encuentra).<sup>30</sup> Otra área de controversia, vinculada con los anteriores puntos, era la conveniencia o no de impulsar programas de educación sexual en el sistema educacional y el rol que le competía al Estado en ello.

### **Demencia moderada**

Con todo, esta crispación por los llamados temas culturales o valóricos fue un insumo para *LND*. El frente antiliberal que habían construido la derecha, la Iglesia Católica -sobre todo sus congregaciones y obispos más conservadores y vaticanistas- junto con los grupos Copesa y El Mercurio, dejaron un espacio ancho para que *LND* desarrollara una agenda culturalmente progresista. La suma de las intuiciones de Luengo y Rodríguez funcionó con eficiencia en este campo de las nuevas tendencias.

La incursión de *LND* en asuntos como sexualidad, vida privada, derechos de las minorías y farándula, en cuanto manifestación de cultura popular o de masas e industria, se articuló con problemas políticos que a 12 años de reestrenada la democracia persistían y donde *La Nación* desde el año 1990 tenía una clara política de cobertura inquisitiva, proactiva y permanente.

---

<sup>30</sup> A propósito de las masivas marchas por el Día de la Mujer del 8 de marzo de 2019, parlamentarios de la oposición a la administración del Presidente Piñera, como el senador y excanciller José Miguel Insulza, solicitaron que se reactivara la tramitación del protocolo facultativo.

Uno de estos lo constituía el caso del general Augusto Pinochet. El lunes 1 de julio de 2002, también dos semanas antes de que apareciera *LND* -y al día siguiente del desnudo masivo de Tunick-, la Segunda Sala de la Corte Suprema sobreseía por razones de salud mental al exdictador en el caso Caravana de la Muerte. Tras regresar de Londres, por razones humanitarias, Pinochet fue procesado por el ministro en visita Juan Guzmán el 29 de enero de 2001, después de que la Corte Suprema confirmara su desafuero como senador vitalicio el 6 de agosto de 2000.

Si bien Guzmán interrogó a Pinochet y lo recluyó, la defensa planteó que no estaba en condiciones mentales de enfrentar un juicio. Luego de que la Corte de Apelaciones, el 8 de marzo de 2001, rebajara su participación en el caso Caravana de la Muerte, desde la figura de autor a la de encubridor, el 9 de julio el tribunal de alzada cursó el sobreseimiento por “demencia moderada”. Un año después el fallo lo confirmó la Corte Suprema.

Sin embargo, tras el primer fallo de sobreseimiento en la Corte de Apelaciones, se fraguó una negociación política: el juicio contra Pinochet no seguiría, pero sí bajo la condición de que este renunciara a su escaño como senador vitalicio y se retirara de la vida política. La “cocina” del pacto -apoyada como solución política desde La Moneda y estructurada mientras la Corte Suprema revisaba el fallo de la Corte de Apelaciones- involucró al presidente del Senado, Andrés Zaldívar; al comandante en jefe del Ejército, Juan Emilio Cheyre; y al cardenal arzobispo de Santiago, Francisco Javier Errázuriz. El acuerdo se conoció en el Congreso la noche del miércoles 3 de julio y al día siguiente el prelado le comunicó al Senado que Pinochet renunciaba. Lo hizo a través de una carta que el exdictador solicitó a Errázuriz que intermediara ante el Congreso.<sup>31</sup>

El cierre del caso Pinochet en materia de violaciones de los derechos humanos fue el techo al que se pudo llegar en materia de juicios en su contra. En 2004, en todo caso, se revocó la resolución de “demencia moderada” y fue de nuevo encausado por otros casos de derechos humanos, y más tarde, en 2005, volvió a ser desaforado, ahora en cuanto a su calidad de expresidente, y procesado, pero en el marco de la investigación por malversación de caudales públicos conocida como caso Riggs. Al morir, el 10 de diciembre de 2006, Pinochet no había recibido todavía ninguna condena.

---

<sup>31</sup> En la actualidad, tanto el general (R) Cheyre como el cardenal Errázuriz, figuras clave en la etapa tardía de la transición, enfrentan complejas situaciones jurídicas. El primero ha recibido una condena en primera instancia por un caso de violación de los derechos humanos en 1973, y el segundo ha sido denunciado por encubrimiento en acusaciones de abuso sexual dentro de la Iglesia Católica de Santiago.

Despejada la situación de Pinochet de la ecuación, los tribunales continuaron adelante con la multitud de juicios abiertos por derechos humanos. El blindaje del exdictador, por paradoja, dejó a sus subalternos sin protección y bloqueó la posibilidad de una legislación de punto final, obediencia debida, amnistía o modelo similar. La derecha si bien continuó presionando por un esquema de plazo fijo para cerrar los procesos, ha terminado por concentrar su demanda en dos puntos: aplicación de reglas comparadas de tratamiento humanitario por razones de edad o salud y traspaso al nuevo sistema procesal-penal, que separa la función de investigar de la de sentenciar. Al empezar *LND*, la reforma procesal-penal estaba en pleno proceso gradual de puesta en marcha.

La combinación entre la multiplicación de casos de derechos humanos en tribunales, las nuevas corrientes sociales (no recogidas entonces como objetos periodísticos por los grupos dominantes del mercado), la irrupción de minorías reivindicando derechos y un escenario cultural más aperturista -recién en 2001 se había acabado la censura cinematográfica y abolido la pena de muerte-, formaron la base material que permitió a *LND* innovar en el sistema mediático chileno.

### **Entre dos “fenómenos”**

A pesar de los juicios por derechos humanos, el cambio de criterio de los jueces y la nueva realidad de demandas culturales y políticas que eran insumos programáticos de la administración del Presidente Lagos, en julio del año 2002 su gobierno recién se asentaba después de dos años previos enfrentado a elecciones.

Los comicios municipales de octubre de 2000 habían encumbrado a Joaquín Lavín como el virtual futuro Presidente, tras vapulear a Marta Larraechea de Frei en la disputa por la alcaldía de Santiago, y en las legislativas de 2001 se produjo un cambio en el modelo de partidos: gracias a la tracción de Lavín, la UDI se convirtió en el partido más grande del país con el 25,18 por ciento de los votos y 31 escaños en la Cámara de Diputados sobre un total de 120, desplazando de ese lugar a la Democracia Cristiana tras cuatro décadas en que la falange fue la formación más votada. Este cambio de posición tuvo un efecto de largo plazo en la DC, ya que el sector históricamente más refractario a la izquierda y defensor de la tesis del “camino propio”, cuyo líder natural era Adolfo Zaldívar, tomó el control de la colectividad en enero de 2002.

Con *La Nación Domingo* ya en la calle desde tres meses antes, a partir de octubre de 2002 Lagos enfrentó la peor crisis de su administración, al revelarse una compleja trama de sobresueldos y desvío de recursos públicos hacia la política, lo que se conoció primero como caso Coimas y que más tarde derivó en el caso MOP-GATE. El quiebre de *LND* de mayo de 2003, de hecho, coincide con la fase más tensa de aquella compleja situación, cuando incluso se especuló con la hipótesis de que el Presidente de la República pudiera verse obligado a renunciar.<sup>32</sup>

Lavín corría con viento y encuestas a favor el 14 de julio de 2002, pero una decisión improbable de Lagos de seis meses antes, el 7 de enero -cuando remodeló su gabinete tras los resultados de las elecciones de fines de 2001-, cambiaría la historia nacional. Ese día lunes Lagos movió a la doctora y experta en asuntos militares Michelle Bachelet desde el Ministerio de Salud al de Defensa. Bachelet salvaría tres y medio años después a la Concertación de la “ceremonia del adiós” que había planteado como tesis el sociólogo Antonio Cortés Terzi en un memorable artículo de la revista socialista *Avance* de agosto de 2000.

Citando el título del libro de Simone de Beauvoir *La ceremonia del adiós*, Cortés Terzi, y a pesar de la decidida voluntad fundacional de Lagos, planteó que tras una década de ejercicio del gobierno, el proyecto histórico de democratización de la Concertación podría estar ingresando en una larga etapa agónica o crepuscular de agotamiento (al Presidente, en todo caso, le quedaban por delante más de cinco años de mandato), donde el llamado “fenómeno Lavín” prefiguraba el recambio de la coalición de centroizquierda en 2006 debido al rearme de la derecha, curiosamente favorecida por la detención de Pinochet en Londres.

Esta hipótesis de que con Lagos se clausuraba el ciclo transicional determinaba la política en 2002. Dos años y medio antes, en la noche del 16 de enero de 2000, la jornada de balotaje en la que Lagos derrotó a Lavín, el presidente de la UDI, Pablo Longueira, postuló la tesis de que ese día Chile había elegido dos mandatarios, ya que inevitablemente Lavín sucedería a Lagos en las elecciones de 2005 o 2006.

---

<sup>32</sup> La idea de una dimisión de Lagos por el caso MOP-GATE apareció en una columna del periodista Ascanio Cavallo publicada en *La Tercera* con el título de “¿De aquí al 2006?”. Según ha explicado después Cavallo, él escribió sobre lo que se conversaba entre la elite de la Concertación, aunque admite que pudiera haber sido utilizado para enviar un mensaje. Ver entrevista de Estela Cabezas publicada en revista *El Sábado*, 13 de enero de 2018.

En la primera edición de *LND*, el 14 de julio de 2002, la entrevista política la hizo la periodista Claudia Montecinos al propio Longueira, quien insistió en esa definición. “Como yo dije esa noche: el país eligió primero a Lagos y después a Lavín. Creo que eso se va a dar. El mayor error que comete Lagos es creer que su gobierno se va a evaluar en si él es capaz de dejar un cuarto Presidente de la Concertación. Debiera preocuparse de gobernar bien. Lavín va a ganar, aunque Lagos haga un buen o mal gobierno”, aseguró Longueira.

La propia administración de la empresa La Nación fue presa de esta ansiedad lavinista. En el otoño de 2001, a pocos meses de que el virtual abanderado de la UDI asumiera la alcaldía de Santiago en diciembre de 2000, Lavín fue invitado a una reunión con el directorio de la empresa, en particular con su presidente, Mahmud Aleuy, con el propósito de sondear su plan para la compañía y alivianar las tensiones de la campaña de la segunda vuelta de 15 meses antes.

A esa “cumbre”, la que incluyó un recorrido por la redacción, asistió Luengo -aún era gerente de medios-, pero por una razón más bien antigua y para distender el ambiente: a principios de los años ‘80 había trabajado con Lavín en *El Mercurio*, cuando el después dirigente de la UDI formaba Economía y Negocios y el exdirector de *La Nación* era uno de los subeditores de crónica.

Sin embargo, lo concreto es que el entonces promisorio “fenómeno Lavín”, que definía el cuadro político al debutar *LND* y proyectaba lo que podría ocurrir en la siguiente elección presidencial, de forma inesperada en los años inmediatos mutó en otra cosa: el “fenómeno Bachelet”.

## CAPÍTULO 5. “MAKING OF” DE LOS TEMAS CLAVE

La primera portada de *La Nación Domingo*, el 14 de julio de 2002, fue un perfil de Álvaro Saieh Bendeck, controlador del grupo Copesa (“El nuevo zar de la prensa: Álvaro Saieh, el hombre que amenaza al imperio Edwards”). El reportaje lo escribieron las periodistas Alejandra Matus y Marcela Ramos. Según el exdirector Alberto Luengo, el origen último de la idea fue la compra que había hecho Saieh dos años antes, en julio de 2000, de la mayoría accionaria del grupo Copesa.

Hasta ese momento, Saieh era socio minoritario con poco más del 15 por ciento de la propiedad y le hizo una oferta insuperable a otro socio, el empresario mayoritario Juan Carlos Latorre, que actuaba a través del grupo ECSA, donde también participaba el exministro de Hacienda de la dictadura Sergio de Castro. “Cuando Saieh toma esta decisión, a mí se me hace claro que lo que quiere no es simplemente obtener beneficios económicos de *La Tercera*, sino que tomar el control del diario y convertirlo en el diario referente de la sociedad chilena”, sostiene Luengo.

A su juicio, la primera historia de tapa era una forma también de escudriñar el poder, ya que la asociación entre Saieh como el nuevo hombre fuerte de Copesa y el director de *La Tercera*, Cristián Bofill -nombrado en ese cargo cuando Saieh aún no se convertía en dueño del grupo medial-, apuntaba alto: disputar la influencia en las elites a *El Mercurio*, uno de los tres clásicos poderes fácticos del Chile de la transición. “Para nosotros en *La Nación Domingo* era, además, presentar nuestras cartas credenciales: nosotros vamos a hablar de un tema del que nadie habla, porque entre bueyes no hay cornadas. Bueno, dijimos, nosotros no somos bueyes, somos una *rara avis* en este territorio y nos vamos a aprovechar de eso”, explica Luengo.

“También el objetivo era que el poder nos leyera. Si queríamos constituirnos en un proyecto independiente o autosustentado, teníamos que conseguir que el poder nos leyera, para ver si algún día nos ponían avisos, pero -claro- ese era un objetivo a largo plazo. Por eso fue muy discutida y estratégica nuestra primera portada”, asegura. El efecto buscado consistía en captar la atención de quienes Luengo define como “distribuidores de agendas o de temas más relevantes del momento, a los periodistas que ponían sus temas en medios o radios en una época pre Twitter y pre Facebook”.

Mirko Macari, que venía de *El Mercurio*, añade que el tema surgió porque en el grupo de medios de Agustín Edwards se analizaban todos los pasos, medidas y avances de *La Tercera* en los públicos de la elite. “La pregunta era quién está detrás de esto, no era el director, por supuesto, sino el dueño, era la agenda del dueño”. Según Macari, el reportaje sobre Saieh instala de entrada a *LND* en un sector del interés de la elite.

El propio Saieh, según relata Macari, después de la publicación llamó por teléfono a Luengo y mientras este pensó que al otro lado habría alguien protestando por el tono del artículo, el empresario le dijo que la nota le había gustado. “Obviamente que a Saieh le servía que alguien dijera lo que él quería”, sostiene Macari.

Si bien el reportaje sobre Saieh, y luego las portadas sobre las redes de poder del cardenal y arzobispo de Santiago, Francisco Javier Errázuriz; el sexo en el clero en la Iglesia Católica; un perfil del nuevo rector de la Universidad Diego Portales (UDP), el exministro de la dictadura Francisco Javier Cuadra, y otra historia de tapa acerca del rol del Centro de Estudios Públicos (CEP) y de su director, Arturo Fontaine Talavera, ya habían llamado la atención de los lectores y subido las ventas del domingo, la mayoría de edad del proyecto y su entrada en las grandes ligas del periodismo se alcanzaría el domingo 25 de agosto.

### **La compra hostil de Nicolás Ibáñez**

Ese día el periodista de *La Nación* Eduardo Rossel acudió al kiosco cercano a su casa, en Ñuñoa, a comprar *La Nación Domingo*, pero su dueño le relató algo sorprendente: a primera hora una camioneta de la cadena de supermercados D&S, dueña de los formatos de retail Líder, Almac y Ekono, había adquirido todos los ejemplares. Rossel llamó de inmediato a Luengo para contarle. Al mediodía, el periodista Luis Argandoña -no vinculado con *La Nación*- le contó a Julio César Rodríguez, el editor general de *LND*, que alguien en el Parque Arauco se había llevado todos los diarios *La Nación Domingo*. Alfonso Gálvez, subeditor de diseño, también había sido informado por su kiosquera en La Florida que todos los ejemplares los había comprado una sola persona. En pocas horas se confirmó así que la mayoría de la edición de *LND* había sido adquirida por personas del holding D&S.

Bajo el título de “La cara oculta del Líder: la historia de Nicolás Ibáñez, el hombre que conduce la cadena de supermercados más grande de Chile”, el tema de portada de ese día era un reportaje en forma de perfil sobre Nicolás Ibáñez Scott, gerente general de D&S y dueño junto con su hermano Felipe de la compañía, elaborado por la periodista Marcela Ramos.<sup>33</sup>

Sin embargo, a diferencia de los múltiples artículos sobre Nicolás Ibáñez Scott desperdigados por la prensa económica en aquellos años, el trabajo de Ramos describía tres aspectos ausentes en los medios que ya habían escrito sobre el empresario: las reglas morales y religiosas que había establecido para los trabajadores del grupo supermercadista, las relaciones asimétricas que D&S mantenía con sus proveedores, y -el golpe noticioso- una denuncia por violencia intrafamiliar que dos años antes había presentado contra él su exesposa, María Carolina Varela, en el 30° Juzgado Civil de Santiago.

“Era un tema sobre el cual yo había escuchado en El Sábado. Que el *huevón* era un déspota en lo personal y un pinochetista”, recuerda Macari, quien a propósito de este hecho admite, tomando en cuenta su experiencia en *El Mercurio*, que en un medio de comunicación “una cosa es lo que se publica y otra cosa es lo que se reporta o se sabe en la redacción”.

En un artículo publicado una semana después del secuestro de *La Nación Domingo* (“Making of: cómo se hizo y qué pasó con el reportaje a Nicolás Ibáñez”), el editor general, Julio César Rodríguez, explicó que la indagación acerca de Ibáñez surgió como pauta mientras comentaba con Macari un reportaje sobre el empresario publicado meses antes en la revista *Capital*.

“Marcela se puso a investigar y rápidamente encontró que había un juicio completamente abierto, público. Era el nuevo estándar de lo que queríamos hacer. Hasta entonces la violencia intrafamiliar de un empresario era un asunto privado donde nadie se iba a meter en la prensa, simplemente no se publicaba”, explica Macari.

Luengo suma otra entrada al tema: “El caso del dueño del Líder lo pescamos a través de una crítica aparecida en la prensa económica, en la cual la Asociación Gremial de Industrias

---

<sup>33</sup> Después de una frustrada fusión con Falabella -prohibida por la autoridad antimonopolios a comienzos del año 2008-, la cadena D&S fue vendida en dos etapas a la cadena estadounidense del retail Walmart. Hoy Nicolás Ibáñez administra su fortuna a través de un *family office* y, entre otras acciones, financia la Fundación para el Progreso, *think tank* de defensa del neoliberalismo económico.



Proveedoras (AGIP) criticaba la política comercial que tenía Líder de pagarles a 180 días, querían que les pagaran a 90 o 60 días. Esto escaló un poco, se metió alguna autoridad económica, y en ese conflicto dijimos aquí hay un gancho para investigar: cómo es la relación medio monopólica de este supermercado”.

La AGIP -que reúne a grandes empresas proveedoras, como CCU y Nestlé- acusaba a D&S de “prácticas desleales”, por obligarlas a vender bajo costo y a participar en campañas de promoción de ventas para aumentar la participación de mercado de la cadena supermercadista. Los pequeños y medianos empresarios que vendían a D&S eran los que, en rigor, sufrían por la extensión abusiva de los pagos.

El exdirector explica: “Investigando nos dimos cuenta de que había prácticas muy extrañas en la propia estructura de D&S, una escuela interna de formación, reglas de comportamiento para los empleados, inexistencia de sindicatos y prácticas antisindicales. Empezamos a investigar y en eso sale esta historia de la demanda intrafamiliar que había puesto la exseñora en el proceso de separación”.

Luengo afirma que la discusión en el equipo no fue respecto de lo lícito o no de difundir la existencia del juicio civil, que era un proceso de acceso público, sino que este antecedente operara como una clave o activador que subrayara las contradicciones de una figura pública entre su moral pública y la privada. “La denuncia encabeza el reportaje, pero la gran parte está enfocada en lo otro, en las prácticas antisindicales, las reglas absurdas que tenía la empresa para sus empleados y los problemas con los proveedores”.

Marcela Ramos, la autora del reportaje -quien también menciona los perfiles empresariales que hacía *Capital* como una referencia-, relata que el antecedente del juicio por violencia intrafamiliar no se manejaba en la redacción al momento de pautear la historia sobre Ibáñez: “Eso es fruto de la investigación y a todos nos sorprendió”, señala. “La pauta se inscribía en la lógica de *La Nación Domingo* sobre el poder, hubo una confluencia de factores entre los cuales no estaba el dato de la violencia intrafamiliar”.

Explica que hasta bastante avanzado el reportaje, y a dos días de la fecha de cierre, se trataba de una historia sobre cómo funcionaba D&S y el particular método de Ibáñez de orientar la vida

privada de sus trabajadores, y sus obsesiones, como la extrema limpieza. Casi a la hora de componer el artículo, Ramos recibió por teléfono de parte de una fuente el insumo clave.

Al día siguiente se instaló a las 8 de la mañana en el tribunal, pidió el expediente, se lo entregaron y de pie comenzó a tomar notas. Recuerda que partió por el final, por la parte resolutive, por si le pedían devolver el legajo. “Estuve ahí hasta que me echaron del tribunal, pero no le conté a nadie porque quería estar segura y revisar mis notas. Al día siguiente volví; tú sabes cuando tienes algo bueno, por eso no podía haber fallas”.

En la segunda jornada sí le llamó la atención que el caso lo tenía la secretaria del tribunal, que a ella se lo debió pedir, y que esta lo guardaba bajo su escritorio. “Pude revisar todo el expediente, entonces ya no tenía ninguna duda. Leerlo entero me permitió además hacer todo el perfil económico de Ibáñez, porque estaba en los argumentos de la acusación”. Solo después de esta segunda visita al tribunal, Marcela Ramos fue donde Luengo y le dijo: “Tengo todo”.

A su juicio, el perfil de Ibáñez cumplía con los requisitos o intereses de la línea editorial del diario sobre el poder y el texto final quedó balanceado: “Reunía todo lo que queremos saber cuando se habla del poder, y sobre la denuncia por violencia, se contó lo necesario”.

El domingo 25 de agosto, no obstante, Ramos fue una de las últimas en enterarse del secuestro masivo de la edición. A temprana hora la llamó la periodista Patricia Verdugo, que había sido su profesora en la universidad, para felicitarla. Entrada ya la tarde la llamaron Luengo y Rodríguez para contarle lo ocurrido e invitarla a una reunión en casa del director.

Para *La Nación Domingo*, la decisión de Ibáñez de enviar personal de D&S a comprar todos los diarios fue un acelerador, se había convertido en un medio que no podía ser omitido en las elites, incluso las económicas. El revuelo que causó la adquisición masiva hizo que Luengo ordenara imprimir una segunda edición de *La Nación Domingo* secuestrada, la que apareció el martes 27 de agosto. Según fuentes del diario, aunque en menor escala, en la zona oriente de Santiago volvieron a aparecer funcionarios de D&S que compraban todos los ejemplares disponibles.

Esa semana los demás medios escritos de los grupos Copesa y el Mercurio publicaron declaraciones de Ibáñez sobre materias empresariales, pero no profundizaron sobre el reportaje de *LND*, aunque la noticia de lo ocurrido se había diseminado a través de medios como la radio. Sin

embargo, el 28 de agosto *La Segunda* informó que esa mañana, al ser consultado por la adquisición masiva de *LND*, Ibáñez respondió que se había tratado de una acción espontánea de los propios trabajadores de la cadena D&S que se habían sentidos “menoscabados” por el artículo de Ramos.

El programa de Canal 13 “Pantalla Abierta” llamó a Luengo y a Ramos, pero la nota finalmente no apareció y solo hubo referencias en “El Termómetro”, de Chilevisión. Una consecuencia también hubo en Televisión Nacional de Chile, donde el departamento de prensa hizo una nota de lo ocurrido con *LND* que no fue emitida de inmediato. Esto llevó a una protesta pública de la directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile e integrante del directorio del canal estatal, Faride Zerán, en contra de la directora de prensa, Gemma Contreras, y del director ejecutivo de TVN, Pablo Piñera. La noticia apareció finalmente en pantalla, pero cinco días después de ocurridos los hechos.

### **“Colmillo Blanco”**

La irreflexiva acción de Nicolás Ibáñez de incautar *La Nación Domingo* situó al diario en el centro de las miradas de las distintas manifestaciones del poder, pero también de los demás medios de comunicación y de los lectores comunes y corrientes interesados en la *res publica*. Es posible proponer la tesis de que si el controlador de D&S no hubiese comprado buena parte de la edición de *LND*, el impacto del reportaje de Marcela Ramos se habría visto limitado o encapsulado a un esfera más reducida de difusión, y tal vez no hubiera tenido otros efectos más allá de una historia bien escrita y reportada con un gran chisme, pero de una semana de duración, sobre un poderoso empresario que había maltratado a su esposa. El propio Ibáñez, en rigor, amplificó su drama personal más allá de cualquier lógica racional.

Sin embargo, el mayor impacto de *LND* estaba por venir. Dos semanas después del caso Ibáñez, el 8 de septiembre, el diario tituló: “El Comando Conjunto vive. Conozca cómo opera hoy el grupo represivo de los ‘70 y cómo engañó a la Mesa de Diálogo y burló a la justicia”.

El tema de portada lo firmaba Víctor Gutiérrez, periodista chileno que había vivido en Estados Unidos y hasta hoy especializado en temas de farándula más “dura”.<sup>34</sup> En el papel se trataba de un nombre alejado del canon de *La Nación* en su conjunto, no solo de *La Nación Domingo*.

Gutiérrez llegó a *La Nación* a través de Julio César Rodríguez, con quien tenía una conexión anterior. El editor general lo acercó a Luengo para que le contara lo que tenía entre manos: “Le digo necesito alguna prueba, porque lo que me estás contando es una película. Entonces tuvimos una reunión en mi oficina, los tres solos, yo, Julio César y Gutiérrez, y este me muestra una grabación donde había filmado esta conversación larga, sin cortes, y me convence de que en realidad la había tenido”.

La entrevista que había hecho Gutiérrez era a Otto Trujillo, un exagente del Comando Conjunto, organismo de seguridad formado básicamente por personal de la FACH y civiles que tras el golpe de Estado de 1973 había competido con la DINA en la represión de las direcciones del MIR y el Partido Comunista. Trujillo, quien en la primera publicación de *LND* solo fue identificado con el apodo de “Colmillo Blanco”, aseguraba que quienes habían participado del Comando Conjunto se mantenían coordinados con el propósito de dificultar las investigaciones de la justicia. Según “Colmillo Blanco”, la información que la Fuerza Aérea había suministrado a la Mesa de Diálogo de Derechos Humanos había sido manipulada. También dijo que la defensa de los acusados de pertenecer al Comando Conjunto era coordinada por oficiales de la FACH en activo y que había dos abogados clave en esta articulación.

Gutiérrez le explicó a Luengo que había iniciado la investigación por iniciativa propia con la idea de vendérsela a algún canal de televisión, en particular a “Informe Especial”, pero que este programa de Televisión Nacional no se interesó por el tema. “Yo investigué este punto. Hablé con alguien de ‘Informe Especial’ básicamente para dos cosas: chequear si Gutiérrez había trabajado bajo la instrucción de ellos y, dos, saber si lo que nos estaba ofreciendo lo estaba ofreciendo en otra parte y, por tanto, nos podía generar un conflicto”, explica Luengo. “Me respondieron nosotros se lo encargamos, pero no nos interesa”.

---

<sup>34</sup> Víctor Gutiérrez se había hecho conocido en el circuito de la prensa de farándula porque había escrito en EEUU el libro *Michael Jackson fue mi amante*, donde revelaba las prácticas pedófilas del cantante.

Luengo agrega que en ningún momento el equipo de *LND* -ni la empresa- anticipó el impacto del reportaje: “Tuvo un efecto completamente inesperado para mí, francamente no lo esperaba; fue como lanzar una piedra con honda y ver que se te cae un edificio delante”.

En la semana siguiente se filtró, a través del diario *El Siglo*, del Partido Comunista, que el apodo de “Colmillo Blanco” correspondía al exagente del Comando Conjunto Otto Trujillo, recluido en la base de la Fuerza Aérea de Colina por casos de derechos humanos.

Tras el segundo reportaje de Víctor Gutiérrez, publicado el domingo 15 de septiembre con el título de “Comando Conjunto: las piezas que faltan. Conozca los nombres más protegidos del grupo represivo de los ‘70, entre los que figura la actual señora de un alto general de la FACH, y la lista que los agentes intentaron hacer llegar a la Mesa de Diálogo”, Luengo intensificó la presión para que el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, el general Patricio Ríos, lo recibiera. Este aceptó entrevistarse con él y fijó como fecha el viernes 20 de septiembre, luego de las actividades de Fiestas Patrias.

La reunión fue insólita. Ríos grabó la conversación, cerró la puerta de su oficina con llave y le mostró a Luengo una carpeta “donde estaban todos mis antecedentes políticos”. Con todo ese material, Luengo publicó el domingo 22 el texto titulado “En la boca del lobo” relatando la experiencia en la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea. “Eso, entre otras cosas, gatilló la salida de él. Sé que en el gobierno se consideró intolerable que hubiera hecho lo que hizo conmigo, sacándome una carpeta donde supuestamente estaba mi ficha”, indica Luengo.

En el artículo de Gutiérrez del domingo 15 se mencionaba que una exagente del Comando Conjunto estaba casada con un general de la FACH. Se trataba de Viviana Ugarte Sandoval, conocida como la “Pochi”, esposa del general Patricio Campos Montecinos, quinta antigüedad de la institución y jefe de la Dirección General de Aeronáutica Civil (DGAC).

El miércoles 18 de septiembre *El Mercurio* reveló, asumiendo así la hoja de ruta que había establecido ya *La Nación Domingo*, que Campos era el oficial del alto mando que el comandante en jefe había enviado, en agosto de 2000, a la Mesa de Diálogo de Derechos Humanos en la fase más técnica en que esta recibía, bajo las reglas de la Ley N° 19.687 sobre secreto de información, antecedentes de detenidos desaparecidos. El primer representante de la FACH en la Mesa de Diálogo había sido el general José Ignacio Concha, quien dimitió en junio de 2000.

La “Pochi”, así como otras 39 personas ligadas al Comando Conjunto -lo que incluyó al excomandante en jefe Gustavo Leigh- fueron encausadas por el juez Carlos Cerda en 1986, pero más tarde la Corte Suprema aplicó en favor de ellas la Ley de Amnistía de 1978.

A aquella altura de septiembre de 2002, los dos reportajes de *LND* gatillaron una crisis política. Luengo explica: “Nosotros publicamos el reportaje y hablamos de una tal ‘Pochi’, sabíamos quién era, pero no lo habíamos podido confirmar. Y *El Mercurio* saca que la ‘Pochi’ es tal y cual y que es la esposa del general que había sido enviado por el general Ríos a la Mesa de Diálogo”.

El lunes 16 de septiembre el general Campos había renunciado a la FACH, según afirmó, para defender la “honra” de su esposa y de su familia. Campos fue después querellado por organizaciones de derechos humanos y por los partidos Comunista y Socialista por “obstrucción a la justicia”. En el juicio, Campos admitió que a la hora de consolidar los datos de detenidos desaparecidos, a comienzos de enero de 2001, en dependencias del Ejército, entregó los de 18 víctimas y que omitió los de cinco. Aunque en el proceso Campos insistió en que solo cometió un error formal, se especuló con que los antecedentes que no suministró correspondían a casos donde podría haber intervenido su esposa y exagente represiva.

Luego de las dos portadas de *LND* y la revelación de *El Mercurio*, el Presidente Lagos le pidió al general Ríos un rápido informe sobre la veracidad de las acusaciones del exagente Trujillo.

El domingo 29 de septiembre *LND* volvió a la carga: “‘Colmillo Blanco’. Lea la transcripción de las conversaciones con el agente del Comando Conjunto en vivo y en directo”. Se trataba del diálogo textual de Gutiérrez y el exagente. En la misma edición, con el título de “Exclusivo: cómo engañaron a Otto Trujillo para que firmara el desmentido”, se informaba sobre la maniobra que uno de los abogados de los represores, Carlos Portales, hizo para que Trujillo emitiera una declaración negando haber hablado con Gutiérrez, lo que a todas luces era falso. Tras enterarse de su “desmentido”, Trujillo acusó a Portales de haberle mentido.

Al día siguiente el general Ríos entregó su versión al Presidente Lagos, pero este consideró “deplorable” el informe y afirmó que no estaba a la altura de lo que el país necesitaba para mantener su confianza en los resultados de la Mesa de Diálogo. En el documento, Ríos afirmó que había seleccionado al general Campos para representar a la FACH en la Mesa de Diálogo, precisamente porque su vinculación con la “Pochi” podía ofrecer más confianza a los exagentes que debían

entregar sus testimonios bajo la protección del secreto estipulado en la Ley N° 19.687 (en el juicio posterior por obstrucción a la justicia contra Campos, Ríos -ya en retiro- insistió en esta tesis).

Lo único que Lagos valoró es que Ríos se comprometió a eliminar una práctica también denunciada por Trujillo: que las defensas de los exmiembros del Comando Conjunto y de funcionarios en activo acusados por violaciones de los derechos humanos eran subsidiadas con un descuento del 1 por ciento de sus salarios que se hacía al personal de la rama castrense.

Lagos estaba, además, particularmente irritado con el comandante en jefe porque este había sugerido que el gobierno estaba enterado de la relación de Campos y la “Pochi” al momento de ascenderlo al generalato. Esto fue desmentido enfáticamente por los exministros de Defensa Edmundo Pérez Yoma y Mario Fernández.

El 2 de octubre el jefe de la FACH acudió a la Comisión de Defensa de la Cámara de Diputados, donde reiteró sus razones y solo retrocedió en sus insinuaciones previas sobre el conocimiento gubernamental del vínculo de Campos y la exagente Ugarte. En la ocasión sí admitió que los generales José Ignacio Concha -primer delegado de la Fuerza Aérea en la Mesa de Diálogo- y César Topali le advirtieron en su momento acerca de la inconveniencia de designar a Campos, por estar casado con la “Pochi”.

El viernes 11 de octubre el ministro de fuera de la Corte de Apelaciones de Santiago Jorge Dahm Oyarzún acogió a trámite una querrela de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD) contra el comandante en jefe por obstrucción a la justicia. Ese mismo día, por la misma figura, el juez Mario Carroza, del Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, decidió someter a proceso al ya retirado general Campos en el marco de su pesquisa por la rearticulación del Comando Conjunto.

El domingo 13 de octubre *La Nación Domingo* tituló: “El circo sigue. Atrincherado, el comandante en jefe de la FACH se resiste a renunciar y exige condiciones inaceptables. En tanto, la red de protección del Comando Conjunto cambia de domicilio”. El tema de portada lo firmaron Alejandra Matus y Marcelo Padilla.

Ese mismo domingo, al mediodía, en el palacio presidencial de Cerro Castillo, en Viña del Mar, el Presidente Lagos y la ministra de Defensa, Michelle Bachelet, informaron de las negociaciones

que desembocaron en la renuncia del general Ríos a la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea. Mientras Lagos hablaba con la prensa en los jardines de Cerro Castillo, aviones de la FACH sobrevolaron a baja altura el lugar. El 22 de octubre el Presidente nombró al general Osvaldo Sarabia como nuevo comandante en jefe.

La crisis de las cinco semanas en la FACH se correlacionó en su momento con la situación de Bachelet. Durante aquellas tensas jornadas, tanto *El Mercurio* como *La Tercera* publicaron notas señalando que a Bachelet la situación se le había escapado de las manos, y que no sabía cómo reaccionar, influida además porque ella tenía una buena relación personal con el general Ríos. Según tales artículos, la situación la manejaban desde La Moneda Lagos y el ministro del Interior, José Miguel Insulza, ya que la idea era “blindar” a Bachelet, quien ya se perfilaba como una figura presidenciable.

En una entrevista hecha en el programa “Mentiras Verdaderas”, del canal de televisión La Red, el 20 de febrero de 2013,<sup>35</sup> Víctor Gutiérrez señaló que en el episodio del Comando Conjunto, Bachelet estaba “totalmente descontrolada”, que fue un nulo aporte para enfrentar el problema, y que Lagos lo solucionó al precipitar la dimisión del general Ríos. En el mismo diálogo, Gutiérrez aseguró que el gobierno estaba molesto con el diario y que no prestó ningún apoyo a los periodistas de *La Nación Domingo*.

Alberto Luengo tiene una visión diferente sobre la situación que vivió la futura Presidenta de la República: “Lo de Ríos la complicó mucho, pero la complicó de un modo positivo. Me llamó un día alguien importante del Partido Socialista y yo pensé que me diría ‘no tenemos que afectar la carrera de la Michelle’ y fue todo lo contrario. Me dijo ‘si algo puede probar el temple de ella como candidata es cómo sale de este lío. Así es que ustedes sigan adelante y veamos cómo sale’. Fue una prueba de fuego para ella y respondió bien. Debo decir que nunca me pidió nada que implicara parar nuestra investigación. Ella tomó en sus manos este tema y se produjo la primera destitución de un comandante en jefe de las Fuerzas Armadas en democracia”.

Tanto Julio César Rodríguez como Víctor Gutiérrez han relatado que en los días de las publicaciones de *LND* sobre el Comando Conjunto, ambos fueron objeto de amenazas. En la citada

---

<sup>35</sup> Disponible en Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=Xdy1MbvU6g>.



conversación de 2013 en “Mentiras Verdaderas”, el autor de la investigación sostiene que no hubo protección de las autoridades y que él y su familia recibieron amenazas de muerte. También menciona haber sido objeto de lo que llama “seguimiento chino”, que consiste en que el perseguidor hace evidente el acto de vigilar a una persona, para inducirla a descontrolarse.

En el programa de entrevistas “El Cubo”, que emitió Chilevisión, en octubre de 2017 Rodríguez relató: “En ese momento había grupos activos de exagentes y nos empezaron a perseguir, ellos lo llamaban ‘seguimiento chino’, que tú los veías, tú veías que alguien se estacionaba al lado tuyo”. Agregó que en aquellos días de 2002, en una galería que desemboca en calle Agustinas se le acercó un grupo de hombres que lo apuntaron con pistolas: “Yo iba caminando y de pronto tres personas me tomaron, me agarraron del cuello y me pusieron dos pistolas en la cabeza, una por lado, y me dijeron que no siguiéramos adelante”. Asimismo, contó que le reventaron las ruedas del auto y que incluso fue seguido al interior de un cine. Estos hechos, añadió, lo tuvieron con protección policial durante algunas semanas.

La periodista Alejandra Matus editó el primer reportaje de Víctor Gutiérrez. Hoy recuerda: “El tema de ‘Colmillo Blanco’ lo trabajó Julio César. Ese tema se hizo fuera de *La Nación Domingo*. Mi único papel fue editar y contrastarlo con la versión de Nelson Caucoto, que era el abogado que llevaba ese caso en la justicia. Caucoto me dijo ‘es verosímil, pero esa fuente, Otto Trujillo, ha mentado antes’. Me pidieron que firmara el artículo con Víctor Gutiérrez, pero yo dije que no iba a firmar un trabajo que yo no había hecho. Nunca hubo transparencia sobre cómo se hizo, si lo escribió Julio César o Víctor Gutiérrez. A mí me llegó un texto hecho que yo edité e hice el contacto con Caucoto”. Matus, en rigor, sospecha que el apodo de “Colmillo Blanco” para el exagente Otto Trujillo corresponde a un recurso más literario que real.

El 15 de noviembre de 2002 el juez Mario Carroza sobreseyó de forma temporal la investigación en torno a la rearticulación del Comando Conjunto. Su resolución sostuvo que “de los diversos antecedentes allegados al cuaderno separado que se iniciara con motivo de las publicaciones en el periódico *La Nación* los días 8 y 15 de septiembre del año en curso, no resultan justificados en autos la perpetración de los delitos de asociación ilícita y exacciones ilegales”. El abogado de derechos humanos Nelson Caucoto dijo que respetaba la decisión del magistrado, aunque precisó

que “yo pienso que están rearticulados para obstruir la acción de la justicia, y que lo han estado desde siempre”.

Las querellas por obstrucción a la justicia contra los generales Ríos y Campos fueron acumuladas por el ministro de fuero Jorge Dahm Oyarzún en una sola causa. Mientras la de Ríos no prosperó, la de Campos fue cerrada el 5 de diciembre de 2007 por el magistrado, quien aplicó una modificación contenida en la Ley N° 20.074, de noviembre de 2005, que cambió algunos aspectos de la reforma procesal penal reconfigurando el delito de obstrucción a la justicia. Con la nueva legislación, sostuvo Dahm, el ilícito imputado a Campos por su conducta de 2001 había desaparecido del ordenamiento jurídico y correspondía, por tanto, aplicarle el beneficio pro reo.

Otto Trujillo, en tanto, fue después condenado en otros casos de derechos humanos e incluso durante algún tiempo estuvo prófugo de la justicia y también acusado de giro doloso de cheques.

### **“Papelucho” en La Serena**

La primera historia de portada de Alejandra Matus sobre la Iglesia Católica fue en la segunda edición de *La Nación Domingo*, el 21 de julio de 2002. En coautoría con Marcela Ramos escribió “Los hombres del cardenal. Las redes de poder de monseñor Francisco Javier Errázuriz. Aquí, en la Tierra”. El reportaje, que se inscribía dentro de la línea editorial establecida por el director Alberto Luengo de someter a examen a los poderes fácticos, revelaba la estructura y el mapa de relaciones del arzobispo de Santiago, Francisco Javier Errázuriz.

*LND* subió la apuesta el 18 de agosto, cuando Matus publicó como tema de tapa el trabajo “Sexo en el clero chileno”. En este se planteaban las dificultades prácticas del celibato y se sostenía que, de acuerdo con algunas estimaciones, prácticamente la mitad de los sacerdotes desarrollaba, de manera habitual u ocasional, vida sexual, tanto hetero como homosexual. Su foco, en rigor, no era el abuso sexual de menores. Es decir, no se concentraba en la comisión de delitos (sostener relaciones sexuales adultas en la Iglesia Católica es infringir una disposición eclesiástica o canónica: el voto de celibato).

El reportaje causó reacciones. El senador de la Democracia Cristiana por la Región de los Lagos Norte, Gabriel Valdés, recuerda Matus, “envió una carta de *cuero de diablo*, que nunca más iba a comprar ese pasquín asqueroso, cochino, y no sé qué más”.

Agrega la periodista: “A mí me citó a La Moneda mi amigo querido hasta el día de hoy Jorge Correa Sutil, para decirme ‘qué están haciendo con la Iglesia’; me retó, me subió y me bajó...”. En ese tiempo, Correa Sutil era subsecretario del Interior y lo que hizo ante Matus fue admitir, de hecho, el problema moral que tenía la Concertación con la Iglesia Católica: la memoria de la defensa que hizo la Iglesia de los derechos humanos durante la dictadura confrontada con el lado oscuro de una sexualidad reprimida o mal vivida en el día a día del ejercicio ministerial.

Matus relata que ya en aquellos tiempos fundacionales de *LND* ella sabía de las acusaciones de abuso sexual que circulaban sobre el exvicario de la Solidaridad Cristián Precht, las que se hicieron públicas varios años después y que desembocaron, en septiembre de 2018, en su expulsión del sacerdocio resuelta por la Congregación para la Doctrina de la Fe. “Teníamos el tema de Precht desde ese entonces, pero nunca lo pudimos hacer porque las propias fuentes no querían echarlo al agua, no querían que se perdiera el foco de su lucha por los derechos humanos; no querían darle esa presa a la oposición”. Concluye Matus: “Eran las tensiones también de la transición”.

En el reportaje “Sexo en el clero chileno”, aunque sin poner su identidad, Matus dedicó algunas líneas a un obispo que había partido a Colombia por denuncias en su contra de abuso sexual a menores. Se trataba de Francisco José Cox, arzobispo de La Serena entre 1990 y 1997. Semanas después del artículo que tanto irritó al senador Valdés, Matus propuso el tema Cox. Luengo recuerda: “Alejandra había publicado *El libro negro de la justicia chilena*, donde había escrito de relaciones poco santas entre jueces de la Suprema y jovencitas. Por tanto, tenía una pata siempre metida en este tema. Insiste en que vale la pena ir a La Serena y le damos el okay”.

La propia Matus explica: “Como siempre ocurre en el periodismo de investigación, hubo gente que me llamó para contarme. Empecé a reportear. Para serte honesto, no me acuerdo de cómo llegué al tema, se lo planteé a Luengo y él -y yo siempre lo reconozco- tuvo la valentía de poner los huevos. Otro director me hubiese dicho que no”.

La periodista se instaló durante casi un mes en la sede de una de las cinco arquidiócesis de Chile y armó el rompecabezas de una historia nada secreta en el Vaticano, el episcopado nacional, la

Iglesia local y una parte significativa de la población serenense, incluyendo los medios de comunicación. Demasiada gente sabía y tenía información, pero nadie había tenido la voluntad o la vocación periodística de unir las piezas y contar la conducta sistemática de abusos sexuales de Cox, quien contaba que su tía Ester Huneus -cuyo seudónimo era Marcela Paz- se inspiró en él para crear la serie de novelas para niños “Papelucho”.

En 1997, tras siete años a cargo de la arquidiócesis de La Serena y con solo 62 años de edad -es decir, 13 años antes de que debiese retirarse- Cox había dejado ese cargo y viajado a Colombia a un cargo menor en el Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam). Fue sucedido por el arzobispo Manuel Donoso, que recibió formalmente las primeras denuncias en su contra. A pesar de que en la Iglesia se sabía de la conducta de Cox, y que algo se filtró en la prensa local acerca de “conductas impropias”, Cox de todas maneras fue nombrado “arzobispo emérito” de La Serena.

Matus regresó a Santiago y a fines de octubre comenzó a redactar para publicar el 3 de noviembre. Sin embargo, la Iglesia se había enterado de lo que venía: en la noche del 31 de octubre, víspera del feriado del 1 de noviembre, Día de Todos los Santos, el cardenal Errázuriz, miembro al igual que Cox del Movimiento Apostólico Schoenstatt y presidente de la Conferencia Episcopal, apareció en las pantallas de Canal 13 para informar que el arzobispo emérito de La Serena dejaría Colombia y se retiraría a una vida de oración, reflexión y penitencia en Alemania, país donde se sitúa Vallendar, la sede central de Schoenstatt, debido a nueve casos de denuncias en su contra por abusos sexuales.

Sin duda, “la Iglesia hizo una operación para reventar la noticia”, afirma Matus, quien recuerda que Luengo prácticamente no hizo cambios en su reportaje y que incluso dejó lo que a ella le hacía más ruido: que algunos menores abusados le decían a Cox “la guatona”.

La irrupción del cardenal Errázuriz alertó a los otros diarios de la plaza. Luengo explica: “Ellos [la Iglesia] tomaron la decisión de sacar a Cox del país y darlo a conocer el jueves, para evitar que el impacto del domingo fuera demoledor. *La Tercera* publicó el domingo algo reportado a matacaballo, publicaron un reportaje armado a última hora, pero nosotros teníamos la enviada especial que había estado más de dos semanas en La Serena y que tenía detalles que nadie más tenía”.

El Comité Permanente de la Conferencia Episcopal entregó el martes 5 de noviembre una declaración, titulada “Horas dolorosas llaman a la conversión”, donde plantearon que “no es nuestra intención emitir juicios sobre lo ocurrido en la intimidad de su conciencia. Nuestra actitud será siempre de respeto, sin olvidar el bien que hizo con generosidad. Solo Dios conoce el corazón del hombre, sus intenciones más personales, y las huellas de sus enfermedades psíquicas y limitaciones”. Los obispos manifestaron en el texto su comprensión y apoyo “a la decisión de Mons. Cox de retirarse a una vida de oración. Sabemos que partió de Colombia rumbo a Europa para buscar el lugar más adecuado para este propósito”.

El hecho de que Cox estuviera en Colombia y que las denuncias en su contra no estuvieran judicializadas, y también un clima de opinión pública muy distinto al de hoy, permitieron al arzobispo emérito permanecer en Alemania hasta que el 13 de octubre de 2018 el Papa Francisco lo expulsó del sacerdocio. Hoy reside en Chile en una casa particular mientras en La Serena se ha iniciado una investigación sobre los hechos revelados hace casi dos décadas.

Posteriormente, *La Nación Domingo* publicó otros reportajes sobre los problemas en materia sexual que afrontaba la Iglesia. El domingo 10 de noviembre -la semana siguiente al artículo respecto de Cox-, el periodista Víctor Gutiérrez firmó el siguiente tema de portada: “Exclusivo: las cartas de amor del padre Tato. A los 13 años Paula recibió la primera comunión de manos del padre Andrés Aguirre. Ese mismo año comenzaron un largo romance. Conozca el affaire del sacerdote que crucificó a la Iglesia Católica”.

La nota refería al caso del sacerdote Andrés Aguirre Ovalle, que en esos momentos enfrentaba un juicio por abusos deshonestos y estupro contra niñas. Aguirre, conocido como “cura Tato” en los colegios religiosos de elite donde había ejercido como director espiritual, se convirtió en el año 2003 en el primer sacerdote en ser condenado por delitos sexuales (murió en 2013 a los 56 años afectado por una enfermedad degenerativa tras salir en libertad por buena conducta el año anterior).

En la misma edición, Alejandra Matus publicó el artículo “Besos que dejan huellas”, con el testimonio de Miguel Véliz, un material derivado del caso Cox.

El 27 de abril de 2003, en tanto, Víctor Gutiérrez firmó un nuevo artículo en torno al caso del “cura Tato”.

El 9 de febrero de 2003, Matus escribió el reportaje “Los pecados del cura de Vitacura”, donde se denunciaban prácticas financieras irregulares, así como conductas homosexuales, del párroco de la Parroquia San Juan Apóstol, de la comuna de Vitacura, Patricio Sagredo. El artículo se basaba en testimonios y declaraciones de los propios funcionarios parroquiales. En esta ocasión la Iglesia de Santiago salió en defensa de Sagredo, a través de una declaración pública el 13 de febrero, y Sagredo presentó el viernes 14 una querrela contra la propia Matus y sus editores jefe.

Incluso la Iglesia sugirió que había una operación distractiva de *La Nación*, y por extensión del gobierno, en un momento complejo para La Moneda: el caso MOP-GATE. Según sostuvo el obispo auxiliar de Santiago Sergio Valech, el miércoles 12 de febrero, “a mí me llama la atención que de repente, cuando se crean situaciones más o menos embromadas con las coimas y con todas estas historias, tiene que salir algo contra un cura”.

Frente a todos estos hechos, el editor de *LND*, Julio César Rodríguez, declaró que “estamos tranquilos, seguros del trabajo que realizó la periodista Alejandra Matus. La Iglesia no puede pretender que los actos de sus integrantes no sean investigados”.

El reportaje de *LND* generó un impasse entre la periodista y el diario, luego de que en un editorial del periódico apareciera el siguiente párrafo: “Estamos conscientes de lo delicada que es nuestra labor. Nos gustaría que no tuviera fallas, sobre todo si algunas de ellas significan agraviar inmerecidamente a una persona o institución. Por desgracia, no siempre es así, y cometemos errores a veces por acción, a veces por omisión”.

“Diría que no me gustó, porque me parece que no es el caso. Entiendo que tal vez se referían a lo general, pero no hemos cometido ningún error”, respondió Matus en radio Cooperativa el lunes 17 de febrero. “Yo entiendo que esa editorial la presenta el diario. No sé si Alberto (Luengo), porque estaba de vacaciones, pero la versión oficial que yo he recibido del diario es que tenemos respaldo total y que vamos a defender el reportaje en los tribunales”.

### **Peces gordos**

A fines de noviembre del año 2002, el gobierno del Presidente Ricardo Lagos corría contra el tiempo: debía lograr que el Congreso votara a favor un proyecto que, bajo el nombre de “ley corta”,

prorrogara con algunos cambios la Ley N° 19.713 del año 2001 sobre regulación pesquera. La legislación se extinguía el 31 de diciembre de 2002 y La Moneda alineó las modificaciones con la Agenda Procrecimiento que el mandatario había consensuado con los grandes gremios empresariales algunos meses antes.

En la segunda quincena de noviembre la propuesta del Ejecutivo salió de la Cámara de Diputados hacia el Senado. En un contexto de votación dividida, incluso dentro de la propia coalición de gobierno, un debate polarizado y lleno de sospechas sobre la influencia de las grandes empresas del sector, la Fundación Terram -organización ambientalista dirigida por el economista Marcel Claude-, con el apoyo del senador PPD Nelson Ávila, anunciaba que solicitaría la inhabilidad de los senadores de la DC Andrés y Adolfo Zaldívar Larraín. Según Terram y Ávila, los hermanos parlamentarios -así como el resto de sus familiares- tenían acciones de la pesquera Eperva, parte del grupo Angelini.

Andrés Zaldívar, además, por entonces era presidente del Senado. En realidad, solo Andrés tenía en ese momento acciones de la empresa, si bien en un porcentaje muy minoritario. Con todo, un problema adicional en torno a la hipótesis del conflicto de interés era que un hermano de Andrés y Adolfo, Felipe Zaldívar, era presidente de la compañía y un sobrino de ellos, Felipe Zaldívar Prado, uno de sus gerentes.

Antes de que el gobierno presentara su mensaje al Congreso, el 6 de noviembre de 2002 en el programa “El Termómetro” que emitía Chilevisión, Claude había acusado a los senadores Zaldívar de una conducta “corrupta”, por el lobby que, en su opinión, hacían en favor de los intereses del grupo Angelini. A su juicio, ya en la dictación de la “ley corta” de 2001 los Zaldívar se habían jugado por obtener una legislación favorable al grupo Angelini (por esta afirmación, Andrés Zaldívar se querelló por injurias y calumnias contra Claude, lo que llevó a un extenso juicio que se saldó años después con la absolución del economista).

Después del despacho del proyecto en la Cámara Baja el 21 de noviembre, el periodista Juan Sharpe -que no era miembro del equipo original de *La Nación Domingo*- preparó el reportaje “Batalla de peces gordos” con la siguiente bajada: “Esta semana no solo fue derrotada en la Cámara la Ley de Pesca, el proyecto más emblemático de la Agenda Procrecimiento, sino que su paso al

Senado se anuncia con viento en contra y con una polémica que envuelve al propio presidente de la institución”. Este artículo titulado así apareció el domingo 24 de noviembre.

Según recuerdan periodistas de *LND*, el trabajo sobre la tramitación de la Ley de Pesca por primera vez enfrentó de manera abierta al diario con el gobierno y la Concertación. De hecho, el reportaje no constituía una nota del perfil de un medio que había hecho de la investigación y el tema propio su principio de identidad. El problema es que el artículo planteaba un punto de vista editorial dentro de la línea que, según Mirko Macari, definía a *LND*: que las notas debían combinar personaje, conflicto y poder. En la relación de los Zaldívar con el grupo Angelini y la tramitación de la Ley de Pesca estaban los tres elementos, aunque no se tratara de una historia inédita.

El contexto tampoco era fácil para el Ejecutivo, debido a que a mediados de octubre había estallado el caso Coimas en la Región de O’Higgins y en el horizonte ya se prefiguraba que conduciría al caso MOP-GATE, acerca de sobresueldos en el Ministerio de Obras Públicas y mal uso de recursos públicos, probablemente desviados a la política.

Adolfo Zaldívar, de hecho, estaba marcando su presidencia en la DC como una lucha contra la corrupción en la alianza gubernamental -que él asociaba al mundo PS, PPD y a los sectores adversarios suyos dentro de la DC, donde se ubicaba su hermano Andrés- y a comienzos de noviembre había logrado la rápida expulsión de los dos diputados demócratacristianos vinculados con el caso Coimas: Cristián Pareto y Jaime Jiménez.

“El primer gran remezón fue la portada de la Ley de Pesca. La portada era el presidente del Senado, Andrés Zaldívar, que era el gran aliado del Presidente Lagos contra su hermano Adolfo, que era presidente de la DC”, dice Macari, agregando que la idea original era poner la cara de Andrés Zaldívar con el título “Pez gordo”. Asegura que La Moneda se enteró y que el ministro del Interior, José Miguel Insulza, llamó a Julio César Rodríguez preocupado por la tapa de *LND*. Al final, se eligió la foto de unos barcos de pesca industrial y el título mutó a “Peces gordos”.

El encargado del diseño de *LND*, Alfonso Gálvez, explica que efectivamente se modificó la pauta de la foto de Zaldívar, pero que esto era, además, reflejo de un fenómeno más amplio: “La portada de *La Nación Domingo* se había convertido en una funa. Quien aparecía en ella, no lo hacía por buenas razones”.



Alejandra Matus, a su vez, inserta el episodio de la Ley de Pesca y de los hermanos Zaldívar en un proceso paulatino donde los límites a *La Nación Domingo* habían comenzado a hacerse visibles. “Entonces quedó fuera la Concertación, pero quedaron fuera la Concertación y el gobierno aun en aquellas áreas donde eran poderes fácticos, como en el tema de la Ley de Pesca. El límite era demasiado extenso. Si ibas a reportear cualquiera tema que tuviera que ver con los empresarios, te ibas a cruzar con el gobierno... No podías hacer ese corte de bisturí. Obviamente el foco era hacer lo que los otros no iban a hacer. Si *El Mercurio* y *La Tercera* le estaban dando como caja al MOP-GATE, nosotros íbamos a aportar otros temas que ellos no iban a tocar, como la Iglesia, pero todos los temas al final siempre tocaban con el gobierno”.

Finalmente, la Ley de Pesca<sup>36</sup> se aprobó en el Senado el 4 de diciembre de 2002 por 41 votos a favor y tres en contra en una tensa sesión donde se enfrentaron los argumentos de los hermanos Zaldívar y Nelson Ávila. Días antes la Comisión de Constitución -que presidía el hoy ministro del Interior, Andrés Chadwick- resolvió que Andrés Zaldívar no tenía inhabilidad para votar el proyecto, debido a que su participación en Eperva era minoritaria. Debido a la presión de Ávila, antes de aprobar o rechazar el proyecto, el pleno del Senado votó si los Zaldívar estaban o no inhabilitados; 39 senadores rechazaron que lo estuvieran, dos se abstuvieron y solo Ávila votó por la inhabilitación. Andrés Zaldívar en primera instancia informó que votaría el texto en general, pero que se abstendría en la votación en particular; sin embargo, terminó absteniéndose por completo y abandonó el hemiciclo durante la votación de la iniciativa.

En *LND* del domingo 24 hubo dos recuadros grandes: uno con la posición de Terram y el otro con una entrevista a Andrés Zaldívar hecha por Myriam Verdugo. En esta nota, junto con insistir en que sus papeles de Eperva no le permitían de ninguna manera participar del control de la empresa, anunciaba que vendería las acciones.

---

<sup>36</sup> A través de la Ley N° 19.849, publicada en el *Diario Oficial* el 26 de diciembre de 2002, se prorrogó por diez años, con modificaciones, la Ley N° 19.713 de 2001. Al término de este lapso, en 2012, se debatió la legislación hoy vigente que se ha denominado “Ley Longueira” y cuya tramitación está bajo investigación judicial, debido a que empresas pesqueras y asociaciones gremiales entregaron financiamiento y recomendaciones de voto a determinados parlamentarios. En esta discusión se volvió a debatir en la Comisión de Ética del Senado la situación del senador Andrés Zaldívar, en esos momentos representante de la Región del Maule (hoy Zaldívar no es parlamentario).

Macari reflexiona que en la actualidad lo ocurrido en 2002 con la Ley de Pesca y con Andrés Zaldívar sería “impresentable”. “Hoy día en las redes se lo comen”, afirma. Para Macari, sin embargo, lo ocurrido respecto de la Ley de Pesca se convirtió en una referencia en torno al poder: “Yo quería trabajar en *El Mercurio* para ver cómo era un poder fáctico, pero con *La Nación Domingo* yo hice mi MBA, comprendí cómo funcionan las teclas del poder más allá de los discursos oficiales”.<sup>37</sup>

Alejandra Matus también postula que el reportaje acerca de la Ley de Pesca fue un punto de inflexión. “Los primeros reportajes pasaban inadvertidos, pero fue como una bola de nieve; *La Nación Domingo* poco a poco fue creciendo y a medida que creció la audiencia, también crecieron las presiones. Ahí nos fueron corriendo el cerco y los límites. De Ricardo Lagos y su familia a temas que pudieran complicar políticamente al gobierno de Lagos, porque se acusaba a *La Nación* de ser el instrumento del gobierno para atacar a la derecha”.

Para ella, el artículo respecto de la Ley de Pesca, “aunque no hablaba de Lagos o su familia, le generó complicaciones al gobierno en la relación con la DC, que lo interpretó como una movida de la izquierda. Ahí se movió el cerco y en todos los números se movía un poquito más”.

Luengo inscribe la discusión interna del equipo alrededor de la Ley de Pesca en un proceso mayor que ya envolvía al medio: el debate sobre lo que alguien de *LND* definió entonces como la “teoría del empate”, es decir, cómo se debe conjugar el punto de vista editorial con la objetividad material de las fuentes, ya que había en el elenco del semanario quienes creían que exponer todas las versiones sobre un tema, sin una opinión u orientación definida, conducía a un resultado anodino donde las diversas miradas se igualaban.

El exdirector lo explica así: “Había una suerte de principismo en parte del grupo, que tener un artículo con todas las fuentes equilibradas era hacer lo que hacía todo el resto de los medios y era, por tanto, anular la fuerza de la denuncia”. Agrega Luengo: “Mi criterio era y es totalmente contrario, el punto de vista no es enemigo de la rigurosidad. Tener un punto de vista o una opinión editorial en un artículo es legítimo, pero eso no impide que tú puedas recoger o puntualizar aquellas

---

<sup>37</sup> Mirko Macari sostiene que en su posterior conducción de *El Mostrador* durante nueve años, a partir de 2008, fue determinante *La Nación Domingo*: “Me sirvió como un MBA para hacer *El Mostrador*, yo llegué sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. *El Mostrador* es la aplicación de todo lo que yo ya sabía y había aprendido”.

cosas que las fuentes anulan de tu investigación o que desacreditan con hechos. Por tanto, cuando tú logras tener todas las fuentes y aun así mantener un punto de vista, a mí me parece que ese es un trabajo periodístico bien hecho”.

Lo ocurrido con Zaldívar lo inserta en esta lógica: “Se decía ‘si llamamos a Zaldívar, él va a decir que no tiene acciones’; por tanto, vamos a decir que sí tiene acciones y él que no tiene acciones, y se anula el efecto. Falso, no fue así, al contrario, la entrevista a Zaldívar probó que él tenía acciones, lo reconoció y las terminó vendiendo”. Para Luengo, “es una prueba de que llamando a la fuente, presionando a la fuente, y si tienes datos sustanciales, bien investigados, el llamado a la fuente afectada no te puede anular el efecto de la nota. Las buenas historias sobreviven a la realidad”.

El problema del manejo de fuentes volvió a presentarse a las pocas semanas. El 22 de diciembre de 2002, *LND* publicó un reportaje de Víctor Gutiérrez, “Baches en el camino”, donde los dueños de la empresa de carrocerías de buses Cuatro Ases hacían duras acusaciones contra el exministro socialista de Transportes e Interior, Germán Correa, quien había sido gerente de la compañía. Este fue llamado a última hora del sábado para entregar su versión, pero se negó debido a que no podía refutar en esas condiciones las denuncias.

Lo hizo a los pocos días en una rueda de prensa a la que acudió el periodista de crónica de *La Nación* Eduardo Rossel. Este volvió a la oficina y le dijo a Luengo que desafortunadamente para la posición del diario, las respuestas de Correa eran sólidas y convincentes. No había un tal “caso Correa” (los abogados fuentes del reportaje fueron Roberto Ávila, socialista como Correa, pero de una corriente más radical, e Iván Oyarzún. Un año más tarde ambos eran los abogados de Víctor Gutiérrez en la querrela que en su contra presentó la UDI en el marco del caso Spiniak, acusando la existencia de un complot para perjudicar al partido y a su candidato Joaquín Lavín).

El problema era que en diciembre de 2002 Germán Correa encabezaba como coordinador el plan de la gran reforma del sistema de transporte público de Santiago que desembocó en el Transantiago y, por tanto, libraba una áspera batalla con el gremio microbusero de las “amarillas”, sector que compraba unidades a Cuatro Ases. La sombra de una operación de este sector empresarial sobrevoló la redacción y agregó un nuevo insumo a la fricción con el gobierno. Esta haría crisis algunos meses más tarde en el llamado caso Indap.

## CAPÍTULO 6. LA “CAJA NEGRA” DE UNA RENUNCIA COLECTIVA

La periodista Alejandra Matus hizo un acuerdo con el director Alberto Luengo al volver al diario *La Nación* en 2002: si en algún momento le censuraba un reportaje, ella renunciaría. Para no llegar a este extremo consensuaron un procedimiento: “Él me aprobaba los temas antes de que yo empezara a reportear. Si él no lo aprobaba, yo no lo iba a considerar censura, porque estaba dentro de la línea editorial decirme sí o no a un tema”. En este contexto Matus recibe las denuncias sobre el Instituto de Desarrollo Agropecuario (Indap). “Yo no iba a quemar banderas por ese tema. Le dije a Luengo: si lo aceptas lo hacemos; si no, no”, explica acerca del artículo que terminó llamándose “La caja negra del Indap”.

El exdirector señala, a su vez, no recordar cómo llegó la acusación de irregularidades financieras en Indap a la reunión de pauta, aunque sostiene que el hilo se podría remontar al economista Marcel Claude, quien debido a su rol como presidente de la Fundación Terram había sido una fuente importante del reportaje sobre la Ley de Pesca publicado en noviembre de 2002, y que implicó el primer choque frontal de *La Nación Domingo* con el gobierno.

En el marco de su función en Terram, Claude había desarrollado una relación de trabajo -una suerte de alianza política, en rigor- con el senador independiente Nelson Ávila, quien desde su paso por la Cámara de Diputados, entre 1994 y 2002, había cultivado un perfil fuerte de parlamentario fiscalizador y que mantenía un conflicto abierto con la Democracia Cristiana e incluso con su expartido, el PPD. De hecho, en diciembre de 2002, un mes después del caso de la Ley de Pesca y su disputa con los hermanos Adolfo y Andrés Zaldívar, el PPD lo borró de los registros porque Ávila había resuelto por propia voluntad “congelar” su militancia, figura que el Partido por la Democracia no consideraba dentro de sus estatutos.

Luengo admite que él no ignoraba a lo que se exponía cuando se pauteó a Matus preparar el reportaje: “Yo sabía que era un avispero político, lo supe desde el principio. Habría sido ceguera política no saber que el Indap era coto privado de uno de los partidos de la Concertación, y que por la red y la fuerza que tenía en todo Chile en determinados sectores, era una máquina de la cual uno podía sospechar que tenía vínculos políticos. Eso era evidente”.

Agrega, sin embargo, que el informe del agrónomo Luis Amaro Bermudes, de la consultora Serpro Ltda., parecía una investigación relativamente seria, porque se basaba en datos reales y contrastables (el profesional había utilizado las memorias del organismo y los presupuestos de sus programas). El documento lo había elaborado el experto, pero lo había hecho -como sí advierte *LND* en el párrafo diez del reportaje “La caja negra del Indap”- a petición del senador Nelson Ávila, quien lo financiaba.

La conclusión fundamental de Amaro Bermudes era que el 60 por ciento del financiamiento de Indap entre 1990 y 2000 había quedado atrapado en empresas y consultoras que intermediaban los recursos para los agricultores pequeños y medianos. Estas entidades tenían, además, una comprobada vinculación con militantes de la Democracia Cristiana.

En el artículo de Matus se exponían casos concretos de productores endeudados con Indap y se mencionaban dos informes de Contraloría, de marzo de 2003, de fiscalización a la institución, uno de ellos por el pago adicional de honorarios a seis jefes de departamentos a través del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), perteneciente al sistema de la OEA, con dineros del propio Indap. Entre ellos estaba el exdirector de *La Nación* Guillermo Hormazábal, que había renunciado a Indap algunos meses antes del documento de la Contraloría. Hormazábal llegó a Indap después de abandonar *La Nación* en marzo de 2002. Según la versión oficial de Indap, no se trataba de sobresueldos, una materia que precisamente en mayo de 2003 era en extremo sensible por efecto del caso MOP-GATE, aunque la de Indap era una defensa un tanto dudosa.

La mayor parte de las acusaciones sobre manejos discrecionales en Indap correspondían a las administraciones anteriores a la del director en funciones a la hora en que se preparó el artículo de Matus, el militante de la DC Ricardo Halabí. Este había sustituido a Maximiliano Cox el 9 de abril de 2001. Cox estuvo apenas un año en Indap tras la extensa gestión de Luis Marambio (1994-2000), a quien a su vez la Contraloría recomendó destituir, debido a que una empresa que recibía fondos de Indap, la consultora Desarrollo Campesino S.A. (Decam), había causado perjuicios al Fisco por unos mil millones de pesos. Este caso y otros ligados a la actividad de Indap habían sido materia de controversia dos años antes, lo que incluso llevó a la constitución de una comisión

investigadora por parte de la Cámara de Diputados y la denuncia de la senadora de la UDI, Evelyn Matthei, de que Cox era uno de los fundadores de Decam en 1985.<sup>38</sup>

El reportaje también planteaba que el “hombre fuerte” de Indap era el senador de la DC por la Región de O’Higgins, Rafael Moreno, figura clave de la reforma agraria durante la administración del Presidente Eduardo Frei Montalva (1964-1970). A partir de ese proceso de redistribución de tierras se formó Indap para apoyar al campesinado beneficiado por la repartición de los latifundios expropiados. Dentro de la “interna” de la DC, Moreno era cercano al presidente del partido en 2003, el senador Adolfo Zaldívar.

Según Luengo, él se enteró en medio de la elaboración del reportaje de que detrás del licenciado en Agronomía Luis Amaro Bermudes estaba el senador Ávila: “Ahí prendí mis alertas”.

En paralelo, la primera versión que leyó le pareció construida sobre una sola fuente. “Era evidente que había un interés político, Ávila era senador. Si había que destruir al PDC, uno podía sospechar que Ávila lo quería hacer por razones políticas, y no por razones puramente de defensa de los campesinos. Ávila se había posicionado como un senador de denuncias, era una fuente válida, claro, pero no podía ser la única fuente”.

En este cruce de datos es donde se incuba la crisis. Se decide aumentar el radio del reporte, pero -precisa Luengo- Indap, que “era la fuente principal” para responder el informe, “se niega a darnos su versión”. Después de insistentes llamados del propio Luengo, desde la institución le responden que pueden comentar los antecedentes, pero el sábado 17 de mayo, en circunstancias que la idea era publicar el reportaje el domingo 18.

Se resuelve así aplazar la publicación una semana, una decisión que el equipo de *La Nación Domingo* acepta, pero que instala ya la fricción o la sospecha con la dirección. El domingo 18 se publicó como tema de portada un artículo del periodista Erick Rojas, de la sección de economía de

---

<sup>38</sup> El 1 de junio de 2003, una semana después de la edición de la polémica de *La Nación Domingo*, *El Mercurio* publicó una nota, “La ira de Maura”, donde la periodista Maura Brescia aseguraba que las acusaciones sobre Indap ella ya las había publicado en su libro de 2001 *Manos limpias: la corrupción en las empresas públicas*. También acusaba al senador Nelson Ávila de subirse “a destiempo” a una fiscalización que llevaba adelante la senadora Evelyn Matthei. Además, cuestionaba la calidad técnica del trabajo de Matus (Brescia y Matus habían coincidido a fines de los años ‘80 en el diario *La Época*).

*La Nación*, acerca de cómo bancos y empresas burlaban la Ley de Quiebras en perjuicio de los trabajadores y el Fisco.

Matus puntualiza que Luengo quería las respuestas del director de Indap y no solo las del encargado de comunicaciones de Indap y jefe de gabinete de Halabí, Luis Conejeros, quien había hablado con ella, pero para referirse a los oficios de Contraloría, no al fondo de la investigación acerca del uso de los recursos de la entidad gubernamental. “Luengo me dijo que estaba bien el reportaje con la declaración de prensa de Conejeros, pero después hizo consultas y me dijo no, tenemos que hablar con Ricardo Halabí”.

El sábado 17 Luengo y Matus acudieron a la casa del director de Indap, que estaba acompañado de Conejeros. “Tenemos una reunión, muy larga, en la que ellos nos dicen que nada es verdad, desmienten cada una de las aseveraciones del informe, pero todo esto de palabra y de memoria, y claramente off the record”, recuerda Luengo. Era una conversación algo circular: “Para ponerse de acuerdo, nosotros para convencerlos de que nos den una versión oficial; ellos para convencernos de que no tienen nada que ocultar”.

Matus -que también por su lado había insistido en los días previos para que el jefe de Indap la recibiera- evoca bien el diálogo en casa de Halabí por lo insólito de la situación: “Halabí sentado en el suelo del living hablando a *chuchada* limpia”.

Al final de la conversación, Halabí aceptó hacerle llegar a Matus una respuesta oficial entre el lunes 19 y el martes 20 de mayo.

Luengo relata: “Ahí se produce la clásica trampa de la política, el lunes no están, después que Halabí había viajado fuera de Santiago, el miércoles era el feriado del 21 de Mayo y luego no sé qué... Entonces plantean que el jueves y al final nos dicen que definitivamente no nos van a dar una versión”, explica. “Confianto en la respuesta de Indap, habíamos mantenido el reporte anterior, pero no habíamos hecho más reporte en profundidad, y nos encontramos entonces el viernes 23 en la misma situación de la semana anterior, con una negativa casi igual”.

“Podíamos poner en el artículo, consultado Indap oficialmente dice que no nos va a dar una versión. Okay, yo con eso salvaba todo tipo de responsabilidades políticas. Decidí entonces publicarlo”, agrega el exdirector.

Matus indica: “El tema lo revisó Luengo el viernes. Se despachó, yo me fui, y el sábado me llama Alberto y me dice que no vamos a poder publicarlo, que de La Moneda le habían pedido que lo bajara”.

La explicación de Luengo para esas horas es similar: “Una vez que decido publicarlo, se comienzan a suceder y escalar las versiones. Empiezan a producirse presiones políticas por encima mío, del Ministerio de Agricultura a Interior, de Interior a la Secretaría General de Gobierno, diversos ministros involucrados en el tema, ya directamente con el presidente del directorio [Mahmud Aleuy], su representante político en la empresa”.

Luengo sostiene: “Yo siempre he dicho que no hubo intervención indebida, pero que sí hubo intervención”. Según su evaluación, “no fue indebida porque actuaron por el canal correspondiente: el dueño o su representante hablando con el presidente del directorio, y él a su vez hablando conmigo. Eso no era indebido, porque corresponde que el presidente del directorio hable con el director”.

Luengo insistió ante Aleuy en publicar porque Indap había tenido el espacio y el tiempo para formular sus descargos y no había querido hacerlo. “Me dicen que esto va a provocar un problema político, que hay motivaciones políticas detrás, que estamos siendo parte de una operación. Yo digo que entonces cualquier reportaje periodístico que afecte a alguien se puede calificar como una operación”.

### **Horas difíciles**

Fue una discusión larga y tensa la noche del viernes, “hasta que al final el presidente del directorio, haciendo uso de sus atribuciones, me dice ‘esto no puede ser publicado’. Yo tenía dos posibilidades: renunciar en ese momento, armar un escándalo político, pero que iba a durar mientras durara el tema en las portadas, abandonando el proyecto mayor, dejándolo a la vera del camino, o pelearlo. Mi opción fue la segunda”.

La fórmula que se le ocurrió a Luengo fue elevar la disputa con Aleuy al directorio de la empresa, compuesto por siete miembros. Aparte de Aleuy, otros tres directores nombrados por el gobierno y los tres restantes como representantes de los privados: “Se me ocurrió la fórmula de



pedir citar al directorio en pleno el lunes 26 para debatir este asunto, considerando que el directorio estaba compuesto por distintas sensibilidades; estaban los privados y en la mayoría de gobierno había radicales, PPD, PS, DC. Yo pensaba que podíamos superar una discusión interna, creía que podía ganarla”.

Luengo propuso este mecanismo al equipo de *LND*, pero este “no se compra la tesis y prefiere la inmolación. Yo les digo que hay un proyecto de mayor alcance, que si lo botan están botando más que un artículo, que están abandonando un proyecto estratégico, que todos sabíamos que este proyecto iba a tener encontrones con el poder, que este era uno más de aquellos, pero que yo creía que ganábamos”. Añade que él se comprometió con los periodistas a que si el directorio ratificaba la prohibición, “ahí yo renunciaba porque contra lo evidente no se podía luchar. Eso quería decir que el proyecto se había acabado”.

Matus recuerda: “Con el cariño que le tengo a Luengo, le dije tengo que renunciar porque me están censurando el tema por razones extra periodísticas y yo soy como la ‘niña símbolo’ de la libertad de prensa y entonces no puedo seguir en el diario. También creo que fue una *pendejada* la mía, que no debí haber renunciado, pero en ese momento le dije tengo que renunciar”.

Agrega que después se comunicó con Julio César Rodríguez: “Él me dijo esto no puede ser, esto es inaceptable, yo también voy a renunciar. Yo le dije piénsalo bien, porque esto obedece a una lógica, a un acuerdo que yo tengo con Luengo, que tiene que ver con mi historia y mi pasado. Pero tú tienes otras responsabilidades. Yo no te cuento esto para que solidarices, te lo cuento para que lo sepas”.

La decisión colectiva del equipo de renunciar se consolida al mediodía del sábado 24 y así se lo comunican a Luengo, quien les pide a los periodistas que aún no lo hagan público, porque él creía que la situación podía revertirse el lunes a primera hora, “y si se revierte, mientras menos público haya sido, más fácil es arreglar todo. Ellos me dicen que bueno, pero igual lo filtran”.

En efecto, a media tarde de ese sábado, en el diario electrónico *El Mostrador* se informa de la dimisión colectiva: “Renuncia masiva en *La Nación Domingo*”. La bajada precisaba: “Un artículo sobre ‘La caja negra del Indap’, realizado por la periodista Alejandra Matus, detonó la renuncia masiva del equipo de *La Nación Domingo*, unidad encargada de reportajes e investigaciones periodísticas que se publicaban cada fin de semana en el diario estatal”.

La versión oficial recogida en el portal es que el directorio de La Nación S.A. optó por “bajar” el reportaje porque la línea editorial “exige la consulta de las contrapartes”.

A *El Mostrador*, que llamó a Luengo esa misma tarde sabatina, él le dijo: “Efectivamente, hubo presiones políticas que se canalizaron a través del directorio. [...] Entiendo que venían de aquellas personas que se sintieron afectadas por el artículo”.

Agregó: “Yo creía que el reportaje estaba bien sustentado, pero que le faltaba la contraparte. Hice, como director, todo tipo de gestiones para que Indap diera respuesta a las consultas que nosotros hicimos. El director de Indap me prometió, personalmente, que iba a responder a nuestras demandas periodísticas. Pero el jueves por la tarde, a través de un funcionario, me mandó a decir que no iba a responder. Lamento que no haya querido referirse a un tema legítimo de investigación periodística y que interesa a la mayoría de los chilenos”.

La declaración hecha llegar a *El Mostrador* por el equipo de *LND* afirmó:

“El diario *La Nación* pertenece a la sociedad chilena y no es patrimonio de ningún partido político. Quienes suscribimos este comunicado intentamos durante diez meses cumplir con el mandato ético de informar oportuna y verazmente a los propietarios de este periódico: todos los chilenos. Valoramos profundamente que el directorio y el director de este diario hayan abierto este espacio para un periodismo independiente, innovador y pluralista durante este período.

“Por esta misma razón, expresamos nuestro rechazo a la decisión del directorio de prohibir la aparición del artículo, cediendo a presiones políticas. Sentimos que no es posible continuar desarrollando este valioso proyecto en las necesarias condiciones de libertad y profesionalismo con que habíamos contado hasta ahora”.

El equipo de *LND* también le informó a *El Mostrador* que habían llegado a un acuerdo para publicar el reportaje de Matus en la edición de *The Clinic* del jueves 29 de mayo.

La publicación en *El Mostrador* fue utilizada como fuente por *El Mercurio*, que el domingo 25 publicó una nota con el siguiente título: “Renuncia equipo de *La Nación* Domingo”. El diario *La Tercera* apareció el lunes 26 con un breve: “Incomodidad en La Moneda por renuncia masiva en *La Nación*”.

“Por tanto, amanecimos el domingo 25 con la noticia de que había una rebelión dentro del equipo y se hicieron más difíciles las negociaciones”, admite Luengo.

Cualquier persona que leyera *La Nación Domingo* del 25 de mayo no podía sino darse cuenta de que algo grave había ocurrido en el diario. En la portada se publicaba como título principal “Equipo mundial” con la siguiente bajada: “Un raquetazo a la historia dieron Nicolás Massú, Fernando González y Marcelo Ríos, junto al argentino Horacio de la Peña, al ganar en Alemania el Mundial de Tenis por equipos”.

Al editor de deportes, Sergio Antonio Jerez, le había correspondido una tarea entre ingrata y tediosa: transformar una victoria de los tenistas chilenos en un reportaje de cinco páginas. El resto de la edición, sin embargo, seguía como se había planificado antes de la crisis, salvo por la página 54, donde el editor general, Julio César Rodríguez, publicó el texto “Podría ser peor” en la columna del mismo nombre que habitualmente llevaba comentarios sobre medios, en particular televisión, o tendencias.

El texto de Rodríguez es anticipatorio de la forma en que se encadenarían las cosas en los días siguientes. Escribe: “Hace unos meses un político me encontró en el bar Liguria de Providencia y me dijo: ‘El problema de ustedes es que están en contra de todo y de todos’. ‘Sin amigos’ era la frase preferida en la redacción”.

Luego señala que el equipo de *LND* sí era un grupo de amigos. “A lo que le pusimos tarjeta roja fue al amiguismo mal entendido, a las relaciones incestuosas que sirven para cargar o alivianar la mano con alguien en un reportaje, ya no en razón de los hechos, sino de la cercanía a esos grupos transversales que constituyen la esencia del poder en Chile. [...] Quisimos representar un país que no está representado en ninguna parte, y menos en los medios de comunicación. Un país agotado de las explicaciones de siempre, de las postergaciones necesarias, un tanto jodido y desilusionado, que entra a la realidad a través del chiste, del humor negro, porque para no llorar es imperativa la talla. Nos plantamos sin rubor con un punto de vista, un ángulo para mirar, asumiendo que la objetividad es una quimera. [...] Algunos ya no estaremos más, pero aquí quedan nuestros sueños y también nuestras convicciones profesionales. Sí, parece que otra vez ganaron los malos, pero ustedes saben: podría ser peor”.

El domingo fue de tregua o, si se quiere, de velar armas. A primera hora del lunes 26 se reunió el directorio de la empresa. Luengo asistió a esa reunión y defendió su punto de vista. “Se me da pleno respaldo para publicar el artículo y para tomar las decisiones que yo estime convenientes respecto del equipo. Salgo de ahí y le digo al equipo del diario de la semana: ‘Lo vamos a publicar mañana, completo, sin quitarle ni agregarle ni una coma, como título principal’, y eso hicimos”.

Luengo, además, ordenó doblar el tiraje -si bien este no era muy voluminoso- y según constató *La Segunda*, hacia las 10:30 horas de ese martes el diario se había agotado.

### **El no a Rodríguez**

La mañana del miércoles 28 de mayo Luengo recibió al equipo dimisionario, el que había entregado señales de que tras la publicación del reportaje, la medida de renunciar podía ser revaluada. “Yo había tomado una decisión: aceptar el regreso de todos, pero no el del editor general”, resume el exdirector. “Consideré que en un momento como ese, de crisis, el director tiene que confiar en su editor y este en su director. Si se rompe ese vínculo estrecho y no escrito, pero sagrado de una publicación, se rompe la confianza básica y, por tanto, es difícil que un director vuelva a confiar en su editor”.

Según Luengo, aceptar la vuelta de Julio César Rodríguez implicaba validar una suerte de facción dentro de la organización periodística: “Se convertiría el equipo en uno autónomo, con un director que no vale nada y un editor que tiene el poder de retirarse, renunciar o hacer lo que quiere. Pensé que no tenía futuro esa relación, que esta se había quebrado”.

“Le digo eso al equipo y entonces me preguntan si es definitivo. Les digo que sí, que no hay espacio para un editor que no ha respondido al director en un momento crítico. Entonces alguien, no recuerdo quién, dice ‘entonces yo también renuncio’. Finalmente, todos terminan por renunciar. Fue un momento difícil para todos, incluso emotivo; al final yo diría que todos se acercaron a darme un abrazo o la mano, a decirme que no era un asunto personal, que ellos eran parte de un equipo y que no podían seguir sin su editor”, relata Luengo.

Alejandra Matus explica que, “escuchando también a los viejos”, en este caso los columnistas José Rodríguez Elizondo y Guillermo Tejeda, estos les dijeron, en esas horas críticas, que no se

fueran, que el tema sobre Indap finalmente estaba publicado y que ellos solo perderían el espacio que se habían ganado. “Nos reunimos con Luengo. Le dijimos que como el reportaje se había publicado, retirábamos las renunciaciones. Luengo dijo que tenía que resolver caso a caso con quienes se iba a quedar, pero que el editor había perdido su confianza y que no podía regresar”.

En esa coyuntura, admite Matus, para ella resultaba “impresentable quedarme y que Julio César saliera despedido por esta cuestión. Todos coincidimos entonces en que si Julio César se iba, teníamos que mantener la renuncia” del sábado 24.

Según la periodista, “conociendo a Luengo, honestamente creo que él pensó que podía haber un espacio para seguir trabajando con gente que era de su equipo, porque Julio César y Mirko no habían trabajado antes con él. Yo y Marcela sí. Creo que estaba pensando en eso, pero no había espacio para esa situación”.

De hecho, Matus no cree tampoco que Luengo haya hecho una operación deliberada para conducir al equipo a la encrucijada en que se vio envuelto. “Además, informó en esa reunión que la situación laboral de todos no era la misma. No entendimos mucho, dijo que había contratos distintos entre nosotros y que la salida tenía costos distintos. Nadie entendió mucho lo que pasaba, pero después entendimos que, por ejemplo, Julio César tenía un contrato de indemnización a todo evento, y que nosotros nos íbamos a *poto pelado*”.

Marcelo Padilla, uno de los redactores principales, planteó en un correo que hizo público a las 15.48 horas de ese miércoles 28: “Hemos decidido mantener nuestra renuncia a *La Nación Domingo*, en vista de que las condiciones exigidas por Alberto Luengo eran impresentables”. Añadió que el director les pedía una declaración de retractación y negociar de forma individual nuevas condiciones para quienes optaran por seguir en la empresa.

Para Mirko Macari, el nudo último de la crisis fue una tensión latente que venía desde antes entre Luengo y Rodríguez: “Las cosas pasan porque pasan... Mirado en perspectiva, son aprendizajes. Se tiene que ir Julio por la relación con él, básicamente tenían un conflicto sobre quién manda, de personalidades. La relación con Julio se venía friccionando hacía rato. Alberto veía cuestionada su autoridad como director. Nosotros habíamos tenido una lealtad con Julio que hacía imposible quedarse, para mí por lo menos, él me había llevado y yo tenía que irme. No tenía

discusión, es mi amigo hasta hoy... Las crisis son un cúmulo de energía acumulada. Solo hay una parte que se ve”.

Según explica Marcela Ramos, “desde el punto de vista estructural, buscar explicaciones del fin del proyecto dentro del equipo no es suficiente. Ahí vas a encontrar hechos que ocurren y que desencadenan cosas, pero la explicación de verdad, de la economía política, está afuera de eso. Si no nos podíamos meter con el gobierno, la cuestión no era seria. Había un principio de equipo. Si se iba la Matus, yo no podía seguir ahí, por una cuestión de ética... ¿Cómo podías seguir siendo periodista de investigación si renunció la periodista de investigación?”.

Añade Ramos que tras la definición de Luengo respecto de la no permanencia del editor general, no había vías alternativas o intermedias: “Hay cuestiones éticas, de principios, que no puedes hacer. Yo no me pregunté qué quería o no hacer, no correspondía, porque si no, no me voy a levantar tranquila al otro día... Me hubiera encantado que esto sucediera de otra manera, porque me habría gustado seguir. Por eso intentamos continuar y creamos *Plan B*, donde hicimos cosas buenas por el viento que nos dio *La Nación Domingo*”.

“Creo que Alberto tenía sus buenas intenciones, pero de verdad era irreal si teníamos un límite en La Moneda, porque la historia de *La Nación* es la de un diario intervenido. Cuando hay que ganar la elección, *La Nación* se pone al servicio de Lagos”, postula Ramos. A su juicio, “ciertamente era un proyecto que estaba condenado al fracaso, demasiada fresca y poca red para defendernos. Fuimos buenos hasta que nos convertimos en indeseables, peligrosos, incontrolables”.

En el libro de Cristian Cabalín Quijada *Plan B: Una revista que remeció la prensa chilena*<sup>39</sup>, Rodríguez explicó su punto de vista en torno al quiebre con el director. “Las lealtades son sobre la base de cuestionamientos éticos, que esa es la gracia del periodismo, ser leal con lo que está bien. O sea, si quieres mucho a tu papá y este mata a un tipo de tres balazos, lo siento, te voy a denunciar, arranca. No es que sea tu papá, ahí las lealtades están dadas. Mi lealtad con Luengo era periodística,

---

<sup>39</sup> CABALIN QUIJADA, CRISTIAN, *Plan B: Una revista que remeció la prensa chilena*, LOM Ediciones (Colección Nuevo Periodismo), Santiago, 2007.

a mí no me han regalado nada. Yo les regalé trabajo mío hasta las seis de la mañana, les hice *Primera Línea* y lo fui a replicar a las tres de la mañana durante un año”.

Macari lo sintetiza hoy de esta manera: “Uno era más bien un espectador... A Alberto le dolió mucho el episodio de la renuncia del primer equipo y él intentó, sabiamente creo, persistir, porque las *huevás* no salen a la primera. Yo lo tenía claro, que lo que se había trizado era la confianza entre el editor y el director, no el espíritu del diario. Esta idea de correr el cerco, nuestra idea de que el diario fuera más lúdico, ninguna de esas cosas le molestaba a Alberto”.

### **El factor Halabí-Colliguay**

Matus, cuyo acuerdo con Luengo de principios de 2002 operó como el disparador de la crisis, reflexiona: “La condición *sine qua non* de que Julio César tenía que irse nos puso en la situación de no poder aceptar la oferta de Luengo. Racionalmente, el tema se había publicado y, por tanto, no había censura. Tampoco me pareció que todo el equipo tuviera que haber renunciado. Me pareció un gesto de solidaridad desmedido, pero creo que tiene que ver también precisamente con que ya sentíamos que si no era ahí, iba a ser el domingo siguiente o al otro... El espacio se había achicado, ya no sabíamos qué reportaje podíamos hacer. Este reportaje sobre un funcionario menor de una institución pública que tenía que repartir plata para los agricultores pobres, no era para que lo censuraran”.

Con esta línea interpretativa acerca de las dificultades que se comenzaban a cruzar en la vía de *La Nación Domingo* coincide Marcela Ramos: “Fue un proyecto fugaz, corto; fue como un viento fresco, pero pensando en el final, era imposible que durara más, por la estructura en la que estaba inserta *LND*. Buscar las explicaciones del final dentro del equipo es limitado. Por supuesto, hubo un hecho, hubo una renuncia, pero el contexto también hacía inviable el proyecto dentro de esa caja que era *La Nación*, esa caja que era la Concertación, y esa caja que era Chile en ese tiempo”.

Años después, Alejandra Matus encontró la que, a su juicio, es una clave explicativa de la dimensión hiperbólica que adquirió el caso Indap. Sucedió cuando preparó la investigación “La

Nación Gate” y que publicó en *El Mostrador* en tres capítulos, los días 1, 2 y 3 de julio de 2009.<sup>40</sup> Este trabajo es la mejor descripción del proceso que vivió la Empresa Periodística La Nación S.A. en los años ‘90 en su estructura de propiedad.

En una muy apretada síntesis, el hilo es el siguiente:

Tras perder el plebiscito de sucesión presidencial del 5 de octubre de 1988, el general Pinochet tuvo la voluntad de traspasar el diario *La Nación* a Corfo con el propósito de privatizarlo y entregar la impresión del *Diario Oficial* -y, por tanto, sus ganancias- al Instituto Geográfico Militar (IGM), entidad que depende del Ejército. Este proyecto, sin embargo, no logró la unanimidad de la Junta de Gobierno, que ejercía como Poder Legislativo, pero donde Pinochet no participaba directamente (el Ejército era representado por otro general).

De esta manera, al reinstalarse la democracia en 1990, la Empresa Periodística La Nación S.A. seguía en manos del Estado, aunque arrastraba un elevado déficit que podía conducirla incluso a una quiebra. No obstante, un porcentaje de la propiedad pertenecía a accionistas privados.

El origen de esta situación se remonta a mediados de los años ‘30. En 1927 el régimen dictatorial del general Carlos Ibáñez del Campo expropió, de hecho, el moderno diario que era entonces *La Nación*, planificado para competir con *El Mercurio*, junto con el diario vespertino *Los Tiempos*, propiedades del empresario y político liberal Eliodoro Yáñez, arguyendo deudas tributarias y previsionales. El gobierno obligó a Yáñez a entregar ambos periódicos y les fijó un bajo precio a los bienes de la empresa. Esto llevó al dirigente liberal a dejar por escrito que vendía “presionado” (Yáñez, al igual que el dueño de *El Mercurio*, Agustín Edwards Mc-Clure, se exilió en París hasta la caída de Ibáñez).

---

<sup>40</sup> Los tres capítulos de “La Nación Gate” están disponibles en el sitio web de *El Mostrador*. Durante una reunión con los trabajadores en 2009, a propósito de la incertidumbre por la situación preelección presidencial, el gerente general de La Nación S.A., Francisco Feres, fue consultado por el reportaje de Alejandra Matus. Feres sugirió que el texto, sin estar equivocado, sufría de un cierto sesgo en su interpretación y que había sido hecho por encargo de un director de la propia empresa. La historia y estructura de la empresa también están en las memorias, a partir del año 2009, publicadas en el sitio web de la Comisión para el Mercado Financiero (CMF).



*La Nación* comenzó a circular el 14 de enero de 1917 y aunque fue fundada por Yáñez y los también empresarios y políticos liberales Augusto Bruna, Abraham Gatica y Alfredo Escobar, con el correr de los años el control lo absorbió Yáñez.

Derrocado el general Ibáñez en 1931 tras una intensa movilización popular, y ya bajo el gobierno del Presidente liberal Arturo Alessandri Palma, el 14 de mayo de 1934 se formalizó la constitución de la Empresa Periodística La Nación S.A.

Como existía una elevada deuda con proveedores privados, estos aceptaron asociarse con el Estado, pero para proteger sus intereses consiguieron que su tercio de la sociedad anónima se expresara vía acciones preferentes, la llamada Serie A, mientras la propiedad estatal se materializaba en acciones ordinarias o Serie B. El directorio sería compartido. En la misma constitución societaria se determinó que La Nación S.A. se haría cargo del *Diario Oficial* como una concesión del Estado.

Los acreedores que entonces convirtieron las deudas en acciones preferentes fueron Iver Bang y Compañía S.A., United Press Associations, Compañía Chilena de Electricidad S.A., Wessel, Duval y Compañía S.A., Davis y Compañía, London General Press, Morrison y Compañía, Lier Paye y Compañía, y Shell Mer Chile Limitada. En el acuerdo se determinó que los acreedores aceptaban que el pago de todas las obligaciones del Estado con ellos se saldaba a través del mecanismo de las acciones Serie A o preferentes.

Durante la dictadura del general Pinochet, a través de diversas operaciones, las acciones preferentes, que ya habían cambiado de manos en los 40 años previos, pasaran a ser controladas por funcionarios del régimen o adherentes e incluso un paquete recayó en Radio Nacional. En todo caso no valían demasiado económicamente, porque la empresa no arrojaba números azules.

En marzo de 1990, el nuevo directorio y primero de la democracia lo integraron Raimundo Valenzuela, socialista y ex Izquierda Cristiana; el DC Jorge Donoso y el socialdemócrata y luego PPD Amador Navarro. Por los accionistas preferentes se sumaron Enrique Alcalde y Juan Yrarrázaval, abogados próximos al gremialismo.

El auxilio o rescate para la empresa La Nación S.A. vino con la Ley N° 19.041 de febrero de 1991, la que perdonó deudas tributarias y condonó multas e intereses a empresas. La compañía se

acogió a esta legislación y, por lo tanto, quedó saneada y en condiciones de entregar utilidades gracias a la unidad de negocios del *Diario Oficial*; este medio se veía favorecido, además, por una economía que se expandía y que, por lo mismo, generaba numerosas sociedades nuevas que debían pagar por la publicación de sus extractos de constitución, entre otras obligaciones de publicación de sus actos jurídicos que el Estado exige a personas naturales, empresas e instituciones.

La convivencia en el seno del directorio aproximó a los representantes del Estado y los privados cercanos a la UDI. Esta alianza cuajó en 1991 en la constitución de la sociedad Colliguay S.A. por parte de Enrique Alcalde, el socialista Juan Cavada, que trabajaba en el nuevo Ministerio de Planificación (Mideplan), que reemplazó a Odeplan, y el demócratacristiano Ricardo Halabí, quien colaboraba en el Ministerio de Agricultura.

Colliguay fue claramente formada para tomar el control de los títulos accionarios que estaban en manos privadas, si bien en un momento en que la empresa todavía no entregaba utilidades; es por esto que uno de los formadores de Colliguay, Juan Cavada, le dijo a Matus que su objetivo no era financiero, sino contribuir a impedir que la derecha se hiciera cargo de La Nación S.A., debido a las ventajas de las acciones Serie A. La vía fue comprar los papeles de Radio Nacional y de exfuncionarios del gobierno castrense y el articulador de la gestión fue el abogado Alcalde (el Sindicato N° 1 de Trabajadores de La Nación S.A. tenía un porcentaje muy pequeño de acciones preferentes, de escaso valor económico, pero que permitían a su presidente participar en las juntas de accionistas).

No obstante, la evaluación dominante en la Concertación, una vez que se conocieron los antecedentes de la operación, es que las facultades económicas y de administración que lograron los privados a través del mecanismo de la sociedad Colliguay merecían reproches éticos, porque además los títulos se compraron muy por debajo del valor de mercado que tenían, en vista de los futuros flujos de caja. Incluso se evaluó una impugnación del proceso.

Las preferencias de los accionistas privados se manifestaron en cambios en la forma de administrar La Nación S.A. a partir de 1994 que expandieron las ventajas de las acciones A, al punto de que ninguna decisión sobre la marcha de los negocios podía adoptarse sin la concurrencia de los privados, ya que de siete directores (el número subió de cinco a siete) cuatro eran designados por el gobierno, pero el quórum para sesionar pasó a ser de cinco directores. Asimismo, explica

Matus en su investigación, las medidas acerca de la vida económica de la compañía y la nominación de los altos cargos -lo que incluía a gerentes y directores de medios- exigían el voto favorable de, a los menos, dos directores de las acciones preferentes.

En los meses siguientes a la asunción del Presidente Eduardo Frei en 1994, el directorio de La Nación S.A. se reestructuró y entraron por los privados Enrique Alcalde, Ricardo Halabí y Juan Cavada. Este último dejó luego la empresa y vendió sus papeles a otra sociedad creada por Raimundo Valenzuela, el primer presidente de la empresa en democracia, aunque en representación del Fisco. Posteriormente, Valenzuela entró al directorio como representante de Colliguay, es decir, desde el lado de los privados con acciones preferentes. Halabí también vendió su participación, porque asumió como director de Fosis. Sus acciones fueron adquiridas por el abogado laboralista DC Luis Eduardo Thayer. Lo anecdótico es que Thayer financió la compra gracias a que se había ganado el Loto, según el relato de Alejandra Matus.

Al cierre de la empresa, en 2012, la propiedad del Estado en La Nación S.A. era de un 69,26 por ciento y el 29,52 por ciento era de control privado, pero este tercio correspondía a los títulos preferentes de la sociedad Colliguay (el Estado tenía un pequeño paquete de preferentes y había un remanente de 1,22 por ciento, en manos del Sindicato N° 1 de Trabajadores).

La conexión histórica de Halabí con la empresa La Nación S.A. desde los intereses privados, analiza Matus, amplificó la disputa en torno al reportaje sobre Indap (“el tema ni siquiera se refería a Halabí, sino a sus predecesores”). Desde luego esto no significa que no haya habido presiones del gobierno y sospechas en la DC respecto del rol de *La Nación*, pero suministra una perspectiva más compleja de las corrientes en que se movía *La Nación Domingo* a diez meses de su debut.

“Con el tiempo, y tras la investigación que hice sobre *La Nación*, entendí que Halabí era dueño o había sido dueño. Esa información en ese momento no la teníamos. Más que presiones de La Moneda, creo que hubo presiones del directorio, pero ese dato no lo teníamos en ese momento. La pregunta es: ¿por qué era tan importante llevar la palabra de Halabí?”, se pregunta Matus. “Era parte de la propiedad de Colliguay, que era la controladora de *La Nación*. No sé si Luengo lo sabía. Yo no lo sabía”, añade.

Para la periodista, no obstante, el quiebre se fraguaba desde antes del caso Indap. “Honestamente, creo que el proyecto estaba en la UTI, que tenía tantas limitaciones que hubiera

sido muy difícil para Luengo continuar con ese proyecto. Mirando hacia atrás, ¿hubiera hecho las cosas distintas? Con lo que hoy sé de Halabí, sí. ¿Hubiera evitado el fin de *LND*? Creo que no. Hubiera sido ese fin de semana, el siguiente, en dos, tres, cuatro. Pero creo que *LND* había cumplido su ciclo, porque las limitaciones políticas iban *in crescendo*. Sobre todo por el caso MOP-GATE, porque Lagos mismo se volvió más a la defensiva, se terminaba ese aire del principio de su gobierno de abramos todas las ventanas”.

A partir de estos antecedentes es que Mirko Macari sostiene que lo ocurrido en torno a Halabí no tiene que ver con definiciones políticas, sino “con trenzas de poder que eran invisibles; nos desayunamos con cómo llegaban al diario redes de relaciones personales, este señor Halabí, que había sido director, era palo blanco de los verdaderos dueños, que eran los privados. No tenía que ver con la DC como DC, sino con relaciones de negocios personales, que es como opera el poder en Chile, una cosa muy oligárquica, muy pequeña, de castas, de camarillas transversales”.

A su juicio, tales redes “no tienen que ver con militancias. La vieja idea de una izquierda, el centro, la derecha, eso es pirotecnia para el gran público. El poder es una pura *huevía*: estás dentro o estás afuera. Para la gente se presenta como un espectáculo en que hay diferencias, pero al final todos se reparten y todos van ahí. Esa es la lógica de la transición en Chile”.

En las afueras de la “interna” de la empresa La Nación S.A., en tanto, el gobierno y la DC deslindaban terreno en esos días de mayo de 2002 y aseguraban no haber presionado a *La Nación*.

“Es absolutamente falso, son solo rumores y nadie del gobierno se hace responsable de esas afirmaciones”, sostuvo el ministro secretario general de Gobierno, Francisco Vidal. Este agregó que La Moneda delegaba la conducción en Aleuy y avaló que la razón de no publicar “La caja negra del Indap” se debía a que no se habían obtenido las respuestas del director Halabí. Según publicó *La Segunda* el martes 27 de mayo, Aleuy había estimado que el artículo sería considerado un ataque a la DC. También sostenía que la medida del directorio de publicarlo el martes 27, era un golpe al presidente del directorio porque los otros directores habían revertido una decisión suya.

Desde la DC, su presidente, el senador Adolfo Zaldívar, afirmó: “La DC nunca ha presionado a nadie. Aquí puede haber una campaña interesada de alguien, o de algunos, que busca enlodar lo que la DC ha hecho en el campo”.

En tanto, el senador Rafael Moreno -citado en el reportaje por su influencia en Indap- indicó que “atribuir responsabilidades a la DC [en eventuales irregularidades] es una insolencia”. Según el parlamentario, detrás de las denuncias sobre Indap en general había un intento de desarticular su función de apoyo al campesinado a través del Estado, incluso desde la derecha, para concentrar la propiedad agrícola en pocas manos.

### **“Mis razones”**

Después de la reunión del miércoles 28 de mayo entre Luengo y el equipo de *La Nación Domingo*, sus periodistas emitieron un segundo comunicado. En este insistieron en que el fin de semana previo hubo “censura” y aseguraron que en la cita con Luengo este había “despedido” a Rodríguez. En la declaración sostuvieron que “aunque se publicó el reportaje censurado, las necesarias condiciones de libertad y profesionalismo que requerimos no están garantizadas”. A juicio de los firmantes, con la desvinculación del editor general, Luengo -“con el respaldo del directorio de esta empresa”- apuntaba a un “cambio drástico” de la línea editorial del medio.

Agregaron: “Reiteramos nuestra convicción de que *La Nación* -que pertenece al Estado chileno y, por lo tanto, a todos los ciudadanos- tiene la obligación, más que ningún medio privado, de publicar todos aquellos temas de interés social sin otras limitaciones que las que norman nuestra profesión”.

En el párrafo final señalaron: “Por último, aunque *La Nación Domingo*, a nuestro parecer, no será más el diario que ustedes conocieron en estos diez meses, haremos los esfuerzos por desarrollar un proyecto similar en el más breve plazo”.

Este texto lo suscribieron el subeditor, Mirko Macari; los redactores Alejandra Matus, Marcela Ramos y Marcelo Padilla; los colaboradores Leonardo Navarro, Juan Sharpe, Macarena Silva, Mauricio Díaz, Pablo Basadre y Claudia Molina, y los columnistas Domingo Domínguez, León Pascal, Paul Walder, Guillermo Tejada, Francisco Javier Díaz y Oliverio Nesta.

Después de la reunión decisiva del miércoles 28, el director de *La Nación* se vio enfrentado a bloquear o mitigar exactamente aquello que auguraban los periodistas renunciados: el derrumbe del proyecto de *La Nación Domingo*. Luengo debía hacer rápidamente control de daños y

remediarlos. Su primera medida fue armar un grupo de emergencia con periodistas de *La Nación* semanal que habían escrito en *LND* y, por lo tanto, conocían su mecánica de funcionamiento: Jazmín Jalilie, Luis Narváez, Eduardo Rossel y Álex Farfán. Jalilie hizo de coordinadora en las ediciones inmediatamente posteriores a la ruptura del 25 de mayo.

A ellos les correspondió levantar la edición del domingo 1 de junio, cuyo título de portada tuvo un guiño irónico: “El Indap recargado. Nuevas revelaciones del caso que remece a la nación”. La autorización que debió dar el directorio para publicar el reportaje de Alejandra Matus despejó la cancha para un segundo tema sobre el organismo estatal. Según Luengo, en esta cobertura incluso hubo mayor reporteo, aunque Rossel cuenta que, algo en broma, algo en serio, Matus lo llamó por teléfono para advertirle que no podía utilizar los antecedentes del trabajo escrito por ella.

“Yo lo que hago es reconstituir el proyecto. Decido que este tema era una prueba de fuego y convoco a un nuevo equipo, algunos de afuera, otros del propio diario, y trato de salir de la mejor manera para ese domingo”, resume Luengo, quien sí admite: “*LND* quedó gravemente herida, particularmente en el imaginario de la gente, de muchos de sus seguidores; entre su público objetivo, sus adeptos, la relación queda quebrada. Una parte del público se va después a *Plan B*, otros quedan huérfanos, y nosotros empezamos a recuperar público. Si tú miras las cifras de ventas, esto no se vino a pique, se mantuvieron las ventas”.<sup>41</sup>

Para Luengo, fue clave la sección “Cartas con respuesta” que él desarrollaba desde el inicio de *La Nación Domingo*: “Decidimos publicar la mayor parte de las cartas críticas. Y yo doy respuesta y digo, bueno, esto fue lo que pasó. Traté de contarle de la mejor manera posible”.<sup>42</sup>

La posición de Luengo se manifestó en la columna titulada “Mis razones”, publicada el domingo 1 de junio. Tras un epígrafe del cantante argentino Fito Páez (“¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón”), el director escribió: “Después de haber sido vapuleado y zarandeado por muchos de nuestros lectores, me siento obligado a expresar mis razones como director del diario que ustedes tienen en sus manos”.

---

<sup>41</sup> En términos generales, la venta de ejemplares de *La Nación Domingo* en su mejor momento habría estado en torno a los 30 mil ejemplares. Su nivel de lectoría, en todo caso, era significativamente mayor.

<sup>42</sup> Ver Capítulo 3: “Descifrando a los fácticos”.

“En primer lugar, mi trayectoria es conocida. Soy periodista independiente y no político, siempre he sido periodista antes que nada y cada vez que las circunstancias me han obligado a optar, he elegido el camino de la libertad y de la verdad. A mí nadie me puede llamar censor impunemente”, inicia Luengo su texto de defensa.

Luego de recordar su intervención en la formación del semanario *Fortín Mapocho* en la primera mitad de los años ‘80, después de salir de *El Mercurio* y antes de partir a España, Luengo plantea: “Cuando asumí como director en *La Nación*, hace apenas 14 meses, me propuse como objetivo contribuir a ampliar los límites de la libertad de expresión en Chile. [...] Cuando decidí formar un equipo de investigación periodística lo hice consciente de que los riesgos eran enormes, en un país poco habituado a escudriñar los rincones oscuros del poder. Sabía que me iba meter en las patas de los caballos, en la boca del lobo. [...] Hemos afectado intereses de personalidades de todos los sectores, incluyendo el gobierno, cuidando solo que nuestros reportajes estén bien documentados y que ambas partes de una denuncia tengan similares oportunidades de expresar su opinión. [...] Desde hace un tiempo comenzamos a investigar un secreto a voces en la Concertación: que el Indap era una caja negra de dineros poco claros”.

Luengo acepta que hubo presiones y que él optó por publicar: “Y fue en ese momento cuando el presidente del directorio me recomendó no hacerlo. Se trata de la única autoridad superior a mí en la empresa que tiene facultades para hacer tal cosa y solo en casos excepcionales”.

Agrega que en ese cuadro se produce la renuncia, primero de Matus y Rodríguez, y luego del resto del equipo: “Para ellos, y para mí, estaba en juego la libertad de expresión. Para ellos, el hecho era una censura. Para mí, se trataba de otro obstáculo más que debíamos remover. [...] No es efectivo, y lo digo con pleno conocimiento, que solo se autorizó la publicación del reportaje por la renuncia de los periodistas o por el anuncio de que se iba a publicar en otro medio”.

Plantea después Luengo: “Pero en el camino se había vulnerado un principio básico de autoridad interna en esta empresa, sin el cual es imposible generar el complejo engranaje necesario para publicar un diario y mantener una línea editorial coherente. [...] Pero yo sigo aquí porque aún creo en este proyecto, del cual fui su fundador y su inspirador. [...] La prueba es la edición que está en sus manos, hecha por otros periodistas que saben, igual que aquellos que se fueron, que la batalla por ampliar los márgenes de la libertad es larga y llena de dificultades. [...] El diario *La Nación* de

hoy podría evitarse problemas si se resignara a practicar un oficialismo plano, sin conflictos y sin ninguna influencia en la sociedad. Ahora nos hemos llenado de tensiones, pero representamos algo en el panorama mediático”.

Luengo postula que era la propia sociedad chilena la que debía resolver el futuro de *La Nación* como medio de gobierno o con otro estatuto, pero “mientras tanto este diario existe y tiene muchos periodistas talentosos, capaces y decentes”, quienes colaboraban -añadió- a un debate nacional que fortalecía la diversidad frente al duopolio de los grupos Copesa y El Mercurio.

“A eso me comprometo. A ser fiel a mi historia y a mi profesión, a investigar la verdad y luchar siempre porque ella se haga pública, a resistir las presiones y no renunciar a los sueños”, concluye Luengo en su alegato explicativo posterior al quiebre.

Acerca de ese proceso de reconstrucción que empieza a finales de mayo de 2003, Luengo recuerda: “Comenzamos a recuperar la credibilidad, haciendo notas como las que acostumbrábamos, quizás no con la misma pluma ni con la misma soltura o chispa que tenía el equipo antes, porque eso no se recupera tan rápido”.

La evidencia de que lo ocurrido en torno al Indap en mayo de 2003 puede haber sido una situación exagerada en sus implicancias o efectos, e incluso sobreactuada en la arena pública por todos los actores involucrados en ella, es el regreso a *La Nación Domingo* de varios de los periodistas que habían renunciado. El paradigma de esta vuelta es Mirko Macari. Si bien este intervino en la creación de *Plan B*, duró poco en este medio, tuvo diferencias editoriales y de modelo de negocios con la directora, Alejandra Matus, comenzó a colaborar en la revista *Caras*, y antes de que terminara 2003 nuevamente era subeditor de *La Nación Domingo*.<sup>43</sup>

Luengo explica: “Le permito volver, consecuente con lo que les había dicho en esa reunión [del 28 de mayo]. Mirko recupera parte del espíritu original. Yo siempre sentí en él una buena mezcla de irreverencia con entender las reglas del juego. Cuando él vuelve me dice ‘yo entiendo las reglas del juego. Estoy dispuesto a volver con las reglas que tú pongas’”.

---

<sup>43</sup> Las diferencias dentro de *Plan B* están descritas en detalle en la obra citada de Cristian Cabalin Quijada.



Macari, a su turno, asegura que su vínculo con Luengo en lo personal siempre ha sido bueno. “Es evidente que hay un período en que la relación se fricciona por el tema Indap. Pero vuelvo por la relación personal con Alberto, de aprecio y de valoración”.

### **La tentación del medio propio**

Con todo, la salida en masa del primer equipo de *LND* tiene un subtexto que se haría visible solo con el paso de los días: la tentación que se había instalado entre sus miembros, si bien de manera dispersa, de apartarse de *La Nación* y replicar el modelo *LND* ya como un emprendimiento privado autogestionado.

En la citada investigación de Cristian Cabalin, *Plan B: Una revista que remeció la prensa chilena*, Macari admite: “Nosotros desde *La Nación Domingo* teníamos un plan B: que era hacer un medio, sentíamos que el mayor *plus* era el equipo mismo. La decisión de irnos no pasó solo por la coyuntura de la salida del diario, sino que desde un tiempo antes sentíamos que podíamos hacer algo propio. *La Nación Domingo* había tenido éxito y, en ese momento, nadie dudó de que el equipo tenía que seguir”.

En el mismo libro, Matus anotó: “Nosotros veníamos como grupo explorando la posibilidad de qué iba a pasar si un día nos censuraban”. La periodista hoy precisa que solo al momento de la renuncia se enteró de que Macari y Rodríguez habían sostenido conversaciones con empresarios y políticos para armar un medio propio, “porque se veía cómo las presiones aumentaban”.

Según Matus, esto se produce en un “contexto de reflexión” del equipo que es previo a la crisis por el reportaje sobre Indap. “Yo les dije ‘sí pues, hagámoslo’. Entre todos le buscamos el nombre”, explica acerca de su reacción al informarse de que Macari y Rodríguez habían sondeado terreno para dar el salto hacia un proyecto propio.

En este punto coincide Macari, para quien la idea de crear un medio propio se había conversado en diversos planos, “pero solo como expresión de un deseo”.

“Era una etapa de exploración desde el punto de vista del crecimiento profesional. Yo lo siento así para todos. Estábamos muy convencidos y con mucha claridad de lo que queríamos hacer, pero

nos faltaba la experiencia de realidad; que había que diferenciar entre el deseo y las posibilidades. Fue de todos modos una tremenda etapa de aprendizaje, así lo tengo yo internalizado”, afirma Mirko Macari.

La pregunta que dominaba el clima interno en *LND*, según la resume Macari, era simple: “Si hicimos una *huev* exitosa en *LND*, ¿por qué no la podemos hacer solos? Era solo evaluar una posibilidad, pero de ahí a...”.

En el correo de despedida de la tarde del 28 de mayo que Marcelo Padilla escribió a sus numerosos destinatarios, señaló: “Un abrazo a todos y nos contactaremos en algún puerto donde podamos recalar como equipo periodístico, que por cierto ya estamos preparando eso”.

La secuencia de hechos, según explica Macari, es que el éxito de *La Nación Domingo* había llamado la atención de personas que tenían interés en incursionar en medios de comunicación. De hecho, Macari recuerda las versiones de que en Chile podían desembarcar diarios europeos de referencia, como el español *El País*, el francés *Le Monde* e incluso el italiano *La Repubblica*, todos periódicos de orientación liberal-socialdemócrata. “Estaba lleno de rumorología”, dice.

“*La Nación Domingo* nos puso arriba de la ventana”, indica Macari. “Siempre estuve en esas conversaciones, en la idea de hacer un diario porque siempre a mí me gustó la prensa escrita, no tenía otro norte, no sé cómo terminé en la radio...<sup>44</sup> Para mí hacer un medio que la rompiera, además que me gustaba siempre en lo personal, era una obsesión”, añade. “La idea de hacer un medio que no fuera de la derecha estaba permanentemente. Había muchos *huevones* coqueteando con la idea y entramos a ese circuito, a esa conversación”.

Sin embargo, el punto es que quienes mostraban entusiasmo por “hacer algo” no necesariamente contaban con los respaldos o recursos financieros para formalizar un medio de forma seria. “Vas cachando la cantidad de *huevones chantas* en esta *huev*... Es maravilloso”, ironiza hoy Macari.

Uno de los que manifestó deseos de estructurar un grupo de inversionistas fue el empresario Tomás de Rementería, dueño de los hoteles Cap Ducal de Viña del Mar y Santiago, luego concejal PS y PPD en el municipio viñamarino. También Macari y Rodríguez conversaron con Fernando Molina, que había sido controlador del diario *La Época* en algún tiempo en los primeros años ‘90,

---

<sup>44</sup> Al cierre de este trabajo, Mirko Macari era panelista en las radios La Clave y El Conquistador.

y que quería reeditarlos porque era dueño de la marca. Sin embargo, asegura Macari, al dimitir el equipo de *La Nación Domingo* nada concreto o definido estaba en curso: “Nadie nos había dicho ‘ya cabros, les vamos a poner plata’”.

Marcela Ramos, quien puntualiza que ella no intervino en gestiones previas a la crisis encaminadas a la formación de otro medio (“yo nunca fui a ninguna reunión”), admite en todo caso que así como también puede haber habido “agendas personales” en juego, es improbable que inversionistas de peso hayan seriamente apostado a financiar un proyecto privado en las aguas de *La Nación Domingo*, debido tanto a razones ideológicas -por ejemplo, el conservadurismo de los anunciantes-, como de tamaño de mercado. “Además, como es Chile, cuesta crear proyectos colectivos y apuntar al largo plazo”.

La interpretación de Luengo es la siguiente: “Con poca retrospectiva me di cuenta de que el asunto estaba sellado de mucho antes. Ellos tenían un proyecto armado”.

El exdirector utiliza una comparación política: “Tenían agenda propia y esa agenda propia pasaba por acumular fuerza y salirse, y creían que su facción iba a tener más éxito que el partido madre, que es lo que cree todo grupo revolucionario, sin las cortapisas, los límites, sin las dificultades que yo supuestamente les imponía. Pensaban que iban a tener un éxito arrollador”.

Luengo puntualiza que no está en condiciones de determinar el punto exacto en que los periodistas de *La Nación Domingo* comenzaron a darle vuelta a la idea de autonomizarse: “No sabría en qué momento fue -no dedique esfuerzos a reconstruir esa historia-, pero sí sospecho que fue bastante antes de la ruptura, por razones obvias”.

Aunque, en rigor, no había un proyecto periodístico -ni menos un modelo de financiamiento o de negocios-, solo la salida de *La Nación* podía estimular o precipitar el movimiento que, algo a tientas, imaginaba un equipo que creía con firmeza que el *know how* desarrollado en diez meses era un patrimonio propio, posible de replicar en un territorio independiente. De forma inesperada, el caso Indap activó ese programa alternativo que semanas más tarde se llamó *Plan B*.

Mientras Matus recuerda que “hay que sí tener presente que Mirko y Julio César eran re jóvenes y esta era de sus primeras experiencias laborales”, y que este factor puede ser influyente a la hora de haber explorado una vía propia sin demasiadas bases, Luengo reflexiona: “Quién sabe si yo

mismo 15 años antes, con el ímpetu que tenía a esa edad, hubiese hecho lo mismo. No puedo tirar una piedra contra ellos”.

Respecto de la experiencia de *LND*, Macari afirma: “Fue un período breve de experimentación; no estábamos con un barómetro del poder ni de la influencia, sí del impacto. La construcción del espacio de influencia de los medios opera a medio y largo plazo. *La Nación Domingo* fue el intento de una cosa distinta y muy exitosa a nivel de audiencia y de feedback”. El exsubeditor concluye: “Si hubiésemos calculado las cosas que hacíamos, no hubiéramos hecho nada. Fue una época de mucho ímpetu y de conexión, de decir vamos para adelante nomás y que pase lo que tenga que pasar. Ya no están los tiempos para andar cuidando *huevás*. Ya no hay fantasmas”.

Entre 2002 y 2003, el periodista catalán Marc Homedes fue el editor de la sección internacional de *La Nación* y además corresponsal en Chile del diario *La Vanguardia* de Barcelona. Escribía los artículos internacionales de *LND* y durante los últimos meses de 2003 fue editor general interino de *La Nación Domingo*.<sup>45</sup>

Afirma: “A mí *La Nación Domingo* me pareció antes que todo un producto interesante en el periodismo chileno de ese tiempo. Al principio lo que noté fue una distancia, una resistencia entre *La Nación* de la semana, que tenía mucha tradición, y aunque estaba en horas bajas, tenía un bagaje importantísimo y periodistas reputados, y *La Nación Domingo*, que tenía un aura más moderna y los que la dirigían (Julio César y Mirko) la potenciaban. Era un producto novedoso, ágil, fresco, un poco rebelde, y se sabía que era así; se sentía un producto estupendo a sí mismo, a pesar de los pocos medios. Para la dirección, a mí me pareció que *LND* era un producto estrella, pero que lo cuidaban igual que a *La Nación*. Digamos que los querían como dos hijos sabiendo que eran hijos que tenían virtudes y defectos y necesidades distintas”.

“La falta total de publicidad, cierta forma de tratar de modo muy incisivo ciertos casos, quizás no evaluando los tiempos, son puntos que recuerdo con cierta decepción, pero recuerdo otros aspectos muy interesantes: temas que golpearon; la mirada gráfica que había, de la mano de Matías

---

<sup>45</sup> Después de establecer el grupo de emergencia que hizo las ediciones inmediatas de *LND* tras la salida de su primer equipo, el director Alberto Luengo designó como editora general a la periodista Claudia del Solar, quien venía de la sección de política de *La Segunda*, y a quien Luengo también había conocido en Copesa, pero ella estuvo solo poco más de tres meses en el puesto, ya que aceptó hacerse cargo de la edición general de la revista *Qué Pasa*.

Recart y Alfonso Gálvez, que hicieron un diario con un grafismo muy cuidado cuando el papel aún era papel... La doble página central, las fotografías de las entrevistas, eran muy interesantes”, indica el exeditor de internacional de *La Nación*.

Sin embargo, Homedes advierte los límites del proyecto con una comparación deportiva: “Creo sinceramente que era un buen producto en un mal lugar, en el sentido de que la misma estructura de la empresa La Nación y la dependencia de ser un diario público lo limitaban. La pregunta es, en ese momento de Chile, ¿hubiera podido surgir un periódico así en algún otro lugar? ¿Alguien podría haber apostado por un medio incómodo, o con vocación de ser incómodo? El equipo llegó a ser muy bueno, pero la sensación que tengo es que le ocurrió como a esos equipos de fútbol eternos de segunda división, donde coinciden unos años unos tipos que individualmente son buenos, pero sobre todo forman un buen conjunto, y que quedan líderes destacados, pero cuando ascienden a primera división, el problema es que los fichan equipos grandes y a inicio de temporada ya no queda nada de aquellos que subieron...”.

A la hora de evaluar la experiencia, Marcela Ramos sostiene que en *LND* partieron hebras importantes que luego replicaron otros medios: “Se hizo un periodismo necesario, que tuvo mucho de periodismo de impacto, quizás no tanto de investigación o de datos. Fue un periodismo de contar y meternos donde no se había hecho antes, y con un tono muy fresco y muy patudo; fue todo muy adolescente”.

Sin embargo, su visión también fija los límites de ese modelo de hacer periodismo, aunque asumiendo la brevedad que tuvo esa primera fase de *LND*: “¿Movimos un pelo el poder de la elite?, ¿influimos en la política pública o en la desigualdad? Si entendemos el periodismo como un bien público, con generar externalidades más allá de la pura información, no lo sé... No sé cuánto movimos, pero también la pregunta es si podíamos haberlo hecho”.

### **Una oportunidad perdida**

En este contexto, Ramos sitúa, por ejemplo, la contribución mayor de otros medios en términos de empujar transformaciones sociales, como las revistas *Análisis* y *Apsi*, en dictadura, y el actual portal de investigación periodística *Ciper*.

Para Alberto Luengo, en todo caso, la renuncia masiva en *La Nación Domingo* tuvo hasta cierto punto un efecto negativo en el sistema de prensa de aquel tiempo: “Ellos no entendieron una parte de las reglas del juego y se lanzaron a una aventura que por edad y generación tenían que hacer, pero de paso creo que tiraron del mantel a la posibilidad más seria que yo he visto después del fin de *La Época* de constituir un diario de relevancia, y ojo, que yo fui parte del diario *Siete*.<sup>46</sup> *La Nación Domingo*, por recursos, por historia, por contactos, por capacidad de convocatoria, fue el proyecto más relevante de generar un periodismo alternativo serio, institucional, en los 20 años de democracia”.

De alguna manera, Alejandra Matus converge en este punto. “Hoy día tengo una valoración mayor por cuidar los medios, la que no tenía en ese minuto. Después, claro, de haber dirigido mi propio medio, distingo que hay cosas principales y cosas secundarias”, señala.

¿Fue entonces apresurado renunciar en 2003? Matus responde: “Esa es la autocrítica que yo hago. Creo que le tiré la cadena... Me aferré muy inflexiblemente a ese acuerdo que yo tenía con Luengo, que en realidad respondía a mis propios fantasmas. No quería que me pasara lo que le pasó a Víctor Osorio, que lo censuraron, que se fue el equipo, y Víctor Osorio se quedó.<sup>47</sup> Tenía ese fantasma en la cabeza, pero no lo di a Luengo la oportunidad de llegar al lunes, de esperar el fin de semana, a que nos reuniéramos con él, y renuncié. Lo que no imaginé era que iba a motivar la renuncia de todo el equipo”.

Tres meses antes de la crisis por el reportaje del Indap, en el marco del enojo de la Iglesia Católica de Santiago por la denuncia de *La Nación Domingo* sobre el sacerdote Patricio Sagredo, el entonces ministro secretario general de Gobierno y hoy presidente del PPD, Heraldo Muñoz, fue entrevistado por *La Segunda* acerca de la relación de *La Nación* con La Moneda. En la nota planteó: “Muchas veces nosotros leemos titulares o noticias en *La Nación* que no nos agradan precisamente, y que muchas veces difieren de lo que otros medios publican y que son noticias, comillas, más positivas para los intereses del gobierno y de la agenda pública”.

---

<sup>46</sup> Luengo fue despedido de *La Nación* en agosto de 2004 y de inmediato asumió la subdirección del diario *Siete*, heredero de la revista *Siete+7*, y que debutaría en enero de 2005. El periódico duró solo 16 meses.

<sup>47</sup> La referencia de Matus alude a una situación que se vivió en el diario *El Metropolitano* en 1999.

Según señaló Muñoz, “nosotros hemos delegado en el directorio todo lo que es la línea editorial. De modo que el Ejecutivo no tiene ni la más mínima injerencia”. Luego postuló una tesis que reflejaba bien el ánimo de *La Nación Domingo*, pero también la ambigüedad del vínculo de *LND* con la dirigencia superior de la Concertación y del gobierno que ya se hacía visible: “No tenemos ningún anticipo y no influimos en su línea editorial, y tampoco lo pretendemos hacer porque la libertad de expresión tiene que operar de manera total y absoluta. Además, los periodistas que ahí trabajan no aceptarían ser pauteados o teledirigidos desde La Moneda”.

La autoimagen del elenco de *LND* sobre su especificidad y la ventaja comparativa que tenían sus integrantes está adecuadamente reflejada en una columna que su editor general escribió el 29 de diciembre de 2002 en la sección “Podría ser peor” con el título de “We are sudamerican journalist” (sic), que era un guiño a la canción de Los Prisioneros *We are sudamerican rockers*.

En ese texto, Julio César Rodríguez resume el clima del año que terminaba: “Vientos nuevos. El 2002 nos traería una sorpresa. El destape, no creo. Las ganas de vivir en un país distinto, por supuesto. Es que ya nadie quiere seguir echando la basura debajo de la alfombra. [...] Este año, como nunca, la prensa supo captar muy bien el síntoma social de apertura, que no solo vino de la mano de Tunick y los piluchos del Bellas Artes. Atreverse. Correr la línea un poco más allá es la consigna. La gente, el pueblo, el consumidor, el votante, el televidente, el amigo lector (como quiera llamarlo) se aburrió de la impunidad de los poderosos, del show de esas caras que el público asocia con una casta, una especie de club de Tobi (donde también hay algunas damas), que en los medios juegan a decirse de todo, pero que en privado no pueden ser más amigotes”.

Agrega Rodríguez en su columna: “Nuestra única pretensión siempre ha sido la de rescatar un derecho humano no escrito en ningún tratado: el derecho de leer un buen diario la mañana del domingo. En el camino hemos dejado bastante sudor, algunas lágrimas y una veintena de números que no han pasado inadvertidos. [...] Seguramente en muchas cosas nos equivocamos, pero nuestra intención de construir una sociedad civil más completa se mantiene intacta”.

Es innegable que al final del año 2002, *La Nación Domingo* había logrado su cota de resultados en términos de ventas, prestigio y golpes noticiosos. Los domingos, *LND* ya no podía ser ignorada en la agenda pública que establecían los medios escritos. A su modo, se había convertido en un diario de referencia.

A la periodista de *Paula*, Rita Cox, en la citada entrevista de 2011, justo ocho años y un mes después del día de crisis por el reportaje sobre Indap, un Julio César Rodríguez ya transformado en estrella de televisión y de la radio, le dijo: “Gasté 40 años de mi vida seduciendo y poniendo caras, y un día dije: ‘No más, quiero tener las lucas para hacer mi *late show* y decirle al gerente de un canal vámonos a media con las utilidades’. No quiero que llegue un jefe al que no le caiga bien, me eche y se termine todo lo que construí”.

Cox le argumentó: “Pero en tu época de *La Nación Domingo* fuiste bien panfletario”.

“Estaba muy equivocado. Cuando terminó mi trabajo en *La Nación* me di cuenta de que había sido un imbécil, de que yo no iba a cambiar el mundo, ni el periodismo ni era héroe de nada. Me viví cincuenta mil historias pencas por estar ahí. Me reventaron las ruedas del auto, tuve a Carabineros cuidando de mi seguridad después de un reportaje sobre el Comando Conjunto, dormía en el diario para hacer periodismo, me pateaban las pololas... ¿Para qué, para quién? Para nada. El diario vendía 40 mil ejemplares: menos de un punto de rating”, contestó el primer editor de *LND*.

Sin embargo, el despido de Rodríguez que resolvió Luengo en mayo de 2003 no implicó su alejamiento definitivo de *La Nación Domingo*. Después de que Macari asumiera por segunda vez el cargo de subeditor del semanario y Luengo fuera destituido del puesto de director, en agosto de 2004, Rodríguez volvió durante algunos meses a escribir su columna “Podría ser peor”, ahora a página entera. También colaboró haciendo reportajes y entrevistas.

Al abandonar, el 28 de mayo de 2003, el edificio de Agustinas 1269, los periodistas que junto con Alberto Luengo le dieron su entidad propia a *La Nación Domingo* ya pensaban en montar su propia obra. Esta se llamó *Plan B* y comenzó su andadura el 14 de agosto saliendo a circular los jueves en que no lo hacía *The Clinic*, un medio entonces quincenal. Sin embargo, recuerda hoy Alejandra Matus, las ofertas de financiamiento, “esas promesas, esos cantos de sirena, se desvanecieron”. “Es que se apresuraron mucho”, les dijeron quienes habían declarado su interés en crear un medio *spin off* del modelo *LND*.

Luengo recuerda también que no le gustó que Gráfica Puerto Madero, filial de La Nación S.A., imprimiera *Plan B*. No se trataba solo de que en agosto de 2003 aún no cicatrizaba la herida de la dimisión colectiva, sino de una razón política: la UDI había comenzado a filtrar a los periodistas



que *Plan B* era sostenido económicamente por la empresa La Nación S.A. para que atacara al partido y a su candidato presidencial, Joaquín Lavín, sin las cortapisas del diario estatal.

El estallido del caso Spiniak, en octubre de 2003, incentivó esa sospecha, al punto de que el gremialismo acusó y judicializó la existencia de un complot. Que los artículos más explícitos en *Plan B* hayan sido escritos por el periodista Víctor Gutiérrez, autor de la serie sobre “Colmillo Blanco”, echó más leña a esa hoguera, a pesar de que Gutiérrez también trabajaba en “El Termómetro”, de Chilevisión.

Luengo lo recuerda así: “Fui contrario a que *Plan B* se imprimiera en los talleres de La Nación, para no dejar ningún espacio a la duda, y perdí esa batalla. Aun perdiéndola, gané una exigencia mía, exigirles pago al contado, nada de crédito, y mes a mes había boletas emitidas y pagos facturados de *Plan B*. No hubo un mes en que hubiera una deuda, cosa que existía con otros medios. En este caso yo pedí y exigí que hubiera una contabilidad muy estricta, a pesar de que no era un tema de mi incumbencia. Si nosotros no le cobrábamos, se hacía verdad la acusación de la UDI”.

### **La tesis de Dermota y el fin del ciclo de Luengo**

Al momento de hacer un balance distanciado y en frío sobre los primeros tiempos de *La Nación Domingo*, Luengo asume la ambigüedad de la relación con la política y el poder: “La verdad es que los más políticos siempre nos miraron con un poco de recelo, tanto en la Concertación como obviamente en el otro lado; por la forma de escribir, por el tipo de periodistas que teníamos, porque eran poco orgánicos, y naturalmente por los temas que abordábamos”.

El exdirector inserta esta percepción en un ciclo estructural mayor que sigue siendo motivo de disputa en las filas de la centroizquierda chilena: la incapacidad de haber sostenido durante la transición medios escritos competitivos que lograran romper con el duopolio formado por los grupos Copesa y El Mercurio. Luengo recurre a Ken Dermota, investigador norteamericano que publicó en diciembre de 2002 el libro *Chileinédito: el periodismo bajo democracia*.<sup>48</sup>

---

<sup>48</sup> DERMOTA, KEN, *Chileinédito: el periodismo bajo democracia*, Ediciones B, Santiago, 2002.

La tesis que guía a Dermota -no es exclusiva de él ni la original, desde luego, pero es la primera estructuración más formal de ella- es que en Chile hubo un acuerdo o pacto implícito entre los primeros gobiernos de la Concertación y los grupos El Mercurio y Copesa, donde la coalición de centroizquierda renunció a dos posibles metas: objetar en la justicia las irregularidades en los traspasos de deuda o *swaps* de ambos conglomerados que BancoEstado hizo en 1989, y apoyar la entrada al mercado de nuevos actores que hicieran más plural el sistema de prensa diaria o escrita.

Luengo afirma que quienes miraban con cierto escepticismo la experiencia de *La Nación Domingo* en la clase política de la Concertación, “sentían que finalmente estábamos rompiendo un pacto no escrito, tácito, que nos lleva al tema más de fondo: el [acuerdo] del establishment político de la Concertación con el establishment del poder de la derecha. Este pacto se hizo muy evidente cuando la Concertación bajó las querellas por las ayudas económicas a Copesa y El Mercurio de BancoEstado”.

“También se hizo muy evidente cuando ninguno de los proyectos periodísticos del ala de izquierda de la Concertación pudo prosperar, porque no recibieron apoyo del gobierno ni de la Concertación. Los políticos morían por darles la exclusiva de una entrevista a *El Mercurio* o *La Tercera*. Hubo múltiples señales de lo que Ken Dermota describe como un pacto tácito: ustedes no me sacan un diario y nosotros no los botamos -así de crudo-; no nos dedicamos a alentar un golpe [de Estado] o lo que fuera posible, y ustedes no nos crean un diario ni destruyen nuestro poder. Ese pacto tácito fue cumplido de manera bastante bien por personajes muy señeros de la izquierda”, agrega el exdirector de *La Nación*. “Por lo tanto, nosotros siempre fuimos vistos como unos chiquillos de moledera, que no molestaran demasiado y que, a lo mejor, en una de esas, tenían éxito y nos subíamos a su carro”.

Si bien la partida del primer equipo quebró la idea -o la ilusión- de que era posible hacer un diario sin ningún compromiso ni responsabilidad con el poder, *La Nación Domingo* se reconstruyó de a poco a partir de junio de 2003. La venta del diario de los domingos era alta en comparación con la edición de la semana -aunque *La Nación* semanal tuvo un salto de calidad con la renovación que emprendió, en mayo de 2005, el subdirector responsable Rodrigo de Castro-, y su capacidad polémica de intervenir en la agenda político-periodística se mantuvo en los años siguientes.

La dirección estabilizó el timón a partir del 15 de junio de 2003 con el ingreso de una nueva editora general para *La Nación Domingo*, la periodista Claudia del Solar, a quien Luengo también había conocido en Copesa, mientras el periodista Luis Miranda se hizo cargo de la subedición. Sin embargo, en septiembre Del Solar recibió una oferta de Copesa para asumir la edición general del semanario *Qué Pasa* y renunció. Fue interinamente sustituida por el editor de internacional del diario semanal, Marc Homedes, durante algunas ediciones. A fines de 2003, Luengo eligió como nuevo editor general al periodista Boris Bezama, que había desarrollado una extensa carrera previa en el vespertino *La Segunda* en el área de política. Mirko Macari retornó, en forma paralela, a la subedición de *LND* en este contexto de ajustes.

Una vez mitigada o controlada la crisis de mayo de 2003, Luengo creó en *LND* la sección Leer, especializada en literatura, música y arte dirigida por el escritor Roberto Brodsky. Posteriormente, al renunciar Brodsky, tras la destitución de Luengo en 2004, la sección Leer se convirtió en *LCD* (*La Cultura Domingo*), un amplio bloque de temas de cultura, espectáculos, libros, plástica, artes visuales y tendencias que tuvo una elevada repercusión y prestigio entre los lectores; se manejó de forma autónoma dentro de *LND* y la encabezó por más de seis años el periodista Rodrigo Quiroz, también responsable de las páginas de cultura y espectáculos del diario de la semana.

En su blog dentro del portal de internet *El Fuego*, Quiroz ha escrito: “En el aprendizaje de vida que fueron los seis años de *LCD*, gozamos, reímos, nos odiamos, nos separamos, nos quisimos, nos leímos. Pasó de todo: golpes periodísticos, caídas, lectores infieles y fuentes cómplices que confiaron en nosotros. Con el paso de los años siento que fue el mejor trabajo del mundo. Hoy el equipo sigue en mi corazón. A veces en algún asado nos volvemos a encontrar y reímos recordando. Siempre expresaré mi gratitud y admiración porque quisieron contar historias hasta el final. Porque siguieron ejerciendo el oficio de periodistas en el callejón de los rematados”.

El ciclo global de Alberto Luengo en la empresa estatal concluyó en agosto de 2004. Tanto el diario de la semana como *La Nación Domingo* otorgaron una amplia cobertura al llamado caso Spiniak, que estalló a comienzos de octubre de 2003 y dividió dramáticamente a la prensa chilena en torno a la credibilidad de testigos, acusadores y rol de los políticos en la trama de abusos sexuales en la que se condenó al empresario Claudio Spiniak. El hecho de que se investigara a parlamentarios, en particular al senador de la UDI Jovino Novoa, como eventuales participantes en

la red dirigida por Spiniak, así como las interrogantes respecto de si hubo o no operaciones políticas y presiones de diversos poderes, polarizaron fuertemente a los medios de comunicación, en especial a los diarios y la televisión, y por extensión a la clase política en su conjunto.<sup>49</sup>

La decisión de que la pauta de *La Nación Domingo* diera una amplia cobertura a la principal acusadora de Novoa, la joven Gemita Bueno -a pesar de haber también puesto en claro los avances del juez Sergio Muñoz que iban desmontando las afirmaciones de ella y, por tanto, la actuación de políticos en el caso Spiniak-, complicó paulatinamente la situación interna de Luengo.

En un clima crispado, el directorio de La Nación S.A. estableció, a mediados de 2004, que los medios de la compañía no debían continuar tratando “editorialmente” materias que estaban en conocimiento e investigación por parte de los tribunales de justicia, razón por la cual pidió al director que pusiera su cargo a disposición. “Se me ha explicado por carta que no es política del gobierno comentar los temas que están en conocimiento de los tribunales de justicia, y dado que el accionista mayoritario es el gobierno podría pensarse que con nuestras informaciones respecto de los temas que están en tribunales el gobierno está dando su opinión, cosa que el gobierno quiere evitar”, comentó Luengo al portal *Emol* y a *El Mercurio* el 10 de agosto.

La destitución del director de *La Nación* se produjo pocas horas antes de que tanto *La Tercera* como *The Clinic* publicaran las entrevistas donde Gemita Bueno admitió haber mentido al involucrar a Novoa y otros parlamentarios en el caso Spiniak.

Luengo asumió casi de inmediato la subdirección del nuevo diario *Siete* y con él partió también Boris Bezama, como editor de política de este periódico, el cual debutó en enero del año 2005.

A Luengo lo reemplazó en *La Nación* el subdirector, Juan Walker, hasta fines de 2004, cuando el directorio eligió como subdirector responsable a Rodrigo de Castro. Este continuó un tiempo trabajando con Mirko Macari en la subedición de *LND*; a partir de la mitad de 2005, Macari se desempeñó como entrevistador principal de la edición dominical. En paralelo, De Castro nombró en la edición general de *LND* al periodista y escritor Pablo Azócar. Sin embargo, tras el cierre del

---

<sup>49</sup> Entre otros trabajos acerca del rol de la prensa en el caso Spiniak: “Lecciones de los medios”, revista *Dossier*, número 1, Escuela de Periodismo, Universidad Diego Portales (UDP), Santiago, 2005; COBO, STEPHANIE; TORÁN, DANIELA; VARGAS, CECILIA, “Las venas abiertas del caso Spiniak”, memoria para optar al título de periodista, Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI), Universidad de Chile, Santiago, 2010; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, GUSTAVO, *Caso Spiniak: poder, ética y operaciones mediáticas*, LOM Ediciones-ICEI (Colección Nuevo Periodismo), Santiago, 2008.

diario *Siete*, ocurrido en junio de 2006, Boris Bezama volvió a hacerse responsable de la edición general de *La Nación Domingo* luego de la salida de Azócar. Bezama fue, en rigor, quien más tiempo estuvo en el cargo, en sus dos etapas; el puesto solo lo dejó en enero de 2009, al convertirse en el asesor de prensa del nuevo subsecretario de Desarrollo Regional y expresidente de la empresa La Nación S.A., Mahmud Aleuy.

Después de dos meses en que a *LND* la administraron sus subeditores, Gonzalo Olavarría y Alejandra Carmona, en marzo del año 2009 el director de *La Nación*, Marcelo Castillo, nominó a la periodista Ana Verónica Peña, colaboradora desde el año 2002, como nueva responsable. Ella fue la última editora general “en forma” de *LND*.

En agosto del año 2010, ya durante la administración del Presidente Sebastián Piñera y bajo la dirección del periodista Álvaro Medina -que reemplazó a Castillo en marzo de ese mismo año-, Peña fue despedida por presiones del ministro del Interior, Rodrigo Hinzpeter. La profesional debió asumir la “responsabilidad política” por la columna de un colaborador que el jefe de gabinete consideró “antisemita”. No hubo un nuevo editor general para *LND* en los escasos meses antes del cierre de la edición en papel de *La Nación* y por extensión de *LND* a fines de ese año 2010.

Además de los diversos editores generales y las distintas fases que marcaron los énfasis de los directores de *La Nación* posteriores a Alberto Luengo y el primer equipo de *LND*, hubo también en el semanario numerosos subeditores.<sup>50</sup>

*La Nación Domingo* que siguió a la ruptura de 2003 volvió a vivir turbulencias, acciones judiciales, a dar golpes informativos, sufrir desmentidos de noticias y confirmaciones de muchas otras. También experimentó nuevas crisis internas y se enfrentó a tensiones, conflictos y presiones del poder en el resto del gobierno del Presidente Ricardo Lagos y luego en el de su sucesora, Michelle Bachelet (2006-2010). Precisamente fue el rol que desempeñó *La Nación*, en particular *LND*, en la campaña presidencial del año 2009 el factor fundamental que condujo al mandatario de derecha Sebastián Piñera a liquidar la empresa.

---

<sup>50</sup> Después de la crisis del primer equipo, y aparte del rol de Mirko Macari, desempeñaron la función de subeditores Luis Miranda, Juan Morales, Eduardo Rossel, Juan Sharpe, Miguel Paz, Alejandro Kirk, Gonzalo Olavarría, Alejandra Carmona, Daniel Gómez y Giglia Vaccani. Se suman a las coordinadoras Myriam Verdugo y Jazmín Jalilie.

De hecho, la trayectoria vital de *La Nación Domingo* en sus ocho años y medio de existencia dentro del sistema de la prensa escrita de Chile podría ser segmentada en diversas etapas. Cada una de ellas, en rigor, constituye un posible objeto de análisis particular o específico, ya que se trató de un medio de comunicación que experimentó muchas facetas y variables de estilo y contenidos, en función de sus responsables, los perfiles de sus periodistas, los cambios en la estructura corporativa de la empresa y -desde luego- la influencia del controlador político de la compañía: el gobierno. En definitiva, no hubo una sola *La Nación Domingo*, sino varias.

## CAPÍTULO 7. UNA PROHIBICIÓN, MIRKO 3.0 Y FIN DE SIGLO

La portada del diario *La Nación* del miércoles 2 de septiembre de 2009 no tiene foto principal, en realidad tiene un espacio en blanco con el título “Comando de Piñera censura a *La Nación*”. La decisión del director, Marcelo Castillo, remitía de forma deliberada a la dictadura, cuando esta prohibió a los medios de comunicación, en los años ‘80, publicar fotos, sobre todo las que reflejaban protestas callejeras contra el régimen castrense.

La razón de la ausencia fue que en el espacio vacío se publicaría la imagen del acto de proclamación del candidato presidencial de la alianza de derecha, Coalición por el Cambio, Sebastián Piñera, realizado el día previo en la tarde en el Movistar Arena en una escenificación tributaria de las convenciones republicana y demócrata de Estados Unidos, pero animada, entre otros artistas, por el cantante de música tropical Américo y el dúo de corridos mexicanos Los Charros de Lumaco.

La mañana de ese martes 1 de septiembre, la periodista encargada de cubrir la noticia, Lorena Ferraro, fue informada por el propio director del diario de que el comando de la candidatura le había comunicado a *La Nación* que no sería acreditada para asistir a la actividad. El jefe de campaña de Piñera, el abogado Rodrigo Hinzpeter, había resuelto que el diario no ingresaría al recinto. Su justificación fue que el periódico desarrollaba “una permanente campaña de denostación” contra el abanderado de la oposición. Ferraro le dijo a Castillo que acudiría de todos modos al Movistar Arena a intentar reportear. La acompañó el fotógrafo Elvis González.

Debido a lo tumultuoso del acto, ambos se mezclaron entre el público general y se aprestaron a tomar notas e imágenes de lo que allí ocurría. Desde la organización los detectaron y ordenaron a un guardia de seguridad que los sacara del lugar. Aunque el director Castillo también envió a otro reportero, Gonzalo León, a relatar lo que sucedía afuera del Movistar Arena y escribir una crónica de color del ambiente, su opción para la portada fue el espacio en blanco como señal del veto sufrido, y también como gesto de protesta.

Según se explicó en la edición del miércoles 2 de septiembre de *La Nación*, “si bien la exclusión del diario es un hecho recurrente en actividades del abanderado -no hay acceso, pese a haberlo

solicitado en varias ocasiones, a su pauta de actividades y es el único medio que no goza de invitación para participar en almuerzos privados con el candidato-, es primera vez que Hinzpeter comanda una negativa tan potente para impedir el acceso del diario a una actividad abierta”.

La medida de Hinzpeter generó un amplio rechazo. El Colegio de Periodistas emitió una declaración afirmando que “el veto a *La Nación* es un grave atentado a libertad de expresión”. Su presidente, Abraham Santibáñez -director de *La Nación* bajo la administración de Patricio Aylwin entre 1990 y 1994-, señaló: “Me veo en la obligación de denunciar como un grave atentado a la labor de los periodistas y a la libertad de expresión, el veto que sufrieron ayer reporteros del diario *La Nación*”.

Hinzpeter no aceptó haber incurrido en un error y en declaraciones en los días sucesivos afirmó que impedir el acceso a *La Nación* tendría “la virtud de recomponer una relación deteriorada”. Asimismo, aseguró que “*La Nación* nos ha cubierto y nos seguirá cubriendo”. “Fue una decisión dura, difícil, controvertida. No puedo saber si fue un error, pero dada la controversia, debo abrirme [a la idea de] que haya sido un error, pero no voy a calificarla de error”, señaló, por ejemplo, en radio Biobío. El generalísimo pidió también a *La Nación* hacer “algo de autocrítica”.

Según el futuro ministro del Interior,<sup>51</sup> su determinación fue “sin ánimo de vetarlos, sino de manifestar nuestra molestia por un trato que no es justo y muy poco leal, ya que todos los domingos y casi todos los días se ensañan en nuestra contra alejándose de la verdad. También soy humano y molesta cada cosa que inventan sobre nosotros”. “*La Nación* colmó nuestra paciencia”, indicó.

El Consejo Nacional del Colegio de Periodistas, “sumándose” a lo expresado por su presidente, Abraham Santibáñez, manifestó que “aplicar un veto a los medios de comunicación, por el hecho de no sentirse representado por su línea editorial, nos hace retroceder a prácticas propias de la dictadura, que creíamos desterradas de nuestra democracia y que sientan un peligro frente a la libertad de expresión y de información en nuestro país”.

---

<sup>51</sup> Rodrigo Hinzpeter asumió como ministro del Interior el 11 de marzo de 2010. Estuvo en el cargo hasta el 5 de noviembre de 2012, cuando pasó a la cartera de Defensa, donde permaneció el resto del mandato del Presidente Sebastián Piñera. Hoy es gerente legal de Quiñenco S.A., matriz de las empresas del grupo Luksic. Durante la extensa “luna de miel” del primer gobierno de Piñera con la ciudadanía, su nombre circuló en la prensa como un posible candidato presidencial representando a una “nueva derecha”.



El gobierno de la Presidenta Michelle Bachelet también se adhirió al rechazo. Con un ejemplar de *La Nación* en sus manos, la ministra secretaria general de Gobierno, Carolina Tohá, planteó en La Moneda al mediodía del 2 de septiembre: “Muy responsablemente queremos plantearle al candidato de la oposición, a Sebastián Piñera, que en Chile ya no estamos para censura. Esto que los chilenos tuvieron que ver hoy día ya lo vimos antes, los chilenos lo conocimos y no queremos verlo nunca más”.

### **La promesa incumplida**

La espiral del debate público obligó a Piñera, el mismo 2 de septiembre, a contestar a la propia reportera vetada y descargó la responsabilidad en la lógica lealtad de su jefe de campaña. Señaló: “Si alguien negó acreditaciones a algún medio, lo lamento. Mi voluntad y mi decisión son abrir de par en par las puertas de nuestra campaña a todos los medios de comunicación, incluso a aquellos que, como *La Nación*, no respetan ni la verdad ni el pluralismo”. Piñera agregó: “Tengo una muy mala opinión del grado de pluralismo, del respeto por la verdad y de la forma en que *La Nación* informa”. No obstante, Piñera instruyó también a Hinzpeter a darle una explicación personal a la periodista Lorena Ferraro.

Piñera sostuvo, además, que comprendía la reacción de Hinzpeter, “pero no la comparto, por mi profundo respeto por la libertad de expresión”, aunque luego interpeló al gobierno de Bachelet: “¿Se sienten cómodos, se sienten contentos cuando ven un diario que no respeta la verdad, que descalifica a sus adversarios en forma grosera, que oculta todos los errores del gobierno?”.

El futuro Presidente hizo también una promesa que, sin embargo, luego no cumpliría, y aseguró que bajo su mandato, “*La Nación* va a ser un diario pluralista, respetuoso, y va a tener un estatuto parecido y semejante al de TVN”.

En las entrevistas tras el incidente del Movistar Arena, Hinzpeter personalizó su conflicto con *La Nación*: la dirección del diario ejercida por el periodista Marcelo Castillo.<sup>52</sup> “Personalmente,

---

<sup>52</sup> Marcelo Castillo asumió la dirección de *La Nación* a mediados de 2008 luego de ser editor general a partir de noviembre de 2006. Sustituyó a Rodrigo de Castro, quien dirigió *La Nación* entre enero de 2005 y mediados de 2008, aunque De Castro lo hizo siempre como subdirector responsable. Nunca fue nombrado director en propiedad.

hice todos los esfuerzos para que esta situación no llegara a este extremo, pero la mayor responsabilidad está en el director del diario”. Luego el jefe de campaña acusó que Castillo “no les permite [a los periodistas de *La Nación*] ejercer su profesión con apego al código de periodistas, los manda a reportear y luego les corrige las notas”.

Aunque Ferraro recuerda que, más allá de los procesos regulares de edición de los textos que hacían sus jefes, ella nunca sintió que sus artículos fueran manipulados o corregidos en la dirección sugerida por Hinzpeter, relata que hubo sí un hecho posterior al episodio del Movistar Arena que la disgustó: Castillo y el editor general, Álvaro Medina, entregaron a ella y al reportero gráfico una carta privada en la cual los felicitaban por el comportamiento que habían tenido en el acto de proclamación de Piñera.

Según afirma Ferraro, ese gesto no correspondía, porque establecía la sensación de que habían participado en una suerte de batalla política que merecía una “condecoración”, en circunstancias de que ella consideraba que solo había asistido a la actividad de campaña de Piñera como una profesional del periodismo y no como eslabón de una acción política. “Yo no era ni una mártir ni parte de una guerrilla”, explica.

El jefe del comando de Piñera hizo, asimismo, una gestión privada para que la Asociación Nacional de la Prensa (ANP) le diera algún sustento a su decisión o -a lo menos- no se pronunciara. Sin embargo, su presidente y en ese momento director del *Diario Financiero*, Guillermo Turner, le respondió que eso no era posible, que la ANP debía defender la libertad de prensa, que el veto a *La Nación* -integrante además de pleno derecho de la ANP- había sido un error, y que la sanción a un medio de comunicación correspondía a los lectores, es decir, al mercado.

Esa línea de argumentación la expresó Turner a través de una declaración pública donde la ANP definió lo ocurrido en el Movistar Arena como una señal negativa para la libertad de expresión y el derecho a la información. Para la organización empresarial, el rol del periodismo debía ser respetado y fortalecido, “en particular por aquellos que aspiran a representar los intereses más altos de la nación”.

“No creo que sea sano que una candidatura determine cuál medio accede y cuál no. Chile tiene que cuidar los estándares de manejo de información y de libertad de expresión. No demos señales en contra”, expresó también Turner.

Para la ANP, “el juicio del mayor o menor sesgo que puede asistir a un medio, debe estar en las manos del público”. Turner concluyó señalando que las candidaturas que no estuvieran conformes con los criterios periodísticos para tratar los contenidos de sus campañas electorales, podían recurrir a los mecanismos de autorregulación de la industria, como el Consejo de Ética de los Medios de Comunicación, aunque advirtió que ello debían hacerlo “sin necesidad de vulnerar el acceso a la información y la libertad de expresión”.

La relación entre Hinzpeter, el comando de Piñera, en general, y *La Nación* había sido tormentosa desde meses antes. El domingo 6 de septiembre, *La Nación Domingo* publicó un artículo acerca de esta tensión. Describió que en febrero de 2009 “comienza el hostigamiento”, cuando el naciente comando de Piñera informó a la periodista del diario asignada a la candidatura -en ese minuto la profesional Ivonne Toro- que no le entregarían la pauta de actividades del abanderado (a Toro se la hacían llegar reporteros de otros medios asignados a la campaña).

Más adelante, la nota de *LND* relató un episodio no demasiado conocido: que el 18 de marzo de ese año, Hinzpeter acudió a un desayuno a *La Nación* con cuatro de los periodistas del diario, reunión donde pidió antecedentes de los miembros del directorio de la empresa y se le explicó por parte del director que el accionista mayoritario era el Estado y que había otros privados.<sup>53</sup>

Según el texto de *LND*, al jefe de la campaña de Piñera, Castillo le dijo que el directorio delegaba en un consejo editorial los lineamientos de contenidos del diario y que entonces Hinzpeter se levantó indignado y abandonó la cita, tras señalar que con *La Nación* no era posible entenderse. Al salir agitó una página del diario donde se definía al candidato presidencial como “accionista” de la aerolínea Lan, lo que -a su juicio- demostraba el sesgo antipiñerista del medio.

De acuerdo con la perspectiva de Ferraro, a Piñera y a su entorno más estratégico -la reportera asegura que su relación con las encargadas de prensa de la candidatura en general siempre fue correcta-, efectivamente los irritaba la persistencia del medio por definir al presidenciable de la derecha como “el empresario” o “el inversionista”, categorías que el resto de los diarios no utilizaban. Con independencia de la peculiar insistencia en utilizar esas dos calificaciones, para la

---

<sup>53</sup> Después de la cita en *La Nación* de marzo de 2009, Hinzpeter envió una carta a la ministra secretaria general de Gobierno, Carolina Tohá, y contó su versión a *El Mercurio*. *La Nación Domingo* publicó una nota editorial el domingo 22 de marzo estableciendo su posición acerca de la reunión frustrada.

campana de 2009 Piñera desarrollaba una activa vida empresarial, marcada por la discusión acerca de cuándo vendería sus participaciones accionarias. Había dejado el Senado 11 años antes y en 2004 debió renunciar a la presidencia de Renovación Nacional en medio de la crisis por el caso Spiniak y sus efectos, una situación que lo había enfrentado con la UDI.

*LND* recordó después que, en los meses de mayo y junio de 2009, Piñera amenazó con cerrar *La Nación*. Esto lo hizo luego de que el diario publicara varios reportajes sobre la intervención del Banco de Talca por parte de la Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras (SBIF), el 2 de noviembre de 1981, una situación donde Piñera, a esas alturas exgerente general de la institución, fue acusado de infringir dos artículos de la Ley General de Bancos (LGB) relacionados con simular u ocultar información relevante al regulador o alterar datos en torno a la situación patrimonial de una institución.

En la investigación por el caso del Banco de Talca, Piñera fue encargado reo, en 1982, junto con el presidente de la institución, Carlos Massad, luego de que la SBIF detectara inconsistencias en las cuentas de la entidad que apuntaron a “maquillar” la cartera de préstamos y las posibilidades de cobrarlos. Detrás de este arreglo de las cifras del Banco de Talca hubo un escenario de créditos otorgados a empresas relacionadas con los controladores de la institución que superaban los techos establecidos en la normativa.

El vicepresidente del banco, Alberto Danioni, en el juicio llevado adelante en el Segundo Juzgado del Crimen de Santiago, declaró que Piñera tuvo la idea de crear cuatro “empresas de papel”, en el sector agrícola, para traspasarles deuda y que de esta manera el Banco de Talca apareciera con su capital menos deteriorado.

El 15 de mayo de 2009, en radio ADN, Piñera fue interrogado por el periodista Fernando Paulsen sobre el perfil de director que elegiría para *La Nación*. “No, no voy a nombrar a nadie en el diario *La Nación*, porque tengo la firme convicción de que lo mejor para Chile es cerrar el diario *La Nación*”, respondió.

El veto al equipo de *La Nación* del 1 de septiembre de 2009 fue, sin duda, el punto de inflexión después de que tanto el diario de la semana como *LND* publicaran en los meses previos los respectivos artículos acerca de la intervención del Banco de Talca y el rol de Piñera entre 1980 y 1982, una materia que los demás diarios casi no cubrían ni relataban. Algunos de los títulos fueron

los siguientes: “Inversionista en fuga: cuando Piñera arrancó de la justicia”; “Empleado y socio de los dueños del Banco de Talca”; “La otra historia de la fortuna de Piñera”; “Los 24 días en que Piñera eludió a la policía: lo que falta saber del caso Banco de Talca”.

*La Nación* también divulgó -ya que la declaración fue hecha en un canal de televisión local de San Antonio- una entrevista de julio de 2009 con la exministra de Justicia y Educación de la dictadura, Mónica Madariaga, en la que esta afirmó que mientras Piñera estuvo escondido en 1982, tras ser sometido a proceso en el caso del banco, su hermano José Piñera -por entonces ministro de Minería- le pidió a ella interceder ante la Corte Suprema para que se acogiera el recurso de amparo que liberó de cargos al hoy Presidente y también a Massad. Que la entrevista la hubiera hecho el exsubsecretario y expresidente del Partido Radical, Patricio Tombolini, hizo que el comando de Piñera acusara una operación política contra él en la cual *La Nación* sería también parte.

En algún momento de 2009 el diario también replicó una información del periódico del Partido Comunista, *El Siglo*, que sostenía, con un fundamento débil, que el padre de Piñera, el exembajador demócratacristiano José Piñera, tenía vínculos con la CIA y que esto habría permitido a Piñera refugiarse en México en 1982. Lo cierto es que el hoy nuevamente Presidente se ocultó en el fundo de un amigo, el empresario Fabio Valdés, cerca del balneario de Rocas de Santo Domingo.<sup>54</sup>

En septiembre de 1982 la Corte Suprema acogió los recursos de amparo de Piñera y Massad y sus encargatorias de reo fueron anuladas.

Si bien Hinzpeter, en medio de la polémica por su veto a *La Nación*, aseguró que su director manipulaba los artículos de los periodistas, lo cierto es que la línea editorial fijada por Marcelo Castillo, de apoyo irrestricto a la postulación del ex Presidente Eduardo Frei y de cuestionamientos a la candidatura de Piñera, efectivamente tensionó -y no poco- a la redacción.

Miguel Paz, subeditor y periodista de *La Nación Domingo* hasta 2008 -cuando junto a Mirko Macari partió a hacerse cargo de *El Mostrador*-, en una entrevista con el diario *El Sur* de Concepción, hecha a propósito de su proyecto sobre las redes de poder en Chile llamado Poderopedia y publicada el domingo 15 de julio de 2012, señaló: “LND sufrió los vaivenes de ser propiedad del gobierno, aunque después descubrimos que pertenecía a un grupo privado de

---

<sup>54</sup> DAZA, LORETO; DEL SOLAR, BERNARDITA, *Piñera, historia de un ascenso*, Debate, 2010.

exdirectores designados por el gobierno que se llevaron el diario para la casa. Yo volví en 2004 a trabajar ahí y era un medio con constantes cambios de dirección. Se le pidió la renuncia a Alberto Luengo, luego llegó Juan Walker y luego Rodrigo de Castro. Había presiones atroces de parte de ellos, para que *LND* se plegara a la actitud de *La Nación*, en cuanto apoyar a Bachelet en la campaña [del año 2005]”.

“Para la gente de la campaña de Bachelet, lo que hiciera o dejara de hacer *LND* les daba lo mismo, porque era un diario con cero poder de influencia. La gente que cree estas cosas es gente que tiene una lógica muy de la Guerra Fría, que no entiende que los medios se dividen entre los que son creíbles y los que no. Ellos pensaban que escribiendo cosas en plan propaganda contra Piñera iban a poder afectar su campaña. Las presiones venían desde adentro. A la Concertación le interesaba mucho más salir en *La Tercera* o *El Mercurio*”, dijo Paz en la nota de *El Sur*.

Agregó: “Lo peor vino en la campaña de Frei, Piñera y Enríquez-Ominami, cuando llegó Marcelo Castillo, que después fue presidente del Colegio de Periodistas, y fue explícito con los periodistas de *La Nación Domingo*, que seguían insistiendo en hacer periodismo, en plantearles que había que estar con Frei o irse para la casa”.

La razón de fondo de la tensión que complicó a la planta del diario es que la campaña de 2009 se produjo en un escenario muy diferente a los casos de 1993, 1999 y 2005, cuando la mayoría del personal adhería, en general, a Eduardo Frei, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, respectivamente. En 2009, en cambio, todos los indicios apuntaban a que Piñera ganaría las presidenciales, la Concertación estaba profundamente dividida y desgastada, y además había otras dos candidaturas disputando a Frei el espacio históricamente antidictatorial: Marco Enríquez-Ominami (ME-O) y Jorge Arrate, este último del pacto Juntos Podemos Más, hegemonizado por el Partido Comunista.

Sin duda, el principal factor de disrupción dentro de *La Nación* era M-EO, quien causaba simpatías en la generación más joven o menos ideologizada del diario. Incluso, una reportera que escribió una columna que se interpretó favorable a Enríquez-Ominami fue amonestada.

Respecto de Arrate, *La Nación* cubrió su candidatura de una forma más intensiva que lo que había hecho con las anteriores candidaturas del PC y la izquierda extraparlamentaria (Eugenio Pizarro, en 1993; Gladys Marín, en 1999; y Tomás Hirsch, en 2005). El objetivo era fortalecer esa postulación de izquierda entre los sectores críticos de la Concertación, pero no de derecha, en

desmedro de ME-O, porque en la segunda vuelta presidencial la votación de Arrate podría fluir con mayor facilidad hacia Frei.

La mayor expresión de esta tesis se produjo en la portada del lunes 14 de diciembre de 2009, al día siguiente de la primera vuelta, que ganó Piñera con el 44,06 por ciento. *La Nación* puso una foto de Frei a portada completa con el siguiente título: “Frei invitó a crear una ‘gran mayoría progresista’”. Su epígrafe fue: “Votos de candidaturas de centroizquierda superan el 55%”, acompañado de un gráfico donde se sumaban mecánicamente los sufragios de Frei (29,60 por ciento), Enríquez-Ominami (20,1 por ciento) y Arrate (6,21 por ciento).

Sin embargo, y como todos los análisis políticos lo anticipaban, la votación de ME-O era heterogénea y se comportó de una forma distinta y más volátil que la de izquierda extraparlamentaria en las elecciones presidenciales de 1999 y 2005-2006, y aproximadamente un tercio de ella se inclinó por Piñera (en el balotaje la participación electoral fue apenas un 0,7 por ciento menor a la de primera vuelta). El 17 de enero de 2010 Piñera se impuso con el 51,61 por ciento, mientras Frei subió a 48,39 por ciento.

*La Nación* continuó siendo crítica de Piñera ya Presidente electo, sobre todo por la conformación de su gabinete -definido por el diario como “de gerentes”- hasta el mismo 10 de marzo de 2010, cuando Marcelo Castillo dirigió su última edición. Al día siguiente, jornada de cambio de mando, asumió en situación de interinato el editor general del diario, Álvaro Medina.

La última presidenta del Sindicato de Periodistas, Nancy Arancibia, cuestiona la gestión y el estilo de conducción de Castillo, no solo durante la campaña presidencial, sino en términos más generales y corporativos, porque, según su experiencia, la redacción se dividió y tensionó, debido a la tríada de candidatos progresistas, y porque -además- de cara al exterior, se polarizó de manera excesiva la relación con el candidato de derecha, creando un cuadro de distanciamiento que acabaría en la liquidación de la empresa, la conversión del diario en portal web y su posterior privatización.

De hecho, a las pocas semanas de que asumiera la edición general de *LND* la periodista Ana Verónica Peña, en marzo de 2009, un sector del equipo cuestionó su conducción. Esta crisis, a diferencia del año 2003, se resolvió dentro de la empresa. Los disidentes a Peña fueron reubicados en otras secciones del diario de la semana y a *LND* llegaron otros profesionales.

Marcelo Castillo defendió su gestión en *La Nación* en su trabajo “El papel de los medios de comunicación públicos y la experiencia de *La Nación* 2006-2010”.<sup>55</sup> En este artículo -publicado antes de que el gobierno de derecha optara por cerrar la empresa-, Castillo describió su forma de dirección, las modificaciones que encabezó y subrayó la importancia que tenía en ese momento dotar a *La Nación* de un estatuto de diario público, destacando que en un mercado concentrado, *La Nación* podía ser un aporte al pluralismo: “Estoy convencido de que lo que hicimos no es un pasquín -como suelen decir los parlamentarios de derecha- y que la definición de ‘periodismo de trinchera’, por legítima que sea esa práctica del periodismo político, es muy mezquina para la experiencia profesional que efectuamos”.

Aunque para la campaña presidencial de 2009 Mahmud Aleuy ya no era presidente del directorio de La Nación S.A., porque a fines de 2008 asumió en la Subsecretaría de Desarrollo Regional (Subdere) y en la empresa lo sustituyó, hasta marzo de 2010, Manuel Valenzuela Bejas, la percepción extendida en la redacción y la clase política de entonces era que Aleuy continuaba ejerciendo una poderosa influencia y digitaba la línea editorial de *La Nación*. Que después de la primera vuelta de diciembre de 2009 haya renunciado a la Subdere para sumarse al comando de Eduardo Frei de cara al balotaje del domingo 17 de enero, abonó esa percepción.

En su trabajo para la revista de la Universidad de Santiago, Castillo aseguró que él nunca se reunió con autoridades del gobierno de Bachelet y que las orientaciones generales provenían del consejo editorial, “solo que la ausencia de los representantes de la derecha obviamente introducía un sesgo”. En rigor, se invitó a dirigentes de derecha a esa instancia, como lo advierte el exdirector, pero ellos lo rechazaron; tampoco aceptaron la petición de que escribieran columnas de opinión (en los primeros tiempos en que *La Nación* fue dirigida por Rodrigo de Castro, participó en el consejo editorial Félix Viveros, un dirigente de Renovación Nacional; en los años '90 también había estado la parlamentaria de RN Lily Pérez).

“Las decisiones las tomaba el director en el trabajo cotidiano”, precisó Castillo en su *paper*. En este mismo texto agregó: “Las orientaciones generales del directorio de la empresa fueron siempre las de mantener tiraje y formato del diario, con un énfasis en la edición del domingo. No obstante,

---

<sup>55</sup> CASTILLO, MARCELO, “El papel de los medios de comunicación públicos y la experiencia de *La Nación* 2006-2010”, revista *RE-Presentaciones. Periodismo, Comunicación y Sociedad*, Escuela de Periodismo, Universidad de Santiago de Chile (USACH), año 3, número 6, enero-junio, 2010.



no hubo en ese período proyectos que permitieran hacer crecer *La Nación* en tiraje y lectoría sobre la base de un plan de *marketing* que permitiera *fidelizar* una masa considerable de lectores”.

### **Un nuevo proyecto de Mirko**

Escasas semanas antes de asumir Piñera, su ya designada ministra secretaria general de Gobierno, Ena von Baer (hoy senadora de la UDI por la Región de Los Ríos, anterior Región de Los Lagos Norte), en una reunión con la prensa el 25 de febrero de 2010 dijo que *La Nación* continuaría funcionando: “Es un tema en el que estamos trabajando, pero el diario sigue su curso. Sin embargo, todavía tenemos que tomar decisiones sobre el proyecto específico que queremos sacar adelante”. Según Von Baer, *La Nación* sería un proyecto “más pluralista y más ciudadano”.

Aunque circularon diversos nombres para asumir en *La Nación* bajo la administración Piñera, en esa lista nunca se especuló con quien fue presentado como nuevo director el 22 de abril de 2010: Mirko Macari, hasta ese minuto director del diario electrónico *El Mostrador*. Macari desembarcó en ese medio de internet en 2008 tras abandonar *La Nación Domingo*, a donde había retornado a fines de 2003 después de renunciar con el primer equipo de *La Nación Domingo*, en mayo de ese mismo año, y contribuir luego a la formación del quincenario *Plan B*.

Informada la UDI sobre la decisión del nuevo directorio de la empresa La Nación S.A. (por las acciones estatales lo formaban Daniel Platovsky, presidente, y Cristina Bitar, Gonzalo Müller y Hernán Larraín Matte) de designar a Macari -y aguijoneada también en alguna medida por periodistas de otros medios-, reaccionó con indignación, debido a la cobertura que tanto *Plan B* como la propia *La Nación Domingo* habían hecho entre 2003 y 2004 del caso Spiniak, donde el senador gremialista Jovino Novoa fue involucrado en abusos sexuales a menores, acusación que la justicia oficialmente descartó.

El senador de la UDI Víctor Pérez declaró a *La Segunda* que “este nombramiento es incomprensible; esperamos que el gobierno tome una buena decisión al respecto”. El propio Novoa afirmó: “No cabe la menor duda de que *Plan B* y *La Nación Domingo*, medios en los que esta persona tuvo una participación destacada, fueron absolutamente inescrupulosos e infamantes en el tratamiento de muchos temas, que claramente perseguían destruir a la UDI”.

La protesta de la UDI se hizo explícita la misma noche del jueves 22 en una comida del Presidente Piñera con los senadores de ese partido Andrés Chadwick, Pablo Longueira, Juan Antonio Coloma, Víctor Pérez y el propio Jovino Novoa.

El viernes 23 *La Segunda* tituló: “Arde Troya UDI-gobierno por *La Nación*”. Las horas de Macari estaban contadas y pasado el mediodía el directorio de la empresa informó que dejaba sin efecto su designación como director. Comunicado el retroceso en la medida, Macari dijo en radio Biobío que lo ocurrido era “una cuenta en la línea de crédito de Hinzpeter con la UDI”. “Esto no lo tomo como algo personal, entiendo que es parte del conflicto de la UDI con Piñera. Hace tiempo que la UDI viene perdiendo con Piñera: en las nominaciones del gabinete, en los impuestos también perdió de manera estrepitosa, en el nombramiento del gobernador del Biobío, que nosotros hicimos público en *El Mostrador*, que significó una derrota de la UDI”. Con lo último, Macari se refería a una información del diario electrónico que reveló semanas antes que el gobernador elegido por Piñera para la provincia de Biobío, José Miguel Stegmaier, había tenido nexos con Colonia Dignidad, lo que empujó su dimisión apenas dos días después de asumir.

“Los que me llamaron para implementar este proyecto entienden que están en un contexto político y pueden aguantar hasta cierto punto, es parte de la precariedad de *La Nación*”, explicó el periodista. Agregó: “Yo sabía que si me iba a *La Nación*, iba a ir con casco, porque iba a haber una disputa política, porque ahí hay muchos intereses”.

Macari agradeció su nominación al nuevo presidente del directorio de la empresa, Daniel Platovsky, militante entonces de Renovación Nacional: “Es una gran persona, planteó que habríamos hecho un gran trabajo en el sentido de darle una viabilidad comercial y editorial a este proyecto”.

A diez días del episodio en torno al nuevo director, el Presidente Piñera se refirió a la situación de *La Nación* modificando una vez más, en la práctica, su posición. “Vamos a abrir un debate porque hay dos opciones, que es transformar el diario *La Nación* en un diario al servicio del Estado y de todos los chilenos y no de los gobiernos de turno, o simplemente reconocer que no hay una razón que obligue a ningún Estado a tener un diario oficial”, dijo el gobernante en una reunión con periodistas durante un homenaje a Camilo Henríquez. “Esa decisión la estamos evaluando. Es perfectamente consecuente con lo que sostuvimos durante la campaña, que era terminar con el

diario *La Nación* o reestructurarlo en forma definitiva para que les dé garantías a todos los chilenos”, añadió.

A esto la ministra Von Baer sumó: “Lo que el Presidente ha dicho hoy, y lo que nosotros hemos sostenido, es que se está buscando un director para el diario *La Nación*; eso sigue exactamente así y lo está haciendo el directorio de ese diario, sea cual sea la institucionalidad que al diario se le dé en el futuro”.

A mediados de mayo de ese mismo año 2010, Macari -que tras el brevísimo acto de su frustrado desembarco en *La Nación* volvió a dirigir *El Mostrador*- expuso en la Escuela de Periodismo de la Universidad del Desarrollo (UDD). Allí comentó que “esto es sin llorar”. “Cuando uno entra al tablero político, puede pasar de todo, hoy eres amigo y mañana eres enemigo”. También allí insistió en lo mínima que fue su participación en *Plan B*, donde estuvo solo los primeros números.

Macari hoy explica que la posibilidad de asumir en *La Nación* tuvo dos etapas. En la primera lo llamó un asesor de la futura ministra Von Baer, al cual conocía como fuente. El asesor le preguntó qué haría él con *La Nación*. Macari explica: “Le dije, mira, *tenís* que salir de la política, *tenís* que hacer un diario de circulación gratuita, al estilo de *Publimetro* y *Hoy x Hoy*, de lunes a viernes, porque no tiene sentido tener un diario en el sentido formal tradicional. Como la televisión, *podís* destacar actividades del gobierno, pero tiene que ser además un diario entretenido, que dispute avisaje, porque está la infraestructura para hacer eso, tiene una infraestructura buena para competir con los otros diarios de circulación nacional”.

Añade que también le dijo al asesor de Von Baer: “Hay que cambiar el público. Con la política, *La Nación* siempre te va a explotar, esa es mi experiencia. Hagas lo que hagas, se dirá el gobierno está detrás, y en la derecha es peor, porque son todos más sospechosos y más *cabrones*, entonces te van a reventar”. Según Macari, él propuso hacer los lunes un gran suplemento deportivo y los domingos un diario cultural, porque “así le tapas la boca a la izquierda de que la derecha no le hace a la cultura”.

Señala que a su interlocutor le atrajo el plan y le preguntó si estaría dispuesto a ejecutarlo, pero que él le recordó que desde *El Mostrador* habían sido muy críticos con Piñera y que no lo creía viable, recomendando en cambio al periodista y académico universitario Andrés Azócar, pero que

este rechazó el ofrecimiento<sup>56</sup>. “Entonces me llama este asesor y me dice ‘mira, queremos que lo hagas tú’. Yo le dije, mira, sondea mi nombre, pero no va a pasar. La Ena dice que bueno, le dicen a Hinzpeter, que dice que bueno, y Hinzpeter le va a decir a Piñera, y Piñera le dice que por ningún motivo ese *huevón*. Me llaman y dicen que no. Obvio, dije yo”.

Ahí concluyó la primera fase de la postulación de Macari. La segunda, semanas después, se activó con la entrada de Platovsky en la presidencia de la empresa. No se había logrado acordar todavía un director para el diario y desde la Secretaría General de Gobierno le recordaron a Platovsky la propuesta de Macari. “Platovsky me llama, se junta conmigo y yo le explico el proyecto. Ya, me dice, déjame a mí. Bueno, inténtalo, le dije yo”. Agrega Macari que Platovsky fue con su nombre donde Piñera, quien le dijo que sí, pero le exigió a él hacerse responsable personalmente del futuro director. “Sí, yo me hago responsable”, le contestó Platovsky. “Ahí pasa lo que pasa, esa es la ‘interna’”, resume Macari.

“Yo no iba a hacer el diario *La Nación* que era en ese momento. Con la marca, una empresa con mucha musculatura económica y con los periodistas que tenía, se podía hacer una tremenda *huevada* y sacarle lucas”, plantea Macari. “Por eso me aprueba todo el directorio. No estaban votando por mí, estaban votando por el proyecto”.

“Hernán [Larraín Matte] me dijo después que nunca había recibido tantas presiones como en ese día del nombramiento... Yo no tenía ninguna expectativa”, admite.

Macari almorzaba con una amiga ese viernes 23 de abril cuando lo llamó Platovsky para decirle que su designación se había caído: “Yo le dije no te preocupes. Era obvio y ya”.

“La idea era retirar al diario de la agenda o de la disputa política. La portada serían casas sociales, luz eléctrica, los temas que le importan a la gente, como los primeros 15 minutos de las noticias en televisión. Eso permitía la sobrevivencia comercial y política. Sí ese era el problema, y yo lo había detectado. Más allá de la experiencia, la estructura tenía esa *huevada* de la percepción, ser el diario del gobierno era un problema. Entonces tenías que salir editorialmente de eso”, dice.

---

<sup>56</sup> En la campaña de 2009 *El Mostrador*, según la interpretación más generalizada, simpatizó con la postulación de Marco Enríquez-Ominami, por su carácter disruptivo.

Así se frustró la que habría sido la tercera llegada de Mirko Macari a *La Nación*. El periodista regresó a *El Mostrador*, donde estaba desde 2008 luego de su segunda salida de *La Nación Domingo*. El lunes 26 de abril el gerente general de la empresa, Francisco Feres, comunicó como hecho esencial a la Superintendencia de Valores y Seguros (SVS), hoy Comisión para el Mercado Financiero (CMF), la revocación adoptada por el directorio respecto de su decisión de cuatro días antes de nombrar a Macari en la dirección de *La Nación*. El diario siguió siendo dirigido por el periodista Álvaro Medina, cuya confirmación como titular se produjo el 2 de septiembre de 2010.

“A estas alturas, en lo profesional, creo que sé darles un algo a los medios, una onda; yo creo que eso es clave, y eso sé hacerlo”, señala Macari, recordando sus años en *LND* y en *El Mostrador*. “Llego en 2008 a *El Mostrador*, pero yo venía con esta pauta: personaje, conflicto, poder. La pauta de conflicto de interés que habíamos ensayado en *LND*. Sobre todo porque venía Piñera y se desordenaba la mesa del poder, saliendo la Concertación trastabillaba. Después el año 2011 es un período impugnador del viejo orden, que necesita medios y *El Mostrador* es el gran medio que acompaña el relato de impugnación del sistema de poder, no del modelo necesariamente, porque ese es un discurso muy de izquierda”.

### **La gran liquidación**

En el citado trabajo para la USACH del exdirector Marcelo Castillo, este escribió: “Los gobiernos de la Concertación lograron dar una solución económica a la empresa periodística *La Nación*, que es hoy día rentable, pero no se resolvió el problema de fondo de este medio, que es definir con claridad su papel como instancia de comunicación masiva de propiedad estatal”.

En este contexto, Castillo agregó que “lamentablemente, no está en el ADN del gobierno del Presidente Piñera generar un modelo comunicacional con esas características [de diario público]. La tendencia natural debería ser hacia privatizar los medios de comunicación y a dejar prevalecer las leyes del mercado”.

Sin embargo, como la administración de la derecha todavía no revelaba su estrategia de liquidación de la empresa, Castillo postuló que Piñera todavía podría haber estado pensando en sostener el diario como un medio que lo defendiera a él y su liderazgo, en un cuadro donde los dos

grandes consorcios apoyaban más a los partidos de derecha que al mandatario. “Ese ‘gallito’ es el que se jugó Piñera al nombrar a Mirko Macari como director de *La Nación* con su total conocimiento y el de su amigo personal Daniel Platovsky: la UDI le dobló la mano y el futuro de *La Nación* ha quedado en la incertidumbre”.

La pequeña crisis política y mediática tejida en torno a la fracasada designación de Macari en *La Nación* derivó, sin embargo, en un efecto más estructural: el viraje del gobierno, que transitó de su idea de un diario ciudadano con un estatuto tipo TVN a la liquidación de la empresa, separando al *Diario Oficial* del matutino. La Moneda se convenció ya tempranamente de que *La Nación* siempre sería un incordio, que lo mejor era olvidarse de darle un nuevo rostro y abandonar las promesas de campaña de Piñera tanto como las de su ministra portavoz Ena von Baer.

Según la exdirigenta sindical Nancy Arancibia, la medida de terminar con La Nación S.A. habría sido una decisión casi personal del Presidente, ya que durante los meses previos a la Junta Extraordinaria de Accionistas que votó por la liquidación, ella sostuvo conversaciones con autoridades del gobierno de derecha y parlamentarios del mismo sector para darle al diario *La Nación* un estatuto de autonomía, y que detectó cierta acogida a la idea. Incluso sostiene que el propio Platovsky fue modificando su percepción al respecto, en el inicio de su gestión bastante refractaria, precisa Arancibia, y se hizo más sensible a la idea de mantener el funcionamiento del medio de comunicación estatal.

El sindicato encabezado por Arancibia planteó una batalla larga -y también algo solitaria- para defender la sobrevivencia de *La Nación* como un diario público, pero no tuvo éxito. Debía hacerlo, además, en una suerte de desfiladero o cornisa: aplicando una estrategia diferenciada de los intereses de los accionistas privados, quienes querían mantener la empresa y se oponían a su liquidación, pero solo para asegurarse los dividendos de la compañía provistos por el *Diario Oficial* (de hecho, si el diario *La Nación* se cerraba, pero no cambiaba el valor de publicación de las constituciones y modificaciones de sociedades y otros actos privados del *Diario Oficial*, las ganancias de los accionistas privados se habrían disparado).

En junio de 2010, el portal de investigación periodística *Ciper* informó que el Ejecutivo ya había resuelto que la publicación de los avisos legales de constitución de sociedades en el *Diario Oficial*

bajaría sustancialmente de precio. Esto se plasmó en la Ley N° 20.494, del 27 de enero de 2011, que establece normas para agilizar el inicio de nuevas empresas.

En su artículo 4° la ley determina:

“Las publicaciones que según las leyes se deban realizar en el *Diario Oficial* para la constitución, disolución y modificación de personas jurídicas de derecho privado, se realizarán en la página web que deberá habilitar dicho medio para estos efectos.

“El acceso a la página web, para efectos de consulta e impresión de las publicaciones, será público y gratuito.

“Las publicaciones tendrán una tarifa de una unidad tributaria mensual por cada extracto publicado, excepto para aquellas constituciones, disoluciones y modificaciones de sociedades cuyo capital sea inferior a 5.000 unidades de fomento, en cuyo caso la publicación estará exenta de pago”.

Para llegar a la decisión de cortar el oxígeno financiero del *Diario Oficial* al diario *La Nación*, el gobierno de Piñera aceptó declarar la guerra a los privados que controlaban las acciones preferentes y cuya batalla final se escenificó el 24 de septiembre de 2012, cuando se aprobó liquidar la empresa.

Antes, en noviembre de 2010, fueron despedidos dos tercios de los periodistas en el marco de un acuerdo sobre aumento de beneficios indemnizatorios entre la empresa y el sindicato respectivo. *La Nación* dejó de imprimirse a mediados de diciembre, convirtiéndose en un portal de internet. Esto supuso, por tanto, el fin de *La Nación Domingo* después de ocho años y medio de circulación.

Los privados resistieron la Ley N° 20.494 y acudieron a la justicia. Lo paradójico es que como controlaban la sociedad anónima cerrada, el caso fue caratulado “Empresa Periodística La Nación S.A. contra el Fisco de Chile”. En una demanda presentada ante el 12° Juzgado Civil de Santiago, el 23 de mayo de 2012, se solicitó una indemnización de perjuicios por la responsabilidad del Estado, debido a que la casi gratuidad del *Diario Oficial* dañaba los ingresos de la empresa y, por consiguiente, los flujos futuros de los propietarios de las acciones preferentes. En la demanda, los privados acusaron que al decidir disolver la empresa y traspasar el *Diario Oficial* desde *La Nación*

S.A. al Ministerio del Interior, se quitó a la sociedad su principal activo y se desvalorizó su tercio de la propiedad expresado en los títulos preferentes.

Aunque hasta el cambio de gobierno de marzo de 2010 se insistió en que los privados que controlaban las acciones de la Serie A podían bloquear cualquier modificación estructural de la empresa -esta es la tesis, por ejemplo, de la investigación de Alejandra Matus publicada en julio de 2009 en *El Mostrador*-, la administración de Piñera superó esa barrera a través de la modificación legal de enero de 2011.

Un informe del abogado asesor del gobierno Carlos Zepeda, citado en *Ciper*, determinó que el gobierno podía fijar las tarifas del *Diario Oficial* y que la impresión de este era, además, una concesión hecha en 1934 a la empresa La Nación S.A., pero que no constituía un producto, activo o servicio de propiedad de la compañía; por tanto, el Ejecutivo podía rescindir tal concesión y devolver el *Diario Oficial* a su titular original, el Ministerio del Interior, según la Ley N° 4.156, del 5 de agosto de 1927, sobre reordenamiento del aparato del Estado.

Sin duda, la particular composición de La Nación S.A., empresa mixta, con mayoría de acciones en manos del Estado, pero con las preferentes en manos privadas, no tenía ningún punto de comparación en el sistema de empresas estatales. De hecho, en la Junta Extraordinaria de Accionistas del 24 de septiembre de 2012, en la cual el Fisco hizo votar y aprobar la liquidación de la sociedad, su representante, el abogado Juan Francisco Asenjo Cheyre, afirmó que los objetivos para los cuales se constituyó la empresa en 1934 ya se habían cumplido “plenamente”.

Asenjo agregó que para la certeza jurídica de los ciudadanos y el Estado, actualmente se tiene que considerar que las nuevas tecnologías facilitan ese proceso a través de las publicaciones digitales. Asenjo planteó, asimismo, la particularidad de La Nación S.A. “De allí que los objetivos que se tuvieron a la vista al momento de constituir la Empresa Periodística La Nación S.A., empresa *sui generis* en la administración del Estado, deben considerarse absolutamente cumplidos”, dijo.

El delegado de las acciones del Estado puso luego el foco en la cuestión legal y ética relacionada con la renta privada que se obtenía de un servicio público: “El Fisco de Chile entiende que, cumplidos ya los objetivos tenidos a la vista al momento de constituir la sociedad y atendidos los avances tecnológicos, ha llegado la hora de poner término a una actividad del Estado compartida de manera peculiar con accionistas privados, beneficiarios del ejercicio de una función pública,



cautelando la continuidad y seriedad del *Diario Oficial*. Creemos que con ello se defiende el interés general de la sociedad y el valor del *Diario Oficial* se extiende a todos los chilenos”.

En la misma Junta de Accionistas, el Fisco postuló que el proceso de liquidación de la compañía debía “procurar” que el diario electrónico *La Nación.cl* “pueda continuar como medio de comunicación independiente”, permitiendo la mantención de las fuentes de empleo. “El Fisco entiende que con esta decisión no hace sino proteger el interés de todos los chilenos y pone término a una situación legal que compromete a Estado como partícipe de una sociedad anónima que ya no se justifica”, explicó el representante de las acciones de propiedad pública.

En la ocasión, los accionistas privados y preferentes de la Serie A dejaron establecido en el acta que desconocían la validez de los acuerdos adoptados por la Junta de Accionistas y aseguraron que esta era “insanablemente nula” en sus resultados.<sup>57</sup>

El gobierno de Piñera, sin embargo, no echó pie atrás en su decisión y tras hacer aprobar la disolución de la sociedad, el proceso de liquidación fluyó en pocos meses con la designación de los miembros de la junta encargada de hacerlo. El 30 de abril de 2013 la Junta Extraordinaria de Accionistas resuelve vender el histórico edificio de Agustinas 1269, el 14 de agosto se aprueba la enajenación del diario *La Nación.cl* y de todos sus activos, y a fines de agosto el Ministerio del Interior asume la edición del *Diario Oficial* como un servicio público dependiente de la Subsecretaría del Interior.

Aunque el portal *La Nación.cl* ya no funcionaba en la sede histórica de la empresa frente a la Plaza de la Constitución, el 6 de noviembre de 2013 el edificio se lo adjudica en licitación pública el Ministerio de Bienes Nacionales. El 27 de enero de 2014, en tanto, se vende *La Nación.cl* a Macarena Duarte Sepúlveda en 320 millones de pesos. Hoy *La Nación.cl* pertenece a la empresa Comunicaciones Lanet S.A.

En la memoria del año 2010 de la empresa entregada a la CMF a comienzos de 2011, se admite que el cambio de gobierno golpeó los índices de circulación de *La Nación Domingo*. Así, en el año

---

<sup>57</sup> La liquidación de la Empresa Periodística La Nación S.A. se puede seguir en sus hechos esenciales publicados en la Comisión para el Mercado Financiero (CMF).

2009 el tiraje para todo el período alcanzó a 1.262.600 ejemplares, de los cuales se vendieron 789.744, es decir un aproximado de 62%. En el primer año de la derecha en el gobierno, en 2010, el tiraje anual fue de 994.500 unidades, de las cuales se vendieron 418.813, equivalente a menos del 50% de la impresión.

Los accionistas privados, en tanto, continuaron peleando por sus intereses y en septiembre de 2016, ya bajo la segunda administración de la Presidenta Michelle Bachelet, la Corte de Apelaciones de Santiago confirmó una resolución del juez árbitro Patricio González Marín, quien el 11 de abril de ese mismo año determinó que “el Fisco actuó de manera antijurídica, abusiva, arbitraria y dolosa” al acordar, en septiembre de 2012, la disolución de la sociedad.

No obstante, a esas alturas, el nudo del conflicto sobreviviente con La Nación S.A. era la valorización de los activos de una empresa estatal ya liquidada y sin vuelta atrás. No era, desde luego, un debate periodístico, sino económico.

La lucha de los equipos de periodistas, tanto de aquellos de la primera etapa de *La Nación Domingo*, como de los siguientes profesionales de este medio y del diario semanal por informar en un contexto político y corporativo a menudo adverso, ensanchando los límites de la libertad de expresión y de la propia democracia, había concluido años antes. También había terminado la ardua batalla del último grupo de trabajadores que trató de impedir la liquidación de la empresa defendiendo el proyecto de crear un diario público y no de gobierno.

## EPÍLOGO

El diario *La Nación* fue un actor relevante del sistema de prensa escrita de Chile durante casi un siglo. Planificado por su fundador, el político liberal Eliodoro Yáñez, como un medio que debía atender los problemas sociales de la población que representaba la actividad del trabajo y el progreso económico, y organizado como un diario moderno que pudiera competir con *El Mercurio*, su expropiación en 1927 lo convirtió en el diario de gobierno. A pesar de esta hipoteca, es improbable que un historiador pueda examinar el Chile del siglo XX y parte del XXI sin acudir en algún momento a *La Nación*, lo que prueba la función que jugó en la historia nacional.

El periódico fue reflejo y también actor de las tensiones y polarizaciones de la política chilena. Cerrado en la crisis de 1931, tras la caída del régimen autoritario del general Carlos Ibáñez del Campo, y durante algunos meses después del golpe de Estado de 1973 (bajo la dictadura del general Augusto Pinochet incluso tuvo otros dos nombres: *La Patria* y *El Cronista*), el diario *La Nación* sobrevivió prácticamente cien años.

Mirado en retrospectiva, y aunque ha pasado menos de una década del cierre de la edición en papel de *La Nación*, no es fácil sostener todavía la tesis de la conveniencia hoy de un diario estatal, aunque este tuviera un estatuto público en la línea del que rige a Televisión Nacional de Chile desde comienzos de la transición en los años '90.

A la veloz crisis sistémica o estructural de la prensa escrita causada por la digitalización e internet, que ha reducido su influencia y tiraje, causando cierre de medios y destrucción de empleo, se suma la nueva relación informativa entre Estado y ciudadanía, así como la explosión en la red de experiencias comunicativas locales de la sociedad civil, de organizaciones no gubernamentales, de periodistas o de empresarios.

Estos nuevos emisores han debilitado enormemente la importancia de lo que en algún momento quiso representar *La Nación* en sus versiones semanal y de domingo: la emergencia de un tercer actor que interviniera en el mapa del duopolio de la prensa escrita chilena formado aún por el binomio El Mercurio-Copesa, y que lo hiciera con una propuesta ciudadana, progresista y crítica del poder.

La gran lección, o pregunta, que deriva de la experiencia de *La Nación Domingo* es si acaso podía ser el diario del Estado el que escrutara al poder en todas sus ramificaciones e hiciera aquello que no podían, ni tampoco hoy pueden ni quieren, hacer los grandes diarios privados, debido a su inserción en grupos económicos con múltiples intereses económicos y relaciones políticas.

Lo que sí resulta claro es que en *La Nación Domingo*, incluso cuando ya se había acabado el encantamiento o la ilusión de su primer año, habitó ese ánimo fundacional de escudriñar los rincones del poder en función de informar a los ciudadanos, como un principio o deber precisamente de un Estado que se supone representa al conjunto de la nación.

En el actual escenario de explosión de redes sociales inquisitivas, de crisis de representación de las instituciones y de un extendido descreimiento sobre el poder, puede parecer obvio someter a este a examen y crítica permanente. Esta tarea no lo era, sin embargo, a la hora y en el país donde se fundó *La Nación Domingo* hace casi dos décadas. Tal fue el mérito de la experiencia.

**BIBLIOGRAFÍA**

ALLAMAND, ANDRÉS, *La travesía del desierto*, Aguilar, Santiago, 1999.

ALLAMAND, ANDRÉS, *Por qué la Concertación debe irse el 2010*, Aguilar, Santiago, 2007.

ALLAMAND, ANDRÉS; CUBILLOS, MARCELA, *La estrella y el arco iris*, Aguilar, Santiago, 2010.

BLAUSTEIN, EDUARDO, *Las locuras del rey Jorge*, Ediciones B, Buenos Aires, 2014.

CABALIN QUIJADA, CRISTIAN, *Plan B. Una revista que remeció la prensa chilena*, LOM Ediciones (Colección Nuevo Periodismo), Santiago, 2007.

CACHO, JESÚS, *El negocio de la libertad*, Foca Investigación, Madrid, 1999.

CAVALLO, ASCANIO, *La historia oculta de la transición*, Grijalbo, Santiago, 1998.

CÁRDENAS, JUAN PABLO, *Un peligro para la sociedad. Testimonio de un periodista que incomoda al poder*, Debate, Santiago, 2009.

CEBRIÁN, JUAN LUIS, *Primera página. Vida de un periodista 1994-1988*, Debate, Madrid, 2016.

CORTÉS TERZI, ANTONIO, *El circuito extrainstitucional del poder*, Ediciones ChileAmérica-Cesoc, Santiago, 2000.

DAZA, LORETO; DEL SOLAR, BERNARDITA, *Piñera, historia de un ascenso*, Debate, 2010.

DERMOTA, KEN, *Chile inédito. El periodismo bajo democracia*, Ediciones B, Santiago, 2002.

DUSSAILLANT, PATRICIO, *Medios y elecciones. La elección presidencial de 1999*, Cimas-Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005.

ESTEFANÍA, JOAQUÍN, *El poder en el mundo*, Plaza y Janés, Madrid, 2002.

GARRETÓN, MANUEL ANTONIO, *La sociedad en que vivi(re)mos*, LOM Ediciones, Santiago, 2000.

LANATA, JORGE, *Lanata 56*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2017.

MAJUL, LUIS, *Lanata: secretos, virtudes y pecados del periodista más amado y más odiado de la Argentina*, Margen Izquierdo, Buenos Aires, 2012.

MINC, ALAIN, *La borrachera democrática. El nuevo poder de la opinión pública*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

OMINAMI, CARLOS, *Secretos de la Concertación. Recuerdos para el futuro*, La Tercera-Ediciones Planeta, Santiago, 2011.

SAN FRANCISCO, ALEJANDRO; SOTO, ÁNGEL (editores), *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile. 1920-2000*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005.

TIRONI, EUGENIO, *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet*, Dolmen Ediciones, Santiago, 1998.

TIRONI, EUGENIO, *El sueño chileno*, Taurus, Santiago, 2005.

## LISTA DE ENTREVISTADOS

Alberto Luengo, director de *La Nación* y de *La Nación Domingo*; Mirko Macari, periodista y subeditor de *La Nación Domingo*; Alejandra Matus, periodista de *La Nación Domingo*; Marcela Ramos, periodista de *La Nación Domingo*; Alfonso Gálvez, editor de diseño de *La Nación Domingo*; Ana Verónica Peña, periodista de *La Nación*, colaboradora y editora general de *La Nación Domingo*; Marc Homedes, editor de internacional de *La Nación* y colaborador y editor general interino de *La Nación Domingo*; Eduardo Rossel, periodista de *La Nación*, colaborador y subeditor de *La Nación Domingo*; Lorena Ferraro, periodista de *La Nación*; Rodrigo Quiroz, colaborador de *La Nación Domingo* y editor de *La Cultura Domingo (LCD)*; Nancy Arancibia, periodista de *La Nación* y presidenta del Sindicato de Periodistas de La Nación S.A. Además, múltiples conversaciones de pasillo y oficinas y muchos cafés con excompañeros de trabajo, en particular con Jorge Olave, recientemente fallecido. A todos ellos, mi agradecimiento por su colaboración en este trabajo.



Prof. Pascale Bonnefoy M.  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Correr el cerco en la larga transición. La Nación Domingo: origen y límites de un proyecto", del estudiante Rafael Fuentealba López, trabajo guiado por quien firma, en la categoría Reportaje Periodístico:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	<b>Pertinencia y relevancia del tema</b>	Interés público y enfoque.	10%
1.2	<b>Investigación y reporteo</b>	Técnicas de reporteo, calidad y cantidad de fuentes, rigurosidad en el tratamiento de la información	40%
1.3	<b>Estructura y presentación</b>	Coherencia narrativa, fluidez y formato.	25%
1.4	<b>Redacción</b>	Estilo narrativo, recursos estilísticos y calidad de la redacción	25%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	7,0	2,8
1.3	7,0	1,8
1.4	7,0	1,8
<b>Nota Final</b>		<b>7,0</b>





UNIVERSIDAD DE CHILE  
 Instituto de la Comunicación e Imagen

Informe de Memoria


### COMENTARIO

La memoria que aquí se informa da cuenta de la rigurosidad y compromiso que Rafael Fuentealba ha demostrado durante décadas dedicado a la creación periodística. Sin duda, esta historia es necesaria y urgente de conocer, sobre todo por las futuras generaciones de periodistas. Es un aporte a la democracia y a poder mirar nuevamente esa transición pactada que hasta hoy amarra a instituciones y a una forma de hacer país.

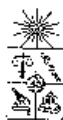
“La gran lección, o pregunta, que deriva de la experiencia de La Nación Domingo es si acaso podía ser el diario del Estado el que escrutara al poder en todas sus ramificaciones e hiciera aquello que no podían, ni tampoco hoy pueden ni quieren, hacer los grandes diarios privados, debido a su inserción en grupos económicos con múltiples intereses económicos y relaciones políticas. Lo que sí resulta claro es que en La Nación Domingo, incluso cuando ya se había acabado el encantamiento o la ilusión de su primer año, habitó ese ánimo fundacional de escudriñar los rincones del poder en función de informar a los ciudadanos, como un principio o deber precisamente de un Estado que se supone representa al conjunto de la nación”, concluye el autor en el cierre de esta suma de capítulos que, articulados, nos cuentan también la historia de un país que dio un giro cultural, social y político luego de una feroz dictadura.

Esperando que este reportaje pueda ser publicado y divulgado más allá de las aulas, felicito a su autor por la estructura elegida, una redacción impecable, una recopilación seria y una puesta en escena de lo que es parte de la historia de la transición, siendo un reportaje en clave de crónica fundamental.

Atentamente,

  
 Ximena Póo Figueroa  
 Profesora Asociada

Santiago, 12 de agosto de 2019



Prof. Pascale Bonnefoy M.  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESUNTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "*Correr el cerco en la larga transición. La Nación Domingo: origen y límites de un proyecto*", del estudiante **RAFAEL FUENTEALBA LÓPEZ**, trabajo guiado por la profesora **Ximena Poó Figueroa** en la categoría Reportaje Periodístico:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	<b>Pertinencia y relevancia del tema</b>	Interés público y enfoque.	10%
1.2	<b>Investigación y reporte</b>	Técnicas de reporte, calidad y cantidad de fuentes, rigurosidad en el tratamiento de la información	40%
1.3	<b>Estructura y presentación</b>	Coherencia narrativa, fluidez y formato.	25%
1.4	<b>Redacción</b>	Estilo narrativo, recursos estilísticos y calidad de la redacción	25%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	6,0	2,4
1.3	6,5	1,6
1.4	6,5	1,6
<b>Nota Final</b>		<b>6,4</b>



## COMENTARIO

Sin duda este trabajo es un significativo aporte para conocer otra arista de la historia de la prensa nacional y es un buen reflejo de una época política que condicionó y restringió el ejercicio del periodismo. Frente al imponente duopolio de la prensa durante la transición post-dictatorial, La Nación, y La Nación Domingo en particular, buscaron oxigenar el panorama mediático en Chile, introduciendo una mayor diversidad de fuentes informativas y temas en la agenda pública, a pesar de sus evidentes limitaciones debido a su carácter estatal y dependencia del gobierno de turno.

Esta memoria de título logra muy bien retratar ese proceso, mostrando los movimientos tras bambalinas de La Nación, su relación con el gobierno, el rol de los accionistas preferentes que respondían a otras lógicas y las decisiones políticas y editoriales del diario y en relación a la creación de La Nación Domingo y su desarrollo. La narrativa es ágil, la redacción excelente y cuenta con anécdotas interesantes.

A pesar de que el autor acude a fuentes vitales y protagónicas, y eso es uno de sus puntos fuertes, descansa mucho en el hilo conductor que ofrece su ex director, Alberto Luengo, (reconociendo su importancia), en ausencia de otras que pudieran contrastar o complementar sus afirmaciones, u ofrecer un punto de vista distinto para enriquecer y complejizar el relato (por ejemplo, autoridades de gobierno de la época, otros periodistas y editores). Esto es particularmente evidente en el primer capítulo, donde hace falta más voces (y más subtítulos).

La debilidad estructural de la memoria, está, por una parte, en que no profundiza sobre lo que sucedió entre el año en que el primer equipo periodístico abandonó LND y el cierre definitivo del diario. Así como está, deja la impresión de que solo el primer año y medio de LND fue relevante o significativo. Podría haberse enriquecido —tanto en cuanto a la diversidad de fuentes como al relato— con un repaso al desarrollo de LND en esos años, en que el país también cambiaba. ¿Cómo evolucionó LND a la par con la transición? ¿Fue cambiando su propia agenda? ¿Corrió más el cerco de lo informativamente permitido? ¿Se agudizó o se flexibilizó el control o vigilancia editorial del gobierno? ¿Se constituyó, en definitiva, en una alternativa de peso al duopolio de la prensa?

Por otra parte, hay una excesiva contextualización y análisis del panorama político y electoral de la época, que copan los capítulos 2 y 3. Indudablemente que es necesario contextualizar y explicar lo que sucedía a nivel político y de gobierno, así como la situación de los medios de comunicación, mientras evolucionaba La Nación, pero se incluye mucha información y análisis que distrae y no necesariamente contribuye al relato.



UNIVERSIDAD DE CHILE  
Instituto de la Comunicación e Imagen

Informe de Memoria

---

Atentamente,

**Pascale Bonnefoy M.**

Santiago, 03 de julio de 2019



UNIVERSIDAD DE CHILE  
Instituto de la Comunicación e Imagen

Informe de Memoria

Prof. Pascale Bonnefoy M.  
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico la evaluación de la memoria de título **CORRER EL CERCO DE LA TRANSICIÓN. La Nación Domingo: origen y límites de un proyecto**, del egresado **Rafael Fuentealba López**, guiada por la profesora **Ximena Poo Figueroa** en la categoría Reportaje Periodístico:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Pertinencia y relevancia del tema	Interés público y enfoque.	10%
1.2	Investigación y reporteo	Técnicas de reporteo, calidad y cantidad de fuentes, rigurosidad en el tratamiento de la información	40%
1.3	Estructura y presentación	Coherencia narrativa, fluidez y formato.	25%
1.4	Redacción	Estilo narrativo, recursos estilísticos y calidad de la redacción	25%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	6,4	0,6
1.2	5,9	2,4
1.3	5,8	1,5
1.4	6,0	1,5
<b>Nota Final</b>		<b>6,0</b>



## COMENTARIO

### Pertinencia y relevancia del tema:

La Memoria del egresado Rafael Fuentelba López reviste interés al abordar la trastienda e implicancias de lo ocurrido con un medio de comunicación público de larga trayectoria que finalmente fue cerrado por el primer gobierno de Sebastián Piñera. Esto adquiere especial relevancia en el contexto de la concentración de medios de comunicación escrita en manos de dos grupos -Mercurio y Tercera- que han dominado el escenario chileno en las últimas décadas. Especial atractivo tiene conocer entretelones y recordar situaciones referidas a los esfuerzos efectuados por un grupo de periodistas que logró traspasar ciertas barreras y abrir durante un tiempo espacios informativos en el monocorde ambiente comunicacional de principios del siglo XXI. El enfoque es interesante, aunque podría haberse entregado algo más de contexto histórico, tanto del diario *La Nación*, como del primer período dictadura, como indicaré más adelante.

### Investigación y reporte:

Rafael Fuentelba da muestra de conocimiento del tema que aborda, en particular a lo ocurrido en el período en que se centra su Memoria. Una buena parte del trabajo se basó en observación, en su reporte político y el trabajo profesional de editor que efectuaba en esos años, así como en conversaciones sostenidas con algunos protagonistas, según él mismo lo señala. Hay muchos datos de interés, pero quizá la Memoria habría ganado incorporando más voces de actores de esa época, porque a ratos da la impresión que gran parte del relato se basa en los recuerdos, percepciones y opiniones de un entrevistado central, el periodista Alberto Luego. Si bien él fue el principal protagonista de lo que fue la "gesta" de la *Nación Domingo*, descrita por Fuentelba, habría sido interesante conocer otras apreciaciones o ver otros ángulos de esa experiencia. No hay en el texto entrevistas, por ejemplo, a integrantes del directorio de la empresa a los que alude en diversas oportunidades, ni tampoco a otros periodistas del diario que podrían haber contribuido a enriquecer la investigación y a matizar la historia que ofrece el memorista.

Por ejemplo, habría sido interesante conocer cuál es la impresión que tiene de *La Nación Domingo* y de lo ocurrido finalmente con el diario el periodista Ignacio González Camus - director del diario hasta la conflictiva etapa del año 2000-, profesional de larga trayectoria, presidió el Colegio de Periodistas en dictadura -, quien dirigió radio Balmaceda hasta su clausura definitiva en 1975, y después fue redactor de revista *Hoy* y director de *Fortín Mapocho* en los 80, además de autor de libros de investigación periodística, como *El día en que murió Allende*. En el texto queda consignado que González Camus dirigió *La Nación*, que tuvo problemas con el gerente general y luego el asunto se deja pasar.



Por otro lado, Rafael Fuentealba entrevistó a las dos periodistas que integraron el equipo y destacaron en investigaciones periodísticas en LND; habría sido interesante –además– conocer, por ejemplo, con ojos de hoy la mirada de Myriam Verdugo, ex periodista de Radio Cooperativa y viuda del líder sindical Manuel Bustos, a quien Rafael Fuentealba la presenta solo como una representante política y “exógena” al proyecto de LND, pero que tuvo cargo de editora. Hacia el final habla con tono crítico de la dirección del periodista Marcelo Castillo, quien también podría haber sido entrevistado.

Desde otro ángulo, para tener un retrato más completo de lo que fue *La Nación* después de la dictadura, habría sido recomendable que el autor de la Memoria hubiera entregado una perspectiva resumida que abarcara los primeros años 90, cuando el mismo Alberto Luengo encabezó como subdirector, junto al ex director Abraham Santibáñez el primer proyecto de transformar a *La Nación* en un diario, después de haber sido un “boletín oficial”. En esa línea sentido, habría que considerar que los esfuerzos por hacer periodismo de investigación en el diario *La Nación* fueron simultáneos con el inicio de la transición a la democracia y no algo que surgiera por primera vez en 2001. Conoció de cerca la ardua experiencia de esos primeros años, y ya en el primer semestre de 1990 empezamos a desarrollar un Cuerpo Dominical –que me correspondía editar– y creo fue innovador para su tiempo al menos en dos sentidos:

a) Abrió espacios a las mujeres –a través de una entrevista semanal que hacía generalmente la periodista Bárbara Hayes–, así como a otros temas emergentes que trascendían la agenda política diaria y que otros medios no tocaban. Junto a eso también nos preocupamos de dar más cabidas a temas culturales, lo que fue muy importante tras el mentado “apagón” de las casi dos décadas dictatoriales.

b) Desarrollamos en las páginas centrales como tema principal de la semana un reportaje de periodismo de investigación. Allí abordamos temas en profundidad de índole económico-político, como privatizaciones de diferentes empresas del Estado, los intereses detrás de la banca y manifestaciones de concentración económica, además de temas de derechos humanos, de educación superior y de salud, por ejemplo.

En ese Cuerpo Dominical colaboraron destacados periodistas, entre otros –además de Bárbara Hayes–, Gilberto Villarroel, Carmen Imperatore, Cynthia Rinsky y Luis Alberto Mansilla.

#### Estructura y presentación:

En general la estructura de la Memoria está planteada en forma adecuada, aunque a ratos –en particular en los capítulos 2 y 3– el relato se detiene demasiado en el análisis político de contexto. Lo planteado resulta interesante para recordar y comprender la época, pero al entrar en mucho detalle se tiende a perder el hilo conductor del relato. Esto ocurre, por ejemplo en las excesivas interpretaciones, sobre el “lavinismo”, o aquellas en que aborda con demasiado detalle las tesis de Antonio Cortés Terzi sobre los denominados “poderes fácticos”, aparentemente para explicar el carácter “antipoder” del nuevo suplemento. La sugerencia en esos casos sería integrar esos antecedentes de contexto, pero de manera más sintética.



La forma de relatar es en términos generales lograda y contribuye a una lectura fácil. Los títulos y subtítulos son atractivos y pertinentes.

**Redacción:**

El estilo narrativo es en general ágil y las oraciones están bien construidas. La puntuación es correcta. Las fuentes son citadas en forma adecuada, aunque los textos correspondientes a algunas fuentes documentales se alargan un tanto.

Se observan algunos errores o "tripsos" en la redacción que vale la pena considerar:

- Uso frecuente de la doble afirmación.
- Utilización de ciertas palabras inexistentes en castellano (ejemplo: "inevitabilidad").
- Términos poco claros (ejemplo: "ruptura democrática" en un contexto que no es el de golpe militar o similar).
- Faltas de coordinación entre sujeto y verbo.
- Ciertas repeticiones de palabras.
- Vuelta atrás en la frase, lo que resta agilidad y alarga las frases: "hecho que", "país donde".
- Hay uso del paréntesis hacia el final de muchos párrafos que no queda claro si es un recurso estilístico o simplemente una utilización excesiva de ese signo que introduce ruptura en el texto, ya que corta la lectura. En la mayoría de los casos, esas reflexiones o datos quedan mejor que vayan simplemente como una aclaración -sin el signo de paréntesis- o eventualmente podrían esos textos ir en nota al pie de la página.
- En términos formales se advierte un excesivo uso de cursivas para términos que pueden ir simplemente en tipo de letra normal o en algunos casos entrecomillas.
- La cursiva, en cambio, se recomienda para palabras de otro idioma, títulos de libros, medios de comunicación escrita o películas. Esto último, en todo caso, corresponde al uso del Manual de Estilo de un determinado medio de comunicación, Editorial o institución, o a una preferencia personal del autor, por lo que solo se señala como sugerencia y no ha sido objeto de evaluación en este Informe.

Atentamente,

  
María Olivia Münckeberg Pardo

Profesora Titular

Santiago, 26 de agosto de 2019